

FD-0281.7





~~1954~~ 1954

B-U

2564

LA FLORIDA

DEL INCA.

HISTORIA

DEL ADELANTADO

HERNANDO DE SOTO,

Gobernador y capitan general del reino de la Florida,
y de otros heróicos caballeros españoles é indios.

ESCRITA

POR EL INCA GARCILASO DE LA VEGA,

*Capitan de S. M., natural de la gran ciudad del Cozco,
cabeza de los reinos y provincias del Perú.*

NUEVA EDICION.

TOMO VII.

MADRID: 1829.

IMPRESA DE LOS HIJOS DE DOÑA CATALINA PIÑUELA,
calle del Amor de Dios, núm. 14.

LA FLORES

BY THE LIBRARY OF CONGRESS

DEL INCA.

LIBRISTORARIO

DE MADRID

DE MADRID

Este es el texto de la obra...
Guberna...
Indios...
de la...
de la...

FOR EL INCA GARCILASO DE LA VEGA

de la ciudad de Cuzco...
de la...

NUEVA EDICION.



TOMO II

MADRID: 1829.

IMPRESA DE LOS NIÑOS DE ORO DE CALA CATALINA

Calle del Amor de Dios, núm. 14.

R. 1829

TABLA

DE LOS LIBROS Y CAPÍTULOS CONTENIDOS EN ESTE TOMO.

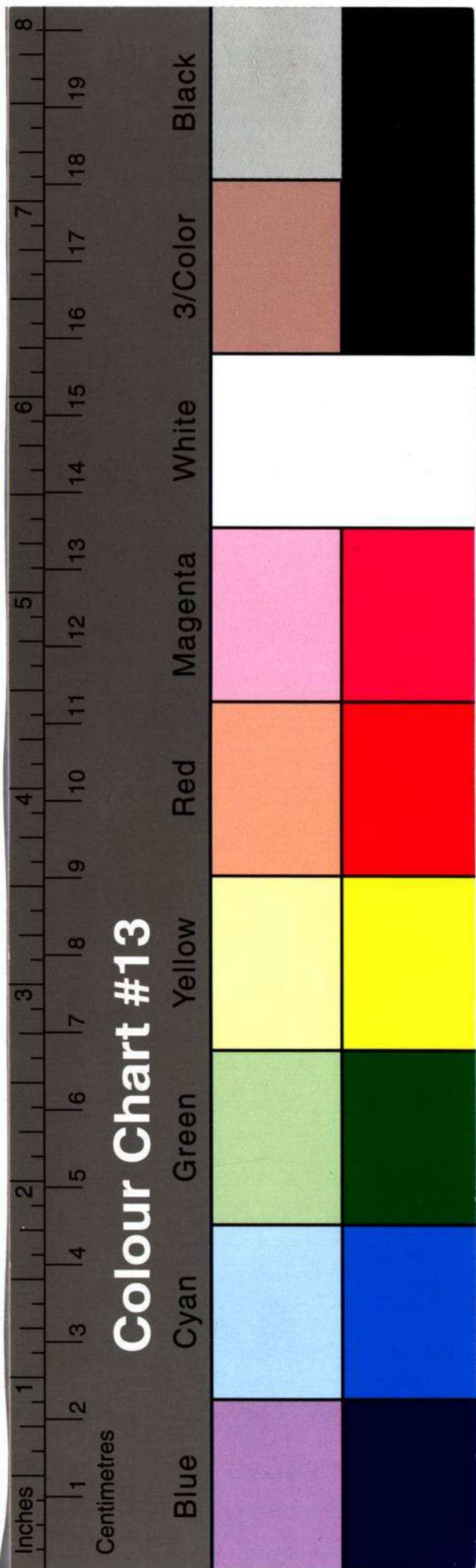
LIBRO TERCERO

DE LA HISTORIA DE LA FLORIDA,

DEL INCA.

Dice la salida de los españoles de Apalache: la buena acogida que en cuatro provincias les hicieron: la hambre que en unos despoblados pasaron: la infinidad de perlas y otras grandezas y riquezas que en un templo hallaron: las generosidades de la señora de Cofachiqui, y de otros caciques señores de vasallos: una batalla muy sangrienta que debajo de amistad los indios les dieron: un motin que trataron ciertos castellanos: las leyes de los indios contra las adúlteras: otra batalla muy brava que hubo de noche. Contiene treinta y nueve capítulos, que son los que se siguen.

- C**APÍTULO PRIMERO. *Sale el gobernador de Apalache, y una batalla que hubo de siete á siete.* . . . Pág. 201
- C**AP. II. *Llegan los españoles á Altapaha, y de la manera que fueron hospedados.* . . . 5.
- C**AP. III. *De la provincia Cofa y de su cacique; y de una pieza de artillería que le dejaron en guarda.* . . . 103.
- C**AP. IV. *Trata del curaca Cofaqui, y del mu-*



| | |
|---|----|
| cho regalo que á los españoles hizo en su tierra. | 14 |
| CAP. V. Patofa promete venganza á su curaca: cuéntase un caso extraño que acaeció en un indio guia. | 18 |
| CAP. VI. El gobernador y su ejército se hallan en mucha confusion por verse perdidos en unos desiertos, y sin comida. | 22 |
| CAP. VII. Van cuatro capitanes á descubrir tierra, y un extraño castigo que Patofa hizo en un indio | 27 |
| CAP. VIII. De un cuento particular acerca de la hambre que los españoles pasaron, y como hallaron comida. | 31 |
| CAP. IX. Llega el ejército donde hay bastimento, Patofa se vuelve á su casa, y Juan de Añasco va á descubrir tierra. | 34 |
| CAP. X. Sale la señora de Cofachiqui á hablar al gobernador, y ofrece bastimento y pasaje para el ejército. | 39 |
| CAP. XI. Pasa el ejército el rio de Cofachiqui, y alójase en el pueblo. Envian á Juan de Añasco por una viuda. | 43 |
| CAP. XII. Degüéllase el indio embajador, y Juan de Añasco pasa adelante en su camino. | 47 |
| CAP. XIII. Juan de Añasco se vuelve al ejército sin la viuda, y lo que hubo acerca del oro y plata de Cofachiqui. | 51 |
| CAP. XIV. Los españoles visitan el entierro de los nobles de Cofachiqui y el de los curacas. | 55 |
| CAP. XV. Cuenta las grandezas que se hallaron en el templo y entierro de los señores de Cofachiqui. | 58 |
| CAP. XVI. Que prosigue las riquezas del entierro, y el depósito de armas que en el | |

| | |
|---|-----|
| | V |
| <i>habia.</i> | 62 |
| CAP. XVII. <i>Sale de Cofachiqui el ejército dividido en dos partes.</i> | 66 |
| CAP. XVIII. <i>Del suceso que los tres capitanes tuvieron en su viage, y como llegó el ejército á Xuala.</i> | 71 |
| CAP. XIX. <i>Donde se cuentan algunas grandezas de ánimo de la señora de Cofachiqui.</i> | 75 |
| CAP. XX. <i>Sucesos del ejército hasta llegar á Guaxule y á Ichiaba.</i> | 78 |
| CAP. XXI. <i>Como sacan las perlas de sus conchas, y la relacion que trujeron los descubridores de las minas de oro.</i> | 82 |
| CAP. XXII. <i>El ejército sale de Ichiaba, y entra en Acoste y en Coza; y el hospedage que en estas provincias se le hizo.</i> | 86 |
| CAP. XXIII. <i>Ofrece el cacique Coza su estado al gobernador para que asiente y pueble en él; y como el ejército sale de aquella provincia.</i> | 90 |
| CAP. XXIV. <i>Del bravo curaca Tascaluza casi gigante, y como recibió al gobernador.</i> | 93 |
| CAP. XXV. <i>Llega el gobernador á Mauvila, y halla indicios de traicion.</i> | 98 |
| CAP. XXVI. <i>Resuélvense los del consejo de Tascaluza de matar los españoles: cuéntase el principio de la batalla que tuvieron.</i> | 104 |
| CAP. XXVII. <i>Do se cuentan los sucesos de la batalla de Mauvila hasta el primer tercio de ella.</i> | 108 |
| CAP. XXVIII. <i>Prosigue la batalla de Mauvila hasta el segundo tercio de ella.</i> | 113 |
| CAP. XXIX. <i>Cuenta el fin de la batalla de Mauvila, y cuán mal parados quedaron los españoles.</i> | 118 |
| CAP. XXX. <i>Las diligencias que los españoles en</i> | |

- socorro de sí mismos hicieron; y de dos casos extraños que sucedieron en la batalla. 124
- CAP. XXXI. Del número de los indios que en la batalla de Mauvila murieron. 128
- CAP. XXXII. Lo que hicieron los españoles después de la batalla de Mauvila; y de un motin que entre algunos de ellos se trataba. 131
- CAP. XXXIII. El gobernador se certifica del motin, y trueca sus propósitos. 135
- CAP. XXXIV. Dos leyes que los indios de la Florida guardaban contra las adúlteras. 137
- CAP. XXXV. Salen de Mauvila los españoles, y entran en Chicaza, y hacen piraguas para pasar un rio grande. 142
- CAP. XXXVI. Alójanse los nuestros en Chicaza, dánles los indios una cruelísima y repentina batalla nocturna. 147
- CAP. XXXVII. Prosigue la batalla de Chicaza, hasta el fin de ella. 151
- CAP. XXXVIII. Hechos notables que pasaron en la batalla de Chicaza. 156
- CAP. XXXIX. De una defensa que un español inventó contra el frio que padecía en Chicaza. 161

LIBRO CUARTO.

Trata del combate del fuerte de Alibamo: la muerte de muchos españoles por falta de sal: como llegan á Chisca, y pasan el rio grande: indios y españoles hacen una solemne procesion para adorar la cruz pidiendo á Dios mercedes: la cruel guerra y saco entre Cafa y Casquin: hallan los españoles invencion para hacer sal: la fiereza de los tulas en su figura y armas: un regalado invierno que los castellanos tuvieron en Utiange. Contiene diez y seis capítulos, que son los que se siguen.

| | |
|---|-----|
| C APÍTULO PRIMERO. Salen los españoles del alojamiento Chicaza, y combaten el fuerte de Alibamo. | 163 |
| CAP. II. Prosigue la batalla del fuerte de Alibamo hasta el fin de ella. | 167 |
| CAP. III. Por falta de sal mueren muchos españoles. Dice como llegan á Chisca. | 170 |
| CAP. IV. Los españoles vuelven el saco al curaca Chisca, y huelgan de tener paz con él. | 174 |
| CAP. V. Salen los españoles de Chisca, y hacen barcas para pasar el rio grande, y llegan á Casquin. | 177 |
| CAP. VI. Hácese una solemne procesion de indios y españoles para adorar la cruz. | 181 |
| CAP. VII. Indios y españoles van contra Capaha: descríbese el sitio de su pueblo. | 184 |
| CAP. VIII. Saquean los casquines el pueblo y el entierro de Capaha, y van en su busca. | 188 |
| CAP. IX. Huyen los casquines de la batalla, y Capaha pide paz al gobernador. | 192 |
| CAP. X. Apadrina el gobernador á Casquindos veces, y hace amigos los dos curacas. | 197 |

- CAP. XI. *Envian los españoles á buscar sal y minas de oro, y pasan á Quiquate.* 200
- CAP. XII. *Llega el ejército á Colima, halla invencion de hacer sal, y pasa á la provincia Tula.* 204
- CAP. XIII. *De la estraña fiereza de ánimo de los tulas, y de los trances de armas que con ellos tuvieron los españoles.* 208
- CAP. XIV. *Batalla de un indio tula con tres españoles de á pie y uno de á caballo.* 212
- CAP. XV. *Los españoles salen de Tula, y entran en Utiange: alójanse en ella para invernar.* 216
- CAP. XVI. *Del buen invierno que se pasó en Utiange; y de una traicion contra los españoles.* 221

PRIMERA PARTE DEL QUINTO LIBRO.

Donde se hace mencion de un español que se quedó entre los indios: las diligencias que por él se hicieron: de un largo viage de los castellanos que atravesaron ocho provincias: la enemistad y guerra entre Guachoyas y Anilecos: la muerte lamentable del gobernador Hernando de Soto, y dos entierros que los suyos le hicieron. Contiene ocho capítulos, que son los que se siguen.

- C**APÍTULO PRIMERO. *Entran los españoles en Naguatex y uno de ellos se queda en ella.* 225
- CAP. II. *Las diligencias que se hicieron por haber á Diego de Guzman; y de su respuesta y la del curaca.* 229
- CAP. III. *Sale el gobernador de Guancane: pasa por otras siete provincias pequeñas,*

- y llega á la de Anilco.* 234
- CAP. IV.** *Entran los españoles en Guachoya: cuéntase como los indios tienen guerra perpetua unos con otros.* 238
- CAP. V.** *Como Guachoya visita al general y ambos vuelven sobre Anilco.* 242
- CAP. VI.** *Prosigue las crue'dades de los guachoyas; y como el gobernador pretende pedir socorro.* 245
- CAP. VII.** *Do se cuenta de la muerte del gobernador y del sucesor que dejó nombrado.* 250
- CAP. VIII.** *Dos entierros que hicieron al adelantado Hernando de Soto.* 253

SEGUNDA PARTE DEL QUINTO LIBRO.

Refiere como los españoles determinaron desamparar la Florida: un largo camino que para salir de ella hicieron: los trabajos incomportables que á ida y vuelta de aquel viage pasaron hasta volver al rio grande: siete bergantines que para salir por el rio hicieron: la liga de diez caciques contra los españoles: el aviso secreto que della tuvieron: los ofrecimientos del general Anilco y sus buenas partes: una brava creciente del rio grande: la diligencia en hacer los bergantines: un desafio del general Anilco al cacique Guachoya, y la causa por qué: el castigo que á los embajadores de la liga se les hizo. Contiene quince capítulos, que son los que se siguen.

- CAPÍTULO PRIMERO.** *Determinan los españoles desamparar la Florida y salirse de ella.* 259
- CAP. II.** *De algunas supersticiones de indios asi de la Florida como del Perú; y de como los españoles llegan á Auché.* 261

| | |
|--|-----|
| CAP. III. Los españoles matan la guía: cuenta- se un hecho particular de un indio. | 265 |
| CAP. IV. Dos indios dan á entender que desa- fian á los españoles á batalla singular. | 269 |
| CAP. V. Vuelven los españoles en demanda del rio grande, y los trabajos que en el camino pasaron. | 272 |
| CAP. VI. De los trabajos inoportables que los españoles pasaron hasta llegar al rio grande. | 279 |
| CAP. VII. Los indios desamparan dos pueblos, donde se alojan los españoles para invernar. | 284 |
| CAP. VIII. Dos curacas vienen de paz: los es- pañoles tratan de hacer siete bergantines. | 288 |
| CAP. IX. Hacen liga diez curacas contra los españoles, y el Apu Anilco avisa de ella. | 291 |
| CAP. X. Guachoya habla mal de Anilco ante el gobernador, y Anilco le responde y desa- fia á batalla singular. | 296 |
| CAP. XI. Hieren los españoles un indio espía, y la queja que sobre ello tuvieron los curacas. | 301 |
| CAP. XII. Diligencia de los españoles en hacer los bergantines. Una bravísima creciente del rio grande. | 305 |
| CAP. XIII. Envian un caudillo español al cura- ca Anilco por socorro para acabar los ber- gantines. | 309 |
| CAP. XIV. Sucesos que durante el crecer y menguar del rio grande pasaron, y el avi- so que de la liga dió Anilco. | 314 |
| CAP. XV. El castigo que á los embajadores de la liga se les dió, y las diligencias que los españoles hicieron hasta que se embarcaron. | 317 |

Contiene la eleccion de los capitanes para la navegacion: la multitud de las canoas contra los españoles: el órden y la manera de su pelear que duró once dias sin cesar: la muerte de cuarenta y ocho castellanos por el desatino de uno de ellos: la vuelta de los indios á sus casas: la llegada de los españoles á la mar: un recuento que tuvieron con los de la costa: los sucesos de cincuenta y cinco dias de su navegacion hasta llegar á Panuco: las muchas pendencias que allí entre ellos mismos tuvieron, y la causa por qué: la buena acogida que la imperial ciudad de Méjico les hizo, y como se derramaron por diversas partes de el mundo: la peregrinacion y trabajos de Gomez Arias, y Diego Maldonado, con que hace fin la historia. Contiene veinte y dos capítulos, que son los siguientes.

| | |
|--|-----|
| C APÍTULO PRIMERO. <i>Eligen capitanes para las carabelas, y embárcanse los españoles para su navegacion.</i> | 323 |
| CAP. II. <i>Maneras de balsas que los indios hacian para pasar los rios.</i> | 325 |
| CAP. III. <i>Del tamaño de las canoas; y la gala y órden que los indios sacaron en ellas.</i> . . . | 329 |
| CAP. IV. <i>La manera de pelear que los indios tuvieron con los españoles por el rio abajo.</i> | 332 |
| CAP. V. <i>Lo que sucedió al onceno dia de la navegacion de los españoles.</i> | 334 |
| CAP. VI. <i>Llegan los indios casi á rendir una carabela y el desatino de un español desvanecido.</i> | 337 |
| CAP. VII. <i>Matan los indios cuarenta y ocho españoles por el desconcierto de uno de ellos.</i> | 340 |
| CAP. VIII. <i>Los indios se vuelven á sus casas, y los españoles navegan hasta reconocer la mar.</i> | 345 |
| CAP. IX. <i>Número de las leguas que los espa-</i> | |

| | | |
|-------------|--|-----|
| | <i>ñoles entraron la tierra adentro.</i> | 348 |
| CAP. X. | <i>De una batalla que los españoles tuvieron con los indios de la costa.</i> | 351 |
| CAP. XI. | <i>Hácese á la vela los españoles, y el suceso de los primeros veinte y tres dias de su navegacion.</i> | 355 |
| CAP. XII. | <i>Prosigue la navegacion hasta los cincuenta y tres dias de ella; y de una tormenta que les dió.</i> | 359 |
| CAP. XIII. | <i>De una brava tormenta que corrieron dos carabelas, y como dieron al través en tierra.</i> | 362 |
| CAP. XIV. | <i>Lo que ordenaron los capitanes y soldados de las dos carabelas.</i> | 365 |
| CAP. XV. | <i>Lo que sucedió á los tres capitanes exploradores.</i> | 369 |
| CAP. XVI. | <i>Saben los españoles que están en tierra de Méjico.</i> | 372 |
| CAP. XVII. | <i>Júntanse los españoles en Panuco: nacen crueles pendencias entre ellos, y la causa por qué.</i> | 374 |
| CAP. XVIII. | <i>Como los españoles fueron á Méjico; y de la buena acogida que aquella insigne ciudad les hizo.</i> | 380 |
| CAP. XIX. | <i>Dan cuenta al visorey de las cosas mas notables que en la Florida sucedieron.</i> | 386 |
| CAP. XX. | <i>Nuestros españoles se derramaron por diversas partes del mundo; y lo que Gomez Arias y Diego Maldonado trabajaron por saber nuevas de Hernando de Soto.</i> | 390 |
| CAP. XXI. | <i>Prosigue la peregrinacion de Gomez Arias y Diego Maldonado.</i> | 394 |
| CAP. XXII. | <i>Del número de los cristianos seglares y religiosos que en la Florida han muerto hasta el año de mil y quinientos y sesenta y ocho.</i> | 398 |



LIBRO TERCERO

DE LA HISTORIA

DE LA FLORIDA,

DEL INCA.

Dice la salida de los españoles de Apalache: la buena acogida que en cuatro provincias les hicieron: la hambre que en unos despoblados pasaron: la infinidad de perlas y otras grandezas y riquezas que en un templo hallaron: las generosidades de la señora de Cofachiqui y de otros caciques señores de vasallos: una batalla muy sangrienta que debajo de amistad los indios les dieron: un motin que trataron ciertos castellanos: las leyes de los indios contra las adúlteras: otra batalla muy brava que hubo de noche. Contiene treinta y nueve capítulos.

CAPÍTULO PRIMERO.

Sale el gobernador de Apalache, y una batalla de siete á siete.

El gobernador y adelantado Hernando de Soto habiendo despachado al capitan Diego Maldonado que fuese á la Habana para lo que atrás se dijo; y

habiendo mandado proveer el bastimento y las demas cosas necesarias para salir de Apalache, que era ya tiempo, sacó su ejército de aquel alojamiento á los últimos de marzo de mil y quinientos y cuarenta años, y caminó tres jornadas hácia el Norte por la misma provincia sin topar enemigos que le diesen pesadumbre, con haber sido los de aquella tierra muy enfadosos y belicosos. El último día de los tres se alojaron los castellanos en un pueblo pequeño, hecho península, casi todo él rodeado de una ciene-ga, que era de mas de cien pasos en ancho, con mucho cieno hasta medios muslos; tenían puentes de madera á trechos para salir por ella á todas partes. El pueblo estaba asentado en un sitio alto, de donde se descubria mucha tierra, y se veían otros muchos pueblos pequeños que por un hermoso valle estaban derramados. En este pueblo, que era el principal de los de aquel valle, y todos eran de la provincia de Apalache, paró el ejército tres días; el segundo día sucedió que salieron á medio día del real cinco alabarderos de los de guarda del general y otros dos soldados naturales de Badajoz: el uno habia nombre Francisco de Aguilar, y el otro Andrés Moreno, que por otro nombre le llamaban Angel Moreno, porque por ser hombre alegre y regocijado, siempre en todo lo que hablaba mezclaba sin propósito ninguno esta palabra ángeles, ángeles.

Estos siete españoles salieron del pueblo principal sin orden de los ministros de nuestro ejército solo por su recreacion á ver lo que en los otros poble-zuelos habia. Los cinco de la guardia llevaban sus alabardas, y Andrés Moreno su espada ceñida, y una lanza en las manos, y Francisco de Aguilera una espada y rodela. Con estas armas salieron del pueblo sin acordarse de la mucha vigilancia y cuidado que

los indios de aquella provincia en matar los desmandados tenían. Pasaron la cienega y una manga de monte que no tenía veinte pasos de traviesa: de la otra parte había tierra limpia y muchas sementeras de maiz.

Apenas se habían alejado los siete españoles doscientos pasos del real, cuando dieron los indios en ellos, que como hemos visto, no se dormían en sus asechanzas contra los que salían de órden. A la grito y vocería que unos y otros traían peleando y dando arma y pidiendo socorro, salieron del pueblo muchos españoles á defender los suyos; y por no perder tiempo buscando paso á la cienega la pasaban por donde mas cerca se hallaron con el agua y el cieno á la cinta y á los pechos. Mas por priesa que se dieron, hallaron muertos los cinco alabarderos, cada uno dellos con diez ó doce flechas atravesadas por el cuerpo; y Andrés Moreno vivo, empero con una flecha de arpon de pedernal que, sin otras que por el cuerpo tenía, le atravesaba de los pechos á las espaldas, y luego que se la quitaron para le curar murió. Francisco de Aguilar, que era hombre fuerte y robusto mas que los otros, y como tal se había defendido mejor que los demás, quedó vivo, aunque salió con dos flechazos que le pasaban ambos muslos, y muchos palos que en la cabeza y por todo el cuerpo le dieron con los arcos, porque llegó á cerrar con los indios, y ellos habiendo gastado las flechas y viéndole solo, á dos manos le dieron con los arcos tan grandes palos que le hicieron pedazos la rodela, que no le quedó mas que las manijas, y de un golpe que le dieron á soslayo en la frente le derribaron toda la carne della, hasta las cejas, y le dejaron los cascos defuera.

Destá manera quedaron siete españoles, y los indios se pusieron en cobro antes que el socorro llega-

*

se porque lo habian sentido cerca. Los cristianos no pudieron ver cuántos eran los enemigos, y Francisco de Aguilar les dijo que eran mas de cincuenta; y que por ser tantos contra tan pocos los habian muerto en tan breve tiempo. Empero despues de dia en dia fue descubriendo en favor de los indios cosas que pasaron en la refriega, y mas de veinte dias despues della, ya que estaba sano de sus heridas, aunque todavía flaco y convaleciente, burlándose otros soldados con él, acerca de los palos que los indios le habian dado, diciéndole si los habia contado, si le habian dolido mucho, si pretendia vengarlos, si pensaba desafiar los enemigos, con condicion que saliesen uno á uno, porque se escusase la ventaja de salir tantos juntos contra uno solo, y otras cosas semejantes y graciosas que los soldados unos con otros en sus burlas suelen decir. Respondió Francisco de Aguilar diciendo, yo no conté los palos porque no me dieron ese lugar, ni se daban tan á espacio que se pudieran contar: si me dolieron mucho ó poco vosotros lo sabreis cuando os dén otros tantos, que no os faltará dia para recibirlos, yo os lo prometo: y porque hablémos de veras, y veáis quién son los indios desta provincia, os quiero contar fuera de burla, sin quitar ni poner nada del hecho (aunque lo que dijere sea contra mí mismo) una cortesía y valerosidad de ánimo que aquel dia usaron con nosotros.

Sabreis que como entonces dije, salieron mas de cincuenta indios á darnos vista, mas luego que vieron y reconocieron que no éramos mas de siete, y que no iban caballos en nuestra defensa, se apartaron del escuadron que traían hecho otros siete indios, y los demas se retiraron á lejos y no quisieron pelear: y los siete solos nos acometieron, y como no llevásemos ballestas, ni arcabuces con que los pudiésemos

arredrar, y ellos sean mas sueltos y ligeros que nosotros, andábansenos delante saltando y haciendo burla de nosotros, flechándonos á todo su placer como si fuéramos fieras atadas sin que los pudiésemos alcanzar á herir. Desta manera mataron á mis compañeros, y viéndome solo, porque no me fuese alabando, cerraron todos siete conmigo y con los arcos á dos manos me pusieron cual me hallásteis: y pues me dejaron con la vida, yo les perdono los palos y no pienso desafiarles porque no pidan, que para que valga el desafío me vuelvan á poner como me dejaron. Por mi honra he callado todo esto, y no lo he dicho hasta ahora: mas ello pasó así realmente, y Dios os libre de salir desmandados porque no os acaezca otra tal. Los compañeros y amigos de Francisco de Aguilar quedáran admirados de haberle oido, porque nunca habian imaginado que los indios fueran para hacer tanta gentileza que quisieron pelear uno á uno con los castellanos, pudiéndolos acometer con ventaja. Mas todos los de este gran reino presumen tanto de su ánimo, fuerzas y ligereza, que no viendo caballos no quieren reconocer ventaja á los españoles, antes presumen tenerla ellos, principalmente si de armas defensivas anduviesen los cristianos tan mal proveidos como andan los indios.

CAPÍTULO II.

Llegan los españoles á Altapaha, y de la manera que fueron hospedados.

Con la desgracia y pérdida de los seis españoles, salió el gobernador del pueblo, península de la provincia de Apalache, y habiendo caminado otras dos jornadas, que por todas fueron cinco las que anduvieron para salir desta provincia, entraron en los tér-

minos de otra llamada Altapaha. El adelantado por ver si los naturales de aquella provincia eran tan ásperos y belicosos como los de Apalache, quiso ser el primero que la viese; y también porque era costumbre suya muy guardada que á cualquiera nuevo descubrimiento de provincia habia de ir él mismo, porque no se satisfacía de relacion agena sino que la habia de ver por propios ojos. Para lo cual eligió cuarenta de á caballo, y sesenta infantes, veinte rodeleros, y veinte arcabuceros, y veinte ballesteros, que siempre que iban á cualquiera hecho iban los infantes sorteados desta manera.)

Con ellos caminó el gobernador dos dias, y al amanecer del dia tercero entró en el primer pueblo de la provincia Altapaha, y halló que los indios se habian retirado á los montes y llevado consigo sus mugeres, hijos y hacienda. Los castellanos corrieron el pueblo y prendieron seis indios, los dos eran caballeros y capitanes en la guerra, los cuales se habian quedado en el pueblo para echar fuera dél la gente menuda. Lleváronlos todos seis ante el gobernador para que supiese dellos lo que habia en la provincia.

Los indios principales antes que el adelantado les preguntase cosa alguna, dijeron: ¿qué es lo que vosotros quereis en nuestras casas? ¿quereis paz, ó guerra? esto dijeron sin muestra alguna de pesadumbre que tuviesen de verse presos en poder ageno: antes mostraron un semblante señoril como si estuvieran en toda su libertad y habláran con otros indios sus comarcanos.

El general respondió por su intérprete Juan Ortiz, diciendo: que con nadie queria guerra, sino paz y amistad con todos; que ellos iban en demanda de ciertas provincias que adelante habia, y para su camino tenian necesidad de bastimento, porque no se

7
podia escusar el comer, y que sola esta pesadumbre y no otra daban por los caminos: que esto era lo que querian, y no otra cosa.

Los principales dijeron, pues para eso no hay para qué nos prendais que aquí os darémos todo buen recaudo para vuestro viage, y os trataremos mejor que os trataron en Apalache, que bien sabemos cómo os fue por allá. Dicho esto mandaron á dos indios de los cuatro que con él habian preso, que con toda diligencia fuesen á dar aviso á su curaca y señor principal, y le dijessen lo que habian visto y oido á los castellanos, y de camino avisasen á los indios que topasen que pasando la palabra de unos á otros, acudiesen á servir los cristianos que en su tierra estaban, porque eran amigos y no venian á ofenderles. El gobernador oida la buena razon de los indios, fiándose dellos, y viendo que se negociaba mejor por bien que por mal, mandó soltarlos luego, y que los regalasen y tratasen como amigos.

Los indios fueron con el recaudo y los cuatro quedaron con el general, y le dijeron tuviese por bien su señoría de volver atrás á otro pueblo mejor que aquel donde estaban, y que lo llevarian por un camino mas apacible que el que habia traído. El gobernador porque se acercaba á su ejército holgó de hacer lo que los indios le dijeron, y mandó á uno dellos que llevase aviso el maese de campo, que fuese derecho á aquel pueblo y no rodease por donde él habia venido. Como llegasen los castellanos al pueblo donde los indios los llevaron fueron hospedados con muestras de mucho amor; y el cacique luego que tuvo nueva de la amistad hecha con los españoles, vino á besar las manos al gobernador, y entre los dos pasaron palabras de comedimiento y afabilidad. Con el curaca vinieron

todos sus vasallos con las mugeres y hijos que habian retirado á los campos , y poblaron sus pueblos.

Entre tanto llegó el ejército y se alojó dentro y fuera del pueblo, y entre españoles é indios en todo el tiempo que estuvieron en esta provincia se mantuvo toda buena paz y amistad, que no la tuvieron los nuestros en poco segun la mucha guerra que los de Apalache les habian hecho.

Habiendo descansado los castellanos tres dias en el pueblo de Altapaha salieron de él , y caminaron diez jornadas por la ribera de un rio arriba, y vieron que toda aquella tierra parecia ser tan fértil y mas que la de Apalache, la gente doméstica y apacible, con los cuales se mantuvo la paz que al principio se habia asentado; de manera que ninguna molestia recibieron los indios, sino fue de la comida que les gastaron; y esa tomaban los españoles muy tasadamente por no escandilizar los naturales. En esta provincia de Altapaha se hallaron morales grandísimos, que aunque los habia en las otras eran nada en comparacion destes.

Al fin de las diez jornadas que los nuestros caminaron Norte Sur el rio arriba salieron de la provincia Altapaha, dejando al curaca y á sus indios muy contentos de la amistad que con ellos se habia hecho; y entraron en otra provincia llamada Achalaque, la cual era pobre y estéril de comida, y habia en ella pocos indios mozos, que casi todos los moradores della eran viejos y en comun cortos de vista, y muchos dellos ciegos; y como el haber en un pueblo y provincia muchos viejos sea indicio de que haya muchos mas mozos, no los hallando en tierra se admiraron los españoles y aun sospecharon que estuviesen amotinados y escondidos en alguna parte para hacer algun mal hecho contra los cristianos: mas por la pesquisa se entendió que no habia cosa encu-

bierta mas de lo que parecia en público. Empero la causa porque habia tantos viejos y tan pocos mozos no la inquirieron. Por esta provincia de Achalaque caminaron los españoles grandes jornadas por salir presto della, así porque era estéril de comida como porque deseaban verse ya en la de Cofachique, donde por las nuevas que habian tenido que en aquella provincia habia mucho oro y plata, pensaban cargarse de grandes tesoros y volverse á España.

Con este deseo doblaban las jornadas y podíanlo hacer con facilidad porque la tierra era llana sin montes, sierras, ni rios que les estorbasen el paso largo. En cinco jornadas atravesaron la provincia de Achalaque, y dejaron al curaca y naturales della en mucha paz y amistad con los castellanos; y porque se acordasen dellos, les dió el gobernador, entre otras dádivas, dos cochinos, macho y hembra para que criasen; y lo mismo habia hecho con el cacique de Altapaha y con los demas señores de provincias que habian salido de paz y hecho amistad á los españoles; y aunque hasta ahora no hemos hecho mención que el adelantado hubiese llevado este ganado á la Florida, es así que llevó mas de trecientas cabezas, machos y hembras, que multiplicaron grandemente, y fueron de mucho provecho en grandes necesidades que nuestros castellanos tuvieron en este descubrimiento; y si los indios (aborreciendo mas la memoria de los que les llevaron este ganado que estimando el provecho dél) no lo han consumido, es de creer, que segun la comodidad que aquel gran reino tiene para lo criar haya hoy gran cantidad de él; porque sin los que el gobernador daba á los curacas amigos, se perdieron muchos por los caminos, aunque sobre ellos llevaban mucha guarda y cuidado; que parti-

cularmente se les señalaba cuando caminaban una de las compañías de á caballo que por su rueda los guardasen.

CAPÍTULO III.

De la provincia Cofa y de su cacique, y de una pieza de artillería que le dejaron en guarda.

El adelantado tenia costumbre siempre que habia de salir de una provincia é ir á otra, enviar delante mensajeros que avisasen al cacique de su ida: esto hacia, lo uno por requirirles con la paz, y asegurarlos de temor que de ver gente estraña en su tierra podian tener, y lo otro por descubrir en la respuesta que los indios le daban el ánimo bueno ó malo que les quedaba; y cuando los indios por la enemistad que entre ellos habia no osaban ir los de la una provincia á la otra, ó cuando habia algun despoblado en medio, entonces el mismo gobernador, como hemos visto atrás, hacia el descubrimiento por la mejor órden que le era posible. Guardando pues esta costumbre, envió mensajeros antes que saliese de la provincia Achalaque al curaca de otra provincia llamada Cofa, que confinaba con esta, haciéndole saber como iba á su tierra á reconocerle por amigo y á tratarle como bermano, que así lo habia hecho con todos los demas señores de vasallos que le habian recibido de paz.

Sin este recaudo mandó á los indios que lo llevaban tuviesen cuidado de decir al cacique Cofa el buen tratamiento que los españoles habian hecho á su curaca Achalaque y á todos los naturales de aquella provincia, porque los habian recibido de paz, y mantenídola siempre.

El cacique Cofa y todos sus vasallos mostraron

holgar mucho con el mensage, y así de comun consentimiento y con gran fiesta y regocijo respondieron, diciendo: que su señoría y todo su ejército fuesen muy enhorabuena á su casa y estado, donde los esperaban con mucho deseo de los ver y conocer para los servir con todas sus fuerzas. Por tanto le suplicaban se diese priesa á caminar.

Con la buena respuesta recibieron contento el general y todos sus soldados, y se dieron mas priesa en su camino; y al cuarto dia de como habian salido de la provincia de Achalaque llegaron al primer pueblo de la provincia Cofa, donde les esperaba el cacique con toda la demas gente, que para muestra de la grandeza de su corte habia llamado, y con la plebeya, que para servicio de los españoles habia mandado recoger; y como supiese que los castellanos iban cerca de su pueblo, salió un tercio de legua fuera á recibirlos y besó las manos al gobernador, volviendo á referir las mismas palabras que en su respuesta envió á decir. El gobernador le abrazó mostrándole mucho amor, y así entraron los españoles en el pueblo puestos en sus escuadrones los de á pie y los de á caballo.

El curaca aposentó al gobernador en su casa y alojó el ejército en el pueblo, señalando él mismo los cuarteles y barrios para tales ó tales compañías, acomodándolas todas por su orden como si fuera el mause de campo, de que los ministros del ejército holgaron mucho, porque se mostraba hombre de guerra. Hecho el alojamiento se fue el cacique con licencia del gobernador á otro pueblo que estaba como dos tiros de arcabuz del primero.

Esta provincia Cofa es fértil y abundante de las comidas que hay en aquella tierra, y tiene todas las demas buenas partes de montes y rasos que de las

otras tierras hemos dicho para criar y sembrar. Es poblada de mucha y muy buena gente doméstica y afable, donde el gobernador y los suyos fueron regalados, y descansaron en el primer pueblo cinco dias, porque el curaca no consintió que se fuesen antes, y el general por via de amistad concedió en ello.

No hemos hecho mencion hasta ahora de una pieza de artillería que el gobernador llevaba en su ejército, y la causa ha sido no haberse ofrecido en toda la jornada donde hablar della hasta este lugar. Es así que habiendo visto el adelantado que no servia sino de carga y pesadumbre ocupando hombres que cuidasen della y acémilas que la llevasen, acordó dejársela al curaca Cofa para que se la guardase: y para que viese lo que le dejaba, mandó asestar la pieza desde la misma casa del cacique á una grande y hermosísima encina que estaba fuera del pueblo, y de dos pelotazos la desbarató toda, de que el curaca y sus indios quedaron admirados.

El gobernador les dijo, que en señal y muestra del amor que les tenia, y en pago de la buena amistad y hospedage que le habian hecho, queria dejarles aquella pieza que él estimaba en mucho, para que se la guardasen y tuviesen á buen recaudo hasta que el volviese por allí ó se la enviase á pedir.

El cacique y todos los indios principales que con él estaban tuvieron en mucho la confianza que de ellos se hacia en dejarles en prendas cosa tan señalada: y así habiendo rendido las gracias con las mejores palabras que supieron decir (principalmente por la confianza y despues por la pieza) la mandaron guardar á mucho recaudo; y puédese creer que hoy la tengan en gran veneracion y estima.

Habiendo descansado el ejército cinco dias, salió

de Cofa para ir á otra provincia llamada Cofaqui, la cual era de un hermano mayor del cacique Cofa, mas rico y mas poderoso que él. El curaca Cofa salió con indios soldados de guerra y otros de servicio, acompañando al gobernador una jornada, y quisiera acompañarle todas las que por su tierra se habian de caminar; mas el general no consintió sino que se volviese á su casa y no pasase adelante. El cacique vista la voluntad de el gobernador le besó las manos con mucha ternura y sentimiento de apartarse dél, y le dijo: suplicaba á su señoría se acordarse del amor y voluntad que le tenia para emplearla en su servicio, que le era muy aficionado servidor. El gobernador se lo agradeció con muy buenas palabras, y así se despidieron el uno del otro.

El curaca tuvo advertencia de despedirse del maese de campo y de los demas capitanes y ministros de la hacienda imperial, á los cuales todos habló como si los hubiera conocido de mucho tiempo atrás. Luego que se hubo despedido de los españoles llamó á sus capitanes, y les dijo, que con todos los indios de guerra y de servicio que consigo habian traído fuesen sirviendo y regalando al gobernador y á todo su ejército, y que se tuviesen por dichosos que los castellanos los hubiesen recebido en su amistad y servicio. Mandó asimismo á un indio principal que se adelantase y avisase á su hermano Cofaqui de la ida de los españoles á su tierra, que le suplicaba los recibiese de paz y los sirviese como él lo habia hecho, porque lo merecian. Con este recaudo del cacique Cofa envió otro el general al curaca Cofaqui ofreciéndole paz y amistad. Proveidas estas cosas, se volvió el cacique á su casa, y el adelantado siguió su descubrimiento; y al fin de otras seis jornadas que anduvo, salió de

la provincia de Cofa , tierra como hemos dicho fértil y abundante , poblada de gente dócil y plática mas que otra alguna que hasta allí hubiesen visto los españoles.

CAPÍTULO IV.

Trata del curaca Cofaqui y del mucho regalo que á los españoles hizo en su tierra.

Luego que el curaca Cofaqui recibió los recaudos de su hermano y del gobernador , mandó apercebir todo lo necesario , así de gente noble para la ostentacion de la grandeza de su casa , como de bastimentos y gente de servicio para servir y regalar á los españoles. Y antes que el gobernador entrase en ella , le envió cuatro caballeros principales acompañados de mucha gente que le diesen la buena hora y el pláceme de su venida , y la obediencia que se le debia ; y le dijese como lo esperaban con toda paz y amistad y deseo de le servir y regalar en todo lo que su habilidad y posibilidad alcanzase.

Con esta embajada recibió contento el general y toda su gente , porque no pretendian amigos forzados sino de gracia , y así caminaron hasta llegar al término de Cofaqui , donde á los indios que con ellos habian ido de la provincia de Cofa les dieron licencia para que los de guerra y los de servicio se volviesen á sus casas : y en lugar dellos trujeron los de Cofaqui otros que llevaron las cargas.

El gobernador llegó al primer pueblo de Cofaqui donde estaba el cacique , el cual como por sus atalayas supiese que el general iba cerca , salió á recibirle fuera del pueblo acompañado de muchos hombres nobles , hermosamente arreados de arcos y flechas y grandes plumas , con ricas mantas de martas y otras diversas pellejinas tan bien aderezadas como en lo

mejor de Alemaña. Entre el gobernador y el curaca pasaron muy buenas palabras, y lo mismo hubo entre los indios principales y los caballeros y capitanes del ejército, dándose á entender parte por palabras y parte por señas; y así entraron en el pueblo con gran fiesta y regocijo de los indios. El cacique por su persona aposentó á los españoles, y él se fue con licencia del gobernador á otro pueblo que estaba cerca, donde habia mudado su casa por desembarazar aquel para alojamiento de los españoles: y luego otro dia bien de mañana vino á visitar al gobernador, y despues de haber hablado largo en cosas que tocaban á la relacion de aquella provincia, dijo el indio. Señor, yo deseo saber la voluntad de vuestra señoría, si es de quedarse aquí, donde deseamos servirle, ó de pasar adelante, para que conforme á ella se provea con tiempo lo que conviene á vuestro servicio. El gobernador dijo: que iba en demanda de otras provincias que le habian dicho estaban adelante, y que la una dellas se llamaba Cofachiqui, y que no podia hacer asiento ni parar en parte alguna hasta que las hubiese visto y andado todas.

El curaca respondió, que aquella provincia confinaba con la suya, y que entre la una y la otra habia un gran despoblado que se andaba en siete jornadas, y que para el camino ofrecia á su señoría los indios de guerra y de servicio necesarios que le sirviesen y acompañasen hasta donde su señoría quisiese llevarlos. Asimismo le ofrecia todo el bastimento que fuese menester para el viage, que lo suplicaba pidiese y mandase proveer lo que fuese servido llevar como si estuviera en su propia tierra: que toda aquella estaba á su voluntad y muy deseosa de servirle.

El gobernador le agradeció el ofrecimiento, y le dijo: que pues él como capitan experimentado

y como señor de aquella tierra sabia el camino que se habia de andar y el bastimiento que sería menester, lo proveyese como en causa propia, que los españoles no tenían necesidad de otra cosa sino de comida, y que en dejársela toda á su voluntad y arbitrio vería la poca ó ninguna molestia que deseaban darle.

Con esta confianza que el gobernador hizo del cacique le obligó á que hiciese mas que hiciera, si señaladamente le pidiera lo que habia menester, y así lo dijo él: y luego mandó que con mucha diligencia y solicitud se juntase el bastimento y los indios de carga que lo hubiesen de llevar, lo cual fue obedecido y proveido con tanta prontitud, que en cuatro dias que los españoles descansaron en el pueblo Cofaqui, se juntaron cuatro mil indios de servicio para llevar la comida y ropa de los cristianos; y otros cuatro mil de guerra para acompañar y guiar el ejército.

El bastimento principal que los castellanos procuraban, donde quiera que se hallaban, era el maiz, el cual en todas las Indias de el Nuevo-Mundo es lo que en España el trigo. Con el maiz proveyeron los indios mucha fruta seca, de la que hemos dicho atrás que la tierra produce de suyo sin cultivarla, como son ciruelas pasadas, y pasas de uvas, nueces de dos ó tres suertes, y bellota de encina y roble, provision de carne no hubo alguna, porque ya hemos dicho que no la tienen de ganado doméstico sino la que matan cazando por los montes.

El gobernador y los suyos viendo tanta junta de gente, aunque se juntaban para le servir, se recataban y velaban de noche y de dia mas que lo ordinario; porque los indios debajo de amistad viéndolos descuidados no se atreviesen á hacer alguna

cosa en daño dellos: mas los indios estaban bien descuidados y agenos de ofender á los españoles; antes con todas sus fuerzas y ánimo atendian á les servir y agradar, para con el favor y amparo dellos vengarse de las injurias y daños que de sus enemigos los de Cofachiqui habian recebido, como luego veremos.

Un dia antes del dia señalado para la partida de los españoles, estando el curaca en la plaza del pueblo con el general y otros capitanes y caballeros principales del ejército, mandó llamar á un indio que para todas las cosas de guerra que se le ofreciesen tenia elegido por capitán general, y al presente lo estaba para ir con el gobernador. Al cual, venido que fue ante él, le dijo: bien sabeis la guerra y enemistad perpétua que nuestros padres, abuelos y antepasados siempre han tenido y nosotros al presente tenemos con los indios de la provincia de Cofachiqui, donde ahora vais en servicio de nuestro gobernador y destos caballeros; y tambien son notorios los muchos y notables agravios, males y daños que los naturales de aquella tierra de continuo han hecho y hacen en los de la nuestra. Por lo cual será razon que pues la ventura nos ofrece para nuestra venganza una ocasion tan buena como la presente, que no la perdamos.

Vos, mi capitán general, como tenemos acordado habeis de ir en compañía y servicio del gobernador y de su invencible ejército, con cuyo favor y amparo hareis en satisfacion de nuestras injurias y daños todo lo que contra nuestros enemigos pudiéredes imaginar: y porque entiendo no hay necesidad de que se gasten con vos muchas palabras para encargaros lo que habeis de hacerme remito á vuestro ánimo y voluntad: la cual sé que se confor-

mará con mi pretension y con lo que en este caso á nuestra honra conviene.

CAPITULO V.

Patofa promete venganza á su curaca; y cuéntase un caso extraño que acaeció en un indio guia.

El indio Apu, que en lengua del Perú quiere decir capitán general, ó supremo en cualquier cargo, el cual en su propio nombre se llamaba Patofa, y era de muy gentil persona y rostro, tal que su vista y aspecto certificaba ser bien empleada en él la elección de capitán general, y prometía todo buen hecho en paz y en guerra, levantándose en pie y saltando una manta de pellejos de gatos que en lugar de capa tenía, tomó un montante de palma, que un criado suyo en lugar de insignia de capitán en pos dél traía, y con él hizo delante de su cacique y del gobernador muchas y muy buenas levadas, saltando á una parte y á otra, con tanta destreza, y aire, y compás, que un famoso esgremidor ó maestro de armas no pudiera hacer mas; tanto que admiró grandemente á nuestros españoles: y habiendo jugado mucho rato paró, y con el montante en las manos se fue á su curaca, y haciéndole una gran reverencia á la usanza dellos, que se diferenciaba poco de la nuestra, le dijo, según los intérpretes declararon. Príncipe y señor nuestro, como criado tuyo y capitán general de vuestros ejércitos, empeño mi fé y palabra á vuestra grandeza de hacer en cumplimiento de lo que se me manda todo lo que mis fuerzas é industria alcanzaren, y prometo mediante el favor de estos valientes españoles vengar todas las injurias, muertes, daños, y pérdidas que nuestros mayores y nosotros hemos recebido de los naturales de Co-

fachiqui : y la venganza será tal que con mucha satisfacion de tu reputacion y grandeza puedas borrar de la memoria lo que ahora por no estar vengado te ofende en ella : y la mas cierta señal que podrás tener de haber yo cumplido lo que me mandas será que habiéndolo hecho bastantemente osaré volver á presentarme ante vuestro acatamiento : y si la suerte saliere contraria á mis esperanzas , no me verán jamás tus ojos ni los del sol , que yo mismo me daré el castigo que mi cobardía ó mi poca ventura mereciere, que será la muerte cuando los enemigos no quisieren dármela de su mano. El curaca Cofaqui se levantó en pie, y abrazando al general Patofa le dijo. Vuestras promesas tengo por ciertas como si ya las viese cumplidas , y así las gratificaré como servicios hechos , que yo tanto deseo recibir. Diciendo esto se quitó una capa de martas hermosísimas que traía puesta , y de su propia mano cubrió con ella á Patofa en pago de los servicios aun no hechos. Las martas de la capa eran tan finas que la apreciaban los españoles valdría en España dos mil ducados.

El favor de dar un señor á un criado la capa ó el plumage , ó cualquier otra presea de su persona, principalmente si para darla se la quita en su presencia del criado , era entre todos los indios deste gran reino de la Florida cosa de tan grande honra y estima , que ningun otro premio se igualaba á él : y parece que conforme á buena razon tambien lo debe ser en todas naciones.

Estando ya proveido todo lo necesario para el camino de los españoles , sucedió la noche antes de la partida un caso extraño que los admiró , y fue, que como atrás hicimos mencion , prendieron los nuestros en la provincia de Apalache dos indios

*

mozos, los cuales se habian ofrecido guiar á los castellanos. El uno dellos, á quien los cristianos sin le haber bautizado llamaban Marcos, habia guiado ya todo lo que del camino sabia. El otro que así mismo, sin le haber dado agua de bautismo, le llamaban Pedro, era el que habia de guiar de allí adelante hasta la provincia de Cofachiqui, donde habia dicho que hallarian mucho oro, y plata, y perlas preciosas. Este mozo andaba entre los españoles tan familiarmente como si hubiera nacido entre ellos. Sucedió que la noche antes de la partida, casi á media noche, dió grandísimas voces pidiendo socorro diciendo que le mataban. Todo el ejército se alborotó entendiendo que era traicion de los indios, y así tocaron arma, y á mucha diligencia se pusieron á punto de guerra en escuadrones formados los infantes y los caballos: mas como no sintiesen enemigos, salieron á reconocer de donde habia salido el arma, y hallaron que el indio Pedro la habia causado con sus gritos. El cual estaba temblando de miedo, asombrado y medio muerto, preguntando qué era lo que habia visto ó sentido para pedir socorro con tan extraños gritos, dijo: que el demonio con una espantable vista y con muchos criados que le acompañaban, habia venido á él y díchole que no guiase á los españoles donde habia prometido guiarle, so pena que lo mataria, y juntamente diciendo estas palabras lo habia zaleado y arrastrado por el aposento, y dádole muchos golpes por todo el cuerpo, de que estaba molido y quebrantado sin poderse menear: y que segun el demonio lo maltrataba entendia que lo acabára de matar si no acertáran á entrar tan presto dos españoles que le socorrieron: que como el demonio grande los vió entrar por la puerta de su aposento le habia dejado luego y huido, y tras él habian ido todos sus

criados. Por lo cual entendia que los diablos habian miedo á los cristianos: por tanto él queria ser cristiano; que por amor de Dios les suplicaba lo bautizasen luego porque el demonio no volviese á le matar, que estando bautizado como los otros cristianos estaria seguro que no le tocase, porque lo habia visto huir dellos.

Todo esto dijo el indio Pedro Catecúmeno delante del gobernador y de otros españoles que se hallaron presentes, los cuales se admiraron de haberle oido, y vieron que no era fingido, porque los cardenales y tolondrones y hinchazones que en el rostro y por todo el cuerpo hallaron, testificaban los golpes que le habian dado. El general mandó llamar los sacerdotes, clérigos y frailes, y les dijo que en aquel caso hiciesen lo que bien visto les fuese. Los cuales habiendo oido al indio lo bautizaron luego, y se estuvieron con él toda aquella noche, y el día siguiente confirmandolo en la fé, y esforzándole en su salud, que decia estaba molido y hecho pedazos de los golpes que le habian dado, y por su indisposicion dejó de caminar aquel día el real hasta el siguiente; y lo llevaron dos dias á caballo porque no podia tenerse en pie.

Por lo que hemos dicho del indio Pedro se podrá ver cuán fáciles sean estos indios y todos los del Nuevo-Mundo á la conversion de la fé católica, y yo como natural y testigo de vista de los del Perú, osaré afirmar que bastaba la predicacion deste indio solo con lo que habia visto, para que todos los de su provincia se convirtieran y quidieran el bautismo como él lo hizo. Mas los nneestros que llevaban intencion de predicar el Evangelio despues de haber ganado y pacificado la tierra no hicieron por entonces mas de lo que se ha dicho.

El ejército salió del pueblo Cofaqui, y el curaca lo acompañó dos leguas, y pasára adelante si el gobernador no le rogára que se volviera á su casa. Al despedirse mostró como amigo sentimiento de apartarse del gobernador y de los españoles; y habiéndole besado las manos y á los principales dellos, encomendó de nuevo á su capitan general Patofa el cuidado de servir al adelantado y á todo su ejército. El cual respondió: que por la obra veria cuán á su cargo llevaba todo lo que le habia mandado. Con esto se volvió el cacique á su casa, y los españoles siguieron su camino en demanda de la provincia Cofachiqui tan deseada por ellos.

CAPÍTULO VI.

El gobernador y su ejército se hallan en mucha confusión por verse perdidos en unos desiertos y sin comida.

El ejército de los cristianos caminaba por sí aparte en sus escuadrones formados, los infantes y los de á caballo. Y el capitan general Patofa, que como se ha dicho llevaba cuatro mil hombres de guerra, gente escogida, caminaba asimismo en su escuadron aparte con avanguardia y retaguardia, y la gente de carga y servicio iba en medio. De esta manera caminaban estas dos naciones tan diferentes aunque no en el gobierno militar: porque era cosa de gran contento ver la buena orden y concierto que cada cual en competencia de la otra llevaba. Y los indios en ninguna cosa que fuese guardar buena milicia querían reconocer ventaja á los españoles. De noche tambien se alojaban divididos, que luego que los cuatro mil indios de carga entregaban el bastimento á los nuestros, se pasaban á dor-

mir con los suyos; y así los indios como los castellanos ponian sus centinelas, y se velaban y guardaban los unos de los otros como si fueran enemigos declarados: particularmente hacian esto los cristianos, porque de ver tanta órden y concierto en los infieles, se recataban dellos: mas los indios iban bien descuidados de toda malicia, antes mostraban deseo de agradar en toda cosa á los españoles: y el poner las centinelas con sus cuerpos de guardia y la demas órden que guardaban, mas lo hacian por mostrarse hombres de guerra, que no por recatarse de los españoles. Con esta vigilancia y cuidado caminaron todo el tiempo que les duró la compañía. Y por el parage por do fueron, que acertó á ser por lo mas angosto de la provincia de Cofaqui: salieron della en dos jornadas, y la segunda noche durmieron al principio del despoblado grande que hay entre las dos provincias de Cofaqui y Cofachiqui.

Otras seis jornadas caminaron por el despoblado, y vieron que la tierra era toda apacible, y las sierras y montes que se hallaban no eran ásperos ni cerrados, sino que podian andar fácilmente por ellos. En estas seis jornadas, entre otros arroyos pequeños, pasaron dos rios grandes, furiosos y de mucha agua, mas por traerla tendida pudieron vadearlos aprovechándose de los caballos, de los cuales hicieron una pared del un cabo al otro del rio para que en ella quebrase la furia del agua, que era tan recia, que á la cinta que diese á los infantes no podian tenerse; mas con el socorro de los caballos asiéndose á ellos, pasaron sin peligro todos los de á pie, así indios como españoles.

Al seteno dia se hallaron en medio de la jornada en gran confusion indios y españoles; porque el ca-

mino que hasta allí habían llevado, que parecia un camino real muy ancho, se le acabó, y muchas sendas angostas que á todas partes por el monte habia, á poco trecho que por ellas caminaban se les perdian y quedaban sin senda; de manera que despues de hechas muchas diligencias se hallaron encerrados en aquel desierto sin saber por dónde pudiesen salir dél: y los montes eran diferentes que los pasados, porque eran mas altos y cerrados, que con trabajo podian andar por ellos.

Los indios, así los que el gobernador traia domésticos como los que iban con el general Patofa, se hallaron perdidos sin que entre todos ellos hubiese alguno que supiese el camino, ni decir á cuál banda podian echar para salir mas aína de aquellos montes y desiertos. El gobernador llamando al capitan Patofa, le dijo: ¿que por cuál causa le habia metido debajo de amistad en aquellos desiertos, donde para salir dellos á parte alguna no se hallaba camino? y cómo era posible ni creedero que entre ocho mil indios que consigo traia, no hubiese alguno que supiese dónde estaban ó por dónde pudiesen salir á la provincia Cofachiqui aunque fuese abriendo los montes á mano; y que no era verisímil que habiendo tenido guerra perpétua los unos con los otros, no supiesen los caminos públicos y secretos que pasaban de la una provincia á la otra.

El capitan Patofa respondió: que ni él ni indio de los suyos jamás habían llegado donde al presente estaban; y que las guerras que aquellas dos provincias se habían hecho, nunca habían sido en batallas campales de poder á poder entrando los unos con ejército hasta las tierras de los otros, sino solamente en las pesquerías de aquellos dos rios y los demas arroyos que atrás habían dejado, y en las monterías y

cacerías que los unos y los otros hacian por aquellos montes y despoblados que habian pasado, donde encontrándose en las tales monterías y pesquerías como enemigos se mataban y cautivaban; y que por haber sido los de Cofachiqui superiores á los suyos y haberles hecho siempre muchas ventajas en las peleas que así habian tenido, sus indios andaban amedrentados y como rendidos, sin osar alargarse ni salir de sus términos; y que por esta causa no sabian adónde estaban ni por dónde pudiesen salir de aquellos despoblados, y que si su señoría sospechaba que él los hubiese metido en aquellos desiertos con astucia y engaño para que pereciesen en ellos con su ejército se desengañase; porque su señor Cofaqui ni él que se preciaban de hombres de verdad, habiéndolos recibido por amigos, no habian de imaginar, quanto mas hacer cosa semejante. Y para certificarse que era verdad lo que decia, tomase los rehenes que quisiere, y que si bastaba su cabeza para satisfacerle, que muy de su grado se la entregaba luego para que mandase cortársela, no solo á él, sino tambien á todos los indios que con él venian, los cuales todos estaban á su obediencia y voluntad, así por ley de guerra, porque era su capitan general, como por particular mandato que su curaca y señor les habia dado, diciendo, que en toda cosa le obedeciesen hasta la muerte.

El gobernador oyendo las buenas palabras de Patofa, y viendo el ánimo apasionado con que las decia, porque no hiciese alguna desesperacion, le dijo, que le creía y estaba satisfecho de su amistad. Luego llamaron al indio Pedro, de quien dijimos le habia maltratado el demonio en Cofaqui. El cual desde la provincia de Apalache hasta aquel dia habia guiado á los españoles con tanta noticia de la tierra, que la noche

antes decia todo lo que el dia siguiente habian de hallar en el camino. Este mozo tambien como los demas indios perdió el tino que hasta allí habia traído, y dijo: que como habia cuatro ó cinco años que habia dejado de andar por aquel camino, estaba olvidado de tal manera, que totalmente se hallaba perdido, que ni sabia el camino ni acertaria á decir á tiento por do pudiesen salir á la provincia de Cofachiqui. Muchos españoles viéndole cerrarse y desconfiar de la noticia del camino, decian que de temor del demonio que le habia maltratado y amenazado no queria guiarles ni decir por cuál parte habian de salir por aquel despoblado.

Con esta confusion, sin saber como salir della, caminaron nuestros españoles lo que del dia les quedaba, sin camino alguno sino por donde hallaban mas claro y abierto el monte. Yendo así perdidos llegaron al poner del sol á un rio grande, mayor que los dos que habian pasado, que por mucha agua no se podía vadear; cuya vista les causó mayores congojas, porque ni para lo pasar tenian balsas ó canoas, ni bastimento que comer mientras las hiciesen, que era lo que mas pena les daba: porque la comida que de Cofaqui habian sacado habia sido tasada para siete dias que habian dicho duraria atravesar el despoblado; y aunque habian llevado cuatro mil indios de carga, habian sido las cargas tan livianas que no eran medias de las ordinarias; y un indio á todo reventar no puede llevar mas de media hanega de zara ó maiz, y estos por ir cargados no habian dejado de llevar sus armas como los demas indios que iban por soldados, que como todos ellos habian salido de su tierra con intencion de vengarse de los de Cofachiqui, iban apercebidos de sus armas; y tambien las llevaban por no volverse con las manos en el seno

habiendo de pasar por tierras ágenas y de enemigos. Por estas causas, porque estos eran casi diez mil hombres, y cerca de trecientos y cincuenta caballos á comer del maiz, cuando llegó el seteno dia de su camino ya no llevaban cosa de comer: y aunque el dia antes se habia echado bando guardasen la comida y se tasasen en ella, porque se temia si la hallarian tan presto ó no, era ya tarde, que ya no habia que guardar. De manera que nuestros españoles se hallaron sin guia, sin camino, sin bastimento, perdidos en unos desiertos, atajados por delante de un caudaloso rio, y por las espaldas con el largo despoblado que habian andado, y por los lados con la confusion de no saber cuándo ni por dónde pudiesen salir de aquellos breñales; y sobre todo la falta de la comida que era lo que mas les congojaba.

CAPÍTULO VII.

Van cuatro capitanes á descubrir la tierra, y un extraño castigo que Patofa hizo á un indio.

Habiendo considerado el gobernador las dificultades é inconvenientes en que su ejército se hallaba, le pareció era lo mas acertado y aun forzoso no caminar el real hasta haber hallado camino y salida de aquellos desiertos; y así luego que amaneció el dia siguiente mandó que saliesen cuatro cuadrillas, dos de á caballo y dos de infantes, y que las dos fuesen el rio arriba, y las otras dos el rio abajo con órden y aviso que cada una dellas fuese siguiendo la ribera del rio sin apartarse dél, y las otras dos siguiesen el mismo viage una legua la tierra adentro, á ver si por una via ó por otra topaban algun camino ó descubrian tierra poblada. Mandó á cada uno de los capitanes que volviesen dentro en cinco dias

con lo que hubiesen hallado. Estos capitanes fueron el contador Juan de Añasco, Andrés de Vasconcelos, Juan de Guzman y Arias Tinoco.

Con el capitán Juan de Añasco fue el general Patofa, que no quiso quedar en el real, y acertaron á ser los que fueron por la orilla del río arriba; con ellos fue el indio Pedro, que estaba corrido de haber perdido el tino, y le parecía que yendo por aquel viage habia de salir con su empresa y poner los españoles en la provincia de Cofachiqui como lo habia prometido. Con cada compañía de los españoles fueron mil indios de los de guerra, para que derramados por los montes procurasen hallar algún camino.

El gobernador se quedó en la ribera del río aguardando las nuevas que los suyos le trujesen, donde él y su gente pasaron extrema necesidad de comida; porque no comian sino pámpanos de parrizas que habia por montes y arroyos; los cuatro mil indios de servicio que quedaron con el general salian en amaneciendo á buscar de comer por los campos y volvian á la noche con yerbas y raices que eran de comer, y con algunas aves y animalejos que habian muerto con los arcos. Otros traían peces que habian pescado, que ninguna diligencia que les fuese posible dejaban de hacer por haber comida; y todo lo que así hallaban sin tocar en ello ni esconder parte alguna, lo traían á los españoles, en cuyas camaradas ellos iban repartidos; y era tanta la fidelidad y respeto que en esto los indios les tenian, que aunque se cayesen de hambre no tomaban cosa alguna antes de haberla presentado á los españoles. Los cuales vencidos con este comedimiento daban á los indios de lo que así traían la mayor parte: mas todo era nada para tanta gente.

El gobernador pasados tres días que habia esta-

do en aquel alojamiento, viendo que no se podia llevar tanta hambre, que cierto era mas que se puede encarecer, mandó que matasen algunos cochinos de los que llevaban para criar, y se diesen de socorro ocho onzas de carne á cada español: socorro mas para acrecentar la hambre que para la entretener: de la carne tambien partieron los españoles con sus indios, porque viesen que no querian aventajarse en cosa alguna, sino pasar igual necesidad con ellos.

Era cosa de grandísimo contento para los soldados ver el buen semblante que el general mostraba á los suyos en esta afliccion, por esforzarles y ayudar á pasar la hambre, aunque él no era aventajado en cosa alguna, como si fuera el menor de todos ellos. Lo mismo hacian los soldados con el capitan, que por consolarle de la pena que haciendo oficio de buen padre sentia de ver los suyos en tanto trabajo, disimulaban la hambre que sentian, y fingian menos necesidad de la que pasaban; mostraban en sus rostros alegría y contento de hombres que estuviesen en toda abundancia y prosperidad.

Olvidádosenos ha de haber dicho atrás en su lugar un ejemplar castigo que el capitan Patofa hizo en un indio de los suyos: por ser tan extraño será razon que no quede en olvido, y caerá bien donde quiera que se ponga. Es así que al quinto dia que vinieron caminando por el despoblado, un indio de los que llevaban carga (que en lengua de la isla Española llaman tameme) sin haber recibido agravio, movido de cobardía ó deseo de ver á su muger y hijos, ó porque el diablo le habiese dicho la hambre que habian de pasar, ó por otra causa que él se sabia, acordó huirse. El español á cuyo cargo iba, echándolo menos, dió cuenta dello al general Patofa. El

cual mandó á cuatro indios mozos, gentiles hombres, que á toda diligencia volviesen por aquel indio y no parasen hasta haberlo alcanzado, y se lo trujesen maniatado. Los indios se dieron tan buena priesa que en breve espacio lo alcanzaron, y volvieron al real, y pusieron delante de su capitan.

El cual despues de haber en presencia de sus soldados afeado su cobardía y pusilanimidad, y el desacato de su príncipe y curaca, y el poco respeto á su capitan general, y la traicion y alevosía que á sus compañeros y á toda su nacion habia hecho, le dijo: no quedará tu delito y maldad sin castigo porque otros no tomen de tí mal ejemplo. Diciendo esto mandó que le llevasen á un arroyo pequeño que pasaba por el alojamiento, y Patofa presente le quitaron esa poca ropa que llevaba, que no le dejaron mas de los pañetes. Luego por mandado del capitan trujeron muchos renuevos de árboles de mas de una braza en largo, y dijo al indio: échate de pechos sobre ese arroyo y bebe toda esa agua, y no ceses hasta que la agotes. Mandó á cuatro gandiles que en alzando la cabeza del agua le diesen con las varas hasta que volviese á beber, y hizo que le enturbiasen el agua porque la bebiese con mayor pena. El indio puesto en el tormento bebió hasta que no pudo mas; empero los verdugos le daban en parando de beber cruelísimos varazos, que lo tomaban de la cabeza á los pies y no cesaban de darle hasta que volvía á beber. Algunos parientes suyos viendo el castigo tan riguroso, y sabiendo que no habian de parar hasta haberlo muerto, fueron corriendo al gobernador, y echados á sus pies, le suplicaron hubiese piedad del pobre pariente. El general envió un recaudo al capitan Patofa, diciendole tuviese por bien cesase el castigo tan justificado, y no pasase adelante su eno-

jo. Con esto dejaron al indio ya medio muerto, que sin sed habia bebido tanta agua.

CAPÍTULO VIII.

De un cuento particular acerca de la hambre que los españoles pasaron, y como hallaron comida.

Volviendo á la hambre y necesidad que el gobernador y su ejército pasaron aquellos dias, me pareció contar un caso particular que pasó entre unos soldados de los mas aventajados que en el real habia, para que por él se considere y vea lo que se padecería en comun, que decir cada cosa en particular sería nunca acabar, y hacer nuestra historia muy prolija. Es así que un dia de los de mayor hambre cuatro soldados de los mas principales y valientes, que por ser tales hacian donaire y risa (aunque falsa) del trabajo y necesidad que pasaban, quisieron, porque eran de una camarada, saber qué bastimento habia entre ellos, y hallaron que apenas habia un puñado de zara. Para lo repartir, porque creciese algo, la cocieron, y en buena igualdad sin agravio alguno cupieron á diez y ocho granos. Los tres dellos, que eran Antonio Carrillo, y Pedro Moron, y Francisco Pechudo, comieron luego sus partes. El cuarto, que era Gonzalo Silvestre, echó sus diez y ocho granos de maiz en un pañuelo y los metió en el seno. Poco despues se topó con un soldado castellano, que se decia Francisco de Troche, natural de Burgos, el cual le dijo: ¿llevais algo que comer? Gonzalo Silvestre le respondió por donaire. Sí, que unos mazapanes muy buenos recién hechos me trujeron ahora de Sevilla. Francisco de Troche en lugar de enfadarse rió el disparate. A este punto llegó

otro soldado, natural de Badajoz, que se decia Pedro de Torres, el cual enderezando su pregunta á los que hablaban en los mazapanes, les dijo: ¿vosotros teneis algo que comer? (que no era otro el language de aquellos dias) Gonzalo Silvestre respondió: una rosca de Utrera tengo muy buena, tierna y recien sacada del horno: si quereis della partiré con vos largamente. Rieron el segundo imposible como el primero. Entonces les dijo Gonzalo Silvestre, pues porque veais que no he mentido á ninguno de vosotros, os daré cosa que al uno le sepa á mazapanes si los ha en gana, y al otro á rosca de Utrera si se le antoja. Diciendo esto sacó el pañuelo con los diez y ocho granos de zara y dió á cada uno dellos seis granos, y tomó para sí otros seis, y todos tres se los comieron luego antes que se recreciesen mas compañeros y cupiesen á menos: y habiéndolos comido se fueron á un arroyo que pasaba cerca, y se hartaron de agua ya que no podian de vianda; y así pasaron aquel dia con no mas comida, porque no la habia. Con estos trabajos y otros semejantes, no comiendo mazapanes, ni roscas de Utrera, se ganó el Nuevo-Mundo, de donde traen á España cada año doce y trece millones de oro y plata, y piedras preciosas; por lo cual me precio muy mucho de ser hijo de conquistador de el Perú, de cuyas armas y trabajos ha redundado tanta honra y provecho á España.

Volviendo á los cuatro capitanes que fueron á descubrir caminos, decimos: que con la misma hambre y necesidad que pasaron el gobernador y los de su ejército, caminaron ellos seis dias. Los tres capitanes dellos no hallaron cosa digna de memoria, sino hambre y mas hambre. Solo el contador Juan de Añasco tuvo mejor dicha, que habiendo caminado tres dias siempre el rio arriba sin apartarse dél, al

fin dellos halló un pueblo asentado en la ribera por la misma parte que él iba, en la cual halló poca gente, mas mucha comida para pueblo tan pequeño, que solo en una casa de depósito habia quinientas hane-gas de harina hecha de maiz tostado, sin otro mucho que habia en grano, con que los indios y españoles se alegrarou lo que se puede imaginar; y despues de haber visto lo que habia en las casas, subieron en las mas altas y descubrieron que de allí adelante el rio arriba estaba poblada la tierra de muchos pueblos grandes y pequeños, con muchas sementeras á todas partes; de que los nuestros dieron gracias á Dios, y ellos y los indios mataron la hambre que llevaban. Y pasada la media noche despacharon cuatro de á caballo, que á toda diligencia volviesen á dar aviso al gobernador de lo que habian visto y descubierto. Los cuatro españoles volvieron con la buena nueva, y para ser creidos llevaron muchas mazorcas de zara y unos cuernos de vacas, que no se pudo saber de donde los hubiesen traído los indios, porque en todo lo que estos españoles anduvieron de la Florida nunca hallaron vacas; y aunque es verdad que en algunas partes hallaron carne fresca de vaca, nunca vieron vacas ni fue posible con los indios, por caricias ni amenazas, que dijese donde las habia.

El general Patofa y sus indios la noche que durmieron en el pueblo lo mas secretamente que pudie-ron sin que los españoles supiesen cosa alguna de su hecho, lo saquearon, y robaron el templo que servia solamente de entierro donde (como adelante diré-mos de otros mas famosos) tenian lo mejor y mas rico de sus haciendas. Mataron todos los indios que dentro y fuera del pueblo pudieron haber, sin perdonar sexo ni edad, y á los que así mataban les quitaban los cascos de la cabeza de las orejas arriba, con

admirable maña y destreza. Estos cascos llevaban para que por vista de ojos viese su curaca y señor Cofachiqui la venganza que en sus enemigos habian hecho de las injurias recibidas; porque segun despues se vió, este pueblo era de la provincia de Cofachiqui, que tan deseada habia sido de los españoles, y tanta hambre les habia costado el descubrirla.

El dia siguiente á medio dia salió Juan de Añasco del pueblo con todos sus españoles é indios, que no osaron esperar en él al gobernador, temiendo no se apellidasen los de la tierra y juntasen gran número de gente, que segun la mucha poblazon que por el rio arriba habia pudieran juntarse muchos y dar en ellos y matarlos todos, que no eran poderosos para resistirlos; por esto les pareció mas seguro volver atrás á recebir el gobernador.

CAPÍTULO IX.

Llega el ejército donde hay bastimento. Patofa se vuelve á su casa, y Juan de Añasco va á descubrir tierra.

Los cuatro caballeros que con la relacion y buena nueva de haber hallado comida y tierra poblada dejamos en el camino, llegaron donde el gobernador estaba, habiendo caminado en un dia á la vuelta lo que habian caminado en tres á la ida, que fueron mas de doce leguas, y le dieron aviso de lo que habian descubierto.

El cual luego que amaneció mandó caminar la gente donde los cuatro caballeros la guiasen. Los soldados tenian tanta hambre y tan buena gana de ir donde hallasen comida, que caminaron á rienda suelta sin que fuese posible ponerlos en órden, ni que caminasen en escuadron como solian, sino que iba ade-

lante el que mas podia: y tanta fue la priesa que se dieron á caminar, que el dia siguiente antes de medio dia estaban ya todos en el pueblo.

Al gobernador le pareció parar en él algunos dias, así porque la gente se refrescase y reformase del trabajo pasado, como por esperar los tres capitanes que por las otras partes habian ido á descubrir la tierra. Los cuales habiendo caminado tres dias en seguimiento del viaje que cada uno dellos habia tomado, y habiendo hallado casi todos tres igualmente muchos caminos y sendas que por todas partes atravesaban la tierra, por las cuales hallaban rastro de indios; mas no pudiendo haber alguno para se informar dél, ni pudiendo descubrir poblado por no alejarse mas, y porque no llevaban mas término, se volvieron al puesto al fin del quinto dia que se habian partido del gobernador, y no le hallando siguieron el rastro que el ejército dejaba hecho, y en otros dos dias habiendo padecido la hambre y trabajos que se puede imaginar, como hombres que habia mas de ocho dias que no habian comido sino yerbas y raices, y aun no hasta hartar, llegaron al pueblo donde el gobernador estaba, en cuya presencia, y en la de todos los compañeros, refiriendo los unos á los otros los trabajos y hambre que habian pasado, se alentaron y cuidaron de reformarse.

Toda la hambre y necesidad que hemos contado que pasaron estos españoles en los despoblados, la cuenta muy largamente Alonso de Carmona en su relacion, y dice que fueron quatro los puercos que mataron para socorrer la gente, y que eran muy grandes con que (dice) sacamos el vientre de mal año; debió decirlo por ironía, por ser cosa tan poca para tanta gente.

En este primer pueblo de la provincia de Cofa-

chiqui, donde se juntó todo el ejército, paró el gobernador siete dias para que la gente se rehiciese del trabajo pasado, en los cuales el capitán Patofa y sus ocho mil indios con el secreto posible hicieron todo el mal y daño que pudieron en sus enemigos. Corrieron cuatro leguas de tierra á todas partes donde pudiesen dañar. Mataron los indios é indias que pudieron haber, y les quitaron los cascos para llevárselos en testimonio de sus hazañas; saquearon los pueblos y templos que pudieron alcanzar, no les quemaron como quisieran, porque no lo viese ó supiese el gobernador. En suma no dejaron de hacer cosa de las que en daño de sus enemigos y venganza propia pudieron haber imaginado. Y pasára adelante la crueldad si al quinto dia de aquella estado, no llegára á noticia del gobernador lo que Patofa y sus indios habian hecho y hacian. El cual considerando que no era justo que debajo de su favor y sombra nadie hiciese daño á otro, y que no sería bien que por el mal que otro hacia sin consentimiento suyo él cobrase enemigos para adelante, pues iba antes convidando con la paz á los indios que haciéndoles guerra; acordó despedir á Patofa para que con todos los suyos se volviese luego á su tierra; y así lo puso por obra: que habiéndole rendido las gracias por la amistad y buena compañía que le habia hecho, y habiéndole dado para él y para su curaca piezas de paños, y sedas, lienzos, cuchillos, tisesas y espejos, y otras cosas de España que ellos estiman en mucho, lo envió muy contento y alegre de la merced y favor que se le habia hecho: empero mucho mas lo iba él por haber cumplido bastantemente la palabra que á su señor habia dado de le vengar de sus enemigos y ofensores.

Despues que Patofa y sus indios se fueron, que-

dó el gobernador en el mismo pueblo descansando otros dos dias: mas ya que vió su gente reforzada, le pareció pasar adelante y caminar por la ribera del rio arriba, hácia donde iba la poblazon. Así fue el ejército tres dias sin topar indio alguno vivo, sino muchos muertos y sin cascos; donde vieron los castellanos la mortandad que Patofa habia hecho, de cuya causa los naturales se habian retirado la tierra adentro donde no pudiesen haberlos. En los pueblos hallaron comida que era lo que habian menester.

Al fin de los tres dias paró el ejército en un muy hermoso sitio de tierra fresca de mucha arboleda, de morales y otros árboles frutíferos cargados de fruta. El gobernador no quiso pasar adelante hasta saber qué tierra fuese aquella, y habiendo hecho alojar toda su gente, mandó llamar al contador Juan de Añasco, y le dió orden que con treinta soldados infantiles siguiese el mismo camino que hasta allí habian traído (el cual aunque angosto pasaba adelante) y procurase haber aquella noche algun indio para tomar lengua de lo que en aquella tierra habia, y saber cómo se llamaba el señor della, y las demas cosas que les convenia saber. Y cuando no pudiese haber indio, trujese alguna otra buena relacion para que con ella el ejército pasase adelante no tan á ciegas como hasta allí habia venido. Y al fin de la comision le dijo, que pues en todas las jornadas que habian hecho particulares siempre habia tenido buen suceso, de cuya causa se las encomendaba á él antes que á otro, procurase tenerlo tambien en aquella que tanto les importaba.

Juan de Añasco y sus treinta compañeros salieron del real á pie antes que anocheciese, y con todo el silencio posible como gente que iba á saltar, si-

guieron el camino que les fue señalado, el cual cuanto mas adelante iba tanto mas se iba ensanchando y haciendo camino real. Habiendo pues caminado por él casi dos leguas oyeron con el silencio de la noche un mormollo como de pueblo que estaba cerca; y caminando otro poco mas para salir de una manga de monte que por delante llevaban que les quitaba la vista, vieron lumbres y oyeron ladrar perros y llorar niños, y hablar hombres y mugeres, de manera que reconocieron que era pueblo; por lo cual se apercibieron nuestros españoles para prender algun indio por los arrabales secretamente sin que los sintiesen, deseando cada cual dellos ser el primero que le echase mano por gozar de la honra de haber sido mas diligente: yendo así todos con este cuidado se hallaron burlados de sus esperanzas, porque el rio que hasta allí habian llevado á un lado, se les atravesaba y pasaba entre ellos y el pueblo. Los cristianos pararon un buen rato en la ribera del rio en una gran playa y desembarcadero de canoas, y habiendo cenado y descansado, que serían ya las doce de la noche, se volvieron al real, do llegaron poco antes que amaneciese, y dieron cuenta al gobernador de lo que habian visto y oido.

El qual luego que fue de dia salió con cien infantes y cien caballos, y fue á ver el pueblo y reconocer y saber lo que en él habia de pro y contra para su descubrimiento. Llegando al desembarcadero de las canoas Juan Orotiz y Pedro el indio, dieron voces á los indios que estaban en la otra ribera, diciéndoles que viniesen á oír y volver con una embajada que les querian dar para el señor de aquella tierra. Los indios viendo cosa tan nueva para ellos, como españoles y caballos, á mucha priesa entraron en el pueblo y publicaron lo que les habian dicho.

CAPÍTULO X.

Sale la señora de Cofachiqui á hablar al gobernador y ofrece bastimento y pasage para el ejército.

Poco despues que los indios dieron la nueva en el pueblo salieron seis indios principales, que á lo que se entendió debian de ser regidores. Eran de buena presencia y casi de una edad de cuarenta á cincuenta años, los cuales entraron en una gran canoa, y con ellos otros indios de servicio que la guiaban y gobernaban.

Puestos los seis indios ante el gobernador hicieron todos juntos á una tres diversas y grandes reverencias: la primera al sol, volviéndose todos al oriente; y la segunda á la luna, volviendo los rostros al occidente; y la tercera al gobernador, enderezándose hácia donde él estaba. El cual estaba sentado en una silla que llaman de descanso, que solian llevar siempre do quiera que iba, en que sentarse y recibiese los curacas y embajadores con la gravedad y ornamento que á la grandeza de su cargo y oficio convenia. Los seis indios principales, hecho el acatamiento, la primera palabra que hablaron fue decir al gobernador: señor, ¿quereis paz ó guerra? y porque sea regla general es de saber que en todas las provincias que el gobernador descubrió, siempre al entrar en ellas le hacian esta pregunta á las primeras palabras que le hablaban. El general respondió que queria paz y no guerra, y les pedia solamente paso y bastimento para pasar adelante á ciertas provincias en cuya demanda iba. Y que pues sabian que la comida era cosa que no se podia escusar, le perdonasen la pesadumbre que en dársela podian recibir, y les rogaba le proveyesen de balsas y canoas para pasar aquel rio, y le hiciesen amis-

tad mientras caminasen por sus tierras, que él procuraria darles la menos molestia que pudiese.

Los indios respondieron que aceptaban la paz, y que en lo de la comida ellos tenian poca, porque el año pasado en toda su provincia habian tenido una gran pestilencia con mucha mortandad de gente, de la cual solo aquel pueblo se habia librado, de cuya causa los moradores de los demas pueblos de aquel estado se habian huido á los montes y no habian sembrado, y que con ser pasada la peste aun no se habian recogido todos los indios á sus casas y pueblos; y que eran vasallos de una señora moza por casar recién heredada: que volverian á darle cuenta de lo que su señoría pedia, y con lo que respondiese le avisarian luego, y entretanto esperase con buena confianza porque entendian que su señora siendo como era muger discreta y de pecho señorial haria en servicio de los cristianos todo lo que le fuese posible. Dichas estas razones, y habida licencia del gobernador, se fueron á su pueblo y dieron aviso á su señora de lo que el capitán de los cristianos les habia pedido para su camino.

Apenas pudieron haber dado los indios la embajada á su señora cuando vieron los castellanos aderezar dos grandes canoas y entoldar una dellas con grande aparato y ornamento, en la cual se embarcó la señora del pueblo y ocho mugeres nobles que vinieron en su compañía, y no se embarcó mas gente en aquella canoa. En la otra se embarcaron los seis indios principales que llevaron el recaudo; y con ellos venian muchos remeros que bogaban y gobernaban la canoa, la cual traia á jorro la canoa de la señora, donde no venian remeros ni hombre alguno sino las mugeres solas. Con este concierto pasaron el rio y llegaron donde el gobernador estaba. Auto es este

bien al propio semejante, aunque inferior en grandeza y magestad al de Cleopatra cuando por el rio Cindo, en Cilicia, salió á recibir á Marco Antonio, donde se trocaron las suertes de tal manera que la que habia sido acusada de crimen lesæ majestatis salió por juez del que la habia de condenar; y el emperador y señor por esclavo de su sierva, hecha ya señora suya por la fuerza del amor, mediante las escelencias, hermosura y discrecion de aquella famosísima gitana, como larga y galanamente lo cuenta todo el maestro del gran español Trajano, digno discípulo de tal maestro: del cual, pues se asemejan tanto los pasos de las historias, pudiéramos hurtar aquí lo que bien nos estuviera como lo han hecho otros del mismo autor, que tiene para todos, si no temiéramos que tan al descubierto se habia de descubrir su galanísimo brocado entre nuestro bajo sayal.

La india, señora de la provincia de Cofachiqui, puesta ante el gobernador, habiéndole hecho su acatamiento se sentó en un asiento que los suyos le traian y ella sola habló al gobernador, sin que indio ni india de las suyas hablase palabra. Volvió á referir el recaudo que sus vasallos le habian dado, y dijo que la pestilencia del año pasado le habia quitado la posibilidad del bastimento que ella quisiera tener para mejor servir á su señoría: mas que haria todo lo que pudiese en su servicio; y para que lo viese por la obra luego de presente ofrecia una de dos cosas que en aquel pueblo tenia de depósito con cada seiscientas hanegas de zara que habia hecho recoger para socorrer los vasallos que de la peste hubiesen escapado; y le suplicaba tuviese por bien de dejarle la otra para su necesidad que era mucha: y que si adelante su señoría hubiese menes-

ter maiz que en otro pueblo cerca de allí tenia recogidas dos mil hanegas para la misma necesidad, que de allí tomaria lo que mas quisiese; y para alojamiento de su señoría desembarazaria su propia casa, y para los capitanes y soldados mas principales mandaria desocupar la mitad del pueblo, y para la demas gente se harian muy buenas ramadas en que estuviesen á placer. Y que si gustaba dello le desembarazarian todo el pueblo y se irian los indios á otro que estaba cerca: y para pasar el ejército aquel rio se proveerian con brevedad balsas y canoas de madera, que para el dia siguiente habria todo recaudo dellas porque su señoría viese con cuánta prontitud y voluntad le servian.

El gobernador respondió con mucho agradecimiento á sus buenas palabras y promesas; y estimó en mucho que en tiempo que su tierra pasaba necesidad le ofreciese mas de lo que le pedia: en correspondencia de aquel beneficio dijo, que él y su gente procurarian pasarse con la menos comida que ser pudiese por no darle tanta molestia; y que el alojamiento y las demas provisiones estaban muy bien ordenadas y trazadas. Por lo cual en nombre del emperador de los cristianos y rey de España su señor, lo recibia en servicio para gratificársele á su tiempo y ocasiones; y de parte de todo el ejército y suya lo recibia en particular favor y regalo para nunca olvidarlo.

Demas desto hablaron en otras cosas de aquella provincia y de las que habia por la comarca, y á todo lo que el gobernador le preguntó, respondió la india con mucha satisfaccion de los circunstantes, de manera que los españoles se admiraban de oir tan buenas palabras, tan bien concertadas que mostraban la discrecion de una bárbara, nacida y criada

lejos de toda buena enseñanza y pulicía. Mas el buen natural, do quiera que lo hay de suyo y sin doctrina, florece en discreciones y gentilezas: y al contrario el necio cuanto mas le enseñan tanto mas torpe se muestra.

Notaron particularmente nuestros españoles que indios de esta provincia y de las dos que atrás quedaron fueron mas blandos de condicion, mas afa- bles y menos feroces que todos los demas que en este descubrimiento hallaron: porque en las demas provincias aunque ofrecian paz y la guardaban, siem- pre era sospechosa, que en sus ademanes y pala- bras ásperas se les veia que la amistad era mas fin- gida que la verdadera. Lo cual no hubo en la gen- te de esta provincia Cofachiqui, ni en la de Cofa- qui y Cofa que atrás quedan, sino que parecia que toda su vida se habian criado con los españoles: que no solamente les eran obedientes, mas en todas sus obras y palabras procuraban descubrir y mostrar el amor verdadero que les tenian, que cierto era de agradecerles que con gente nunca jamás hasta en- tonces vista usasen de tanta familiaridad.

CAPÍTULO XI.

Pasa el ejército el rio Cofachiqui y alójase en el pueblo, y envian á Juan de Añasco por una viuda.

La señora de Cofachiqui hablando con el gober- nador en las cosas que hemos dicho fue quitando po- co á poco una gran sarta de perlas gruesas como avellanas, que le daban tres vueltas al cuello, y des- cendian hasta los muslos. Y habiendo tardado en qui- tarlas todo el tiempo que duró la plática (con ellas en la mano) dijo á Juan Orotiz, intérprete, las to- mase, y de su mano las diese al capitan general.

Juan Orotiz respondió, que su señoría se las diese de la suya porque las tendria en mas. La india replicó, que no osaba por no ir contra la honestidad que las mugeres debian tener. El gobernador preguntó á Juan Orotiz ¿qué era lo que aquella señora decia? y habiéndolo sabido le dijo: decidle que en mas estimaré el favor de dármelas de su propia mano que del valor de la joya, y que en hacerlo así no va contra su honestidad, pues se tratan de paces y amistad cosas tan lícitas é importantes entre gentes no conocidas. La señora habiendo oido á Juan Orotiz se levantó en pie para dar las perlas de su mano al gobernador. El cual hizo lo mismo para recibir-las, y habiéndose quitado del dedo una sortija de oro con un muy hermoso rubí que traia, se lo dió á la señora en señal de la paz y amistad que entre ellos se trataba. La india le recibió con mucho comedimiento, y lo puso en un dedo de sus manos. Pasado este auto, habiendo pedido licencia se volvió á su pueblo, dejando á nuestros castellanos muy satisfechos y enamorados, así de su buena discrecion, como de su mucha hermosura, que la tenia muy en extremo perfecta; y tan embelesados quedaron con ella, que entonces ni despues no fueron para saber cómo se llamaba, sino que se contentaron con llamarla señora, y tuvieran razon, porque lo era en toda cosa. Y como ellos no supieron el nombre, no pude yo ponerle aquí, que muchos descuidos destos y otros semejantes hubo en este descubrimiento.

El gobernador se quedó en la ribera del rio para dar órden que con brevedad lo pasase el ejército. Envió á mandar al maese de campo que con toda presteza viniese la gente donde él quedaba. Los indios entretanto hicieron grandes balsas y trujeron muchas canoas, y con la diligencia que ellos y los

castellanos pusieron pasaron el rio en todo el dia siguiente, aunque con desgracia y pérdida, que por descuido de algunos ministros que entendian en el pasage de la gente se ahogaron cuatro caballos, que por ser tan necesarios y de tanta importancia para la gente, lo sintieron nuestros españoles mas que si fueran muertes de hermanos.

Alonso de Carmona dice que fueron siete los caballos que se ahogaron, y que fue por culpa de sus dueños, que de muy agudos los echaron al rio sin saber por donde habian de pasar, y que llegando á cierta parte del rio se hundian y no parecian mas: debia ser algun bravo remolino que se los sorbia y tragaba. Pasado el rio se alojó el ejército en el medio pueblo que los indios les desembarazaron, y para los que no cupieron, hicieron grandes y frescas ramadas, que habia mucha y muy buena arboleda, de que las hacer: habia asimismo entre las ramadas muchos árboles con diversas frutas y grandes morales, mayores y mas viciosos que los que hasta allí se habian visto. Damos siempre particular noticia deste árbol por la nobleza dél y por la utilidad de la seda, que do quiera se debe estimar en mucho.

El dia siguiente hizo diligencias el gobernador para informarse de la disposicion y partes de aquella provincia llamada Cofachiqui. Halló que era fértil para todo lo que quisiesen plantar, sembrar y criar en ella. Supo asimismo que la madre de la señora de aquella provincia estaba doce leguas de allí retirada como viuda. Dió orden con la hija que enviase por ella: la cual envió doce indios principales suplicándole viniese á visitar al gobernador, y ver una gente nunca vista que traian unos animales extraños.

La viuda no quiso venir con los indios, antes

cuando supo lo que la hija habia hecho con los castellanos mostró mucho sentimiento, y haber recebido gran pena de la liviandad de la hija que tan presto y con tanta facilidad hubiese querido mostrarse á los españoles, gente, como ella misma decia, nunca conocida ni vista. Riñó ásperamente con los embajadores por haberlo consentido; sin esto dijo y hizo otros grandes extremos, cuales los suelen hacer las viudas melindrosas.

Todo lo cual sabido por el gobernador mandó al contador Juan de Añasco, que pues tenia buena mano en semejantes cosas, fuese con treinta compañeros infantiles el rio abajo por tierra á un sitio retirado de la comunidad de los otros pueblos donde le habian dicho que estaba la señora viuda, y en toda buena paz y amistad la trujese, porque deseaba que toda tierra que descubriese y dejase atrás, quedase quieta y pacífica, y sin contradiccion alguna reducida á su devocion por tener menos que pacificar cuando la poblase.

Juan de Añasco, aunque era ya bien entrado el dia, se partió luego á pie con sus treinta compañeros, y sin otros indios de servicio, llevó consigo un caballero indio que la señora del pueblo de su propia mano le dió para que lo guiase, y que cuando se hallase cerca de donde su madre estaba se adelantase y diese aviso de como los españoles iban á rogarle se viniese en amistad con ellos, y que lo mismo le supplicaba ella y todos sus vasallos.

A este caballero mozo habia criado en sus brazos la viuda, madre de la señora de Cofachiqui, por lo cual y por serle pariente cercano, y principalmente por haber salido el mozo afable y nobilísimo de condicion lo queria mas que si fuera su propio hijo; y por esta causa lo envió la hija con la em-

bajada á la madre, porque por el amor del mensajero se le hiciese menos molesto el recaudo.

El indio mostraba bien en el aspecto de su rostro y en la disposicion de su persona la nobleza de su sangre y la generosidad de su ánimo, que donde hay lo uno debe haber lo otro, que son conjuntos como la fruta y el árbol. Era hermoso de cara y gentil hombre de cuerpo, de edad de veinte á veinte y un años: iba muy galan como embajador de tal embajada: llevaba sobre la cabeza un gran plumage matizado de diversas colores de plumas que acrecentaban su gentileza, y una manta de gamuzas finas en lugar de capa, que los veranos por el calor no se sirven de aforros, y si alguna vez los traen es el pelo afuera. Llevaba un hermosísimo arco en las manos, que demas de ser bueno y fuerte tenia dado un betun que estos indios de la Florida les dán del color que quieren, que parece fino esmalte y pone el arco y cualquier otra madera como vidriado. A las espaldas llevaba su aljaba de flechas. Con este ornato iba el indio, y tan contento de acompañar los españoles, que bien al descubierto se le veia el deseo que tenia de les servir y agradar.

CAPÍTULO XII.

Degüéllase el indio embajador, y Juan de Añasco pasa adelante en su camino.

Habiendo caminado de la manera que hemos dicho el capitan Juan de Añasco y sus treinta caballeros casi tres leguas de camino, pararon á comer y á descansar un rato á la sombra de unos grandes árboles porque hacia mucho calor. El caballero indio que con ellos iba por embajador habiendo ido hasta entonces muy alegre y regocijado

entreteniéndolos los españoles por todo el camino con darles cuenta de lo que se les pedían de las cosas de su tierra y de las comarcas, empezó á entristecerse y ponerse imaginativo con la mano en la mejilla: daba unos suspiros largos y profundos que los nuestros notaron bien, aunque no le preguntaron la causa de su tristeza por no congojarle más de lo que de suyo lo estaba.

El indio sentado como estaba en medio de los españoles, tomó su aljaba y poniéndola delante de sí sacó una á una muy de espacio las flechas que en ella iban; las cuales por la pulicía y artificio que en su hechura tenían eran admirables. Todas eran de carrizos: unas tenían por casquillos puntas de cuernas de venado, labrados en grandísima perfección con cuatro esquinas como punta de diamante. Otras tenían por casquillos espinas de pescados maravillosamente labradas al propósito de las flechas. Otras había con casquillos de madera de palma, y de otros palos fuertes y recios que hay en aquella tierra. Estos casquillos tenían dos, tres arpones tan perfectamente hechos en el palo, como si fueran de hierro ó acero. En suma, todas las flechas eran tan lindas cada una de por sí, que convidaban á los circunstantes á que las tomaran en las manos, y las gozaban mirándolas de cerca. El capitán Juan de Añasco y cada cual de sus compañeros tomó la suya para la ver; y todos loaban la pulicía y curiosidad del dueño. Notaron particularmente que estaban emplumadas en triángulo porque saliesen mejor del arco: en fin, cada una tenía nueva y diferente curiosidad que la hermoseaba de por sí.

Y no es encarecimiento lo que de las flechas deste caballero hemos dicho, que antes quedamos cortos en la pintura dellas; porque todos los indios de la

Florida, principalmente los nobles, ponen toda su felicidad en la lindeza y pulicía de sus arcos y flechas. Las que hacen para su ornamento y traer cotidiano, que las hacen con todo el mayor primor que pueden, esforzándose cada uno en aventajarse del otro con nueva invencion ó mayor pulicía: de manera que es una contienda y emulacion muy galana y honesta que de ordinario pasa entre ellos. Las flechas que hacen, de muchas que hacen de municion para gastar en la guerra, son comunes y valadíes, aunque á necesidad todas sirven sin ser respetadas las pulidas de las no pulidas, ni las estimadas de las despreciadas.

El indio embajador que como deciamos sacaba sus flechas una á una del aljaba, casi en las últimas sacó una que tenia una casquilla de pedernal hecho como punta y cuchilla de daga de una sesma en largo; con la cual viendo que los castellanos estaban descuidados y embobecidos en mirar sus flechas, se hirió en la garganta de tal suerte, que se degolló y cayó luego muerto.

Los españoles se admiraron de caso tan extraño, y se dolieron de no haber podido socorrerle; y deseando saber la causa de aquella desgracia, y haberse muerto con tanta tristeza, habiendo estado poco antes tan alegre y regocijado, llamaron los indios de servicio que consigo llevaban, y les preguntaron ¿si la sabian? ellos con muchas lágrimas y sentimiento de la muerte de su principal, por el amor que todos le tenian, y porque sabian euánto les habia de pesar á sus señoras madre y hija de su triste fallecimiento, dijeron que segun lo que entendian no podia haber sido otra la causa sino haber caido aquel caballero en la cuenta de que aquella embajada que llevaba era contra el gusto y voluntad de su señora la vieja, pues era notorio que con los primeros embajadores que le

enviaron no habia querido salir á ver los castellanos, y que ahora en guiar y llevar los mismos españoles donde ella estaba para que de grado ó por fuerza la trujesen, no correspondia al amor que ella le tenia, ni á la crianza que como madre y señora le habia hecho. Demas desto habria entendido que si no hacia lo que su señora la moza le mandaba, que era guiar los españoles y llevar la embajada (ya que tan inconsideradamente se habia encargado della) caeria en su desgracia y perderia su servicio; y que cualquiera de los dos delitos, ó que fuese contra la madre, ó contra la hija, afirmaban los indios le habia de ser de mas pena que la misma muerte. Por lo cual viéndose metido en tal confusion, y no pudiendo salir della sin ofender á alguna de sus señoras, habia querido mostrar á entrambas el deseo que tenia de las servir y agradar, y que por no hacer lo contrario (ya que habia caido en el primer yerro, queriendo escusar el segundo) habia elegido por mejor la muerte que enojar á la una ó á la otra, y así la habia tomado por sus propias manos. Esto y no otra cosa decian los indios que á su entender hubiese causado la muerte de aquel pobre caballero; y á los españoles no les pareció mal la conjetura de los indios.

Juan de Añasco y sus treinta compañeros, aunque con pesadumbre de la muerte de su guia, pasaron adelante en su demanda, y caminaron aquella tarde otras tres leguas por el camino que hasta allí habian llevado, que era camino real. El dia siguiente para pasar adelante preguntaron á los indios ¿si sabian dónde y cuánto de allí estaba la señora viuda? Respondieron que de cierto no lo sabian, porque el indio muerto traía el secreto de la estancia della: mas que ellos á tiento los guiarian donde les mandasen. Con toda esta confusion siguieron su viaje los caste:

llanos, y habiendo caminado casi cuatro leguas ya cerca de medio día que ardía bravísimamente el sol, viendo indios y poniéndose en emboscada, prendieron un indio y tres indias, que no eran mas los que venian, de los cuales quisieron informarse donde estaria la viuda. Ellos respondieron llanamente que habian oido decir que se habia retirado mas lejos de donde primero estaba, mas que no sabian dónde; y que si querian llevarlos consigo, que ellos irian preguntando por ella á los indios que topasen por el camino, que podria ser estuviese cerca, y podria ser que estuviese lejos. Es frasis del general language del Perú.

CAPÍTULO XIII.

Juan de Añasco se vuelve al ejército sin la viuda, y lo que hubo acerca del oro y plata de Cofachiqui.

Nuestros españoles habiendo oido los indios quedaron confusos en lo que harian, y despues de haber habido sobre ello muchos y diversos pareceres, uno de los compañeros dijo mas advertidamente. Señores, por muchas razones me parece que no vamos bien acertados en este viaje; porque no habiendo querido salir esta muger con los indios principales que le llevaron la primera embajada, antes habiendo mostrado pesadumbre con ella, no sé como recibirá la nuestra, que ya nos consta que no gusta de venir donde el gobernador está; y podria ser que sabiendo que vamos á la hacer fuerza, tuviese gente apercebida para defenderse y tambien para ofendernos; y cualquiera destas cosas que intente no somos parte para le contradecir ni para nos defender y volver en salvo, porque no llevamos caballos, que

*

son los que ponen temor á los indios. Y para las pretensiones de nuestro descubrimiento y conquista, no veo que una viuda recogida en su soledad sea de tanta importancia, que hayamos de aventurar las vidas de todos los que aquí vamos por traerla sin haber necesidad della; pues tenemos á su hija, que es la señora de la provincia, con quien se puede negociar y tratar lo que fuere menester. Demas desto no sabemos el camino, ni lo que hay de aquí allí, ni tenemos guia de quien podamos fiarnos; sin lo cual la muerte tan repentina que ayer se dió el embajador que traíamos nos amonesta que nos recatemos; porque no debió de ser sin algunas consideraciones de las que he dicho. Sin estos inconvenientes dijo (volviéndose al capitán) os veo ir fatigado así del peso de las muchas armas que lleváis, como del escesivo calor del sol que hace, y tambien de vuestra corpulencia, que sois hombre de muchas carnes; las cuales razones no solamente nos persuaden, empero nos fuerzan á que nos volvamos en paz.

A todos los demas pareció bien lo que el compañero habia dicho, y de comun consentimiento se volvieron al real y dieron cuenta al gobernador de todo lo que les habia sucedido en el camino.

Tres dias despues se ofreció un indio á guiar los castellanos por el rio abajo, y llevarlos por el agua donde estaba la madre de la señora del pueblo; por lo cual con parecer y consentimiento de la hija, volvió á su porfia Juan de Añasco, y con él fueron veinte españoles en dos canoas: y el primer dia de su navegacion hallaron cuatro caballos de los ahogados, atravesados en un gran árbol caido, y llorándolos de nuevo siguieron su viaje; y habiendo hecho las diligencias posibles, se volvieron al fin de seis dias con nuevas de que la buena vieja habiendo tenido aviso de

que una vez y otrã hubiesen ido los cristianos por ella, se habia metido la tierra adentro y escondídose en unas grandes montañas donde no podia ser habida; por cuya causa la dejó el gobernador sin hacer mas caso della.

Entre tanto que pasaban en el campo las cosas que hemos dicho del capitan Juan de Añasco, no reposaba el gobernador ni su gente en lo poblado principalmente con las esperanzas que de largo tiempo habian traído, de que en esta provincia de Cofachiqui habian de hallar mucho oro y plata, y perlas preciosas. Deseando pues ya verse ricos y libres desta congoja, pocos dias despues de llegados á la provincia dieron en inquirir lo que en ella habia. Llamaron los dos indios mozos que en Apalache habian dicho de las riquezas desta provincia Cofachiqui. Los cuales por órden del gobernador hablaron á la señora del pueblo, y le dijeron que mandase traer de aquellos metales que los mercaderes, cuyos criados ellos habian sido, solian comprar en su tierra para llevar á vender á otras partes, que eran los mismos que los castellanos buscaban.

La señora mandó traer luego los que en su tierra habia de aquellos colores que los españoles pedian, que era amarillo y blanco, porque le habian mostrado anillos de oro y piezas de plata, y tambien le habian pedido perlas y piedras como las que tenian los anillos. Los indios habiendo oido el mandato de su señora trujeron con toda presteza mucha cantidad de cobre de un color muy dorado y resplandeciente que escedia al azofar de por acá, de tal manera, que con razon pudieron los indios criados de los mercaderes haberse engañado con la vista, entendiendo que aquel metal y el que les habian mostrado los castellanos era todo uno, porque no sabian la diferencia que hay del azofar al oro.

En lugar de plata trujeron unas grandes planchas gruesas como tablas, y eran de una margajita, que para darme á entender no sabré pintarlas ahora de la manera que eran, mas de que á la vista eran blancas y resplandecientes como plata, y tomadas en las manos aunque fuesen de una vara de largo y de otra en ancho, no pesaban cosa alguna, y manoseadas se desmoronaban como un terron de tierra seca.

A lo de las piedras preciosas dijo la señora, que en su tierra no habia sino perlas, y que si las querian fuesen á lo alto del pueblo, y señalando con el dedo (que estaban al descubierto) les mostró un templo que allí habia, del tamaño de los ordinarios que por acá tenemos, y dijo: aquella casa es entierro de los hombres nobles deste pueblo, donde hallareis perlas grandes y chicas y mucha aljofar; tomad las que quisiéredes, y si todavía quisiéredes mas, una legua de aquí está un pueblo que es casa y asiento de mis antepasados y cabeza de nuestro estado, allí hay otro templo mayor que este, el cual es entierro de mis antecesores, donde hallareis tanto aljofar y perlas, que aunque dellas cargueis todos vuestros caballos y os cargueis vosotros mismos todos cuantos venís, no acabareis de sacar las que hay en el templo; tomadlas todas, y si fueren menester mas, cada dia podrémos haber mas y mas en las pesquerías que dellas se hacen en mi tierra.

Con estas buenas nuevas y con la gran magnificencia de la señora, se consolaron algun tanto nuestros españoles de haberse hallado burlados en sus esperanzas en el mucho oro y plata que pensaban hallar en esta provincia; aunque es verdad que en lo del cobre ó azofar habia muchos españoles que porfiaban en decir que tenia mezcla y no poca de oro. Mas como no llevaban agua fuerte ni puntas de toque,

no pudieron hacer ensaye, ó para quedar desengañados del todo, ó para cobrar nueva esperanza mas cierta.

CAPÍTULO XIV.

Los españoles visitan el entierro de los nobles de Cofachiqui y el de los curacas.

Para ver las perlas y aljofar que habia en el templo, aguardaron á que el contador y capitán Juan de Añasco volviese del segundo viage que hizo, y entre tanto mandó el gobernador á personas de quien él se fiaba velasen el templo, y él mismo lo rondaba de noche porque no se atreviese alguien con la codicia de lo que habia oido á desordenarse y querer llevar en secreto lo mejor que en el templo ó entierro hubiese. Mas luego que el contador vino fueron el gobernador y los demas oficiales de la hacienda imperial, y otros treinta caballeros entre capitanes y soldados principales, á ver las perlas y las demas cosas que con ellas habia. Hallaron que á todas las cuatro paredes de la casa habia arcas arrimadas hechas de madera al mismo modo de las de España, que no les faltaba sino gonzes y cerrajas. Los castellanos se admiraron de que los indios no teniendo instrumentos como los oficiales de Europa las hiciesen tan bien hechas. En estas arcas, que estaban puestas sobre bancos de media vara en alto, ponian los cuerpos de sus difuntos con no mas preservativos de corrupcion que si los echáran en sepulturas hechas en el suelo, porque del hedor de los cuerpos mientras se consumian no se les daba nada; porque estos templos no les servian sino de osarios donde guardaban los cuerpos muertos, y no entraban en ellos á sacrificar ni hacer oracion, que como al principio dijimos, viven sin estas ceremonias; y no dirémos mas de este

entierro por no repetir en él de los señores curacas (que verémos presto donde habrá bien que decir) lo que aquí hubiéremos dicho.

Sin las arcas grandes que servian de sepulturas habia otras menores, en las cuales y en unas cestas grandes tejidas de caña, la cual los indios de la Florida labran con grande artificio y sutileza para todo lo que quieren hacer della como en España de la mimbre, habia mucha cantidad de perlas y aljofar y mucha ropa de hombres y mugeres de la que ellos visiten, que es de gamuzas y otras pellejinas que en todo extremo aderezan con su pelage, tanto que para aforros de ropas de príncipes y grandes señores se estimáran en nuestra España en mucha cantidad de dineros.

El gobernador y los suyos holgaron mucho de ver tanta riqueza junta, porque al parecer de todos ellos habia mas de mil arrobas de perlas y aljofar. Los oficiales de la hacienda real yendo prevenidos de una romana, pesaron en breve espacio veinte arrobas de perlas entre tanto que el gobernador se apartó dellos mirando lo que en la casa habia. El cual volviendo á los oficiales, les dijo: que no habia para que hiciesen tantas cargas impertinentes y embarazosas para el ejército: que su intencion no habia sido sino llevar dos arrobas de perlas y aljofar y no mas, para enviar á la Habana para muestra de la calidad y quilates dellas; que la cantidad dijo creerla han á los que escribiéremos della. Por tanto vuélvanse á su lugar y no se lleven mas de las dos arrobas. Los oficiales le suplicaron diciendo: que pues estaban ya pesadas y no se habia hecho mella segun las que quedaban, las permitiese llevar, porque la muestra fuese mas abundante y rica. El gobernador condescendió en ello, y él mismo tomando de las per-

las á dos manos juntas, dió á cada uno de los capitanes y soldados que con él habian ido una almorzada, diciendo que hiciesen de ellas rosarios en que rezasen. Y las perlas eran bastantes para servir de rosarios, porque eran gruesas como garbanzos gordos.

Con no mas daño del que hemos dicho dejaron los castellanos aquella casa de entierro, y quedaron con mayor deseo de ver la que la señora les habia dicho que era de sus padres y abuelos. Dos dias despues fueron á ella el general y los oficiales, y los demas capitanes, soldados de cuenta, que por todos fueron trecientos españoles. Caminaron una gran legua, que toda ella parecia un jardin, donde habia mucha arboleda así de árboles frutales como de no frutales, y por entre todos ellos se podia andar á caballo sin pesadumbre alguna, porque estaban apartados unos de otros como puestos á mano.

Toda aquella gran legua caminaron los españoles derramados por el campo cogiendo fruta, y notando la fertilidad de la tierra. Así llegaron al pueblo llamado Talomeco: el cual estaba asentado en un alto sobre la barranca del rio; tenia quinientas casas todas grandes y de mejores edificios y demas estofa que las ordinarias, que bien parecia en su aparato que como asiento y corte de señor poderoso habia sido labrado con mas pulicía y ornamento que los otros pueblos comunes. De lejos se parecian las casas del señor, porque estaban en lugar mas eminente, y se mostraban ser suyas por la grandeza y por la obra, sobre las otras aventajada.

En medio del pueblo frontero de las casas del señor, estaba el templo ó casa de entierro que los españoles iban á ver; la cual tenia cosas admirables en grandeza y riqueza, curiosidad y magestad, extrañamente hechas y compuestas, que estimára yo

en mucho saberlas decir como mi autor deseaba que se dijeran. Recíbase mi voluntad, y lo que yo no acertaré á decir quedé para la consideracion de los discretos, que suplan con ella lo que la pluma no acierta á escribir. Que cierto (particularmente en este paso y en otros tan grandes que en la historia se hallarán) nuestra pintura queda muy lejos de la grandeza dellos y de lo que se requería para los poner como ellos fueron. De donde diez y diez veces (frasis del language del Perú por muchas veces) suplificaré encarecidamente se crea de veras, que antes quedo corto y menoscabado de lo que convenia decirse, que largo y sobrado en lo que se hubiere dicho.

CAPÍTULO XV.

Cuenta las grandezas que se hallaron en el templo y entierro de los señores de Cofachiqui.

Los castellanos hallaron el pueblo Talomeco sin gente alguna, porque en él habia sido la pestilencia pasada mas rigurosa y cruel que en otro alguno de toda la provincia, y los pocos indios que della escaparon aun no se habian reducido á sus casas: y así pararon los nuestros poco en ellas hasta llegar al templo, el cual era grande, tenia mas de cien pasos de largo y cuarenta de ancho; las paredes eran altas conforme al hueco de la pieza; la techumbre muy levantada con mucha corriente, porque como no hallaron la invencion de la teja, érales necesario empinar mucho los techos porque no se les lloviese la casa. La techumbre de este templo se mostraba ser de carrizo y cañas delgadas y hendidas, por medio de las cuales hacen estos indios unas esteras pulidas y muy bien tejidas á manera de esteras moriscas; las cuales echadas cuatro, cinco ó seis unas

sobre otras, hacen una techumbre por defuera y dentro vistosa y provechosa que no las pasa el sol ni el agua. Dende esta provincia en adelante por la mayor parte, no usan los indios de la paja para techar y cubrir sus casas sino de las esteras de cañas.

Sobre la techumbre del templo habia puestas por su órden muchas conchas grandes y chicas de diversos animales marinos, que no se supo cómo las hubiesen llevado la tierra adentro, ó es que tambien se crian en los rios tantos y tan caudalosos como por ella corren. Las conchas estaban puestas lo de dentro á fuera por el mayor lustre que tienen. Entre las cuales habia asímismo muchos caracoles de la mar de estraña grandeza. Entre las conchas y los caracoles habia espacios de unos á otros, porque todo iba puesto por su cuenta y órden. En aquellos espacios habia grandes madejas de sartas, unas de perlas y otras de aljofar de media braza en largo, que iban tendidas por la techumbre decendiendo de grado en grado, que adonde se acababan unas sartas empezaban otras, y hacian con el resplandor del sol una hermosa vista. De todas estas cosas estaba el templo cubierto por defuera.

Para entrar dentro abrieron unas grandes puertas, que eran en proporcion del templo. Junto á la puerta estaban doce gigantes entallados de madera contrahechos al vivo con tanta ferocidad y braveza en la postura, que los castellanos sin pasar adelante se pusieron á mirarlos muy de espacio admirados de hallar en tierras tan bárbaras, obras que si se halláran en los mas famosos templos de Roma en su mayor pujanza de fuerzas é imperio, se estimáran y tuvieran en mucho por su grandeza y perfeccion. Estaban los gigantes puestos como por guar-

das de la puerta para defender la entrada á los que por ella quisiesen entrar.

Los seis estaban á la una mano de la puerta y los seis á la otra, uno en pos de otro, descendiendo de grado en grado, de mayores á menores; que los primeros eran de cuatro varas en alto, y los segundos algo menos, y así hasta los últimos.

Tenian diversas armas en las manos hechas conforme á la grandeza de sus cuerpos. Los dos primeros, uno de cada parte, que eran los mayores, tenian sendas porras guarnecidas al postrer cuarto dellas, con puntas de diamantes y cintas de aquel cobre, hechas ni mas ni menos que las porras que pintan á Hércules, que parecia que por estas se hubiesen sacado aquellas ó por aquellas estas; tenian los gigantes las porras alzadas en alto con ambas manos con ademan de tanta ferocidad y braveza (como que amenazaban dar al que entraba por la puerta) que ponía espanto.

Los segundos, uno de un lado y otro de otro (que este es el orden que todos llevaban) tenian montantes hechos de madera de la misma forma que los hacen en España de hierro y acero. Los terceros tenian bastones diferentes de las porras, que eran á manera de espadillas de espadar lino, largos de braza y media, rollizos los dos tercios primeros, y el postrero se ensancha poco á poco hasta rematar en forma de pala. Los cuartos en orden tenian hachas de armas grandes conforme á la estatura de los gigantes; la una dellas tenia el hierro de azofar, la cuchilla era larga y muy bien hecha, y de la otra parte tenia una punta de cuatro esquinas y de una cuarta en largo. La otra hacha tenia otro hierro ni mas ni menos con punta y cuchilla, sino que para mayor admiracion y estrañeza era de pedernal.

Los quintos en su orden tenian arcos del largo de

sus cuerpos, enárcados con las flechas puestas como para las tirar. Los arcos y las flechas estaban hechas en todo el extremo de curiosidad y perfeccion que estos indios tienen en hacerlas: el casquillo de la una dellas era de una punta de cuerna de venado labrada en cuatro esquinas: la otra flecha tenia por casquillo una punta de pedernal de la misma forma y tamaño de una daga ordinaria.

Los sestos y últimos tenían unas muy largas y hermosas picas con los hierros de cobre. Todos ellos, así como los primeros, parecia que amenazaban herir con sus armas á los que querian entrar por la puerta: unos puestos para herir de alto abajo como los de las porras. Otros de punta como los de los montantes y picas. Otros de tajo como los de las hachas. Otros de revés como los de los bastones, y los flecheros amenazaban tirar de lejos; y cada uno dellos estaba en la postura mas brava y feroz que requeria la arma que en las manos tenia: y esto fue lo que mas admiró á los españoles ver cuán al natural y al vivo estaban contrahechos en todo.

Lo alto del templo de las paredes arriba estaba adornado como el techo de afuera, con caracoles y conchas puestas por su órden, y entre ellas madejas de sartas de perlas y aljofar tendidas por la techumbre, que guardaban y seguian el pavimento del techo. Entre las sartas, caracoles y conchas, habia en el techo grandes plumages hechos de diversas colores de plumas como las que hacen para su traer. Sin las sartas de perlas y aljofar que habia tendidas por el techo y sin los plumages que habia hincados, habia otros muchos plumages y madejas de aljofar y perlas colgadas de unos hilos delgados y de color amortiguado que no se divisaba; parecia que las madejas y plumages estaban en el aire unos mas altos

que otros, porque pareciese que caían del techo. Desta manera estaba adornado lo alto del templo de las paredes arriba, que era cosa agradable mirarlo.

CAPÍTULO XVI.

Que prosigue las riquezas del entierro y el depósito de armas que en él habia.

Bajando la vista del techo abajo vieron nuestros capitanes y soldados que por lo mas alto de las cuatro paredes del templo iban dos hiladas una sobre otra de estatuas de figuras de hombres y mugeres de comun tamaño de la gente de aquella tierra, que son crecidos como filisteos. Estaban puestas cada una en su basa ó pedestal unas cerca de otras en compás, y no servian de otra cosa sino de ornamento de las paredes porque no estuviesen descubiertas por lo alto sin tapices. Las figuras de los hombres tenian diversas armas en las manos todas las que otras veces hemos nombrado. Las cuales estaban guarnecidas con anillos de perlas y aljofar ensartado de cuatro, cinco, seis vueltas cada anillo; y para mayor hermosura tenian á trechos rapacejos de hilo de colores finísimas que á todo lo que estos indios quieren se les dán en extremo finas. Las estatuas de las mugeres no tenian cosa alguna en las manos.

Por el suelo, arrimadas á las paredes encima de unos bancos de madera muy bien labrada, como era toda la que en el templo habia, estaban las arcas que servian de sepulturas, en que tenian los cuerpos muertos de los curacas que habian sido señores de aquella provincia Cofachiqui, y de sus hijos y hermanos y sobrinos, hijos de hermanos, que en aquel templo no se enterraban otros.

Las arcas estaban bien cubiertas con sus tapas.

Una vara de medir encima de cada arca habia una estátua entallada de madera arrimada á la pared sobre su pedestal; la cual era retrato sacado al vivo del difunto ó difunta que en el arca estaba, de la edad que era cuando falleció. Los retratos servian de recordacion y memoria de sus pasados. Las estatuas de los hombres tenian sus armas en las manos, y las de los niños y mugeres sin cosa alguna.

El espacio de pared que habia entre los retratos de los difuntos, y de las estatuas que estaban en lo alto de las paredes, estaba cubierto de rodelas y pabeses grandes y chicos hechos de cañas, tan fuertemente tejidas, que se podia esperar con ellos una jara tirada con ballesta, que tirada con arcabuz pasa mas que con ballesta: los pabeses y rodelas estaban enredadas con hilos de perlas y aljofar, y por el cerco tenian rapacejos de hilos de colores que los hermoseaban mucho.

Por el suelo del templo á la larga iban puestas encima de bancos tres hiladas de arcas de madera grandes y chicas, unas sobre otras puestas por su órden, que las grandes eran las primeras, y sobre estas habia otras menores, y sobre aquellas otras mas chicas, y desta manera estaban puestas cuatro y cinco y seis arcas, unas encima de otras, subiendo de mayores á menores en forma de pirámide. Entre unas arcas y otras habia calles que iban á la larga del templo y cruzaban al través del un lado al otro, por las cuales sin estorbo alguno podian andar por todo el templo y ver lo que en él habia á cada parte.

Todas las arcas grandes y chicas estaban llenas de perlas y aljofar. Las perlas estaban apartadas unas de otras: por sus tamaños estaban en las arcas, que las mayores estaban en las primeras arcas, y

las no tan grandes en las segundas , y otras mas chicas en las terceras ; y así de grado en grado , hasta el aljofar , el cual estaba en las arquillas mas altas. En todas ellas habia tanta cantidad de aljofar y perlas , que por vista de ojos confesaron los españoles que era verdad , y no soberbia ni encarecimiento lo que la señora deste templo y entierro habia dicho , que aunque se cargasen todos ellos , que eran mas de novecientos hombres , y aunque cargasen sus caballos que eran mas de trecientos no acabarian de sacar del templo las perlas y aljofar que en él habia. No debe causar mucha admiracion ver tanta cantidad de perlas si se considera que no vendian aquellos indios ninguna de cuantas hallaban , sino que las traian todas á su entierro , y que lo habrian hecho de muchos siglos atrás. Y haciendo comparacion se puede afirmar (pues se ve cada año) que si el oro y plata que del Perú se ha traído y trae á España no se hubiera sacado della , pudieran haber cubierto muchos templos con tejas de plata y oro.

Con la bravosidad y riqueza de perlas que habia en el templo habia asimismo muchos y muy grandes fardos de gamuza blanca y teñida de diversas colores , y la teñida estaba apartada , la de cada color de por sí. Tambien habia grandes lios de mantas de muchos colores hechas de gamuza , y otra gran muchedumbre de mantas de pellejinas aderezadas con su pelo de todos los animales , que en aquella tierra se crian , grandes y chicos. Habia muchas mantas de pellejos de gatos de diversas especies y pinturas , y otras de martas finísimas , todas tan bien aderezadas que en lo mejor de Alemaña ó Moscovia no se pudieran mejorar.

De todas estas cosas , y de la manera y órden que se ha dicho , estaba ordenado el templo , así el techo

como las paredes y el suelo; cada cosa puesta con tanta pulicía y órden cuanta se puede imaginar de la gente mas curiosa de el mundo. Estaba todo limpio sin polvo ni telarañas, donde parece debia de ser mucha la gente que cuidaba del ministerio y servicio del templo de limpiar y poner cada cosa en su lugar.

Al derredor del templo habia ocho salas apartadas unas de otras y puestas por su órden y compás; las cuales mostraban ser anejas al templo y á su ornato y servicio. El gobernador y los demas caballeros quisieron ver lo que en ellas habia, y hallaron que todas estaban llenas de armas puestas por la órden que diremos. La primera sala que acertaron á ver estaba llena de picas, que no habia otra cosa en ella, todas muy largas, muy bien labradas con hierros de azofar, que por ser tan encendido de color parecian de oro. Todas estaban guarnecidas con anillos de perlas y aljofar de tres y cuatro vueltas puestos á trechos por las picas. Muchas dellas estaban aderezadas por medio (donde cae sobre el hombro y la punta cabe el hierro) con mangas de gamuza de colores, y á los remates de la gamuza en ambas partes alta y baja, tenia flecos de hilo de colores, con tres, y cuatro, cinco y seis vueltas de perlas ó de aljofar que las hermoseaban grandemente.

En la segunda sala habia solamente porras, como las que dijimos que tenian los primeros gigantes que estaban á la puerta del templo: salvo que las de la sala, como armas que estaban en recámara del señor, estaban guarnecidas con anillos de perlas y de aljofar y de rapacejos de hilo de colores puestos á trechos, de manera que el un color matisase con otro y todos con las perlas; y las otras picas de los gigantes no tenian guarnicion alguna.

En otra sala, que era la tercera, no habia sino hachas como las que dijimos que tenian los gigantes de la cuarta órden con hierros de cobre, que de la una parte tenian cuchilla, y de la otra punta de diamante, de una sesma y de una cuarta en largo. Muchas dellas tenian hierros de pedernal asidos fuertemente á las astas con anillos de cobre. Estas hachas tambien tenian por las astas sus anillos de perlas y aljofar y rapacejos de hilo de colores.

En otra sala, que era la cuarta, habia montantes hechos de diversos palos fuertes, como eran los que tenian los gigantes de la segunda órden, todos ellos guarnecidos con perlas y aljofar y rapacejos por las manijas y por las cuchillas hasta el primer tercio dellas.

En la quinta sala habia solamente bastones como los que dijimos que tenian los gigantes de la tercera órden, empero guarnecidos con sus anillos de perlas y aljofar y rapacejos de colores por toda la asta, hasta donde empezaba la pala: y porque el capítulo no salga de la proporcion de los demas, dirémos en el siguiente lo que resta.

CAPÍTULO XVII.

Sale de Cofachiqui el ejército dividido en dos partes.

En la sala sesta no habia otra cosa sino arcos y flechas labradas en todo el extremo de perfeccion y curiosidad que tienen en hacerlas. Por casquillos tenian puntas de madera de huesos de animales terrestres y marinos y de pedernal como dijimos del caballero indio que se mató. Sin estas maneras de casquillos de cobre como las que en nuestra España ponen á las jaras. Otras habia con arpones hechos del mismo cobre y con escoplillos y lanzuelas y cuadrillas, que parecia se hubiesen hecho en

Castilla. En las flechas que hallaron con puntas de pedernal notaron que tambien se diferenciaban los casquillos unos de otros; que unos habia en forma de arpon, otros de escoplillo, otros redondos, como punzon, otros con dos filos como punta de daga. Todo lo cual á los españoles que lo miraban con curiosidad causaba admiracion, que en una cosa tan bronca como el pedernal se labrasen cosas semejantes: aunque mirando lo que la historia méjicana dice de los montantes y otras armas que los indios de aquella tierra hacian de pedernal, se perderá parte de la maravilla de las nuestras. Los arcos eran hermosamente labrados y esmaltados de diversas colores que se los dán con cierto betun, que los ponen tan lustrosos que se pueden mirar en ellos. Hablando deste templo dice Juan Coles estas palabras: y en un apartado habia mas de cincuenta mil arcos con sus cargas ó aljabas llenas de flechas.

Sin el lustre que les bastaba tenian los arcos muchas vueltas de perlas y aljofar puestas á trechos; las cuales vueltas ó anillos empezaban dende las manijas é iban por su órden hasta las puntas; de tal manera que las sortijas primeras eran de perlas gruesas y de siete y ocho vueltas; y las segundas eran de perlas menores y de menos vueltas; y así iban de grado en grado, hasta las últimas que estaban cerca de las puntas que eran de aljofar, muy menudo, las flechas tambien tenian á trechos anillos de aljofar, mas no de perlas sino de aljofar solamente.

En la séptima sala habia gran cantidad de rodela hechas de madera y de cuero de vaca, traído de lejas tierras, las unas y las otras todas estaban guarnecidas de perlas y aljofar y rapacejos de hilo de colores.

En la octava sala habia muchedumbre de pa-

veses, todos hechos de caña tejida una sobre otra con mucha policia, y tan fuertes que pocas balles-
tas se hallaban entre los españoles que con una ja-
ra los pasasen de claro; la cual experiencia se hizo
en otras partes fuera de Cofachiqui. Los paveses
tambien como las rodelas estaban guarnecidos con
redecillas de aljofar y perlas y rapacejos de colores.

De todas estas armas ofensivas y defensivas es-
taban llenas las ocho salas, y en cada una dellas habia
tanta cantidad del género de armas que en ella habia,
que particularmente admiró al gobernador y á sus cas-
tellanos la multitud dellas, demas de la policia y arti-
ficio con que estaban hechas y puestas por su órden.

El general y sus capitanes habiendo visto y nota-
do las grandezas y suntuosidad del templo, y su ri-
queza y la muchedumbre de las armas, el ornato y
órden con que cada cosa estaba puesta y compues-
ta, preguntaron á los indios ¿qué significaba aquel
aparato tan solemne? Respondieron que los señores
de aquel reino, principalmente de aquella provincia y
de otras que adelante verian, tenian por la mayor de
sus grandezas el ornamento y suntuosidad de sus
entierros; y así procuraban engrandecerlos con ar-
mas y riquezas todas las que podian haber, como lo
habian visto en aquel templo. Y porque este fue el
mas rico y soberbio de todos los que nuestros es-
pañoles vieron en la Florida, me pareció escribir
tan larga y particularmente las cosas que en él ha-
bia; y tambien porque el que me daba la relacion
me lo mandó así por ser una de las cosas, como él
decia, de mayor grandeza y admiracion de cuantas
habia visto en el Nuevo Mundo con haber andado lo
mas y mejor de Méjico y del Perú, aunque es ver-
dad que cuando él pasó á aquellos dos reinos ya es-
taban saqueados de sus mas preciadas riquezas y der-

ribadas por el suelo sus mayores magestades.

Los oficiales de la hacienda imperial trataron de sacar el quinto que á la hacienda de su magestad pertenecia de las perlas y aljofar, y la demas riqueza que en el templo habia y llevarlo consigo. El gobernador les dijo, que no servia el llevarlo sino de embarazar el ejército con cargas impertinentes, que aun las necesarias de sus armas y municiones no las podia llevar, que lo dejasen todo como estaba, que ahora no repartian la tierra sino que la descubrian, que cuando la repartiesen y estuviesen de asiento, entonces pagaria el quinto el que la hubiese en suerte. Con esto no tocaron á cosa alguna de las que habian visto, y se volvieron donde la señora estaba, trayendo bien que contar de la magestad de su entierro.

Todo lo que se ha dicho del pueblo de Cofachiqui lo refiere Alonso de Carmona en su relacion no tan largamente como nuestra historia. Empero particularmente dice de la provincia y del recibimiento que hizo al gobernador pasando el rio, y que ella y sus damas todas traían grandes sartas de perlas gruesas, echadas al cuello y atadas á las muñecas, y los varones solamente al cuello; y dice, que las perlas pierden mucho de su hermosura y buen lustre por sacarlas con fuego, que las pára negras. Y en el pueblo Talomeco, donde estaba el entierro y templo rico, dice que hallaron cuatro casas largas llenas de cuerpos muertos de la peste que en él habia habido. Hasta aquí es de Alonso de Carmona,

Otros diez dias gastó el adelantado despues de haber visto el templo en informarse de lo que habia en las demas provincias que confinaban con aquella de Cofachiqui; y de todas tuvo relacion que eran fértiles, y abundantes de comida, y pobladas de mucha gente. Habida esta relacion mandó apercebir

para pasar adelante en su descubrimiento; y acompañado de sus capitanes, se despidió de la india, señora de Cofachiqui y de los mas principales del pueblo, agradeciéndoles por muchas palabras la cortesía que en su tierra le habian hecho; y así los dejó por amigos y aficionados de los españoles.

Del pueblo salió el ejército dividido en dos partes porque no llevaban comida bastante para ir todos juntos. Por lo cual dió orden el general que Baltasar de Gallegos, y Arias Tinoco, y Gonzalo Silvestre con cien caballos y docientos infantes fuesen doce leguas de allí, donde la señora les habia ofrecido seiscientas hanegas de maiz, que tenia en una casa de depósito y que tomando el maiz que pudiesen llevar, saliesen al encuentro al gobernador, el cual iria por el camino real á la provincia de Chalaque, que era la que por aquel viage confinaba con la de Cofachiqui. Con esta orden salieron los tres capitanes con los trecientos soldados y el gobernador con el resto del ejército. El cual en ocho jornadas que anduvo por el camino real sin habersele ofrecido cosa digna de memoria, llegó á la provincia de Chalaque.

Los tres capitanes tuvieron sucesos que contar; y fueron, que llegados al depósito tomaron docientas hanegas de zara, que no pudieron llevar mas, y volvieron á enderezar su camino al camino real por donde el gobernador iba; y á los cinco dias que habian caminado llegaron al camino principal, y por el rastro que el ejército dejaba hecho, vieron que el general habia pasado y que iba adelante; con lo cual se alborotaron los docientos soldados infantes y quisieron sin obedecer á sus capitanes caminar todo lo que pudiesen hasta alcanzar al general; porque decian que llevaban poca comida y que no sabian qué dias tardarian en alcanzar al gobernador;

por lo cual era bien prevenir con tiempo y darse priesa á llegar donde él estuviese antes que se les acabase el bastimento y pereciesen de hambre. Esto decian los soldados con el miedo de la que pasaron en el despoblado antes de llegar á la provincia de Cofachiqui.

CAPÍTULO XVIII.

Del suceso que tuvieron los tres capitanes en su viage, y como llegó el ejército á Xuala.

Los tres capitanes recibieron pena del motin que los infantes intentaban, porque llevaban tres caballos enfermos de un torozon que el dia antes les dió, y les era impedimiento para no poder caminar todo lo que los peones querian; y así les dijeron que por un dia mas ó menos de camino no era razon desamparasen tres caballos; pues veían de cuánto provecho y ayuda les eran contra los enemigos. Los infantes replicaron diciendo, que mas importaba la vida de trecientos castellanos que la salud de tres caballos, y que no sabian si duraria el camino un dia, ó diez, ó veinte, ó ciento, y que era justo prevenir lo mas importante y no las cosas de tan poco momento. Diciendo esto ya como amotinados dieron en caminar sin orden, á toda priesa. Los tres capitanes se pusieron delante, y uno dellos en nombre de todos les dijo: señores, mirad que vais donde está vuestro capitan general, el cual como sabeis, es hombre tan puntual en las cosas de la guerra; que le pesará mucho saber vuestra inobediencia y el quebrantamiento de su mandato y orden; y podría ser, como yo lo creo, que hoy ó mañana, y á lo mas largo esotro dia lo alcanzásemos, que no es de creer que dejándonos atrás se aleje tanto; y siendo esto así habríamos caido en grande mengua y afrenta, que sin haber pa-

sado extrema necesidad hubiésemos hecho flaqueza en temer tanto la hambre incierta, que por solo el temor della hubiésemos desamparado tres caballos que son de estimar en mucho; pues sabeis que son el niervo y la fuerza de nuestro ejército, y que por ellos nos temen los enemigos, y nos hacen honra los amigos. Y pues se siente y llora tanto cuando nos matan uno, cuánto mas de llorar será que por nuestra flaqueza y cobardía, sin necesidad alguna no mas de con las imaginaciones della, hayamos desamparado y perdido tres caballos. Y lo que en esto veo mas digno de lamentar es la pérdida de vuestra reputacion y de la nuestra: que el general y los demas capitanes y soldados con mucha razon dirán que en cuatro dias que anduvimos sin ellos no supimos gobernaros ni vosotros obedecernos. Mas cuando se haya sabido como el hecho pasó, verán que toda la culpa fue vuestra, y que nosotros no éramos obligados mas que á persuadiros con buenas razones. Por tanto, apartaos, señores, de hacer cosa tan mal hecha, que mas honra nos será morir como buenos soldados por hacer el deber, que vivir en infamia por haber huido un peligro imaginado.

Con estas palabras se aplacaron los infantes y acortaron las jornadas; mas no tanto que dejasen de caminar cinco y seis leguas, que era lo mas que los caballos enfermos podian caminar.

Otro dia, despues de apaciguado el motin, caminando estos soldados, á medio dia se levantó repentinamente una gran tempestad de recios vientos contrarios, con muchos relámpagos y truenos y mucha piedra gruesa que cayó sobre ellos; de tal manera, que si no acertáran á hallarse cerca del camino unos nogales grandes y otros árboles gruesos á cuya defensa se socorrieron, perecieran; porque la

piedra ó granizo fue tan grueso , que los granos mayores eran como huevos de gallina , y los menores como nueces. Los rodeleros ponian las rodelas sobre las cabezas , mas con todo eso si la piedra les cogia al descubierto los lastimaba malamente. Quiso Dios que la tormenta durase poco, que si fuera mas larga no bastáran las defensas que habian tomado para escapar de la muerte ; y con haber sido breve quedaron tan mal parados , que no pudieron caminar aquel dia ni el siguiente. El dia tercero siguieron su viage y llegaron á unos pueblos pequeños , cuyos moradores no habian osado esperar en sus casas al gobernador y se habian ido á los montes , solamente habian quedado los viejos y viejas , y casi todos ciegos : estos pueblos se llamaban Chalaques.

A otros tres dias de camino , despues de los pueblos Chalaques , alcanzaron al gobernador en un hermoso valle de una provincia llamada Xuala , donde habia llegado dos dias antes , y por esperar los capitanes , y los trecientos soldados que en pos dél iban , no habia querido pasar adelante.

Del pueblo de Cofachiqui , donde la señora quedó hasta el primer valle de la provincia Xuala , habría por el camino que estos castellanos fueron cincuenta leguas poco mas ó menos ; toda tierra llana y apacible , con rios pequeños que por ella corrian , con distancia de tres ó cuatro leguas de tierra entre unos y otros. Las sierras que vieron fueron pocas , y esas con mucha yerba para ganados , y fáciles de andar por ellas á pie ó á caballo. En comun todas las cincuenta leguas así de lo que hallaron poblado y cultivado como lo que estaba inculto y por labrar , eran de buena tierra.

Todo lo que se anduvo desde la provincia de

Apalache hasta la de Xuala , donde tenemos al gobernador y á su ejército , que fueron (sino las he contado mal) cincuenta y siete jornadas de camino. Fue casi el viage al Nordeste y muchos dias al Norte. Y el rio caudaloso que pasaba por Cofachiqui decian los hombres marineros que entre estos españoles iban , que era el que en la costa llamaban de Santa Elena , no porque lo supiesen de cierto , sino que segun su viage les parecia que era él. Esta duda y otras muchas que nuestra historia calla se aclararán cuando Dios nuestro Señor sea servido que aquel reino se gane , para aumento de su santa fé católica.

A las cincuenta y siete jornadas que estos españoles anduvieron de Apalache á Xuala , echamos á una con otra cuatro leguas y media , que unas fueron de mas y otras de menos ; y conforme á esta cuenta han caminado hasta Xuala , docientas y sesenta leguas pocas menos : y de la bahía de Espíritu Santo hasta Apalache , dijimos habia andado ciento y cincuenta leguas ; de manera que son por todas cuatrocientas leguas pocas menos.

En los pueblos de la juridicion y vasallage de Cofachiqui , por do pasaron nuestros españoles , hallaron muchos indios naturales de otras provincias hechos esclavos ; á los cuales para tenerlos seguros y que no se huyesen , les deszocaban un pie , cortándoles los niervos por cima del empeine , donde se junta el pie con la pierna , ó se los cortaban por cima del calcañar : y con estas prisiones perpétuas é inhumanas los tenian metidos la tierra adentro alejados de sus términos , y servíanse dellos para labrar las tierras y hacer otros oficios serviles. Estos eran los que prendian con las asechanzas que en las pesquerías y cacerías unos á otros se hacian , y

no en guerra descubierta de poder á poder con ejércitos formados.

Atrás dijimos como el capitan y contador Juan de Añasco fue dos veces por la madre de la señora de Cofachiqui, y no dijimos la causa principal porque se hizo tanta instancia y diligencia por ella: y fue porque los españoles habian sabido que la viuda tenia consigo seis ó siete cargas de perlas gruesas por horadar, y que por no estar horadadas eran mejores que todas las que habian visto en los entierros. Las cuales por haber sido horadadas con agujas de cobre calentadas al fuego habian cobrado algun tanto de humo y perdido mucha parte de la fineza y resplandor que de suyo tenian. Querian pues los nuestros ver si eran tan grandes y tan buenas como los indios se las habian encarecido.

CAPÍTULO XIX.

Donde se cuentan algunas grandezas de ánimo de la señora de Cofachiqui.

En el pueblo y provincia de Xuala (la cual aunque era provincia de por sí apartada de la de Cofachiqui, era de la misma señora) descansó el gobernador con su ejército quince dias, porque en el pueblo y su término hallaron mucha zara y todas las demas semillas y legumbres que hemos dicho habia en la Florida. Tuvieron necesidad de parar todo este largo tiempo por regalar y reformar los caballos, los cuales por la poca comida de maiz que en la provincia de Cofachiqui habian tenido, estaban flacos y debilitados: y aun desta causa se entendió que hubiesen desmayado los tres caballos, de que atrás hicimos mencion, aunque entonces por facilitar el mal para aplacar los amotinados, se dijo que habia sido torozon.

Este pueblo estaba asentado á la falda de una sierra, ribera de un rio, que aunque no muy grande, corria con mucha furia. Hasta aquel rio llegaba el término de Cofachiqui. En el pueblo Xuala sirvieron y regalaron mucho al gobernador y á todo su ejército, que como era del señorío de la señora de Cofachiqui, y ella lo habia enviado á mandar, hacian los indios todas las demostraciones que podian, así por obedecer á su señora como por agradar á los españoles.

Pasados los quince dias, ya que los caballos estaban reformados, salieron de Xuala y el primer dia caminaron por las tierras de labor y sementeras que tenia, que eran muchas y buenas. Otros cinco dias caminaron por una sierra no habitada de gente, empero tierra muy apacible; tenia mucha cantidad de robles y algunos morales y mucho pasto para ganado; habia quebradas y arroyos, aunque de poca agua, muy corrientes: tenia valles muy frescos y deleitosos. Tenia esta sierra por donde la pasaron veinte leguas de travesía.

Volviendo á la señora de Cofachiqui, que aun no hemos salido de su señorío, porque es justo que sus generosidades queden escritas, decimos: que no contenta con haber servido y regalado en su casa y corte al general y á sus capitanes y soldados, ni satisfecha con haberles proveido el bastimento que para el camino hubieron menester, con estar su tierra tan necesitada como lo estaba, ni con darles indios de carga que les sirviesen por todas las cincuenta leguas que hay hasta la provincia de Xuala, mandó á sus vasallos que de Xuala, donde habia mucha comida, llevasen sin tasa alguna toda la que los españoles pidiesen para las veinte leguas de despoblado que habian de pasar antes de Guaxule; y que les die-

sen indios de servicio y todo buen recaudo como á su propia persona. Juntamente con esto proveyó que con el general fuesen cuatro indios principales que llevasen cuidado de gobernar y dar órden á los de servicio para que los españoles fuesen mas regalados en su camino: toda la cual prevencion hizo para sus provincias.

Pues ahora es de saber que tampoco se descuidó de las agenas, con deseo que en todas hubiese el mismo recaudo. Para lo cual mandó á los cuatro indios principales que habiendo entrado en la provincia de Guaxule, que por aquella via confinaba con la suya, se adelantasen, y como embajadores suyos encargasen al curaca de Guaxule sirviese al gobernador y á todo su ejército como ella lo habia hecho: donde no, lo amenazasen con guerra á fuego y á sangre. De la cual embajada el general estaba ignorante hasta que los cuatro indios principales habiendo pasado el despoblado le pidieron licencia para adelantarse á la hacer. Lo cual sabido por el gobernador y sus capitanes les causó admiracion y nuevo agradecimiento ver que aquella señora india no se hubiese contentado con el servicio y regalo que con tanto amor y voluntad en su casa y tierra les habia hecho, sino que tambien hubiese prevenido las agenas. De donde vinieron á entender mas al descubierto el ánimo y deseo que siempre esta señora tuvo de servir al gobernador y á sus castellanos; porque es así que aunque hacia todo lo que podia por agradarles, y ellos lo veian, siempre decia al general la perdonase no poder lo que deseaba poder en su servicio; de que en efecto se congojaba y entristecia, de tal manera, que era menester que los mismos españoles la consolasen. Con estas grandezas de ánimo generoso y otras que con sus

vasallos usaba , segun ellos las apregonaban , se mostraba muger verdaderamente digna de los estados que tenia y de otros mayores , é indigna de que quedase en su infidelidad. Los castellanos no la convidaron con el bautismo porque , como ya se ha dicho , llevaban determinado de predicar la fé despues de haber poblado y hecho asiento en aquella tierra , que andando como andaban de camino , de unas provincias á otras sin parar , mal se podia predicar.

CAPÍTULO XX.

Sucesos del ejército hasta llegar á Guaxule y á Ichiaha.

Ya dijimos que el gobernador y su ejército habian salido de Xuala , y caminando cinco dias por el despoblado que hay hasta Guaxule , es de saber (volviendo atrás con nuestro cuento) que el mismo dia que salieron del pueblo Xuala echaron menos tres esclavos que se habian huido la noche antes. Los dos eran negros de nacion , criados del capitan Andrés de Vasconcelos de Silva , y el otro era morisco de Berbería , esclavo de don Carlos Enriquez , caballero natural de Xerez de Badajoz , de quien atrás hicimos mencion. Entendióse que aficion de mugeres , antes que otro interés , hubiese causado la huida destes esclavos , y quedarse con los indios : por lo cual no los pudieron haber aunque se hicieren diligencias por ellos ; que los indios deste gran reino generalmente se holgaban (como adelante veremos mas al descubierto) de que se quedasen entre ellos cosas de los españoles. Los negros causaron admiracion con su mal hecho , porque eran tenidos por buenos cristianos , y amigos de su señor. El berberisco no hizo novedad , antes confirmó la opinion en que

siempre le habían tenido por ser en toda cosa malísimo.

Dos dias despues sucedió que caminando el ejército por el mismo despoblado al medio de la jornada y del dia cuando el sol muestra sus mayores fuerzas, un soldado infante, natural de Alburquerque, llamado Juan Terron, en quien se apropiaba bien el nombre, se llegó á otro soldado de á caballo, que era su amigo, y sacando de unas alforjas una taleguilla de lienzo en que llevaba mas de seis libras de perlas, le dijo. Tomaos estas perlas y lleváoslas, que yo no las quiero. El de á caballo respondió, mejor serán para vos que las habeis menester mas que yo y podréislas enviar á la Habana para que os traigan tres ó cuatro caballos y yeguas, porque no andeis á pie, que el gobernador segun se dice, quiere enviar presto mensageros á aquella tierra con nuevas de lo que hemos descubierto en esta. Juan Terron, enfadado de que su amigo no quisiese aceptar el presente que le hacia, dijo: pues vos no las quereis, voto á tal que tampoco han de ir conmigo sino que se han do quedar aquí: diciendo esto y habiendo desatado la taleguilla y tomándola por el suelo de una brazada como quien siembra, derramó por el monte y herbazal todas las perlas, por no llevarlas á cuestas, con ser un hombre tan robusto y fuerte, que llevara poco menos carga que una acémilla. Lo cual hecho volvió la taleguilla á las alforjas como si valiera mas que las perlas, y dejó admirado á su amigo y á todos los demas que vieron el disparate: los cuales no imaginaron que tal hiciera; porque á sospecharlo todavía se lo estobáran, porque las perlas valian en España mas de seis mil ducados, porque eran todas gruesas del tamaño de avellanas y de garbanzos gordos; y estaban por horadar, que era lo que

mas se estimaba en ellas; porque tenían su color perfecto y no estaban ahumadas como las que se hallaron horadadas. Hasta treinta dellas volvieron á recoger rebuscándolas entre yerbas y matas: y viéndolas tan buenas, se dolieron mucho mas de la perdicion hecha, y levantaron un refran comun que entre ellos se usaba que decian: no son perlas para Juan Terron. El cual nunca quiso decir donde las hubo: y como los de su camarada se burlasen con él muchas veces despues del daño y le motejasen de la locura que habia hecho, que conformaba con la rusticidad de su nombre, les dijo un dia que se vió muy apretado: por amor de Dios, que no me lo menteis mas porque os certifico que todas las veces que se me acuerda de la necedad que hice, me dán deseos de ahorcarme de un árbol. Tales son los que la prodigalidad incita á sus siervos, que despues de haberles hecho derramar en vanidad sus haciendas les provoca á desesperaciones. La liberalidad, como virtud tan escelente, recrea con gran suavidad á los que la abrazan y usan della.

Sin haberles acaecido otra cosa que sea de contar, habiendo caminado cinco jornadas por la sierra, llegaron los castellanos á la provincia y pueblo de Guaxule, el que estaba asentado entre muchos rios pequeños que pasaban por la una parte y por la otra del pueblo, los cuales nacia de aquellas sierras que los españoles pasaron y de otras que adelante habia.

El señor de la provincia, que tambien habia el mismo nombre Guaxule, salió media legua del pueblo, sacó en su compañía quinientos hombres nobles bien aderezados de ricas mantas de diversas pelleginas y grandes plumages sobre sus cabezas conforme al uso comun de toda aquella tierra: con este aparato recibió al gobernador mostrándole se:

ñales de amor, y hablándole palabras de mucho comedimiento, dichas con todo buen semblante señorial, llevólo al pueblo, que era de trecientas casas, y lo aposentó en la suya, que con el recaudo de los embajadores de la señora de Cofachiqui, la tenia desembarazada para su alojamiento, y prevenidas otras cosas para mejor le servir. La casa estaba en un cerro alto, como de otras semejantes hemos dicho. Tenia toda ella al derredor un paseadero que podian pasearse por él seis hombres juntos.

En este pueblo estuvo el gobernador cuatro dias informándose de lo que por la comarca habia: de allí fue en seis jornadas de á cinco leguas á otro pueblo y provincia llamada Ichiaha, cuyo señor habia el mismo nombre. El camino que llevó en estas seis jornadas fue seguir el agua abajo los muchos arroyos que por Guaxule pasaban. Los cuales todos juntándose en poco espacio, hacian un poderoso rio, tanto, que por Ichiaha, que estaba treinta leguas de Guaxule, iba ya mayor que Guadalquivir por Sevilla.

Este pueblo Ichiaha estaba asentado á la punta de una gran isla de mas de cinco leguas en largo que el rio hacia. El cacique salió á recibir al gobernador y le hizo mucha fiesta con todas las demonstraciones de regocijo y amor que pudo mostrar, y los indios que consigo trujo hicieron lo mismo con los españoles, que holgaron mucho de los ver: y pasándolos por el rio en muchas canoas y balsas, que para este efecto tenian apercebidas, los aposentaron en sus casas como á propios hermanos; y en el mismo grado fue todo el demas servicio y regalo que les hicieron, deseando segun decian abrirse las entrañas y ponérselas delante á los españoles, para les mostrar por vista de ojos lo mucho que se habian holgado de

haberlos conocido. En Ichiaha hizo el gobernador las diligencias que en los demas pueblos y provincias hacia informándose de lo que en la tierra y su comarca habia. El curaca entre otras cosas, que en respuesta de lo que le preguntaron dijo, fue que treinta leguas de allí habia minas del metal amarillo que buscaban; y que para certificarse dellas, enviase su señoría dos españoles ó mas los que quisiese que las fuesen á ver, que él daría guias que seguramente los llevasen y trujesen. Oyendo esto se ofrecieron dos españoles á ir con los indios. El uno se llamaba Juan de Villalobos, natural de Sevilla; y el otro Francisco de Silvera, natural de Galicia; los cuales se partieron luego y quisieron ir á pie, y no á caballo, aunque los tenían, por hacer mejor diligencia, y en mas breve tiempo.

CAPÍTULO XXI.

Como sacan las perlas de sus conchas, y la relacion que trujeron los descubridores de las minas de oro.

Luego otro dia que los dos españoles se fueron á ver las minas de oro que tanto deseaban hallar, vino el curaca á visitar al gobernador y le hizo un presente de una hermosa sarta de perlas, que si no fueran agujeradas con fuego fuera una gran dádiva, porque la sarta era de dos brazas, y las perlas como avellanas, y todas casi parejas de un tamaño. El gobernador las recibió con mucho agradecimiento, y en recompensa le dió piezas de terciopelo y paños de diversas colores, y otras cosas de España que el indio tuvo en mucho. Al cual preguntó el gobernador, ¿si aquellas perlas se pescaban en su tierra? El cacique respondió que sí, y que en el templo y entierro

que en aquel mismo pueblo tenia de sus padres y abuelos habia mucha cantidad dellas: que si las queria se las llevase todas á la parte que quisiese. El adelantado le dijo, que agradecia su buena voluntad, que aunque las deseára no hiciera agravio al entierro de sus mayores, quanto mas que no las queria: que aun las que le habia dado en la sarta las habia recibido por ser dádiva de sus manos, que no queria saber mas de como se sacaban de las conchas donde se criaban.

El cacique dijo que otro dia á las ocho de la mañana lo vería su señoría, que aquella tarde y la noche siguiente las pescarían los indios. Luego al mismo punto mandó despachar cuarenta canoas, con órden que á toda diligencia pescasen las conchas y volviesen por la mañana. La cual venida, mandó el curaca (antes que las canoas llegasen) traer mucha leña y amontonarla en un llano, ribera del rio, y la hizo quemar, y que se hiciese mucha brasa; y luego que las canoas vinieron, mandó tenderla y echar sobre ella las conchas que los indios traían. Las cuales con el calor del fuego se abrian y daban lugar á que entre la carne dellas buscasen las perlas. Casi en las primeras conchas que se abrieron sacaron los indios diez ó doce perlas gruesas como garbanzos medianos, y las trujeron al curaca y al gobernador, que estaban juntos mirando como las sacaban, y vieron que eran muy buenas en toda perfeccion; salvo que todavía el fuego con su calor y humo les ofendia su buen color natural.

El gobernador habiendo visto sacar las perlas se fue á comer á su posada; y poco despues que hubo comido, entró un soldado, natural de Guadalcanal, que habia por nombre Pedro Lopez, el cual descubriendo una perla que en la mano traía, dijo: señor, co-

miendo de las ostras que hoy trujeron los indios, de las cuales llevé unas pocas á mi posada y las hice cocer, topé esta entre los dientes que me los hubiera quebrado. Y por parecerme buena, la traigo á vuesa señoría para que de su mano la envíe á mi señora doña Isabel de Bobadilla. El adelantado le respondió, diciendo: yo os agradezco vuestra buena voluntad, y he por recibido el presente y la gracia que haceis á doña Isabel para os la agradecer y satisfacer en cualquiera ocasion que se os ofrezca. Mas la perla será mejor que la guardéis y que la lleven á la Habana, para que del valor della os traigan un par de caballos y dos yeguas, y otra cosa que habeis menester. Lo que yo haré, por el buen ánimo que nos habeis mostrado, será que de mi hacienda pagaré el quinto que le pertenece á la de su magestad.

Los españoles que con el gobernador estaban miraron la perla, y los que dellos presumian algo de lapidarios, la apreciaron que valia en España cuatrocientos ducados, porque era del tamaño de una gruesa avellana con su cáscara y todo, y redonda en toda perfeccion, y de color claro y resplandeciente, que como no habia sido sacada con fuego como las otras no habia recibido daño en su color y hermosura. Damos cuenta destas particularidades aunque tan menudas, porque por ellas se vea la riqueza de aquella tierra.

Un dia de los que los españoles estuvieron en este pueblo de Ichiaha acaeció una desgracia que á todos ellos lastimó mucho; y fue, que un caballero, natural de Badajoz, llamado Luis Bravo de Xeréz, andando con una lanza en la mano paseándose por un llano cerca del rio, vió pasar un perro cerca de sí, tiróle la lanza con deseo de matarle para comer:

selo, porque por la falta general que en toda aquella tierra habia de carne, comian los castellanos cuantos perros podian haber á las manos. Del tiro no acertó al perro y la lanza pasó desliziándose por el llano adelante hasta caer por la barranca abajo en el rio, y acertó á dar por la una sien y salir por la otra á un soldado que con una caña estaba pescando en él, de que cayó luego muerto. Luis Bravo, descuidado de haber hecho tiro tan cruel, fue á buscar su lanza y la halló atravesada por las sienes de Juan Mateos, que así habia el nombre el soldado; era natural de Almendral. El cual solo entre todos los españoles que andaban en este descubrimiento tenia canas; por las cuales todos le llamaban padre y respetaban como si lo fuera de cada uno de ellos, y así generalmente sintieron su desgracia, que habiéndose ido á holgar lo hubiesen muerto tan miserablemente. Tan cerca como cierta tenemos la muerte en todo tiempo y lugar.

Las cosas referidas sucedieron en el real entre tanto que los dos compañeros fueron y vinieron de descubrir las minas, los cuales gastaron diez dias en su viage: dijeron que las minas eran de muy fino azofar, como el que atrás habian visto; mas que entendian, segun la disposicion de la tierra, que no dejarian de hallarse minas de oro y de plata si buscasen las vetas y mineros. Demas de esto dijeron que la tierra que habian visto era toda muy buena para sementeras y pastos. Y que los indios por los pueblos que habian pasado los habian recebido con mucho amor y regocijo, y les habian hecho mucha fiesta y regalo, tanto que cada noche despues de haberles banqueteados les enviaban dos mozas hermosas que durmiesen con ellos y los entretuviesen la noche; mas que ellos no osaban tocarlas temiendo

no les flechasen otro día los indios, porque sospechaban que se las enviaban para tener ocasión de los matar si llegasen á ellas. Esto temian los españoles, y quizá sus huéspedes lo hacian por regalarlos demasiadamente viendo que eran mozos, porque si quisieran matarlos no tenían necesidad de buscar achaques.

CAPÍTULO XXII.

El ejército sale de Ichiaha, y entra en Acoste y en Coza, y el hospedage que en estas provincias se les hizo.

Recibida la relacion de las minas de oro que fueron á descubrir, mandó el gobernador apercebir para el día siguiente la partida, la cual hicieron nuestros castellanos dejando al curaca y á sus indios principales muy contentos de las dádivas que al general y á sus capitanes les dieron por el hospedage que les hicieron.

Caminaron aquel día la isla abajo, que como dijimos era de cinco leguas en largo. A la punta della, donde el río se volvía á juntar, estaba fundado otro pueblo llamado Acoste; era de otro señor bien diferente del pasado. El cual recibió á los castellanos muy de otra manera que el cacique de Ichiaha, porque no les mostró semblante alguno de amistad, antes estaba puesto en arma con mas de mil y quinientos indios de guerra bien compuestos de plumages y apercebidos de armas, las cuales traían en las manos sin las querer dejar aunque habian recebido ya á los españoles en su pueblo, y se mostraban tan bravos y ganosos de pelear, que no habia indio que hablando con español no presumiese clavarle los dedos en los ojos, y así lo cometian á hacer. Y si les

preguntaban algo, respondian con tanta soberbia sacudiendo y blandiendo los brazos con los puños cerrados (señales que ellos hacen cuando quieren pelear) que no se les podia sufrir la desvergüenza que tenian, ni las palabras y ademanes, que todos provocaban á batalla; de tal manera, que muchas veces estuvieron los castellanos, perdida la paciencia, por cerrar con ellos. Mas el adelantado lo estorbó diciéndoles: que sufriesen todo lo que hiciesen los indios, siquiera por no quebrar el hilo que hasta allí habian traído desde que salieron de la belicosa provincia de Apalache. Así se hizo como el gobernador lo mandó. Mas aquella noche los unos y los otros la pasaron toda puestos en sus escuadrones como enemigos declarados.

El dia siguiente se mostraron los indios mas afa- bles, y el curaca y los mas principales vinieron con nuevo semblante á ofrecer al gobernador todo lo que en su tierra tenian, y le dieron zara para el camino. Entendióse que algun buen recaudo que el señor de Ichiaha les hubiese enviado en favor de los españoles hubiese causado aquel comedimiento. El general les agradeció el ofrecimiento y les pagó el maiz, de que ellos quedaron contentos. Y el mismo dia salió del pueblo y pasó el rio en canoas y balsas, de que habia gran cantidad, y daban todos gracias á Dios que los hubiese sacado del pueblo Acoste sin haber quebrado la paz que hasta allí habian traído.

Salidos de Acoste entraron en una gran provincia llamada Coza. Los indios salieron á recibirles de paz, y les hicieron toda buena amistad dándoles para el camino bastimento y guias de un pueblo á otro.

El curaca y señor desta provincia habia el mismo nombre que ella; la cual por donde los españoles la pasaron tenia mas de cien leguas de largo, to-

das de tierra fértil y muy poblada; tanto que algunos dias que caminaron por ella pasaban por diez y por doce pueblos, sin los que dejaban á una mano y á otra del camino. Verdad es que los pueblos eran pequeños, de los cuales salian los indios con mucho contento y regocijo á recibir los cristianos, y los hospedaban en sus casas, y de muy buena voluntad les daban cuanto tenian, y por el camino les iban sirviendo los de el un pueblo hasta llegar al otro, y cuando estos los habian recebido se volvian á aquellos. Desta manera los llevaron por todas las cien leguas, alojándose los españoles unas noches en poblado y otras en el campo, como acertaban á hacerse las jornadas, que todas eran de á cuatro leguas poco mas ó menos.

El señor de aquella provincia Coza, que estaba al otro término della, enviaba cada dia nuevos mensajeros con un mismo recaudo repetido muchas veces, dando al gobernador el parabien de su buena venida, suplicándole caminase por su tierra muy poco á poco holgándose y regalándose todo lo que le fuese posible, que él le esperaba en el pueblo principal de su provincia para servirá su señoría y á todos los suyos con el amor y voluntad que ellos verian.

Los españoles caminaron veinte y tres ó veinte y cuatro dias sin acaecerles cosa que sea de contar, sino es repetir muchas veces la buena acogida que los indios les hacian hasta que llegaron al pueblo principal llamado Coza, de quien tomaba nombre toda la provincia donde estaba el señor della. El cual salió una gran legua á recibir al gobernador, acompañado de mas de mil hombres nobles muy bien aderezados con mantos de diversos aforros de pieles, muchas dellas eran de martas finas que daban

de sí grande olor de almizcle. Traían sobre sus cabezas grandes plumages, que son la gala y ornamento de que los indios de este gran reino mas se precian; y como estos fuesen bien dispuestos, como lo son generalmente todos los de aquella tierra, y los plumages subiesen media braza en alto, y fuesen de muchas y diversas colores, y ellos estuviesen en el campo puestos por su órden en forma de escuadron de veinte por hilera, hacian una hermosa y agradable vista á los ojos.

Con esta grandeza y ostentacion militar y señoril recibieron los indios al general y á sus capitanes y soldados haciendo todas las mayores demonstraciones que podian del contento que decian tener de verlos en su tierra. Al gobernador aposentaron en una de tres casas que en diversas partes del pueblo tenia el curaca, hechas de la forma que de otras semejantes hemos dicho, asentadas en alto con las ventajas de casas de señor á las de los vasallos. El pueblo estaba fundado á la ribera de un rio: tenia quinientas casas grandes y buenas, que bien mostraba ser cabeza de provincia tan grande y principal como se ha dicho. La mitad del pueblo (hácia la posada del gobernador) tenia desembarazado, donde se alojaron los capitanes y soldados, y cupieron todos en él porque las casas eran capaces de mucha gente; donde estuvieron los castellanos once ó doce dias servidos y regalados del curaca y de todos los suyos como si fueran hermanos muy queridos; que cierto ningun encarecimiento basta á decir el amor, y cuidado, y diligencia con que los servian; de tal manera, que los mismos españoles se admiraban dello.

CAPÍTULO XXIII.

Ofrece el cacique Coza su estado al gobernador para que asiente y pueble en él, y como el ejército sale de aquella provincia.

Un dia de los que estuvieron los españoles en este pueblo llamado Coza, el señor dél que habia comido á la mesa del gobernador, habiendo hablado con él muchas cosas pertenecientes á la conquista y al poblar de la tierra, y habiendo respondido con mucha satisfacion del adelantado á todo lo que acerca desto le habia preguntado, cuando le pareció tiempo se levantó en pie y haciendo al general una gran reverencia con mucha veneracion á la usanza de los indios, y volviendo los ojos á los caballeros que á una mano y á otra del gobernador estaban, como que hablaba con todos, dijo: señor, el amor que á vuesa señoría y á todos los suyos he cobrado en estos pocos dias que ha que le conozco, me fuerza á suplicarle que si busca tierras buenas donde poblar tenga por bien de quedarse en la mia y hacer asiento en ella, que yo creo que es una de las mejores provincias que vuestra señoría habria visto de cuantas ha hallado en este reino; y mas hago saber á vuesa señoría que acertó á pasar por lo mas flaco y vé lo menos bueno della. Si vuesa señoría gustáre de verla de espacio, yo le llevaré por otras partes mejores que le darán todo contento, y podrá tomar dellas lo que mejor le pareciere para poblar y fundar su casa y corte. Y si no quisiere hacerme de presente esta merced, á lo menos no me niegue el invernar en este pueblo el invierno que viene, que está ya cerca, donde le serviremos como vuesa señoría verá, que á las obras me remito, y entonces podrá vuesa señoría enviar de espacio sus capitanes y sol-

dados, para que habiendo visto mi tierra por todas partes, traigan verdadera relacion de lo que he dicho para mayor satisfacion de vuestra señoría.

El gobernador le agradeció su buena voluntad, y le dijo: que en ninguna manera podia poblar dentro en la tierra, hasta saber qué puerto ó puertos tenia en la costa de la mar para recibir los navíos y gente que de España ó de otras partes viniesen á ellos con ganados y plantas, y las demas cosas necesarias para poblar; que cuando fuese tiempo recibiria su ofrecimiento y mantendria siempre su amistad, y que entre tanto sosegase que no tardaria en volver por allí poblando la tierra, y que entonces haria cuanto le pidiese de su gusto y contento.

El cacique le besó las manos y dijo: que tomaba aquellas palabras de su señoría por prendas de su promesa; y que las guardaria en su corazon y en su memoria hasta verlas cumplidas, que lo deseaba en estremo. Este señor era de edad de veinte y seis ó veinte y siete años, muy gentil hombre como lo son los mas de aquella tierra, y de buen entendimiento: hablaba con discrecion y daba buena razon de todo lo que le preguntaban; parecia haberse criado en una corte de toda buena doctrina y policia.

Pasados diez ó doce dias que el ejército hubo descansado en el pueblo de Coza, mas por condescender con la voluntad del curaca, que gustaba de los tener en su tierra, que por necesidad que hubiesen tenido de descansar, le pareció al gobernador seguir su viage en demanda de la mar como lo llevaba encaminado: que desde que salió de la provincia de Xuala habia caminado hácia la costa, haciendo un arco por la tierra para salir al puerto de Achusi, como lo habian concertado con el capitan Diego Maldonado, que habia quedado á descubrir la

costa, y habia de venir al principio del invierno venidero al dicho puerto de Achusi con socorro de gente y armas, ganado y bastimentos, como atrás dejamos dicho: y este era fin principal del gobernador ir á este puerto para empezar á hacer su poblacion.

El cacique Coza quiso acompañar al general hasta los límites de su tierra, y así salió en su compañía con mucha gente noble de guerra, y mucho bastimento é indios de carga que lo llevasen. Caminaron con el orden acostumbrado cinco jornadas; al fin dellas llegaron á un pueblo llamado Talise, que era el último de la provincia de Coza, y frontera y defensa della. Era fuerte en extremo, porque demas de la cerca que tenia hecha de madera y tierra, le cercaba casi todo un gran rio y lo dejaba hecho península. Este pueblo Talise no obedecia bien á su señor Coza por trato doble de otro señor llamado Tascaluza, cuyo estado confinaba con el de Coza, y le hacia vecindad no segura ni amistad verdadera; y aunque los dos no traían guerra descubierta, el Tascaluza era hombre soberbio y belicoso, de muchas cautelas y astucias como adelante verémos, y como tal tenia desasosegado este pueblo para que no obedeciese bien á su señor. Lo cual habiéndolo entendido de mucho atrás el cacique Coza, holgó de venir con el gobernador, así por servirle en el camino y en el mismo pueblo Talise, como por amedrentar los moradores dél con el favor de los españoles, y hacer que le fuesen obedientes.

En el pueblo de Coza quedó huído un cristiano, si lo era, llamado Falco Herrado; no era español ni se sabia de cuál provincia fuese natural, hombre muy plebeyo; y así no se echó menos hasta que el ejército llegó á Talise. Hiciéronse diligencias para volverlo á cobrar, mas no aprovecharon, porque muy desvergon-

zadamente envió á decir con los indios que fueron con los recaudos del gobernador, que por no ver ante sus ojos cada dia á su capitán, que le habia reñido y maltratado de palabra, queria quedarse con los indios y no ir con los castellanos; por tanto que no le esperasen jamás.

El curaca respondió mas comedida y cortesmente á la demanda que el gobernador le hizo, pidiéndole mandase á sus indios trujesen aquel cristiano huído; dijo que pues no habian querido quedarse todos en su tierra, holgaba mucho se hubiese quedado siquiera uno; que suplicaba á su señoría le perdonase, que no haria fuerza para que volviese al que de su gana se quedase, antes lo estimaria en mucho. El gobernador viendo que quedaba lejos y que los indios no le habian de compeler á que volviese, no hizo mas instancia por él.

Olvidádosenos ha de decir como en el mismo pueblo Coza quedó un negro enfermo que no podia caminar, llamado Robles, el cual era muy buen cristiano y buen esclavo; quedó encomendado al cacique, y él tomó á su cargo el regalarle y curarle con mucho amor y voluntad. Hecimos caudal destas menudencias para dar cuenta dellas, para que cuando Dios nuestro Señor sea servido que aquella tierra se conquiste y gane, se advierta á ver si quedó algun rastro ó memoria de los que así se quedaron entre los naturales deste gran reino.

CAPÍTULO XXIV.

Del bravo curaca Tascaluza, casi gigante, y como recibió al gobernador.

En el pueblo Talise estuvo el gobernador diez dias haciendo diligencias para haber noticia de to-

das partes de lo que quedaba por andar de su viage, y de lo que habia en las provincias comarcanas á un lado y á otro deste pueblo. En el ínterin vino un hijo de Tascaluza, mozo de edad de diez y ocho años, de tan buena estatura de cuerpo, que del pecho arriba era mas alto que ningun español ni indio de los que habia en el ejército. Vino acompañado de mucha gente noble, traía una embajada de su padre en que ofrecia al gobernador su amistad, persona y estado para que de todo ello se sirviese como mas gustase. El general lo recibió muy afablemente y le hizo mucha honra, así por su calidad como por su gentileza y buena dispusicion. El cual despues de haber dado su embajada, y habiendo entendido que el adelantado queria ir donde su padre Tascaluza estaba, le dijo: señor, para ir allá aunque no son mas de doce ó trece leguas hay dos caminos: suplico á vuestra señoría mande que dos españoles vayan por el uno y vuelvan por el otro, porque vean cuál de ellos es el mejor por el cual vuestra señoría haya de ir; que yo daré guias que seguramente los lleven y vuelvan. Así se hizo, y uno de los dos que fueron á descubrir los caminos, fue Juan de Villalobos, el que fue á descubrir las minas de oro y las halló de azofar, el cual era amicísimo de ver primero que otro de sus compañeros lo que en el descubrimiento habia: con esta pasion se ofreció á andar el camino dos veces y aun tres.

Cuando volvieron los dos compañeros con la relacion de los caminos, el gobernador se despidió del buen Coza y de los suyos, los cuales quedaron muy tristes porque los castellanos se iban de su tierra. El general salió por el camino que le dijeron era mas acomodado, pasó el rio de Talise en balsas y canoas, que era tan caudaloso que no se vadeaba;

caminó dos dias y al tercero bien temprano llegó á dar vista al pueblo donde el curaca Tascaluza estaba; no era el principal de su estado sino otro de los comunes.

Tascaluza sabiendo por sus correos que el gobernador venia cerca, salió á recebirle fuera del pueblo. Estaba en un cerrillo alto, lugar eminente de donde á todas partes se descubria mucha tierra. Tenia en su compañía no mas de cien hombres nobles muy bien aderezados de ricas mantas de diversos aforros, con grandes plumages en las cabezas conforme el traje y usanza dellos. Todos estaban en pie, solo Tascaluza estaba sentado en una silla de las que los señores de aquellas tierras usan, que son de madera, una tercia poco mas ó menos de alto, con algun cóncavo para el asiento, sin espaldar ni brazeras, toda de una pieza. Cabe sí tenia un alferéz con un gran estandarte hecho de gamuza amarilla con tres barras azules que lo partian de una parte á otra, hecho al mismo talle y forma de los estandartes que en España traen las compañías de caballos.

Fue cosa nueva para los españoles ver insignia militar, porque hasta entonces no habian visto estandarte, bandera ni guion.

La disposicion de Tascaluza era como de su hijo, que á todos sobrepujaba mas de media vara en alto, parecia gigante, ó lo era, y con la altura de su cuerpo se conformaba toda la demas proporcion de sus miembros y rostro. Era hermoso de cara, y tenia en ella tanta severidad, que en su aspecto se mostraba bien la ferocidad y grandeza de su ánimo; tenia las espaldas conforme á su altura, y por la cintura tenia poco mas de dos tercias de pretina, los brazos y piernas derechas y bien sacadas proporcionadas con el cuerpo. En suma fue el indio mas alto de cuerpo

y mas lindo de talle que estos castellanos vieron en todo lo que anduvieron de la Florida.

De la manera que se ha dicho estaba esperando Tascaluza al gobernador, y aunque los caballeros y capitanes del ejército que iban delante llegaban donde él estaba, no hacia movimiento á ellos ni semblante de comedimiento alguno como si no los viera ni pasáran cerca dél. Así estuvo hasta que llegó el gobernador, y cuando le vió cerca se levantó á él y salió como quince ó veinte pasos de su asiento á recibirle.

El general se apeó y lo abrazó, y los dos se quedaron en el mismo puesto hablando, entre tanto que el ejército se alojaba en el pueblo y fuera dél porque no cabia toda la gente dentro; y luego fueron los dos mano á mano hasta la casa del gobernador, que era cerca de la casa de Tascaluza, donde dejó al general y se fue con sus indios.

Dos dias descansaron los españoles en aquel pueblo, y al tercero salieron en seguimiento de su viaje. Tascaluza por mostrar mucha amistad al gobernador quiso acompañarle, diciendo lo hacia para que fuese mejor servido por su tierra. El gobernador mandó que le aderezasen un caballo á la brida en que fuese, como se habia hecho siempre con los curacas señores de vasallos que con él habian caminado, aunque se nos ha olvidado decirlo hasta este lugar. En todos los caballos que en el ejército llevaban no se halló alguno que pudiese sufrir y llevar á Tascaluza segun la grandeza de su cuerpo, y no porque era gordo, que como atrás dijimos, tenía menos de vara de pretina, ni era pesado por vejez, que apenas tenia cuarenta años. Los castellanos haciendo mas diligencia buscando en que fuese Tascaluza, hallaron un rocin del gobernador, que por ser

tan fuerte servia de llevar carga: este pudo sufrir á Tascaluza. El cual era tan alto, que puesto encima del caballo no le quedaba una cuarta de alto de sus pies al suelo.

No tuvo en poco el gobernador que se hallase caballo en que fuese Tascaluza, porque no se desdenase de que lo llevasen en acémila. Así caminaron tres jornadas de á cuatro leguas, y al fin de ellas llegaron al pueblo principal llamado Tascaluza, de quien la provincia y el señor della tomaban el nombre. El pueblo era fuerte, estaba asentado en una península que el rio hacía; el cual era el mismo que pasaba por Talise, y venia mas engrosado y poderoso.

El dia siguiente se ocuparon en pasarlo, y por el mal recaudo que habia de balsas, gastaron casi todo el dia, y se alojaron á media legua del rio en un hermoso valle.

En este alojamiento faltaron dos españoles, y el uno dellos fue Juan de Villalobos, de quien hemos hecho mencion dos veces: no se supo qué hubiese sido dellos: sospechóse que los indios hallándolos lejos del real los hubiesen muerto; porque el Villalobos, donde quiera que se hallaba, era muy amigo de correr la tierra y ver lo que en ella habia. Cosa que cuesta la vida á todos los que en la guerra tienen esta mala costumbre.

Con el mal indicio de faltar los dos españoles temieron los que notaron la novedad del hecho, que la amistad de Tascaluza no era tan verdadera y leal como pretendia él mostrarla. A esta mala señal se añadió otra peor; y fue, que preguntando á sus indios por los dos españoles que faltaban, respondian con mucha desvergüenza: si se los habian dado á guardar á ellos, ó qué obligacion tenian ellos de darles cuenta de sus castellanos. El gobernador no qui-

so hacer mucha instancia en pedirlos porque entendió que eran muertos, y que no serviría la diligencia sino de escandalizar y ahuyentar al cacique y á sus vasallos; parecióle dejar la averiguacion y el castigo para mejor coyuntura.

Al amanecer del dia siguiente envió el general dos escogidos soldados de los mejores que en todo su ejército habia, el uno llamado Gonzalo Cuadrado Jaramillo, hijo-dalgo, natural de Zafra, hombre hábil y plático en toda cosa, de quien seguramente se podia fiar cualquiera grave negocio de paz ó de guerra; el otro se decia Diego Vazquez, natural de Villanueva de Barcarrota, hombre asimismo de todo buen crédito y confianza. Enviólos con orden que fuesen á ver lo que habia en un pueblo llamado Mauvila, que estaba legua y media de aquel alojamiento, donde el curaca tenia mucha gente con voz y fama, que la habia hecho juntar para mejor servir y festejar con ella al gobernador y á sus españoles. Mandóles que le esperasen en el pueblo, que luego caminaba en pos dellos.

CAPÍTULO XXV.

Llega el gobernador á Mauvila, y halla indicios de traicion.

Luego que los dos soldados salieron del real, mandó el gobernador apercebir cien caballos y cien infantes que fuesen con él y con Tascaluza, que ambos quisieron ser aquel dia de vanguardia. Al maese de campo dejó mandado que con el demas ejército saliese con brevedad en su seguimiento. El cual salió tarde, y la gente caminó derramada por los campos, cazando y habiendo placer, bien descuidados por la mucha paz que todo aquel verano hasta allí habian traído de haber batalla.

El gobernador que llevaba cuidado de caminar, llegó á las ocho de la mañana al pueblo de Mauvila, el cual era de pocas casas, que apenas tenia ochenta; empero todas ellas muy grandes, que algunas eran capaces de mil y quinientas personas, y otras de mil, y las menores de mas de quinientas. Llamamos casa á lo que es un cuerpo solo, como una iglesia, que los indios no labraban sus casas trabando unos cuerpos con otros, sino que cada una conforme á su posibilidad, hacía un cuerpo de casa como una sala, y esta tenia sus apartados con las oficinas necesarias, que eran harto pocas, y á estos cuerpos así solos llaman casas. Y como las deste pueblo habian sido hechas para frontera y plaza fuerte, y para ostentacion de la grandeza del señor, eran muy hermosas, y las mas dellas eran del cacique, y las otras de los hombres mas principales y ricos de todo su estado.

El pueblo estaba asentado en un muy hermoso llano; tenia una cerca de tres estados en alto, la cual era hecha de maderos tan gruesos como bueyes: estaban hincados en tierra tan juntos, que estaban pegados unos con otros. Otras vigas menos gruesas y mas largas iban atravesadas por la parte de afuera, y de adentro atadas con cañas quebradas y cordeles fuertes, y embarrados por cima con mucho barro pisado con paja larga; la cual mezcla henchía todo los huecos y vacíos de la madera y sus ataduras, de tal suerte, que propiamente parecia pared enlucida con plana de albañil. A cada cincuenta pasos desta cerca habia una torre capaz de siete ó ocho hombres que podian pelear en ella. La cerca por lo bajo en altor de un estado, estaba llena de troneras para tirar las flechas á los de fuera. No tenia el pueblo mas de dos puertas, una al levante y otra al poniente. En medio del pueblo habia una gran plaza; en derredor

*

della estaban las casas mayores y mas principales.

A esta plaza llegaron el gobernador y el gigante Tascaluza, el cual luego que se apeó llamó á Juan Orotiz, intérprete, y señalando con el dedo, le dijo: en esa casa grande se aposentará el gobernador y los caballeros y gentiles hombres que su señoría quisiere tener consigo, y su servicio y recámara se pondrá en esotra que está cerca della, y para la demas gente un tiro de flecha fuera de el pueblo tienen mis vasallos hechas muchas ramadas muy buenas, en las cuales podrán alojarse á placer, porque el pueblo es pequeño y no cabemos todos en él. El general respondió, que venido el maese de campo haria en él alojamiento, y en todo lo demas lo que él ordenase. Con esto se entró Tascaluza en una casa de las mayores que habia en la plaza, donde, como despues se supo, tenia los capitanes de su consejo de guerra. El gobernador y los caballeros é infantes que con él vinieron se quedaron en la plaza y mandaron sacar los caballos fuera del pueblo hasta saber dónde se habian de alojar.

Gonzalo Cuadrado Jaramillo, que como dijimos se habia adelantado á ver y reconocer el pueblo de Mauvila, luego que el gobernador se apeó salió á él y le dijo: señor, yo he mirado con atencion este pueblo, y las cosas que en él he visto y notado no me dán seguridad alguna de la amistad deste curaca y de sus vasallos, antes me causan mala sospecha que nos tienen armada alguna traicion, porque en esas pocas casas que vuestra señoría vé, hay mas de diez mil hombres de guerra, gente escogida, que en todos ellos no hay un viejo, ni indio de servicio, sino que todos son de guerra, nobles y mozos, y todos están apercebidos de armas en mucha cantidad, y sin las que cada uno dellos tiene en particular pa-

ra sí, muchas casas destas están llenas de ellas, que son depósito comun de armas. Demas desto, aunque estos indios tienen consigo muchas mugeres, todas son mozas, y ninguna dellas tiene hijos, ni en todo el pueblo hay tan solo un muchacho, sino que están libres y desembarazados de todo impedimento. El campo, un tiro de arcabuz alderredor del pueblo (como vuestra señoría lo habrá visto) tienen limpio y deserbado de tal manera, y con tanta curiosidad, que aun hasta las raices de las yerbas tienen arrancadas á mano; lo cual me parece señal de querernos dar batalla, y que no haya cosa que les estorbe. Con estos malos indicios se puede juntar la muerte de los dos españoles que del alojamiento pasado ayer faltaron: por todo lo cual me parece que vuestra señoría debe recatarse deste indio y no fiarse dél, que aunque no hubiera mas del mal rostro y peor semblante que él, y los suyos hasta agora nos han mostrado, y la soberbia y desvergüenza con que nos hablan, bastára para apercebirnos á no tener su amistad por buena sino por falsa y engañosa.

El general respondió, que de mano en mano entre los que allí estaban pasase la palabra y el aviso de unos á otros de lo que en el pueblo habia para que todos disimuladamente estuviesen apercebidos; y particularmente mandó á Gonzalo Cuadrado, que luego que el maese de campo llegase le diese noticia de lo que en el pueblo habia visto para que ordenase lo que á todos conviniese.

Alonso de Carmona en su cuaderno escrito de mano hace muy larga relacion del viage que estos españoles y él con ellos hicieron desde la provincia de Cofachiqui hasta la de Coza, y cuenta las grandezas de la provincia Coza, y las generosidades del señor della, y nombra muchos pueblos de los de



aquel camino , aunque no todos los que yo he nombrado. Y de la estatura de Tascaluza dice , que para gigante no le faltaba casi nada , y que era muy bien agestado. Y Juan Coles , hablando deste Jayan , dice estas palabras : llegados que fuimos á la provincia deste señor Tascaluza nos salió de paz. Este era un hombre grande , que desde el pie á la rodilla tenia tanta canilla , como otro hombre muy grande desde el pie á la cintura : tenia los ojos como de buey. De camino iba en un caballo , y el caballo no lo podia llevar : vistiólo el adelantado de grana y dióle una muy hermosa capa de ella misma. Y Alonso de Carmona , habiendo dicho el vestido de grana , añade estas palabras : al entrar el gobernador y Tascaluza en Mauvila salieron los indios á recibirlos con bailes y danzas por mas disimular su traicion , y las hacian los mas principales ; y acabado aquel regocijo salió otro baile de mugeres hermosísimas á maravilla ; porque como tengo dicho son muy bien agestados aquellos indios , y asimismo las mugeres en tanto grado , que despues cuando nos salimos de la tierra , y fuimos á parar á Méjico , sacó el gobernador Moscoso una india desta provincia de Mauvila , que era muy hermosa y muy gentil muger , que podia competir en hermosura con la mas gentil de España , que habia en todo Méjico ; y así por su gran extremo enviaban aquellas señoras de Méjico á suplicar al gobernador se la enviase que la querian ver. Y él lo hacia con gran facilidad , porque se holgaba de que se la cudiciasen muchos. Todas son palabras de Alonso de Carmona , como él mismo las dice ; y huelgo de referir estas y todas las que en la historia ván en nombre de estos dos soldados testigos de vista , para que se vea cuán claro se muestran ambas relaciones y la nuestra ser todas de un paño. Y

poco mas adelante dice Alonso de Carmona, el aviso que decimos que Gonzalo Cuadrado Jaramillo (aunque no lo nombra) dió al gobernador Hernando de Soto. Y añade, que le dijo, como aquella mañana y otras muchas antes habian salido los indios á ensayarse al campo con un parlamento que cada dia les hacia un capitan antes de la escaramuza y ejercicio militar.

El cacique Tascaluza (como queda dicho) luego que el gobernador y él entraron en el pueblo se entró en una casa donde estaba su consejo de guerra esperando para concluir y determinar el órden que habian de tener en matar los españoles; porque de mucho atrás tenia determinado aquel curaca matarlos en el pueblo Mauvila; y para esto habia juntado la gente de guerra que allí tenia, no solamente de sus vasallos y súbditos, sino tambien de los vecinos y comarcanos para que todos gozasen del triunfo y gloria de haber muerto los castellanos, y hubiesen su parte del despojo que llevaban, que con esta condicion habian venido los no vasallos.

Pues como Tascaluza se viese entre sus capitanes y con los mas principales de su ejército, les dijo, que con brevedad determinasen el como harian aquel hecho, si degollarian luego á los españoles que allí al presente estaban en el pueblo, y en pos dellos á los demas, como fuesen viniendo, ó si aguardarian á que llegasen todos, que segun se hallaban poderosos y bravos esperaban degollarlos con tanta facilidad á todos juntos, como divididos en tres tercios de vanguardia, batalla y retaguardia que el ejército traía caminando; que lo determinasen luego porque él no aguardaba sino la resolucion de ellos.

Resuélvense los del consejo de Tascaluza de matar los españoles: cuéntase el principio de la batalla que tuvieron.

Los capitanes del consejo estuvieron divisos en lo que Tascaluza les propuso, que unos dijeron que no aguardasen á que los castellanos se juntasen porque no se les dificultase la empresa, sino que luego matasen los que allí tenían, y despues los demas como fuesen llegando. Otros mas bravos dijeron, que parecia género de cobardía y muestra de temor, y aun olia á traicion quererlos matar divididos; sino que pues en valentía, destreza y ligereza les hacian la misma ventaja que en número, los dejasen juntar, y de un golpe los degollasen á todos, que esto era de mayor honra, y mas conveniente á la grandeza de Tascaluza por ser hazaña mayor.

Los primeros capitanes replicaron diciendo, que no era bien arriesgar, que juntándose todos los españoles se pusiesen en mayor defensa y matasen algunos indios, que por pocos que fuesen pesaria mas la pérdida de los pocos amigos que placería la muerte de todos sus enemigos. Que bastaba se consiguiese el fin que pretendian que era degollarlos todos: que el cómo sería mejor y mas acertado cuanto mas á su salvo lo hiciesen.

Este último consejo prevaleció, que aunque el otro era mas conforme á la soberbia y bravosidad de Tascaluza, él tenia tanto deseo de ver dellogados los españoles, que cualquiera dilacion, por breve que fuese, le parecia larga. Y así fue acordado que para poner en obra su determinacion se tomase cualquiera ocasion que se les ofreciese; y cuando no la hubiese, lo hicie-

sen de hecho, que con enemigos no era menester buscar causas para los matar.

Entre tanto que en el consejo de Tascaluza se trataba de la muerte de los españoles, los criados del gobernador, que se habian adelantado y dado priesa á su camino, y se habian alojado en una de las casas grandes que salian á la plaza, tenian aderezado de almorzar ó de comer, que todo se hacia junto, y le dijeron que su señoría comiese, que era ya hora. El general envió un recaudo á Tascaluza con Juan Orotiz, diciendo, que viniese á almorzar porque siempre habia comido con el gobernador. Juan Orotiz dió el recaudo á la puerta de la casa donde el curaca estába, porque los indios no le dejaron entrar dentro. Los cuales, habiendo llevado el recaudo, respondieron que luego saldría su señor.

Habiendo pasado un buen espacio de tiempo, volvió Juan Orotiz á repetir su recaudo á la puerta, respondiéronle lo mismo. Dende á buen rato, tornó á decir tercera vez, digan á Tascaluza que salga, que el gobernador le espera con el manjar en la mesa. Entonces salió de la casa un indio que debia ser el capitán general, y con una soberbia y altivez estraña habló diciendo. ¿Qué están aquí estos ladrones, vagamundos, llamando á Tascaluza, mi señor, diciendo, salí, salí, hablando con tan poco miramiento como si hablarán con otro como ellos? Por el sol y por la luna que ya no hay quien sufra la desvergüenza destes demonios: y será razon que por ella mueran hoy hechos pedazos, y dé fin á su maldad y tiranía.

Apenas habia dicho estas palabras el capitán, cuando otro indio que salió en pos dél, le puso en las manos un arco y flechas para que empezase la pelea. El indio general, echando sobre los hombros

las vueltas de una muy hermosa manta de martas que al cuello traía abrochada, tomó el arco y poniéndole una flecha, encaró con ella para la tirar á una rueda de españoles que en la calle estaban.

El capitan Baltasar de Gallegos, que acertó á hallarse cerca á un lado de la puerta por donde el indio salió, viendo su traicion y la de su cacique, y que todo el pueblo en aquel punto levantaba un gran alarido, echó mano á su espada y le dió una cuchillada por cima del hombro izquierdo, que como el indio no tuviese armas defensivas, ni aun ropa de vestir sino la manta, le abrió todo aquel cuarto, y con las entrañas todas defuera cayó luego muerto, sin que le hubiese dado lugar á que soltase la flecha.

Cuando este indio salió de la casa á decir aquellas malas palabras que contra los castellanos dijo, ya dejaba dada arma á los indios para la batalla, y así salieron de todas las casas del pueblo, principalmente de las que estaban en derredor de la plaza, seis ó siete mil hombres de guerra, y con tanto ímpetu y denuedo arremetieron con los pocos españoles que descuidados estaban en la calle principal por donde habian entrado, que de vuelo, con mucha facilidad, sin dejarles poner los pies en tierra como dicen, los llevaron hasta echarlos por la puerta afuera y mas de docientos pasos en el campo. Tan feroz y brava fue la inundacion de los indios que salieron sobre los españoles: aunque es verdad que en todo aquel espacio no hubo español alguno que volviese las espaldas al enemigo, antes pelearon con todo buen ánimo, valor y esfuerzo, defendiéndose y retirándose para atrás, porque no fue posible hacer pie y resistir al ímpetu cruel y soberbio con que los indios salieron de las casas y del pueblo.

Entre los primeros indios que salieron de la ca-

sa de donde salió el indio capitán, salió un mozo gentil hombre de hasta diez y ocho años. El cual poniendo los ojos en Baltasar de Gallegos, le tiró con gran furia y presteza seis ó siete flechas, y aunque le quedaban más, viendo que con aquellas no lo había muerto ó herido porque el español estaba bien armado, tomó el arco con ambas manos y cerrando con él, que lo tenía cerca, le dió sobre la cabeza tres ó cuatro golpes con tanta velocidad y fuerza, que le hizo reventar la sangre debajo de la celada y correr por la frente. Baltasar de Gallegos, viéndose tan malparado, á toda priesa, por no darle lugar á que lo tratase peor, le dió dos estocadas por los pechos, de que cayó muerto el enemigo.

Entendióse por conjeturas que este indio mozo fuese hijo de aquel capitán que fue el primero que salió á la batalla, y que con deseo de vengar la muerte del padre hubiese peleado con Baltasar de Gallegos con tanto corage y deseo de matarle como el que mostró. Empero bien mirado, todos peleaban con la misma ansia de matar ó herir á los españoles.

Los soldados, que eran de á caballo, que como dijimos tenían fuera de la cerca del pueblo atados los caballos, viendo el ímpetu y furor con que los indios los acometían, salieron del pueblo corriendo á tomar sus caballos. Los que se dieron mejor mañana y pusieron mas diligencia pudieron subir en ellos. Otros que entendieron que no fuera tan grande la avenida de los enemigos, ni les dieran tanta priesa como les dieron, no pudiendo subir en los caballos, se contentaron con soltarlos cortando las riendas ó cabestros para que pudiesen huir y no los flechasen los indios. Otros mas desgraciados, que ni tuvieron lugar de subir en los caballos ni aun de cortar los cabestros, se los dejaron atados,

donde los enemigos los flecharon con grandísimo contento y regocijo. Y como eran muchos los medios acudieron á pelear con los castellanos, y los medios se ocuparon en matar los caballos que hallaron atados y en recoger todo el carruage y hacienda de los cristianos, que toda habia llegado ya entonces y estaba arrimada á la cerca del pueblo y tendida por aquel llano esperando alojamiento. Toda la hubieron los enemigos en su poder, que no se les escapó cosa alguna della si no fue la hacienda del capitan Andrés de Vasconcellos que aun no habia llegado.

Los indios la metieron toda en sus casas, y dejaron á los españoles despojados de cuanto llevaban, que no les quedó sino lo que sobre sus personas traían y las vidas que poseían, por las cuales peleaban con todo el buen ánimo y esfuerzo que en tan gran necesidad era menester, aunque estaban desusados de las armas, por la mucha paz que desde Apalache hasta allí habian traído, y descuidados de pelear aquel dia, por la amistad fingida que Tascaluza les habia hecho; mas lo uno ni lo otro fue parte para que dejasen de hacer el deber.

CAPÍTULO XXVII.

Do se cuentan los sucesos de la batalla de Mauvila hasta el primer tercio della.

Los pocos caballeros que pudieron subir en sus caballos de los que salieron del pueblo, con otros pocos que habian llegado de camino, descuidados de hallar batalla tan cruel, juntándose todos arremetieron á resistir el ímpetu y furia con que los indios perseguian á los españoles que peleaban á pie, los cuales por mucho que se esforzaban no podian hacer que

los indios no los llevasen retirando por el llano adelante hasta que vieron arremeter los caballos contra ellos: entonces se detuvieron algun tanto y dieron lugar á que los nuestros se recogiesen, y hechos dos cuadrillas, una de infantes y otra de caballos, arremetieron á ellos con tanto corage y vergüenza de la afrenta pasada, que no pararon hasta volverlos á encerrar en el pueblo. Y queriendo entrar dentro, fue tanta la flecha y piedra que de la cerca y de sus troneas llovió sobre ellos, que les convino apartarse della.

Los indios viéndolos retirar salieron con el mismo impetu que la primera vez, unos por la puerta y otros derribándose por la cerca abajo, cerraron con los nuestros temerariamente, hasta asirse de las lanzas de los caballeros, y mal que les pesó los llevaron retirando mas de docientos pasos lejos de la cerca.

Los españoles, como se ha dicho, se retiraban sin volver las espaldas, peleando con todo concierto y buena órden; porque en ella consistia la salud dellos, que eran pocos y faltaban los mas que habian quedado en la retaguarda, la cual aun no habia llegado.

Luego cargaron los nuestros sobre los enemigos y los retiraron hasta el pueblo, mas de la cerca les hacian grande ofensa, por lo cual vinieron á entender que les estaba mejor pelear en el llano lejos del pueblo que cerca dél. Y así de allí adelante cuando se retiraban, se retiraban de industria mas tierra de la que los indios les forzaban á perder por alejarlos del pueblo, para que en la retirada dellos tuviesen los caballeros mas campo y lugar donde poderlos alancear. Desta suerte, acometiendo y retirándose, ya los unos, ya los otros, á manera de juego de cañas, aunque en batalla muy cruel y sanguienta, y otras veces á pie quedo, pelea-

ron indios y españoles tres horas de tiempo con muertes y heridas que unos á otros se daban rabiosamente.

En estas acometidas y retiradas que así se hacian andaba á caballo á las espaldas de los españoles y á vueltas dellos un fraile dominico llamado fray Juan de Gallegos, hermano del capitan Baltasar de Gallegos, no que pelease sino que deseaba dar el caballo al hermano, y con este deseo daba voces diciendo, que saliese á subir en el caballo.

El capitan, que nunca habia perdido ser de los primeros como al principio de la batalla le habia cabido en suerte, no curó de responder al hermano, porque no se permitia ni á su reputacion y honra convenia dejar el puesto que traía. En estas entradas y salidas que el buen fraile con ansia de socorrer con el caballo al hermano hacía, á una arremetida que los indios hicieron, uno dellos puso los ojos en él, y aunque andaba lejos, le tiró una flecha al tiempo que el fraile acertaba á volver las riendas huyendo dellos, y le dió con ella en las espaldas, y le hirió, aunque poco; porque traía puestas sus dos capillas, y toda la demas ropa que en su religion usan traer, que es mucha, y encima de toda ella traía un gran sombrero de fieltro que asido de un cordon al cuello pendia sobre las espaldas: por toda esta defensa no fue mortal la herida, que el indio de buena gana le habría tirado la flecha. El fraile quedó escarmentado y se hizo á lo largo con temor no le tirasen mas.

Muchas heridas y muertes hubo en esta porfiada batalla; mas la que mayor lástima y dolor causó en los españoles, así por la desdicha con que sucedió, como por la persona en quien cayó, fue la de don Carlos Enriquez, caballero natural de Jerez de Bada-

joz, casado con una sobrina del gobernador, y por su mucha virtud y afabilidad querido y amado de todos, de quien otra vez hemos hecho mencion. Este caballero desde el principio de la batalla en todas las arremetidas y retiradas habia peleado como muy valiente caballero; y habiendo sacado de la última retirada herido el caballo de una flecha, la cual traía hincada por un lado del pecho encima del pretal, para habérsela de sacar pasó la lanza de la mano derecha á la izquierda, y asiendo de la flecha tiró della tendiendo el cuerpo á la larga por el cuello del caballo adelante; y haciendo fuerza torció un poco la cabeza sobre el hombro izquierdo, de manera que descubrió en tan mala vez la garganta. A este punto cayó una flecha desmandada con un arpon de pedernal y acertó á darle en lo poco de la garganta que tenia descubierta y desarmada, que todo lo demas del cuerpo estaba muy bien armado, y se la cortó de manera que el pobre caballero cayó luego del caballo abajo degollado, aunque no murió hasta otro dia.

Con semejantes sucesos propios de las batallas peleaban indios y castellanos con mucha mortandad de ambas partes, aunque por no traer armas defensivas era mayor la de los indios. Los cuales habiendo peleado mas de tres horas en el llano, reconociendo que les iba mal con pelear en el campo raso, por el daño que los caballos les hacian, acordaron retirarse todos al pueblo y cerrar las puertas y ponerse en la muralla. Así lo hicieron habiéndose apellidado unos á otros para recogerse de todas partes.

El gobernador viendo los indios encerrados mandó que todos los de á caballo por ser gente mas bien armada que los infantes se apeasen, y tomando rodelas para su defensa y hachas para romper

las puertas (que los mas dellos las traían consigo) acometiesen al pueblo, y como valientes españoles hiciesen lo que pudiesen por ganarlo.

Luego en un punto se formó un escuadron de docientos caballeros que arremetieron con la puerta, y á golpe de hacha la rompieron y entraron por ella no con poco mal dellos.

Otros españoles no pudiendo entrar por la puerta por ser angosta, por no detenerse en el campo y perder tiempo de pelear daban con las hachas grandes golpes en la cerca y derribaban la mezcla de barro y paja que por cima tenia, y descubrian las vigas atravesadas y las ataduras con que estaban atadas, y por ellas ayudándose unos á otros subian sobre la cerca y entraban en el pueblo en socorro de los suyos.

Los indios viendo los castellanos dentro en el pueblo, que ellos tenian por inexpugnable, y que lo iban ganando, peleaban con ánimo de desesperados así en las calles como de las azoteas que habia, de donde hacian mucho daño á los cristianos. Los cuales por defenderse de los que peleaban de los terrados y por asegurarse de que no les ofendiesen por las espaldas, y tambien porque los indios no les volviesen á ganar las casas que ellos iban ganando, acordaron pegarles fuego, así lo pusieron por obra, y como ellas fuesen de paja, en un punto se levantó grandísima llama y humo, que ayudó á la mucha sangre, heridas y mortandad que en un pueblo tan pequeño habia.

Los indios luego que se encerraron en el pueblo, acudieron muchos dellos á la casa que se habia señalado para el servicio y recámara del gobernador, la cual no habian acometido hasta entonces por parecerles que la tenian segura. Eutonces fueron

con mucho denuedo á gozar de los despojos della. Mas en la casa hallaron buena defensa, porque habia dentro tres ballesteros y cinco alabarderos de los de la guarda del gobernador, que solian acompañar su recámara y servicio; y un indio de los primeros que en aquella tierra habian preso, el cual era ya amigo y fiel criado, y como tal traia su arco y flechas para cuando fuese necesario pelear contra los de su misma nacion en favor y servicio de la agena. Acertaron á hallarse asimismo en la casa dos sacerdotes, un clérigo, y un fraile y dos esclavos del gobernador. Toda esta gente se puso en defensa de la casa: los sacerdotes con sus oraciones, y los seglares con las armas, y pelearon tan animosamente que no pudieron los enemigos ganarles la puerta; los cuales acordaron entrarles por el techo, y así lo abrieron por tres ó cuatro partes; mas los ballesteros y el indio flechero lo hicieron tan bien, que á todos los que se atrevieron á entrar por lo destechado, en viéndolos asomar los derribaron muertos ó mal heridos. En esta animosa defensa estaban estos pocos españoles cuando el general y sus capitanes y soldados llegaron peleando á la puerta de la casa y retiraron della los enemigos; con lo cual quedaron libres los de la casa, y se salieron y fueron al campo dando gracias á Dios que los hubiese librado de tanto peligro.

CAPÍTULO XXVIII.

Que prosigue la batalla de Mauvila hasta el segundo tercio de ella.

Quando pasó lo que en el capítulo precedente contamos ya habia mas de cuatro horas que sin cesar peleaban indios y castellanos matándose unos á otros cruelí-

simamente ; porque los indios parecia que quanto mas daño recibian , tanto mas se obstinaban y desesperaban de la vida ; y en lugar de rendirse peleaban con mayor ansia por matar los españoles ; y ellos viendo la pertinacia , porfia y rabia de los indios , los herian y mataban sin piedad alguna.

El gobernador que habia peleado todas las cuatro horas á pie delante de los suyos , se salió del pueblo , y subiendo en un caballo para con él acrecentar el temor á los enemigos y el ánimo y esfuerzo á los suyos ; y acompañado de el buen Nuño Tobar , que tambien venia á caballo , volvió á entrar en el pueblo y ambos caballeros apellidando el nombre de nuestra Señora y del apóstol Santiago , y dando grandes voces á los suyos que les hiciesen lugar pasaron rompiendo del un cabo al otro del escuadron de los enemigos que en la calle principal y en la plaza peleaban , y revolvieron sobre ellos alanceándolos á una mano y á otra como valientes y diestros caballeros que eran.

En estas vueltas y revueltas al tiempo que el gobernador se enhastaba sobre los estribos para dar una lanzada á un indio , otro que se halló á sus espaldas le tiró una flecha por cima del arzon trasero y le acertó en lo poco que el general descubrió desarmado entre el arzon y las coracinas , y aunque tenia cota de malla , se la rompió la flecha y le entró una sesma della por la asentadura izquierda ; y el buen general , así por no dar á entender que estaba herido , porque los suyos no se estorbasen con su herida , como porque con la priesa del pelear no tuvo lugar de quitarse la flecha , peleó con ella todo lo que la batalla despues duró , que fueron casi cinco horas sin poder asentarse sobre la silla , que no fue poca prueba de la valentía deste capitan y de la destreza que en la silla gineta tenia.

A Nuño Tobar dieron otro flechazo en la lanza, que con ser delgada la atravesaron por medio junto á la mano, y la asta de la lanza se mostró tan fina que no se hendió, antes pareció que la flecha habia sido un taladro que sotilmente la habia barrenado; y así despues cortada la flecha por ambas partes, sirvió la lanza como antes. Cuéntase este tiro, aunque de tan poca importancia, porque raras veces acaecen semejantes tiros; y tambien porque en él se vea lo que muchas veces hemos dicho de la ferocidad y destreza que en sus arcos y flechas los indios de la Florida tienen.

Estos dos caballeros aunque pelearon todo el dia, y rompieron muchas veces los escuadrones que á cada paso los indios formaban y rehacian, y entraron en los trances mas peligrosos desta batalla, no sacaron mas heridas de las que hemos dicho, que no fue poca ventura.

El fuego que se puso á las casas iba creciendo por momentos y hacia mucho daño en los indios, porque como eran muchos y no podian pelear todos en las calles y plazas porque no cabian en ellas, peleaban de los terrados y azoteas, y allí los cogia el fuego y los quemaba ó les forzaban á que huyendo dél se despeñasen de los terrados abajo.

No hacia menos daño en las casas que tomaba por la puerta, que como se ha dicho, eran salas grandes con no mas de una puerta, y como el fuego la ocupaba, los que estaban dentro no pudiendo salir fuera se quemaban y ahogaban con el fuego y con el humo; y de esta manera perecieron muchas mugeres que estaban encerradas en las casas.

En las calles no era menos perjudicial el fuego, porque con el viento unas veces cargaba la llama y el humo sobre los indios y les cegaba la vista, y

*

ayudaba á que los españoles los llevasen de arranca-
da sin poderles resistir. Otras veces volvia en favor
de los indios contra los cristianos y hacia que volvie-
sen á ganar cuanto de la calle habian perdido. Así
andaba el fuego favoreciendo ya á los unos, ya á
los otros, con que hacia crecer la mortandad de la
batalla.

Con la crueldad y rabia que se ha visto se susten-
tó la pelea de ambas partes hasta las cuatro de la
tarde, habiendo pasado siete horas de tiempo que
peleaban sin cesar. A esta hora viendo los indios los
muchos que de los suyos habian muerto á fuego y
hierro, y que por faltar quien pelease enflaquecian
sus fuerzas y crecian las de los castellanos, apellida-
ron las mugeres y les mandaron que tomando armas
de las muchas que por las calles habia caidas, hicie-
sen por vengar la muerte de los suyos; y cuando
no los pudiesen vengar, á lo menos hiciesen co-
mo todos muriesen antes que ser esclavos de los
españoles.

Cuando les mandaron esto á las mugeres, ya mu-
chas dellas habian buen rato que valerosamente
andaban peleando entre sus maridos: mas con el
nuevo mandato no quedó alguna que no saliese á la
batalla tomando las armas que por el suelo halla-
ban, que asáz habia dellas: hubieron á las manos
muchas espadas, partesanas y lanzas de las que los
españoles habian perdido y las convirtieron contra
sus dueños hiriéndoles con sus mismas armas. Tam-
bien tomaban arcos y flechas, y no las tiraban con
menos destreza y ferocidad que sus maridos, y se
ponian delante dellos á pelear, y determinadamente
se ofrecian á la muerte con mucha mas temeridad
que los varones; con toda rabia y despecho se
metian por las armas de los enemigos, mostrando

bien que la desesperacion y ánimo de las mugeres en lo que han determinado hacer es mayor y mas desenfrenado que el de los hombres. Empero los españoles viendo que aquello hacian las indias con deseo mas de morir que de vencer se abstenian de las herir y matar, y tambien miraban que eran mugeres.

Entre tanto que duraba esta larga y porfiada batalla, los trompetas, pífaros y atambores, no cesaban de tocar arma con grande instancia, para que los españoles que habian quedado en la retaguarda se diesen priesa á venir al socorro de los suyos.

El maese de campo y los que con él venian, caminaban derramados por el campo, cazando y habiendo placer, descuidados de lo que pasaba en Mauvila. Pues como sintiesen el ruido de los instrumentos militares, y la grito y vocería que dentro y fuera del pueblo andaba, y viesen el mucho humo que por delante se les descubria sospechando lo que podia ser, dieron arma de mano en mano, hasta los últimos, y todos caminaron á toda priesa, y llegaron al postrer cuarto de la batalla.

Entre estos venia el capitan Diego de Soto, sobrino del goberdador y cuñado de don Cárlos Enriquez, cuya desgracia contamos atrás; el cual como supiese el suceso del cuñado, á quien amaba tiernamente, sintiendo el dolor de tanta pérdida con deseo de la vengar se arrojó del caballo abajo, y tomando una rodela y la espada en la mano, entró en el pueblo y llegó donde la batalla andaba mas feroz y cruel que era en la calle principal: aunque es verdad que en todas las otras no faltaba sangre, fuego y mortandad, que todo el pueblo estaba lleno de fiera pelea.

En aquel lugar, y á las cuatro de la tarde, entró Diego de Soto en la batalla, mas á imitar en la

desdicha á su cuñado, que á vengar su muerte; que no era tiempo de propias venganzas, sino de la ira de la fortuna militar; la cual parece que con hastío de haberles dado tanta paz en tierra de tan crueles enemigos, habia querido darles en un dia toda junta la guerra que en un año podian haber tenido, y quizá no les hubiera sido tan cruel como la de solo este dia segun verémos adelante; que para batalla de indios y españoles pocas ó ninguna ha habido en el Nuevo-Mundo que igualase á esta, así en la obstinada porfia del pelear como en el espacio del tiempo que duró, sino fue la del confiado Pedro de Valdivia.

Pues como decíamos, el capitan Diego de Soto llegó á lo mas recio de la batalla, y apenas hubo entrado en ella cuando le dieron un flechazo por un ojo, que le salió al colodrillo, de que cayó luego en tierra, y sin habla estuvo agonizando hasta otro dia que murió, sin que hubiesen podido quitarle la flecha. Esta fue la venganza que hizo á su pariente don Carlos para mayor dolor y pérdida del general y de todo el ejército, porque eran dos caballeros que dignamente merecian ser sobrinos de tal tio.

CAPÍTULO XXIX.

Cuenta el fin de la batalla de Mauvila, y cuán mal parados quedaron los españoles.

No fue menos sangrienta la batalla que hubo en el campo, para lo cual se habia limpiado y rozado hasta arrancar las yerbas y raices: porque los indios habiéndose encerrado en el pueblo para defenderse en él, y reconociendo que por ser muchos se estorbaban unos á otros en la pelea, y que por ser el lugar estrecho no podian aprovecharse de su ligereza, acordaron muchos dellos salir al campo descolgándose por

las cercas abajo, donde pelearon con todo buen ánimo, y esfuerzo, y deseo de vencer. Mas en poco tiempo reconocieron que el consejo les salia á mal, porque si ellos les hacian ventaja con su ligereza á los españoles de á pie, los de á caballo les eran superiores, y los alanceaban en el campo á toda su voluntad sin que pudiesen defenderse; porque estos indios no usan de picas (aunque las tienen) que son la defensa contra los caballos, porque no tienen sufrimiento para esperar que el enemigo llegue á golpe de pica sino que quieren tenerlo asaeteado y lleno de flechas, antes que llegue á ellos con buen trecho; y esta es la causa principal porque usan mas del arco y flechas que de otra arma alguna, y así murieron muy muchos en el campo mal aconsejados de su ferocidad y vana presuncion. Los españoles de la retaguarda, caballeros é infantes llegaron, y todos arremetieron á los indios que en el campo andaban peleando; y despues de haber batallado gran espacio de tiempo con muchas muertes y heridas que recibieron, que aunque llegaron tarde les cupo muy buena parte de ellas, como vimos en Diego de Soto, y presto verémos en los demas, los desbarataron y mataron los mas dellos: algunos se escaparon con la huida.

En este tiempo, que era ya cerca de ponerse el sol, todavía sonaba la grito y vocería de los que peleaban en el pueblo. Al socorro de los suyos entraron muchos de á caballo, otros quedaron fuera para lo que fuese menester. Hasta entonces por la estrechura del sitio ninguno de á caballo habia peleado dentro en el pueblo sino el general y Nuño Tobar: entrando pues ahora muchos caballeros, se dividieron por las calles, que en todas ellas habia que hacer; y rompiendo los indios que en ellas pelcaban los mataron.

Diez ó doce caballeros entraron por la calle principal donde la batalla era mas feroz y sangrienta, y donde todavía estaba un escuadron de indios é indias, que peleaban con toda desesperacion, que ya no pretendian mas que morir peleando: contra estos arremetieron los de á caballo, y tomándolos por las espaldas los rompieron con mas facilidad, y pasaron por ellos con tanta furia que á vueltas de los indios derribaron muchos españoles que pie á pie peleaban con los enemigos, los cuales murieron todos, que ninguno quiso rendirse ni dar las armas, sino morir con ellas peleando como buenos soldados.

Este fue el postrer encuentro de la batalla con que acabaron de vencer los españoles al tiempo que el sol se ponía, habiéndose peleado de ambas partes nueve horas de tiempo sin cesar, y fue día del bienaventurado San Lucas Evangelista, año de mil y quinientos y cuarenta, y este mismo día aunque muchos años despues se escribió la relacion della.

Al mismo punto que la batalla se acabó, un indio de los que en el pueblo habian peleado, embebecido en su pelea y corage, no habia mirado lo que se habia hecho de los suyos, hasta que volviendo en sí los vió todos muertos. Pues como se hallase solo, ya que no podia vencer quiso salvar la vida huyendo; con este deseo arremetió á la cerca y con mucha ligereza subió encima para irse por el campo. Empero viendo los castellanos de á pie y de á caballo que en él habia y la mortandad hecha, y que no podia escapar, quiso antes matarse que no darse á prision, y quitando con toda presteza la cuerda del arco la echó á una rama de un árbol, que entre los palos hincados de la cerca vivia en su ser, que por venirles á cuenta yendo cercando el pueblo lo habian dejado así los indios. Y no solamente habia este árbol vivo

en la cerca, sino otros muchos semejantes, que de industria los habian dejado, los cuales hermoseaban grandemente la cerca.

Atado pues el cabo de la cuerda á una rama del árbol y el otro á su cuello, se dejó caer de la cerca abajo con tanta presteza que aunque algunos españoles desearon socorrerlo porque no muriese, no pudieron llegar á tiempo: así quedó el indio ahorcado de su propia mano, dejando admiracion de su hecho y certidumbre de su deseo que quien ahorcó á sí propio mejor ahorcára á los castellanos si pudiera. Donde se puede bien conjeturar la temeridad y desesperacion con que todos ellos pelearon; pues uno que quedó vivo se mató él mismo.

Acabada la batalla, el gobernador Hernando de Soto, aunque salió mal herido, tuvo cuidado de mandar que los españoles muertos se recogiesen para los enterrar otro dia, y los heridos se curasen; y para los curar habia tanta falta de lo necesario que murieron muchos dellos antes de ser curados, porque se halló por cuenta que hubo mil y setecientos y setenta y tantas heridas de cura, y llamaban heridas de cura á las que eran peligrosas, y que era forzoso que las curase el cirujano, como eran las penetrantes á lo hueco, ó casco quebrado en la cabeza, ó flechazo en el codo, rodilla ó tobillo, de que se temiese que el herido habia de quedar cojo ó manco.

Destas heridas se halló el número que hemos dicho, que de los que pasaban la pantorrilla de una parte á otra, ó el muslo, ó las asentaderas, ó el brazo por la tabla ó por el molledo aunque fuese con lanza; ni de las cuchilladas ó estocadas que no eran peligrosas de muerte no hacian caso dellas para que las curase el cirujano, sino que los mismos heridos se curaban unos á otros, aunque fue-

sen capitanes ó oficiales de la hacienda real. De las cuales heridas hubo casi infinito número , porque apenas quedó hombre que no saliese herido , y los mas sacaron á cinco y á seis heridas , y muchos salieron con diez y con doce.

Habiendo contado (aunque mal) el suceso de la sangrienta batalla de Mauvila , y el vencimiento que los nuestros hubieron della, de la cual escaparon con tantas heridas , como hemos dicho , tengo necesidad de remitirme en lo que deste capítulo resta á la consideracion de los que lo leyeren para que con imaginarlo suplan lo que yo en este lugar no puedo decir cumplidamente acerca de la afliccion y extrema necesidad que estos españoles tuvieron de todas las cosas necesarias para poderse curar y remediar las vidas , que aun para gente sana y descansada era mucha falta , como luego verémos , quanto mas para hombres que sin parar habian peleado nueve horas de relox y habian salido con tantas y tan crueles heridas. Y quiero valerme deste remedio , porque de mas de mi poco caudal es imposible que cosas tan grandes se puedan escrebir bastantemente , ni pintarlas como ellas pasaron.

Por tanto es de considerar , quanto á lo primero , que si para curar tanta multitud de heridas acudian á los cirujanos , no habia en todo el ejército mas de uno , y ese no tan hábil y diligente como fuera menester ; antes torpe y casi inútil. Pues si pedian medicinas no las habia ; porque esas pocas que llevaban con el aceite de comer que dias habia lo habian reservado para semejantes necesidades , y las vendas y hilas que siempre traían apercebidas y toda la demas ropa de lino , de sábanas y camisas , de que pudieran aprovecharse para hacer vendas y hilas con la demas ropa de vestir que llevaban , toda como atrás

dijimos la habian metido los indios en el pueblo, y el fuego que los mismos españoles encendieron la habia consumido. Pues si querian comer algo no habia qué, porque el fuego habia quemado el bastimento que los castellanos habian traído y el que los indios tenian en sus casas, de las cuales no habia quedado tan sola una en pie que todas se habian abrasado.

En esta necesidad se vieron nuestros españoles sin médicos ni medicinas, sin vendas ni hilas, sin comida, ni ropa con que abrigarse, sin casas, ni aun chozas en que meterse para huir del frio y sereno de la noche, que de todo socorro los dejó despojados la desventura de aquel dia. Y aunque quisieran ir á buscar alguna cosa para su remedio les estorbaba la escuridad de la noche, y el no saber donde hallarla, y el verse todos tan heridos y desangrados, que los mas dellos no podian tenerse en pie; solo tenian abundancia de suspiros y gemidos que el dolor de las heridas y el mal remedio dellas les sacaban de las entrañas.

En lo interior de sus corazones y á voces altas llamaban á Dios los amparase y socorriese en aquella afliccion; y nuestro Señor como Padre piadoso les socorrió con darles en aquel trabajo un ánimo invencible cual siempre lo tuvo la nacion española, sobre todas las naciones del mundo, para valerse en sus mayores necesidades como estos se valieron en la presente, segun verémos en el capítulo venidero.

Las diligencias que los españoles en socorro de sí mismos hicieron, y de dos casos estraños que sucedieron en la batalla.

Viéndose nuestros españoles en la necesidad, trabajo y afliccion que hemos dicho, considerando que no tenían otro socorro que el de su propio ánimo y esfuerzo, lo cobraron tal, que luego con gran diligencia acudieron los menos heridos al socorro de los mas heridos. Unos procurando lugar abrigado donde ponerlos, para lo cual acudieron á las ramadas y grandes chozas que los indios tenían hechos fuera del pueblo para alojamiento de los españoles: de las ramadas hicieron algunos cobertizos arrimados á las paredes que habian quedado en pie. Otros se ocuparon en abrir indios muertos y sacar el unto para que sirviese de unguentos y aceites para curar las heridas. Otros trujeron paja sobre que se echasen los enfermos.

Otros desnudaban las camisas á los compañeros muertos, y se quitaban las suyas propias para hacer dellas vendas y hilas, de las cuales las que eran hechas de ropa de lino se reservaron para curar no á todos, sino solamente á los que estaban heridos de heridas mas peligrosas; que los demas de heridas no peligrosas se curaban con hilas y vendas, no de tanto regalo sino hechas del sayo ó del aforro de las calzas ó de otras cosas semejantes que pudiesen haber.

Otros trabajaron en desollar los caballos muertos y en conservar y guardar la carne dellos para darla á los mas heridos, en lugar de pollos y gallinas, que no habia otra cosa con que los regalar.

Otros con todo el trabajo que tenían se pusieron á hacer guarda y centinela para que si los enemigos

viniesen no les hallasen desapercibidos, aunque po-
quísimos dellos estaban para poder tomar las armas.

Desta manera se socorrieron aquella noche unos
á otros, esforzándose todos á pasar con buen ánimo
el trabajo en que la mala fortuna les habia puesto.

Tardaron cuatro dias en curar las heridas que lla-
maron peligrosas, porque como no habia mas que un
cirujano, y ese no muy liberal, no se pudo dar mas
recaudo á ellas. En este tiempo murieron trece es-
pañoles por no haberse podido curar. En la batalla
fallecieron cuarenta y siete, de los cuales fueron
muertos los diez y ocho de heridas de flechas, por
los ojos ó por la boca, que los indios sintiéndolos
armados los cuerpos les tiraban al rostro.

Sin los que murieron antes de ser curados y en
la batalla perecieron despues otros veinte y dos cris-
tianos por el mal recaudo de curas y médicos. De
manera que podemos decir que murieron en esta
batalla de Mauvila ochenta y dos españoles.

A esta pérdida se añadió la de cuarenta y cinco
caballos que los indios mataron en la batalla, que no
fueron menos llorados y plañidos que los mismos
compañeros, porque veian que en ellos consistia la
mayor fuerza de su ejército.

De todas estas pérdidas, aunque tan grandes, nin-
guna sintieron tanto como la de don Carlos Enri-
quez, porque en los trabajos y afanes, por su mucha
virtud y buena condicion, era regalo y alivio del
gobernador, como lo son de sus padres los buenos hi-
jos. Para los capitanes y soldados era socorro en sus
necesidades, y amparo en sus descuidos y faltas, y
paz y concordia en sus pasiones y discordias particu-
lares, poniéndose entre ellos á los apaciguar y con-
formar, y no solamente hacia esto entre los capita-
nes y soldados, mas tambien les servia de intercesor

y padrino para con el general para alcanzarles su perdón y gracia en los delitos que hacian: y el mismo gobernador, cuando en el ejército se ofrecia alguna pesadumbre entre personas graves, la remitia á don Cárlos para que con su mucha afabilidad y buena maña la apaciguase y allanase.

En estas cosas y otras semejantes, de mas de hacer cumplidamente el oficio de buen soldado se ocupaba este de veras caballero, favoreciendo y socorriendo con obras y palabras á los que le habian menester. De los cuales hechos deben preciarse los que se precian de apellido de caballero y hijo-dalgo; porque verdaderamente suenan mal estos nombres sin la compañía de las tales obras; porque ellas son su propia esencia, origen y principio de donde la verdadera nobleza nació, y con la que ella se sustenta: y no puede haber nobleza donde no hay virtud.

Entre otros casos estraños que en esta batalla acaecieron, contarémos dos que fueron mas notables. El uno fue que en la primera arremetida que los indios hicieron contra los castellanos, cuando con aquella furia no pensada y mal encarecida con que los acometieron y echaron del pueblo y los llevaron retirando por el campo, salió huyendo un español, natural de una aldea de Badajoz, hombre plebeyo, muy material y rústico, cuyo nombre se ha ido de la memoria. Solo este huyó entonces á espaldas vueltas; yendo pues ya fuera de peligro (aunque á su parecer no lo debia de estar) dió una gran caída de la cual por entonces se levantó, mas dende á poco se cayó muerto sin herida ni señal de golpe alguno que le hubiesen dado. Todos los españoles dijeron que de asombro y de cobardía se habia muerto, porque no hallaban otra causa.

El otro caso fue en contrario, que un soldado

portugués llamado Men Rodriguez, hombre noble, natural de Yelves, de la compañía de Andrés de Vasconcelos de Silva, soldado que habia sido en África en las fronteras del reino de Portugal, peleó todo el dia á caballo como muy valiente soldado que era, y hizo en la batalla cosas dignas de memoria, y á la noche acabada la pelea se apeó y quedó como si fuera una estatua de palo; y sin mas hablar, ni comer, ni beber, ni dormir, pasados tres dias falleció desta vida sin herida ni señal de golpe que le hubiese causado la muerte. Debió ser que se desalentó con el mucho pelear. Por lo cual en opósito del pasado decia que este buen fidalgo habia muerto de valiente y animoso por haber peleado y trabajado escesivamente.

Todo lo que en comun y en particular hemos dicho desta gran batalla de Mauvila, así del tiempo que duró que fueron nueve horas, como de los sucesos que en ella hubo los refiere en su relacion Alonso de Carmona, y cuenta la herida del gobernador y el flechazo de la lanza de Nuño Tobar, y dice que se la dejaron hecha cruz. Cuenta la muerte desgraciada de don Carlos Enriquez, y la del capitan Diego de Soto, su cuñado: y añade, que el mismo Carmona le puso una rodilla sobre los pechos, y otra sobre la frente, y que probó á tirar con ambas manos de la flecha que tenia hincada por el ojo, y que no pudo arrancarla. Tambien dice las necesidades y trabajos que todos padecieron en comun. Y Juan Coles, aunque no tan largamente como Alonso de Carmona, dice lo mismo, y particularmente refiere el número de las heridas de cura que nosotros decimos. Y ambos dicen igualmente los españoles y caballos que murieron en esta batalla, que como fue tan reñida les quedaron bien en la memoria los sucesos della.

CAPÍTULO XXI.

Del número de los indios que en la batalla de Mauvila murieron.

El número de los indios é indias que en este rompimiento perecieron á hierro y á fuego se entendió que pasó de once mil personas, porque alderredor del pueblo quedaron tendidos mas de dos mil y quinientos hombres, y entre ellos hallaron á Tascaluza el mozo, hijo del cacique. Dentro del pueblo murieron á hierro mas de tres mil indios, que las calles no se podían andar de cuerpos muertos. El fuego consumió en las casas mas de tres mil y quinientas ánimas, porque en sola una casa se quemaron mil personas que el fuego tomó por la puerta y los ahogó y quemó dentro sin dejarlos salir fuera, que era compasion ver cual los dejó, y los mas destos eran mugeres.

Cuatro leguas en circuito en los montes, arroyos y quebradas, no hallaban los españoles, y yendo á correr la tierra, sino indios muertos y heridos, en número de dos mil personas que no habian podido llegar á sus casas, que era lástima hallarlos aullando por los montes sin remedio alguno.

De Tascaluza, cuya fue toda esta mala hacienda, no se supo qué se hubiese hecho, porque unos indios decian que habia escapado huyendo, y otros que se habia quemado; y esto fue lo que se tuvo por mas cierto y lo que él mejor merecia; porque segun despues se averiguó, desde el primer dia que tuvo noticia de los castellanos y supo que habian de ir á su tierra habia determinado de los matar en ella, y con este acuerdo habia enviado al hijo á recibir al gobernador al pueblo de Talise (como atrás queda dicho) para que él y los que con él fuesen á título de servir al gobernador y á su ejército sirviesen de espías y

notasen como se habian los españoles de noche y de dia en su milicia, para conforme al recato ó descuido dellos ordenar la traicion que pensaba hacerles para los matar. Tambien se halló que habiéndose quejado á Tascaluza los indios del pueblo Talise (de quien dijimos que eran mal obedientes á su curaca) de que su señor les hubiese mandado dar á los españoles cierto número de indios é indias que el gobernador habia pedido; y doliéndose con el de su cacique, que sin atender al bien de los suyos propios los entregaba á los extraños y no conocidos para que se los llevasen por esclavos. Tascaluza les habia dicho. No tengais pena de entregar los indios é indias que vuestro cacique os manda entregar, que muy presto os volveré yo, no solamente los vuestros, sino tambien los que traen los españoles presos y cautivos de otras partes. Y aun los mismos españoles os entregaré para que sean vuestros esclavos, y os sirvan de cultivar y labrar vuestras tierras y heredades, cavando y arando todos los dias de su vida.

Asímismo las indias que desta batalla de Mauvila quedaron en poder de los castellanos confirmaron este dicho de Tascaluza, y declararon al descubierto la traicion que tenia armada á los cristianos; porque dijeron que las mas dellas no eran naturales de aquel pueblo, ni de aquella provincia, sino de otras diversas de la comarca; y que los indios que por llamamiento y persuasion de Tascaluza se habian juntado para aquella batalla las habian traído con grandes promesas que les habian hecho. A unas de darles capas de grana y á otras ropas de seda, raso y terciopelo, que en sus bailes y fiestas sacasen vestidas. A otras habian certificado con grandes juramentos darles caballos, y que en señal de su

victoria y triunfo, las pasearian en ellos delante de los españoles. Otras salieron diciendo: pues á nosotras nos prometieron los mismos españoles por criados y esclavos nuestros, y cada una declaró el número de cautivos que les habian ofrecido que habian de llevar á sus casas.

Desta manera confesaron otras muchas promesas que les habian hecho de lienzos y paños y otras cosas de España. Tambien declararon que muchas que eran casadas habian venido por obedecer á sus maridos que se lo habian mandado; otras que eran solteras dijeron que ellas vinieron por importunidad de sus parientes y hermanos, que les habian certificado las llevaban para que viesen unas fiestas solemnes y grandes regocijos que despues de la muerte y destruicion de los castellanos habian de solemnizar y celebrar en hacimiento de gracias á su gran Dios el sol, por la victoria que les habia de dar.

Otras muchas confesaron que habian venido á requesta y peticion de sus galanes y enamorados; los cuales pretendiendo casar con ellas, las habian rogado y persuadido fuesen á ver las valentias y hazañas que en servicio y en presencia dellas presumian hacer contra los españoles. Por los cuales dichos quedó bien averiguado cuán de atrás tenia imaginado este curaca la traicion que á los nuestros hizo. De la cual él y sus vasallos y aliados quedaron bien castigados aunque con tanto daño de los castellanos como se ha visto.

La cual pérdida no solamente fue en la falta de los caballos que les mataron y en los compañeros que perdieron sino en otras cosas que ellos estimaban en mas, respecto de aquello para que las tenían dedicadas: que fue una poca de harina de trigo, en cantidad de tres hanegas, y cuatro arrobas

de vino que ya no tenían mas cuando llegaron á Mauvila: la cual harina y vino de muchos dias atrás lo traían muy guardado y reservado para las misas que les decían, y porque anduviese á mejor recaudo y mas en cobro lo traía el mismo gobernador con su recámara. Todo lo cual se quemó con los cálices, aras y ornamentos que para el culto divino llevaban: y de allí adelante quedaron imposibilitados de poder oír misa por no tener materia de pan y vino para la consagracion de la Eucaristía, aunque entre los sacerdotes, religiosos y seculares hubo cuestiones en teología si podrian consagrar ó no en el pan de maiz; fue de comun consentimiento acordado que lo mas cierto y por todo lo que la santa Iglesia Romana, Madre y Señora nuestra en sus santos concilios y sacros cánones nos manda y enseña, es que el pan sea de trigo y el vino de vid, y así lo hicieron estos católicos españoles, que no procuraron hacer remedios en duda, por no verse en ella, en la obediencia de su Madre Iglesia Romana Católica; y tambien lo dejaron, porque ya que tuvieran recaudo para la consagracion de la Eucaristía les faltaban cálices y aras para celebrar.

CAPÍTULO XXXII.

Lo que hicieron los españoles despues de la batalla de Mauvila, y de un motin que entre ellos se trataba.

Como en la batalla de Mauvila se hubiese quemado todo lo que llevaban para decir misa, de allí adelante, por órden de los sacerdotes, se componia y adornaba un altar los domingos y fiestas de guardar; y esto cuando habia lugar para ello, y se revestia un sacerdote, con ornamentos que hicie-

ron de gamuza , á imitacion del primer vestido que en el mundo hubo , que fue de pieles de animales ; y puesto en el altar decia la confesion y el introito de la misa , y la oracion , epístola y evangelio y todo lo demas , hasta el fin de la misa , sin consagrar , y llamábanla estos castellanos misa seca ; y el mismo que la decia ó otro de los sacerdotes declaraba el evangelio , y sobre él hacia su plática ó sermón ; y con esta manera de ceremonia que hacia en lugar de la misa se consolaban de la afliccion que sentian de no poder adorar á Jesucristo nuestro Señor y Redentor en las especies sacramentales : lo cual les duró casi tres años hasta que salieron de la Florida á tierra de cristianos.

Ocho dias estuvieron nuestros españoles en las malas chozas que hicieron dentro en Mauvila , y cuando estuvieron para poder salir , se pasaron á las que los indios tenian hechas para alojamiento de ellos , donde estuvieron mas bien acomodados , y pasaron en ellas otros quince dias , curándose los heridos que eran casi todos. Los que menos lo estaban salian á correr la tierra y buscar de comer por los pueblos que en la comarca habia , que eran muchos aunque pequeños , donde hallaron asaz comida.

Por todos los pueblos que cuatro leguas en contorno habia hallaron los españoles muchos indios heridos que habian escapado de la batalla , mas no hallaban indio ni india con ellos que los curase : entendióse que venian de noche á darles recaudo y que se volvian de dia á los montes. A estos tales indios heridos , antes los regalaban los castellanos y partian con ellos de la comida que llevaban que no los maltrataban. Por los campos no parecia indio alguno , y por la mucha diligencia que los de á caballo hicieron buscándolos , prendieron quince ó veinte para tomar

lengua dellos, y habiéndoseles preguntado si en alguna parte se hacia junta de indios para venir contra los españoles. Respondieron que por haber perecido en la batalla pasada los hombres mas valientes, nobles y ricos de aquella provincia no habia quedado en ella quien pudiese tomar armas. Y así pareció ser verdad, porque en todo el tiempo que los nuestros estuvieron en este alojamiento no acudieron indios de dia ni de noche siquiera á darles rebato y arma, que con solo inquietarlos les hicieran mucho daño y perjuicio segun quedaron de la batalla mal parados.

En Mauvila tuvo nuevas el gobernador de los navíos que los capitanes Gomez Arias y Diego Maldonado traían descubriendo la costa y como andaban en ella; la cual relacion tuvo antes de la batalla, y despues della se certificó por los indios que quedaron presos, de los cuales supo que la provincia de Achusi, en cuya demanda iban los españoles, y la costa de la mar, estaban pocas menos de treinta leguas de Mauvila.

Con esta nueva holgó mucho el gobernador por acabar y dar fin á tan larga peregrinacion, y principio y comienzo á la nueva poblacion que en aquella provincia pensaba hacer: que su intento, como atrás hemos dicho, era asentar un pueblo en el puerto de Achusi para recibir y asegurar los navíos que de todas partes á él fuesen, y fundar otro pueblo, veinte leguas la tierra mas adentro, para desde allí principiar y dar órden en reducir los indios á la fé de la Santa Iglesia Romana, y al servicio y aumento de la corona de España.

En albricias desta buena nueva, y porque fue certificado que de Mauvila hasta Achusi habia seguridad por los caminos, dió libertad el gobernador al curaca que el capitan Diego Maldonado trujo preso del

puerto de Achusi, al cual había traído consigo el adelantado haciéndole cortesía; y no lo había enviado antes á su tierra por la mucha distancia que había en medio, y por el peligro de que otros indios lo matasen ó cautivasen por los caminos. Pues como supiese el general que estaba su tierra cerca, y que había seguridad hasta llegar á ella, le dió licencia para que se fuese á su casa encargándole mucho conservase la amistad de los españoles, que muy presto los tendria por huéspedes en su tierra. El cacique se fue agradecido de la merced que el gobernador le hacia, y dijo que holgaria mucho verlo en su tierra para servir lo que á su señoría debía.

Todos estos deseos que el adelantado tenia de poblar la tierra, y la órden y las trazas que para ello había fabricado en su imaginacion, los destruyó y anuló la discordia, como siempre suele arruinar y echar por tierra los ejércitos, las repúblicas, reinos é imperios donde la dejan entrar. Y la puerta que para los nuestros halló, fue que como en este ejército hubiese algunos personajes de los que se hallaron en la conquista del Perú y en la prision de Atahualpa que vieron aquella riqueza tan grande que allí hubo de oro y plata, y hubiesen dado noticia della á los que en esta jornada iban; y como por el contrario en la Florida no se hubiese visto plata ni oro, aunque la fertilidad y las demas buenas partes de la tierra fuesen tantas como se han visto, no contentaban cosa alguna para poblar ni hacer asiento en aquel reino.

A este disgusto se añadió la fiereza increíble de la batalla de Mauvila, que estrañamente les había asombrado y escandalizado para desear dejar la tierra y salirse della luego que pudiesen; porque decian que era imposible domar gente tan belicosa ni

sujetar hombres tan libres, que por lo que hasta allí habian visto les parecia que ni por fuerza, ni por maña, podrian hacer con ellos que entrasen debajo del yugo y dominio de los españoles, que antes se dejarian matar todos, y que no habia para qué andarse gastando á poco á poco en aquella tierra, sino irse á otras ya ganadas y ricas, como el Perú y Méjico, donde podrian enriquecer sin tanto trabajo; para lo cual sería bien, luego que llegasen á la costa, dejar aquella mala tierra y irse á la Nueva-España.

Estas cosas y otras semejantes mormuraban y platicaban entre sí, y algunos pocos de los que hemos dicho; y no pudieron tratarlas tan en secreto que no las oyesen algunos de los que con el gobernador habian ido de España, y le eran leales, amigos y compañeros. Los cuales le dieron cuenta de lo que en su ejército pasaba, y como hablaban resolutamente de salirse de la tierra luego que llegasen donde pudiesen haber navíos ó barcos siquiera.

CAPÍTULO XXXIII.

El gobernador se certifica del motin y trueca sus propósitos.

El gobernador no quiso en cosa tan grave dar entero crédito á los que se la habian dicho sin primero certificarse en ella de sí mismo. Con este cuidado dió en rondar solo de noche, y mas menudo que solia, y en hábito disimulado por no ser conocido. Andando así, oyó una noche al tesorero Juan Gaytan y á otros que con él estaban en su choza que decian, que llegando al puerto de Achusi, donde pensaban hallar los navíos, se habian de ir á tierra de Méjico, ó del Perú, ó vol-

verse á España , porque no se podia llevar vida tan trabajosa por ganar y conquistar tierra tan pobre y misera.

Lo cual sintió el gobernador gravísimamente porque entendió de aquellas palabras que su ejército se deshacia , y que los suyos en hallando por donde irse lo desamparaban todos , como lo hicieron al principio del descubrimiento y conquista del Perú con el gobernador y marqués don Francisco Pizarro , que vino á quedar con solos trece hombres en la isla de Gorgona ; y que si los que entonces tenia se le iban , no le quedaba posibilidad para hacer nuevo ejército , y quedaba descompuesto de su grandeza , autoridad y reputacion , gastada su hacienda en vano y perdido el escesivo trabajo que hasta allí habian pasado en el descubrimiento de aquella tierra.

Las cuales cosas, consideradas por un hombre tan celoso de su honra como lo era el gobernador, causaron en él precipitados y desesperados efectos: y aunque por entonces disimuló su enojo , reservando el mal hecho que temia de los que tenian sus ánimos flacos y acobardados; y así con toda la buena industria que pudo sin dar á entender cosa alguna de su enojo , dió orden como volverse á poner la tierra adentro y alejarse de la costa por quitar á los mal intencionados la ocasion de desvergonzársele y amotinar toda su gente.

Este fue el primer principio y la causa principal de perderse este caballero y todo su ejército, y desde aquel dia , como hombre descontento á quien los suyos mismos habian faltado las esperanzas y cortado el camino á sus buenos deseos, y borrado la traza que para poblar y perpetuar la tierra tenia hecha , nunca mas acertó á hacer cosa que

bien le estuviese, ni se cree que la pretendiese; antes instigado del desden anduvo de allí adelante gastando el tiempo y la vida sin fruto alguno, caminando siempre de unas partes á otras, sin orden ni concierto, como hombre aborrido de la vida, deseando se le acabase, hasta que falleció segun veremos adelante. Perdió su contento y esperanzas, y para sus descendientes y sucesores perdió lo que en aquella conquista habia trabajado, y la hacienda que en ella habia empleado causó que se perdiesen todos los que con él habian ido á ganar aquella tierra. Perdió asimismo de haber dado principio á un grandísimo y hermosísimo reino para la corona de España, y el haberse aumentado la Santa Fé Católica, que es lo que mas se debe sentir.

Por lo cual fuera muy acertado en negocio tan grave pedir y tomar consejo de los amigos que tenia, de quien podia fiarse para hacer con prudencia y buen acuerdo lo que al bien de todos mas conviniese. Que pudiera este capitan remediar aquel motin con castigar los principales de él, con lo cual escarmentáran los demas de la liga que eran pocos, y no perderse y dañar á todos los suyos por gobernarse por solo su parecer apasionado, que causó su propia destruicion. Que aunque era tan discreto, como hemos visto, en causa propia y estando apasionado no pudo regirse y gobernarse con la claridad y juicio libre que las cosas graves requieren: por tanto quien huyere de pedir y tomar consejo desconfie de acertar.

Con el temor del motin deseaba el gobernador salir presto de aquel alojamiento y volverse á meter la tierra adentro por otras provincias que no hubiesen visto, porque los suyos no sospechasen su intencion y atinasen con su pretension si volviese

por el camino que hasta allí habia traído; y así con ánimo fingido, ageno del que hasta entonces habia tenido, esforzaba á sus soldados diciéndoles convaleciesen presto para salir de aquella mala tierra donde tanto daño habian recibido, y mandó echar bando para caminar tal dia venidero.

CAPÍTULO XXXIV.

Dos leyes que los indios de la Florida guardaban contra las adúlteras.

Antes que salgamos de Mauvila, porque atrás tenemos prometido contar algunas costumbres, á lo menos las mas notables que los indios de la Florida tienen, será bien decir aquí las que en la provincia de Coza, que atrás dejamos, y en la de Tascaluza, donde al presente quedan nuestros españoles, guardan y tienen por ley los indios en castigar las mugeres adúlteras que entre ellos se hallan. Es así que en toda la gran provincia de Coza, era ley que sopena de la vida y de incurrir en grandes delitos contra su religion, cualquiera indio que en su vecindad sintiese muger adúltera no por vista de malos hechos sino por sospecha de indicios, los cuales indicios señalaba la ley cuáles habian de ser en calidad y cuántos en cantidad, era obligado despues de haberse certificado en su sospecha á dar noticia de ella al señor de la provincia, y en su ausencia á los jueces del pueblo. Los cuales hacian informacion secreta de tres ó cuatro testigos; y hallando culpada la muger en los indicios, la prendian, y el primer dia de fiesta que venia de las que ellos guardaban en su gentilidad, mandaban apregonar que toda la gente del pueblo saliese despues de comer á tal lugar del campo cerca del pue-

blo, y de la gente que salia se hacia una calle larga, ó corta, segun era el número.

Al un cabo de la calle se ponian dos jueces, y al otro cabo otros dos; los unos dellos mandaban traer ante sí la adúltera, y llamado al marido, le decian: esta muger, conforme á nuestra ley, está convencida de testigos que es mala y adúltera, por tanto haced con ella lo que la misma ley os manda. El marido la desnudaba luego hasta dejarla como habia nacido, y con un cuchillo de pedernal (que en todo el Nuevo-Mundo no alcanzaron los indios la invencion de las tiseras) le tresquilaba los cabellos (castigo afrentosísimo, usado generalmente entre todas las naciones deste Nuevo-Mundo), y así tresquilada y desnuda la dejaba el marido en poder de los jueces, y se iba llevándose la ropa en señal de divorcio y repudio.

Los jueces mandaban á la muger que luego así como estaba fuese por la calle que habia hecha de la gente hasta los otros jueces y les diese cuenta de su delito.

La muger iba por toda la calle, y puesta ante los jueces les decia: yo vengo condenada por vuestros compañeros á la pena que la ley manda á las mugeres adúlteras, porque yo lo he sido. Envíanme á vosotros para que mandeis en esto lo que os parezca que conviene á vuestra república. Los jueces le respondian: volved á los que acá os enviaron y decidles de nuestra parte que es muy justo que las leyes de nuestra patria que nuestros antepasados ordenaron para la honra se guarden, cumplan y ejecuten en los malhechores. Por tanto nosotros damos por aprobado lo que en cumplimiento de la ley os mandaron; y á vos os mandamos que en ningun tiempo lo quebranteis.

Con esta respuesta se volvía la muger á los primeros jueces, y el ir y venir que le mandaban hacer llevando los recaudos por entre la gente hecha calle no servía mas que de afrentarla y avergonzarla, mandándole parecer delante de todo su pueblo con denuesto y vituperio tresquilada, desnuda y con tal delito; porque el castigo de la vergüenza es de hombres.

Toda la gente del pueblo mientras la pobre muger iba y venía de unos jueces á otros, la tiraban por afrenta y menosprecio terrones, chinas, palillos, paja, puñados de tierra, trapos viejos, pellejos rotos, pedazos de estera y cosas semejantes segun cada cual acertaba á llevarla para se la tirar en castigo de su delito, que así lo mandaba la ley, dándole á entender que de muger se había hecho asqueroso muladar.

Los jueces la condenaban luego á perpétuo destierro del pueblo y de toda la provincia, que era pena señalada por ley; y la entregaban á sus parientes, amonestándolos con la misma pena no le diesen favor, ni ayuda, para que en público ni en secreto entrase en todo el estado. Los parientes la recibían, y cubriéndola con una manta la llevaban donde nunca mas pareciese en el pueblo ni en la provincia. Al marido daban licencia los jueces para que se pudiese casar. Esta ley y costumbre guardaban los indios en la provincia de Coza.

En la de Tascaluza se guardaba otra mas rigurosa en castigar las adúlteras; y era, que el indio que por malos indicios viese (como era ver entrar ó salir un hombre á deshora en casa ajena) sospechase mal de la muger que era adúltera, despues de haberse certificado en su sospecha con verle entrar ó salir tres veces, estaba obligado por su vana religion, so pena de maldito, á dar cuenta al marido de su sos-

pecha y del hecho de la muger; y habíale de dar otros dos ó tres testigos que hubiesen visto parte de lo que el acusador decia, ó otro indicio semejante: el marido pesquisaba á cada uno dellos de por sí, invocando sobre él grandes maldiciones si le mintiese, y grandes bendiciones si le dijese verdad; y habiendo hallado que la muger habia caido en aquella sospecha por los malos indicios que habia dado, la sacaba al campo cerca del pueblo y la ataba á un árbol, y si no lo habia á un palo que él hincaba, y con su arco y flechas la asaeteaba hasta que la mataba.

Hecho esto se iba al señor del pueblo, y en su ausencia á su justicia, y le decia: señor, yo dejo mi muger muerta en tal parte, porque tales vecinos míos me dijeron que era adúltera: mandadlos llamar, y siendo verdad que me lo dijeron me dad por libre, y no lo siendo me castigad con la pena que nuestras leyes mandan y ordenan.

La pena era que los parientes de la muger flechasen al matador hasta que muriese y le dejasen sin sepultura en el campo como él habia hecho á la muger, á la cual como á inocente mandaba la ley que la enterrasen con toda pompa y solemnidad. Empero hallando el juez que los testigos eran contestes y que se comprobaban los indicios y la sospecha, daban por libre al marido y licencia para que pudiese casarse, y mandaban apregonar, so pena de la vida, ninguna persona, pariente, amigo, ó conocido de la muger muerta, fuese osado á darle sepultura ni quitarla tan sola una flecha de las que en su cuerpo tenia, sino que la dejasen comer de aves y perros, para castigo y ejemplo de su maleficio.

Estas dos leyes se guardaban en particular en las provincias de Coza y Tascaluza, y en general se castigaba en todo el reino con mucho rigor el adul-

terio. La pena que daban al cómplice ni al casado adúltero, aunque la procuré saber no supo decirme la que me daba la relacion; mas de que no oyó tratar de los adúlteros sino dellas. Debió ser porque siempre en todas naciones estas leyes son rigurosas contra las mugeres y en favor de los hombres; porque como decia una dueña deste obispado que yo conocí, las hacian ellos como temerosos de la ofensa, y no ellas, que si las mugeres las hubieran de hacer, que de otra manera fueran ordenadas.

CAPÍTULO XXXV.

Salen de Mauvila los españoles y entran en Chicaza, y hacen piraguas para pasar un rio grande.

Volviendo al hilo de nuestra historia, es de saber, que pasados veinte y tres ó veinte y cuatro dias que los españoles habian estado en el alojamiento de Mauvila curándose las heridas, y habiendo cobrado algun esfuerzo para pasar adelante en su descubrimiento, salieron de la provincia de Tascaluza, y al fin de tres jornadas que hubieron caminado por unas tierras apacibles, aunque no pobladas, entraron en otra llamada Chicaza. El primer pueblo desta provincia donde los nuestros llegaron no era el principal della, sino otro de los de su juridiccion, el cual estaba asentado á la ribera de un gran rio hondo y de barrancas muy altas. El pueblo estaba á la parte del rio, por donde los españoles iban.

Los indios no quisieron recibir de paz al gobernador, antes muy al descubierte se mostraron enemigos, respondiendole á los mensajeros que les habian enviado que querian guerra á fuego y á sangre. Cuando los nuestros llegaron á dar vista al pueblo vieron antes dél un escuadron de mas de mil y qui-

nientos hombres de guerra, los cuales luego que asomaron los castellanos salieron á recibirlos y escaramuzaron con ellos; y habiendo hecho poca defensa se retiraron al río desamparando el pueblo, que lo tenían desocupado de sus haciendas, mugeres y hijos, porque habían determinado no pelear con los españoles en batalla campal sino defenderles el paso del río, que por ser de mucha agua, y muy hondo, y de grandes y altas barrancas, les parecia podrian estorbarles el camino y forzarles á que tomasen otro viage.

Pues como los españoles arremetiesen á los indios con toda furia, ellos se arrojaron al agua y pasaron el río, dellos en canoas, que las tenían muchas y muy buenas, y dellos á nado, como el temor dió la priesa.

De la otra parte del río frontero del pueblo tenían todo su ejército, donde habia ocho mil hombres de guerra, los cuales habían protestado defender el paso del río, por cuya ribera tendian su alojamiento dos leguas en largo, para que por todo aquel espacio no pudiesen pasar los castellanos.

Sin esta defensa que los indios hacian en el río á los cristianos, los molestaban de noche con rebatos y arma que les daban pasando el río en cuadrillas en sus canoas por diversas partes, acudiendo todos á una, con que daban mucha pesadumbre á los nuestros. Los cuales para defenderse usaron de un ardid muy bueno, y fue, que en tres desembarcaderos que el río tenia en aquel espacio que los indios tenían ocupado donde venian á desembarcar, hicieron de noche hoyos donde pudiesen encubrirse los ballesteros y arcabuceros; los cuales cuando venian los indios los dejaban saltar en tierra y alejarse de las canoas, y luego arremetian con ellos, y con las espadas les hacian mucho daño, porque no habia por donde los enemi-

gos pudiesen huir: desta manera los maltrataron tres veces, con que los indios escarmentaron de sus atrevimientos, y no osaron mas pasar por el rio; solo atendian á defender el paso á los nuestros con mucho cuidado y diligencia. El gobernador y sus capitanes viendo que por donde estaban les era imposible pasar el rio por la mucha defensa que los enemigos hacian, y que perdian tiempo en esperar descuido en ellos, dieron órden que cien hombres los mas diligentes que entendian algo del arte hiciesen dos barcas grandes, que por otro nombre les llaman piraguas, y son casi llanas y capaces de mucha gente. Y para que los indios no sintiesen que las hacian, se metiesen en un monte que estaba legua y media el rio arriba, y una lengua apartado de la ribera.

Los cien españoles diputados para la obra se dieron tanta priesa que en espacio de doce dias acabaron las piraguas. Y para las llevar al rio hicieron dos carros conforme á ellas, y con acémilas y caballos que las tiraban, y con los mismos castellanos que rempujaban los carros, y en los pasos dificultosos llevaban áuestas las barcas, dieron con ellas una mañana antes que amaneciese en el rio, en un muy espacioso embarcadero que en él habia; y de la otra parte habia asimesmo un buen desembarcadero.

El gobernador se halló delante al echar de las barcas en el rio, porque habia mandado que para entonces le tuviesen avisado. El cual mandó que en cada barca entrasen diez caballeros y cuarenta infantes tiradores, y que diesen priesa á pasar el rio antes que los indios viniesen á defenderles el paso. Los infantes habian de remar y los de á caballo dentro en las barcas iban encima de sus caballos por no detenerse en subir en ellos de la otra parte.

Por mucho silencio que los españoles quisieron

guardar en echar las barcas al rio y embarcarse en ellas, no pudieron escusar que no los sintiesen, quinientos indios que servian de correr el rio por aquella banda; los cuales acudieron al paso, y viendo las barcas y los españoles que querian pasar, dieron un grandísimo alarido avisando á los suyos, pidiéndoles socorro, y luego se pusieron al desembarcadero á defender el paso.

Los españoles temiendo no acudiesen mas enemigos, pusieron toda la diligencia en embarcarse, y el gobernador quiso pasar en la primera barcada, mas los suyos se lo estorbaron por el mucho peligro que habia en aquel primer viage, hasta tener libre de enemigos el desembarcadero. Con esta priesa dieron los nuestros á los remos y llegaron á la otra ribera todos heridos, porque los indios los flechaban de la barranca á todo su placer.

La una de las barcas atinó bien al desembarcadero, y la otra decayó dél, y por las grandes barrancas del rio no pudo la gente saltar en tierra; por lo cual fue menester hacer mucha fuerza con los remos para arribar al desembarcadero.

Los de la primera barca saltaron en tierra, y el primero que salió fue Diego García, hijo del alcaide de Villanueva de Barcarrota, un soldado valiente, y en todo hecho de armas muy determinado; por lo cual todos sus compañeros le llamaban Diego García de Paredes, no porque le hubiese parentesco, aunque era hombre noble, sino porque le asemejaba en el ánimo, esfuerzo y valentía. El segundo de á caballo que saltó en tierra fue Gonzalo Silvestre, los cuales dos arremetieron con los indios y los retiraron del desembarcadero mas de docientos pasos, y volvieron á todo correr á los suyos por el mucho peligro que traían, por ser dos solos, y los enemigos

tantos. Desta manera arremetieron con los indios, y se retiraron dellos cuatro veces sin haber tenido socorro de sus compañeros, porque unos á otros se habian embarazado, y no se daban maña á saltar en tierra con los caballos. A la quinta vez que acometieron á los enemigos iban ya seis de á caballo que pusieron mas temor á los indios para que no volviesen con tanta furia á defender el paso. Los infantes que iban en la primera barca, luego que saltaron en tierra, se metieron en un pueblo pequeño que estaba en la misma barranca del rio, y no osaron salir dél porque eran pocos y todos heridos, porque habian llevado la mayor carga de las flechas. Los de la segunda piragua como hallaron desocupado de enemigos el desembarcadero saltaron en tierra con mas facilidad y sin peligro alguno, y acudieron á socorrer los compañeros que andaban peleando en el llano.

El gobernador pasó en la segunda barcada con otros setenta ó ochenta españoles, y como los indios viesan que los enemigos eran muchos y que no podian resistirles, se fueron retirando á un monte que estaba no lejos del pueblo, y de allí se fueron á los suyos que en el real estaban; los cuales habiendo sentido la grita y alarido que los corredores habian dado, acudieron á mucha priesa á defender el paso; mas encontrando con los corredores y sabiendo dellos que muchos españoles habian pasado ya el rio, se volvieron á su ejército, donde se hicieron fuertes.

Los cristianos fueron sobre ellos con ánimo de pelear; mas los indios se estuvieron quedos fortaleciéndose con palizadas de madera y con las mismas ramadas que para su alojamiento tenian hechas. Algunos que se mostraron muy atrevidos salieron á escaramuzar, mas ellos pagaron su soberbia, por:

que murieron alanceados, que la ligereza de ellos no igualaba con la de los caballos. Desta manera gastaron todo aquel dia, y la noche siguiente se fueron los indios, que no pareció mas alguno. Entretanto habia pasado el rio todo el ejército de los españoles.

CAPÍTULO XXXVI.

Alójanse los nuestros en Chicaza: dánles los indios una cruelísima y repentina batalla nocturna.

Con el trabajo y peligro que hemos dicho, vencieron nuestros españoles la dificultad de pasar el primer rio de la provincia de Chicaza, y como se viesen libres de enemigos deshicieron las piraguas, y guardaron la clavazon para hacer otras cuando fuesen menester. Hecho esto pasaron adelante en su descubrimiento, y en cuatro jornadas que caminaron por tierra llana, poblada aunque de pueblos derramados y de pocas casas, llegaron al pueblo principal llamado Chicaza, de quien toda la provincia toma el nombre. El cual estaba asentado en una loma llana prolongada Norte-Sur, entre unos arroyos de poca agua, empero de mucha arboleda de nogales, robles y encinas, que tenían caida á sus pies la fruta de dos ó tres años; la cual dejaban los indios perder porque no tenían ganados que la comiesen, y ellos no la gastaban porque tenían otras frutas que comer mejores y mas delicadas.

El general y sus capitanes llegaron al pueblo Chicaza á los primeros de diciembre del año mil y quinientos y cuarenta y lo hallaron desamparado; y como fuese ya invierno, les pareció que sería bien invernar en él. Con este acuerdo recogieron todo el bastimento necesario, y trujeron de los poblezuelos comarcanos mucha madera y paja, de que hi-

cieron casas, porque las del pueblo principal, aunque eran docientas, eran pocas.

Con alguna quietud y descanso estuvieron los nuestros en su alojamiento casi dos meses, que no entendian si no en correr cada dia el campo con los caballos y prendian algunos indios, de los cuales enviaba el gobernador los mas de ellos con dádivas y recaudos al curaca convidándole con la paz y amistad. El cual respondia prometiendo largas esperanzas de su venida, fingiendo achaques de su tardanza, duplicando los mensajes de dia en dia por entretener al gobernador; al cual en recambio de sus dádivas le enviaba alguna fruta, pescado y carne de venado.

Entre tanto sus indios no dejaban de inquietar á nuestros españoles con rebatos y arma que les daban todas las noches dos y tres veces; mas no aguardaban á pelear, que en saliendo á ellos los cristianos se acogian huyendo: todo lo cual hacian de industria como hombres de guerra por desvelar á los españoles con los rebatos y descuidarlos con la muestra de la cobardía, porque pensasen que siempre habia de ser así y estuviesen remisos en su milicia para cuando los acometiesen de veras.

No estuvieron los indios mucho tiempo en esta cobardía, antes pareció que avergonzados de haberla tenido quisieron mostrar lo contrario y dar á entender que el huir pasado habia sido artificialmente hecho para descubrir mayor ánimo y esfuerzo á su tiempo, como lo hicieron segun veremos luego.

A los postreros de enero del año de mil y quinientos cuarenta y uno, habiendo reconocido lo favorable que les era el viento Norte que aquella noche corrió furiosamente, vinieron los indios en tres escuadrones á la una de la noche, y con

todo el silencio posible llegaron á cien pasos de las centinelas españolas.

El curaca que venia por capitán del escuadrón de enmedio, que era el principal, envió á saber en qué parage estaban los otros dos colaterales; y habiendo sabido que estaban en el mismo parage que el suyo, mandó tocar arma; la cual dieron con muchos atambores, pífaros, caracoles y otros instrumentos rústicos que traían para hacer mayor estruendo; y todos los indios á una dieron un gran alarido para poner mayor terror y asombro á los españoles. Traían para quemar el pueblo, y para ver los enemigos, unos hachos de cierta yerba que en aquella tierra se cria, la cual hecha maroma ó sogá delgada y encendida guarda el fuego como una mecha de arcabuz, y hondeada por el aire, levanta llama que arde sin apagarse como una hacha de cera; y los indios hacían con tanta curiosidad estos hachos que parecían hachas de cera de cuatro pábilos, y alumbraban tanto como ellas. En las puntas de las flechas traían sortijuelas hechas de la misma yerba para tirarlas encendidas y pegar de lejos fuego á las casas.

Con esta órden y prevencion vinieron los indios y arremetieron al pueblo hondeando los hachos, y echaron muchas flechas encendidas sobre las casas; y como ellas eran de paja, con el recio viento que corria, se encendieron en un punto.

Los españoles aunque sobresaltados con tan repentino y fiero asalto no dejaron de salir con toda presteza á defender sus vidas. El gobernador que por hallarse apercebido para semejantes rebatos dormía siempre en calzas y jubon, salió á caballo á los enemigos primero que otro algun caballero de los suyos, y por la priesa que los enemigos traían

no habia podido tomar otras armas defensivas sino una celada y un sayo, que llaman de armas, hecho de algodón colchado de tres dedos de grueso, que contra las flechas no hallaron otra mejor defensa los nuestros. Con estas armas y su lanza y adarga salió el gobernador solo contra tanta multitud de enemigos porque nunca los supo temer. Otros diez ó doce caballeros salieron en pos dél, mas no luego.

Los demas españoles así capitanes como soldados acudieron con el ánimo acostumbrado á resistir la ferocidad y braveza de los indios, mas no pudieron pelear con ellos, porque traían por delante en su favor y defensa el fuego, la llama y el humo; todo lo cual el viento recio que soplabá echaba sobre los españoles, con que los ofendia malamente. Mas con todo eso los nuestros como podian salian de sus cuarteles á pelear con los enemigos, unos pasando á gatas por debajo de la llama porque no los alcanzase; otros, corriendo por entre casa y casa, huyendo del fuego: así salieron algunos al campo; otros acudieron á la enfermería á socorrer los dolientes porque tenian los enfermos de por sí en una casa aparte. Los cuales sintiendo el fuego y los enemigos, se acogieron los que pudieron huir, y los que no pudieron perecieron quemados antes que el socorro les llegase.

Los de á caballo salian segun les daba la priesa el fuego y la furia de los enemigos, que como el rebato fue tan repentino, no tuvieron lugar de se armar y ensillar los caballos. Unos los sacaban de diestro huyendo con ellos porque el fuego no los quemase; otros los desamparaban, que para el fuego no habia otra resistencia sino el huir. Pocos salieron á socorrer al gobernador, el cual habia gran espacio de tiempo que con los poquísimos que ha-

bian salido al principio de la batalla peleaba con los enemigos, y fue el primero que aquella noche mató indio, porque siempre se preciaba ser de los primeros en toda cosa. Los indios de los dos escuadrones colaterales entraron en el pueblo, y con el fuego que en su favor traían hicieron mucho daño, que mataron muchos caballos y españoles que no tuvieron tiempo de valerse.

CAPÍTULO XXVII.

Prosigue la batalla de Chicaza hasta el fin della.

Del cuartel del pueblo que estaba hácia Levante, donde el fuego y el ímpetu de los enemigos fue mayor y mas furioso, salieron cuarenta ó cincuenta españoles huyendo á todo correr (cosa vergonzosa y que hasta aquel punto en toda esta jornada de la Florida no se habia visto tal) en pos dellos; salió Nuño Tobar con una espada desnuda en la mano y una cota de malla vestida toda por abrochar, que la priesa de los enemigos no le habia dado lugar á mas.

Este caballero á grandes voces iba diciendo á los suyos: volved, soldados, volved, ¿dónde vais? que no hay Córdoba ni Sevilla que os acoja, mirad que en la fortaleza de vuestros ánimos y en las fuerzas de vuestros brazos está la seguridad de vuestras vidas y no en huir. A este punto salieron al encuentro de los que huían treinta soldados del cuartel del pueblo hácia el Sur, donde el fuego aun no habia llegado, y era alojamiento del capitan Juan de Guzman, natural de Talavera de la Reina, y los soldados eran de su compañía. Los cuales afeando su mal hecho, á los que huían los detuvieron, y todos juntos rodeando el pueblo, porque no podían pa-

sar por el fuego que entre ellos y los enemigos habia, salieron por la parte de Levante al campo á pelear con ellos.

Al mismo tiempo que salieron estos infantes salió el capitán Andrés de Vasconcelos, que estaba alojado en el propio cuartel, y sacó veinticuatro caballeros fidalgos de su compañía, todos portugueses y gente escogida, que los mas de ellos habian sido ginetes en las fronteras de África. Estos caballeros salieron de la parte del Poniente, y con ellos se fue Nuño Tobar así á pie como estaba. Y los unos por la una parte, y los otros por la otra, en descubriendo los enemigos, cerraron con ellos, y les hicieron retirar al escuadron de en medio, que era el principal, donde era lo mas recio de la batalla, y donde el gobernador y los pocos que con él andaban habian hasta entonces peleado con mucho aprieto y riesgo de las vidas por ser pocos y los enemigos muchos.

Mas cuando vieron el socorro de los suyos arremetieron con nuevo ánimo á ellos, y el general con deseo de matar un indio que habia andado y andaba muy aventajado en la pelea, cerró con él, y habiéndole alcanzado á herir con la lanza, para acabarle de matar cargó sobre ella y sobre el estribo derecho, y con el peso y fuerza que hizo, llevó la silla trás sí y cayó con ella en medio de los enemigos. Los españoles viendo á su capitán general en aquel peligro, agujaron al socorro, caballeros é infantes con tanta presteza, y pelearon tan varonilmente, que lo libraron de que los indios no lo matasen; y ensillado el caballo lo subieron en él, y volvió á pelear de nuevo.

El gobernador cayó, porque sus criados con el sobresalto del repentino y furioso asalto de los in-

dios y con la turbacion de la muerte que les andaba cerca , dieron el caballo sin haber echado la cincha á la silla ; y así los españoles que llegaron al socorro la hallaron puesta sobre la silla doblada como se suele poner cuando desensillan un caballo ; de manera que habia peleado el gobernador mas de una hora de tiempo (la silla sin cincha) cuando cayó , habiéndole valido la destreza que á la gineta tenia , que era mucha.

Los indios reconociendo el ímpetu con que los españoles por todas partes acudian y que salian muchos caballos, aflojaron de la furia con que hasta entonces habian peleado ; mas no dejaron de porfiar en la batalla , unas veces arremetiendo con grande ánimo , y otras retirándose con mucho concierto , hasta que no pudieron sufrir la fuerza de los españoles, y se apellidaron unos á otros para retirarse y dejar la batalla, y volvieron las espaldas buyendo á todo correr.

El gobernador con los de á caballo siguió el alcance persiguiendo á los enemigos todo lo que la lumbre del fuego que en el pueblo andaba les alcanzó á alumbrar. Acabada la batalla tan repentina y furiosa como esta fue, la cual duró mas de dos horas; y habiendo el general seguido el alcance mandó tocar á recoger , y volvió á ver el daño que los indios habian hecho , y halló mas del que pensó , porque hubo cuarenta españoles muertos y cincuenta caballos. Alonso de Carmona dice que fueron ochenta los caballos entre muertos y heridos , y mas de los veinte destos murieron quemados ó flechados en las mismas pesebreras donde estaban atados, porque sus dueños viéndolos muy lozanos con la mucha comida que en aquel alojamiento tenian, por tenerlos mas seguros les habian hecho grandes cadenas de hierro por cabestros , con que los te-

nian atados, y con la priesa que el fuego y los enemigos les dieron no habian acertado á desatarlas; y así dejaron los caballos entregados al fuego y á los enemigos para que atados como estaban los flechasen.

De mas de la pena que nuestros españoles sintieron por la pérdida de los compañeros y muerte de los caballos, que era la fuerza de su ejército, hubieron lástima de un caso particular que aquella noche sucedió, y fue, que entre ellos habia una sola muger española, que habia nombre Francisca de Hiestrosa, casada con un buen soldado que se decia Hernando Bautista, la cual estaba en dias de parir. Pues como el sobresalto de los enemigos fuese tan repentino, el marido salió á pelear, y acabada la batalla cuando volvió á ver qué era de su muger, la halló hecha carbon, porque no pudo huir del fuego.

Lo contrario sucedió en un soldadillo llamado Francisco Enriquez, que no valia nada, y aunque tenia buen nombre, era un cuitado, mas para truhan que para soldado, con quien se burlaban muchos españoles; el cual estaba enfermo en la enfermería, que muchos dias habia lo traían á cuestas. Pues como sintiese el fuego y el ímpetu de los enemigos, salió huyendo de la enfermería, y á pocos pasos que dió por la calle, topó un indio que le dió un flechazo por una íngle que casi le pasó á la otra parte, y le dejó tendido en el suelo por muerto, donde estuvo mas de dos horas.

Despues de amanecido le curaron, y en breve tiempo sanó de la herida, que se tuvo por mortal, y tambien de la enfermedad que habia sido muy larga y enfadosa. Por lo cual burlándose despues con él los que solian burlarse le decian: válgate la desventura duelo, que para tí que no vales dos blancas hubo

doblada salud y vida, y hubo muerte para tantos caballeros y tan principales soldados como han muerto en estas dos últimas batallas. Enriquez lo sufría todo y les decía otras cosas peores.

Dicho hemos atrás como el gobernador llevó ganado prieto para criar en la Florida, y lo traía con mucha guarda para lo sustentar y aumentar; y por tenerlo en este alojamiento de Chicaza mas guardado de noche, le habian hecho un corral de madera dentro en el pueblo con muchos palos hincados en el suelo, y su cobertizo de paja por cima. Pues como el fuego de aquella noche de la batalla fuese tan grande, los alcanzó tambien á ellos y los quemó todos, que no escaparon sino los lechones que pudieron salir por entre palo y palo del cerco. Estaban tan gordos con la mucha comida que en aquel territorio hallaron, que corrió la manteca de ellos mas de docientos pasos. No se sintió esta pérdida menos que las demas, porque nuestros castellanos padecian mucha necesidad de carne, y guardaban esta para el regalo de los enfermos.

Juan Coles y Alonso de Carmona concuerdan en toda la relacion de esta batalla; y ambos dicen el estrago que el fuego hizo en el ganado prieto. Y encarecen mucho la destreza que el gobernador tenia en la silla gineta, y cuentan su caida y el haber peleado mas de una hora sin cincha, y Alonso de Carmona añade que cada indio traía ceñidos al cuerpo tres cordeles, uno para llevar atado un castellano, y otro para un caballo, y otro para un puerco; y que se ofendieron mucho los nuestros cuando lo supieron.

CAPÍTULO XXXVIII.

Hechos notables que pasaron en la batalla de Chicaza.

Luego que hubieron enterrado los muertos y curado los heridos, salieron muchos españoles al campo donde habia sido la batalla, á ver y notar las heridas que los indios con las flechas habian hecho en los caballos que mataron. Los cuales abrian como lo habia de costumbre, así para ver hasta dónde hubiesen penetrado las flechas, como por guardar la carne para la comer; y hallaron que casi todos ellos tenian flechas atravesadas por las entrañas, y pulmones, ó livianos cerca del corazón, y particularmente hallaron once ó doce caballos con el corazón atravesado por medio, que como otras veces hemos dicho, estos indios pudiendo tirarles al codillo no les tiraban á otra parte.

Hallaron asimismo cuatro caballos que cada uno tenia dos flechas atravesadas por medio del corazón, acertadas á tirar á un mismo tiempo, una de un lado y otra de otro. Cosa maravillosa y dura de creer, aunque es cierto que pasó así: y por ser cosa notable se convocaron los españoles que por el campo andaban para que la vieses todos.

Otro tiro hallaron de estraña fuerza, y fue, que un caballo de un trompeta llamado Juan Diaz, natural de Granada, estaba muerto de una flecha que le habia atravesado por ambas tablillas de las espaldas y pasado cuatro dedos della de la otra parte. El cual tiro, por haber sido de brazo tan fuerte y bravo, porque el caballo era uno de los mas anchos y espesos que en todo el ejército habia, mandó el gobernador que quedase memoria dél por escrito, y que un escribano real diese fé y testimonio del ti-

ro. Así se hizo, que luego vino un escribano, que se decia Baltasar Hernandez (que yo conocí despues en el Perú), natural de Badajoz, y hijo-dalgo, de mucha bondad y religion, qual se requería y convenia que lo fueran todos los que ejercitáran este oficio, pues se les fia la hacienda, vida y honra de la república: este hidalgo en sangre y en virtud asentó por escrito y dió testimonio de lo que vió de aquella flecha que fue lo que hemos dicho.

Tres dias despues de la batalla acordaron los castellanos mudar su alojamiento á otra parte, una legua de donde estaban, por parecerles mejor sitio para los caballos; y así lo hicieron con mucha presteza y diligencia. Trujeron madera y paja de los otros pueblos comarcanos: acomodaron lo mejor que pudieron un pueblo que Alonso de Carmona llama Chicacilla, donde dice que á mucha priesa hicieron sillas, lanzas y rodelas, porque dice que todo esto les quemó el fuego; y que andaban como gitanos, unos sin sayos, y otros sin zaragüelles; palabras son todas suyas.

En aquel pueblo pasaron con mucho trabajo lo que les quedaba del invierno, el cual fue rigurosísimo de frios y hielos, y los españoles quedaron de la batalla pasada desnudos de ropa con que resistir el frio, porque no escaparon del fuego, sino lo que acertaron á sacar vestido.

Cuatro dias despues de la batalla quitó el gobernador el cargo á Luis de Moscoso y lo dió á Baltasar de Gallegos, porque haciendo pesquisa secreta supo que en la ronda y centinela del ejército habia habido negligencia, y descuido en los ministros del campo, y que por esto habian llegado los enemigos sin que los sintiesen y hecho el daño que hicieron, que de mas de la pérdida de los caballos y muerte de

los compañeros, confesaban los españoles haber sido vencidos aquella noche por los indios, sino que la bondad de algunos particulares y la necesidad común les había hecho volver por sí y cobrar la victoria que tenían ya por perdida, aunque la ganaron á mucha costa propia y poco daño de los indios, porque no murieron en esta batalla mas de quinientos dellos.

Todo lo que desta noturna y repentina batalla de Chicaza hemos dicho, lo dice muy largamente Alonso de Carmona en su relacion, con grandes encarecimientos del peligro que los españoles aquella noche corrieron por el sobresalto no pensado y tan furioso con que los enemigos acometieron, y dice que los mas de los cristianos salieron en camisa, por la mucha priesa que el fuego les dió. En suma, dice, que huyeron y fueron vencidos, y que la persuasion de un fraile les hizo volver, y que milagrosamente cobraron la victoria que habian perdido, y que solo el gobernador peleó á caballo mucho espacio de tiempo con los enemigos hasta que le socorrieron, y que llevaba la silla sin cincha. Juan Coles concuerda con él en todo lo mas desto, y particularmente dice que el gobernador peleó solo como buen capitán.

Demás de lo que conforme á nuestra relacion Alonso de Carmona cuenta desta batalla, añade las palabras siguientes. Estuvimos allí tres dias, y al cabo dellos acordaron los indios de volver sobre nosotros, y morir ó vencer: y cierto no pongo duda en ello, que si la determinacion viniera en efecto, nos llevarán á todos en las uñas, por la falta de armas y sillas que teníamos. Fue Dios servido que estando un cuarto de legua del pueblo para dar en nosotros, vino un gran golpe de agua que Dios envió de su cielo y les mojó las cuerdas de los arcos, y no pudie-

ron hacer nada y se volvieron; y á la mañana corriendo la tierra hallaron el rastro dellos, y tomaron un indio que nos declaró y avisó de todo lo que los indios venian á hacer, y que habian jurado por sus dioses de morir en la demanda, y así el gobernador visto esto, determinó salir de allí é irse á Chicacilla, donde luego á gran priesa hicimos rodelas, lanzas y sillas; porque en tales tiempos la necesidad á todos hace maestros. Hecimos de dos cueros de oso fuelles, y con los cañones que llevábamos armamos nuestra fragua, templamos nuestras armas y apercebímonos lo mejor que podimos. Todas son palabras de Carmona sacadas á la letra.

Pues como los enemigos hubiesen reconocido y sabido de cierto el daño y estrago que en los castellanos habian hecho, cobrando mas ánimo y atrevimiento con la victoria pasada, dieron en inquietarlos todas las noches con rebatos y arma; y no como quiera, sino que venian en tres y en cuatro escuadrones por diversas partes, y con grande grito y alarido acometian todos juntos á un tiempo para causar mayor temor y alboroto en los enemigos.

Los españoles porque no les quemasen el alojamiento como lo habian hecho en Chicaza, estaban todas las noches fuera del pueblo puestos en cuatro escuadrones á las cuatro partes dél, y con sus centinelas puestas, y todos velando porque no habia hora segura para poder dormir, que todas las noches venian dos y tres veces, y muchas hubo que vinieron cuatro veces. Y sin la inquietud perpétua que con estas batallas daban, aunque las mas dellas eran ligeras, nunca dejaban de herir ó matar algun hombre ó caballo, y de los indios tambien quedaban muchos muertos; mas no escarmentaban por eso.

El gobernador por asegurarse de que los enemi-

gos no viniesen la noche siguiente, enviaba cada mañana, por amedrantarlos cuatro y cinco cuadrillas de á catorce y quince caballos que corriesen todo el campo en contorno del pueblo; los cuales no dejaban indio á vida, que fuese espía ó que no lo fuese, que no lo alanceasen, y volvian á su alojamiento el sol puesto, y mas tarde, con relacion verdadera que cuatro leguas en circuito del pueblo no quedaba indio vivo: mas dende á cuatro horas, ó cinco á mas tardar, ya los escuadrones de los indios andaban revueltos con los de los castellanos; cosa que los admiraba grandemente que en tan breve tiempo se hubiesen juntado y venido á inquietarlos.

En estas refriegas que cada noche tenian, aunque siempre hubo muertos y heridos de ambas partes, no acaecieron cosas particulares notables que poder contar, sino fue una noche, que un escuadron de indios fue á dar donde estaba el capitan Juan de Guzman y su compañía; el cual salió á ellos á caballo con otros cinco caballeros, y tambien salieron los infantes; y porque cuando los enemigos hondearon sus hachos y encendieron lumbre estaban muy cerca de los nuestros, pudieron peones y caballos llegar juntos á embestir con ellos. Juan de Guzman, que era un caballero de grande ánimo, empero delicado de cuerpo, arremetió con el alferéz que traía un estandarte y venia en la primera hilera, al cual tiró una lanzada. El indio hurtando el cuerpo, le asió la lanza con la mano derecha y corrió la mano por ella hasta topar con la de Juan de Guzman; entonces soltó la lanza y le asió de los cabezones, y dando un gran tiron, lo arrancó de la silla y dió con él á sus pies sin soltar la bandera que llevaba en la mano izquierda; y todo fue hecho con tanta presteza que apenas se pudo juzgar cómo hubiese sido.

Los soldados cuando vieron su capitán en tal aprieto, antes que el indio le hiciese otro mal, arremetieron con él y lo hicieron pedazos, y desbarataron su escuadron, y libraron de peligro á Juan de Guzman; pero no quedaron sin daño, porque los indios dejaron muertos dos caballos y heridos otros dos de seis que á ellos habian salido. Y los españoles no sentian menos la pérdida de los caballos que la de los compañeros: y los indios gustaban mas de matar un caballo que cuatro caballeros, porque les parecia que solamente por ellos les hacian ventaja sus enemigos.

CAPÍTULO XXXIX.

De una defensa que un español inventó contra el frio que padecia en Chicaza.

Con estas batallas noturnas, que por ser tantas y tan continuas causaban intolerable trabajo y molestia, estuvieron nuestros castellanos en aquel alojamiento hasta fin de marzo; donde sin la persecucion y afan que los indios les daban padecieron la inclemencia del frio, que fue rigurosísimo en aquella region: y como pasasen todas las noches puestos en escuadrones y con tan poca ropa de vestir, que el mas bien parado no tenia sino unas calzas y jubon de gamuza, y casi todos descalzos, sin zapatos, ni alpargates, fue cosa increíble el frio que padecieron, y milagro de Dios no perecer todos.

En esta necesidad contra el frio, se valieron de la invencion de un hombre harto rústico y grosero llamado Juan Vego, natural de Segura de la Sierra, á quien en la Isla de Cuba al principio desta jornada le pasó con Vasco Porcallo de Figueroa un cuento gracioso, aunque para él riguroso, que por ser de burlas y donaires no lo ponemos aquí, mas de decir

que Juan Vego, aunque tosco y grosero daba en ser gracioso: burlábase con todos, deciales donaires y gracias desatinadas conforme el aljaba de donde salian. Vasco Porcallo de Figueroa, que tambien era amigo de burlas, le hizo una pesada, en cuya satisfacion le dió en la Habana, donde pasó la burla, un caballo alazano, que despues en la Florida, por haber salido tan bueno, le ofrecieron muchas veces siete y ocho mil pesos por él para la primera funcion que hubiese: porque las esperanzas que nuestros castellanos á los principios y medios de su descubrimiento se prometian fueron tan ricas y magníficas como esto: mas Juan Vego nunca quiso venderlo, y acertó en ello porque no hubo fundicion sino muerte y pérdida de todos ellos como la historia lo dirá.

Este Juan Vego dió en hacer una estera de paja (que allí la hay muy buena, larga, blanda y suave) para socorrerse del frio de las noches. Hízola de cuatro dedos en grueso, larga y ancha, echaba la mitad debajo por colchon y la otra mitad encima en lugar de frazada; y como se hallase bien en ella, hizo otras muchas para los compañeros, con el ayuda de ellos mismos, que á las necesidades comunes todos acudian á trabajar en ellas.

Con estas camas que llevaba á los cuerpos de guarda ó plaza de armas, donde todas las noches estaban puestos en escuadron, resistieron el frio de aquel invierno, que ellos mismos confesaban hubieran perecido si no fuera por el socorro de Juan Vego. Ayudó tambien á llevar el mal temporal la mucha comida de maiz y fruta seca que habia en aquella comarca, que aunque los españoles padecieron el rigor del frio y las molestias de los enemigos, que no les dejaban dormir de noche, no tuvieron hambre, antes hubo abundancia de bastimentos.

LIBRO CUARTO.

Trata del combate del fuerte de Alibamo: la muerte de muchos españoles por falta de sal: como llegan á Chisca y pasan el rio grande: indios y españoles hacen una solemne procesion para adorar la cruz, pidiendo á Dios mercedes: la cruel guerra y saco entre Capaha y Casquin: hallan los españoles invencion para hacer sal: la fiereza de los Tulas en figura y armas: un regalado invierno que los castellanos tuvieron en Utiangue. Contiene diez y seis capítulos.

CAPÍTULO PRIMERO.

Salen los españoles del alojamiento Chicaza y combaten el fuerte de Alibamo.

El gobernador y sus capitanes viendo que era ya pasado el mes de marzo, y que era ya tiempo de pasar adelante en su descubrimiento, consultaron salir de aquel alojamiento y provincia de Chicaza, y la demas gente lo deseaba por verse fuera de aquella tierra, donde tanta guerra y daño les habian hecho, y siempre de noche; que en todos los quatro meses que allí estuvieron los españoles invernando, no faltaron los indios quatro noches sin darles rebatos y arma continua. Con esta determinacion comun salieron los nuestros de aquel puesto á los primeros de abril del año mil y quinientos y cuarenta y uno; y habiendo caminado el primer dia quatro leguas de tierra llana, poblada de muchos pueblos pequeños, de á quince y de veinte casas, pararon un cuarto de legua fuera de todo lo poblado, pareciéndoles que los

*

indios de Chicaza, que tan molestos les habian sido en su tierra, viéndolos ya fuera de sus pueblos les dejarían de perseguir. Mas ellos tenían otros pensamientos muy diferentes y agenos de toda paz como luego veremos.

Como los españoles parasen para alojarse en aquel campo, enviaron por todas partes caballos que corriesen la tierra y viesesen lo que habia en circuito de el alojamiento. Los cuales volvieron con aviso que cerca de allí habia un fuerte hecho de madera con gente de guerra muy escogida, que al parecer serían como cuatro mil hombres. El general eligiendo cincuenta de á caballo, fue á reconocer el fuerte; y habiéndolo visto, volvió á los suyos y les dijo: caballeros, conviene antes que la noche cierre echemos de el fuerte donde se han fortalecido á nuestros enemigos; los cuales no contentos con la molestia y pesadumbre que tan porfiadamente en su tierra nos han dado, quieren, aunque estamos fuera della, molestarnos todavía por mostrar que no temen vuestras armas, pues las vienen á buscar fuera de sus términos. Por lo cual será bien que los castigemos, y que no queden esta noche donde están; porque si allí los dejamos, saliendo por sus tercios en rueda nos flecharán toda la noche sin dejarnos reposar.

A todos pareció bien lo que el gobernador habia dicho; y así dejando la tercia parte de la gente de infantes y caballos para guarda del real, fue toda la demas con el gobernador á combatir el fuerte llamado Alibamo. El cual era cuadrado de cuatro lienzos iguales, hecho de maderos hincados, y cada lienzo de pared tenia cuatrocientos pasos de largo. Por de dentro en este cuadro habia otros dos lienzos de madera que atravesaban el fuerte de una pared á

otra. El lienzo de la frente tenia tres puertas pequeñas y tan bajas que no podia entrar hombre de á caballo por ellas. La una puerta estaba en medio del lienzo, y las otras dos á los lados junto á las esquinas. En derecho destas tres puertas habia en cada lienzo otras tres para que si los españoles ganasen las primeras se defendiesen en las del segundo lienzo, y en las del tercero y cuarto. Las puertas del postrer lienzo salian á un rio que pasaba por las espaldas del fuerte. El rio, aunque era angosto, era muy hondo y de barrancas muy altas, que con dificultad las podian subir y bajar á pie, y de ninguna manera á caballo. Y este fue el intento de los indios hacer un fuerte donde pudiesen asegurarse de que los castellanos no les ofendiesen con los caballos entrando por las puertas ó pasando el rio, sino que pelesen á pie como ellos; porque á los infantes, como ya hemos dicho otras veces, no les habian temor alguno, por parecerles que les eran iguales, y aun superiores. Sobre el rio tenian puentes hechas de madera, flacas y ruines, que con dificultad podian pasar por ellas. A los lados del fuerte no habia puerta alguna.

El gobernador habiendo visto y considerado bien el fuerte, mandó que se apeasen cien caballeros de los mas bien armados, y hechos tres escuadrones de á tres hombres por hilera, acometiesen el fuerte, y que los infantes que no iban tan bien armados de armas defensivas como los caballeros, fuesen en pos dellos y todos procurasen ganar las puertas. Así se ordenó en un punto. Al capitan Juan de Guzman le cupo la una puerta, y al capitan Alonso Romo de Cardenosa la otra, y á Gonzalo Silvestre la tercera; los cuales se pusieron en sus escuadrones en derecho de las puertas para los acometer.

Los indios que hasta entonces habian estado

encerrados en su fuerte, viendo los españoles apercebidos para los combatir salieron cien hombres por cada puerta á escaramuzar con ellos: traían grandes plumages sobre las cabezas; y para parecer mas feroces venian todos ellos pintados á bandas las caras y los cuerpos, brazos y piernas con tintas ó betun de diversas colores, y con toda la gallardía que se puede imaginar arremetieron á los españoles; y de las primeras flechas derribaron á Diego de Castro, natural de Badajoz, á Pedro de Torres, natural de Burgos, ambos nobles y valientes; los cuales iban en la primera hilera á los lados de Gonzalo Silvestre. A Diego de Castro hirieron encima de la rodilla en el lagarto de la pierna derecha con un arpon de pedernal: á Pedro de Torres atravesaron una pierna por entre las dos canillas. Francisco de Reinoso, caballero natural de Astorga, viendo solo á Gonzalo Silvestre, que era su caudillo, se pasó de la segunda fila donde iba á la primera por no le dejar ir solo.

En el segundo escuadron, donde iba por capitán Juan de Guzman, derribaron de otro flechazo con arpon de pedernal á otro caballero llamado Luis Bravo, de Jerez, que iba al lado del capitán, y le hirieron en el lagarto del muslo. Al capitán Alonso Romo de Cardenosa, que iba á combatir la tercera puerta le quitaron de su lado uno de sus dos compañeros, que habia por nombre Francisco de Figueroa, muy noble en sangre y en virtud, natural de Zafra: el cual fue asimismo herido por el lagarto del muslo, y tambien con arpon de pedernal; que estos indios, como gente plática en la guerra, tiraban á los españoles de los muslos abajo, que era lo que llevaban sin armas defensivas, y tirábanles con arpones de pedernal, por poder hacer mayor daño; porque si no hiriesen de punta cortasen de filo al pasar.

Estos tres caballeros murieron poco despues de la batalla, y todos en una hora, porque las heridas habian sido iguales : causaron con su muerte mucha lástima, porque eran nobles, valientes y mozos, porque ninguno dellos llegaba á los veinte y cinco años. Sin las heridas que hemos dicho hubo otras muchas; porque los indios peleaban valentísimamente y tiraban á las piernas á sus enemigos. Lo cual visto por los nuestros dieron á una todos un alarido diciendo, que cerrasen de golpe con los contrarios y no les diesen lugar á que gastasen sus flechas, con que tanto daño les hacian; y así los acometieron con toda furia y presteza, y los llevaron retirando hasta las puertas del fuerte.

CAPÍTULO II.

Prosigue la batalla del fuerte hasta el fin della.

El gobernador que con otros veinte de á caballo se habia puesto al un lado de los escuadrones, y los capitanes Andrés de Vasconcelos y Juan de Añasco al otro lado, con otros treinta caballeros, arremetieron todos á los indios: uno dellos tiró una flecha al general que iba delante de los suyos y le dió sobre la celada, encima de la frente un golpe tan recio, que la flecha surtió de la celada mas de una pica en alto, y el gobernador confesaba despues haberle hecho ver relámpagos. Pues como los caballeros y los infantes arremetiesen todos á una, los indios se retiraron hasta la pared del fuerte, donde por ser las puertas tan pequeñas y no poderse acoger dentro los indios, fue grande la mortandad dellos. Los españoles con la misma furia que habian cerrado con los enemigos en el llano, con esa misma entraron por las puertas revueltos con ellos, y tan igualmen-

te, que no se pudo averiguar cuál de los tres capitanes hubiese entrado primero.

Dentro en el fuerte fue grande la matanza de los indios, que como los españoles los viesan encerrados, y se acordasen de las muchas pesadumbres que en el alojamiento pasado sin cesar les habian dado, los apretaron malamente con la ira y enojo que contra ellos tenían, y á cuchilladas y á estocadas con gran facilidad como á gente que no llevaba armas defensivas, mataron gran número dellos. Muchos indios no pudiendo salir por las puertas al rio por la priesa que les daban, confiados en su ligereza saltaron por cima de las cercas y cayeron en poder de los caballeros que andaban en el campo, donde los alancearon todos. Otros muchos indios que pudieron salir al rio por las puertas lo pasaron por las puentes de madera, empero muchos con la priesa que unos á otros se daban al pasar cayeron en el rio: y era cosa graciosa ver los golpazos que daban en el agua, porque caian de mucha altura. Otros que no pudieron tomar las puentes, ni la furia de los enemigos les daba tanto espacio, se echaron de las barrancas abajo y pasaron el rio á nado. Desta manera desembarazaron el fuerte en poco espacio, y los que pudieron pasar el rio, como que estuvieran ya seguros, se pusieron en escuadron y los nuestros quedaron de esta otra parte.

Un indio de los que se habian escapado viéndose fuera de aprieto, deseando mostrar la destreza que en su arco y flechas tenia, se apartó de los suyos y dió voces á los castellanos dándoles á entender por señas y algunas palabras que se apartase un ballestero dellos en desafío singular y se tirasen sendos tiros á ver cuál dellos era mejor tirador. Uno de los nuestros, que habia nombre Juan de Salinas, hi-

algo montañés, salió muy apriesa de entre los españoles (los cuales por asegurarse de las flechas se habían puesto al reparo de unos árboles que tenían por delante) y fue el río abajo á ponerse en derecho de donde estaba el indio, y aunque uno de sus compañeros le dió voces que esperase que queria ir con él á hacerle escudo con una rodela, no quiso, diciendo que pues su enemigo no traía ventajas para sí no queria llevarlas contra él: y luego puso una jara en su ballesta y apuntó al indio para le tirar: el cual hizo lo mismo con su arco, habiendo escogido una flecha de las de su carcax.

Ambos soltaron los tiros á un mismo tiempo. El montañés dió al indio por medio de los pechos, de manera que fue á caer; mas antes que llegase al suelo llegaron los suyos á socorrerle y se lo llevaron en brazos mas muerto que vivo, porque llevaba toda la jara metida por los pechos. El indio acertó al español por el pescuezo en derecho del oido izquierdo (que por hacer buena puntería al enemigo y tambien por darle el lado del cuerpo que tiene menos través que la delantera habia estado ladeado al tirar de la ballesta) y le atravesó la flecha por la cerviz, echándole tanto de una parte como de otra, y así la trujo atravesada, y volvió á los suyos muy contento del tiro que habia hecho en su enemigo. Los indios (aunque pudieron) no quisieron tirar á Juan de Salinas, porque el desafío habia sido uno á uno. El adelantado que habia deseado castigar la desvergüenza y atrevimiento de aquellos indios apellidando á los de á caballo y pasando el río por un buen vado que estaba arriba del fuerte, los llevaron alanceando por un llano adelante mas de una legua, y no cesáran hasta acabarlos todos si la noche no les atajára con quitarles la luz del dia; mas con todo eso murie-

ron en este trance mas de dos mil indios, y pagaron bien su osadía para que no pudiesen quedar loándose de los castellanos que en su tierra habian muerto, ni de la mucha molestia que en todo el invierno pasado les habian dado. Habiendo seguido el alcance, se volvieron los españoles á su alojamiento y curaron los heridos, que fueron muchos, por cuya necesidad pararon allí cuatro dias, que no pudieron caminar.

CAPÍTULO III.

Por falta de sal mueren muchos españoles, y como llegan á Chisca.

Volviendo en nuestra historia un poco atrás de donde estábamos, porque se vayan contando los sucesos en el tiempo y lugar que acaecieron, porque no volvamos de mas lejos á encontrarlos. Es de saber, que luego que nuestros españoles salieron de la gran provincia de Coza y entraron en la Tascaluza, tuvieron necesidad de sal; y habiendo pasado algunos dias sin ella, la sintieron de manera que les hacia mucha falta; y algunos, cuya complision debia de pedirla mas que la de otros, murieron por falta de ella y de una muerte estrañísima. Dábales una calenturilla lenta; y al tercero ó cuarto dia no habia quien á cincuenta pasos pudiese sufrir el hedor de sus cuerpos, que era mas pestífero que el de los perros ó gatos muertos; y así perecian sin remedio alguno, porque ni sabian cuál lo fuese ni qué les hiciesen; porque no llevaban médico ni tenian medicinas, ni aunque las hubiera se entendian que les pudieran aprovechar, porque cuando sentian la calenturilla ya estaban corrompidos; ca tenian el vientre y las tripas verdes como yerbas dende el pecho abajo.

Desta manera empezaron á morir algunos con

grande horror y escándalo de los compañeros, de cuyo temor muchos dellos usaron del remedio que los indios hacian para preservarse y socorrerse en aquella necesidad; y era que quemaban cierta yerba que ellos conocian, y de la ceniza hacian lejía, y en ella como en salsa mojaban lo que comian, y con esto se preservaban de no morir podridos como los españoles. Los cuales muchos dellos por ser soberbios y presuntuosos no querian usar deste remedio por parecerles cosa sucia é indecente á su calidad, y decian que era bajeza hacer lo que los indios hacian; y estos tales fueron los que murieron: y cuando en su mal pedian la lejía ya no les aprovechaba, por ser pasada la coyuntura que debia de preservar que no viniese la corrupcion; mas despues de llegada no debia ser bastante para remediarla, como no remedió á los que la pidieron tarde. Castigo merecido de soberbios que no hallen en la necesidad lo que despreciaron en la abundancia: así murieron mas de sesenta españoles en la temporada que les faltó la sal, que fue casi un año; y en su lugar dirémos como hicieron sal y socorrieron su necesidad.

Asimesmo es de advertir que cuando el gobernador llegó á Chicaza, por la mucha variedad de lenguas que halló, conforme á las muchas provincias que habia pasado, que casi cada una tenia su lenguaje diferente de la otra, eran menester diez, y doce, y catorce intérpretes para hablar á los caciques é indios de aquellas provincias; y pasaba la razon dende Juan Orotiz hasta el postrero de los intérpretes, los cuales se ponian como atenores para recibir y dar la razon al otro segun se iban entendiendo unos á otros. Con este trabajo y cansancio pedia y recibia el adelantado las relaciones de las cosas que de toda aquella gran tierra le convenia informarse. Este trabajo

faltaba en los indios é indias particulares que de cualquiera provincia los nuestros para su servicio prendian ; porque dentro de dos meses que hubiesen comunicado con los españoles entendian á sus amos lo que en la lengua castellana les hablaban, y ellos en la misma lengua daban á entender lo que les era forzoso y mas comun. Y á seis meses que hubiesen conversado con los castellanos servian de intérpretes para con otros nuevos indios. Toda esta habilidad mostraban en el lenguaje, y para otra cualquiera cosa la tenian muy buena todos los deste gran reino de la Florida.

Del alojamiento de Alibamo, que fue el postrero de la provincia de Chicaza, salió el ejército pasados los cuatro dias que por necesidad de los heridos allí estuvo ; y al fin de otros tres que caminó por un despoblado, llevando siempre la via al Norte por huir de la mar, llegó á dar vista á un pueblo llamado Chisca, el cual estaba cerca de un rio Grande, que por ser el mayor de todos los que nuestros españoles en la Florida vieron le llamaron el rio Grande sin otro renombre. Juan Coles en su relacion dice, que este rio se llamaba en lengua de los indios Chucagua y adelante harémos mas larga mencion de su grandeza, que será de admiracion. Los indios desta provincia Chisca por la guerra continúa que con los de Chicaza tienen, y por el despoblado que entre las dos provincias hay, no sabian cosa alguna de la ida de los españoles á su tierra, y así estaban descuidados. Los nuestros luego que vieron el pueblo, sin guardar orden arremetieron á él, y prendieron muchos indios é indias de todas edades, y saquearon todo lo que en él hallaron como si fuera de los de la provincia de Chicaza donde tan mal les habian tratado.

A un lado del pueblo estaba la casa del curaca puesta en un cerrillo alto hecho á mano que servia de fortaleza. No podian subir á ella sino por dos escaleras. A esta casa se recogieron muchos indios : otros se acogieron á un monte muy bravo que habia entre el pueblo y el rio grande. El señor de aquella provincia se llamaba Chisca, como ella mesma. Estaba enfermo en la cama, y era ya viejo. El cual sintiendo el ruido y alboroto que en el pueblo andaba se levantó y salió de su aposento, y como viese el robo y prision de sus vasallos, tomó una hacha de armas y á toda furia iba á descendir haciendo grandes fieros que habia de matar cuantos en su tierra hubiesen entrado sin su licencia. Estas bravatas hacia, y no tenia el triste persona ni fuerzas para matar un gato ; porque demas de estar enfermo era un viejecito pequeño de cuerpo, que en todos cuantos indios vieron estos españoles en la Florida no vieron otro de tan ruin persona. Empero el ánimo de las valentías y hazañas de su mocedad, que habia sido belicoso, y el señorío de una provincia tan grande y buena como la suya le daban esfuerzo á hacer aquellos fieros y otros mayores.

Sus mugeres y criados se asieron dél, y con lágrimas y ruegos encareciendo la falta de su salud le detuvieron que no bajase ; y los indios que subian del pueblo le dijeron que los que habian venido eran hombres nunca vistos, ni oidos, y que eran muchos y traían unos animales muy grandes y ligeros ; que si queria pelear con ellos mirase que los suyos estaban descuidados y no apercebidos, que para vengar su injuria apellidase la gente que habia en la comarca y aguardase mejor coyuntura, y entre tanto fingiese toda buena apariencia de amistad, y se acomodase con las ocasiones conforme ellas se ofreciesen, ó

de paciencia y sufrimiento ó de ira y venganza, y no quisiese hacer inconsideradamente alguna temeridad para mayor ofensa suya y daño de sus vasallos. Con estas razones y semejantes que sus mugeres, criados y vasallos dijeron al curaca, lo detuvieron á pelear con los cristianos: mas él quedó tan enojado que un recaudo que el gobernador (sabiendo que estaba en su casa) le enviaba de paz y amistad no quiso oír, diciendo que no queria escuchar recaudo de quien le habia ofendido, si no hacerle guerra á fuego y á sangre, y así se la declaraba dende luego, porque no se descuidase que pensaba degollarlos presto á todos juntos.

CAPÍTULO IV.

Los españoles vuelven el saco al curaca Chisca, y huelgan de tener paz con él.

El general y sus capitanes y soldados que de todo el invierno pasado venian hartos y ahitos de pelear, y traían muchos heridos y enfermos, así hombres como caballos, ninguna inclinacion tenían á la guerra sino á la paz; y con el deseo della, confusos de haber saqueado el pueblo y de haber enojado al curaca, le enviaron otros muchos recaudos con todas las buenas palabras blandas y suaves que se sufrían decir: porque demas de los inconvenientes que los españoles traían consigo, vieron que en menos de tres horas que hubieron llegado al pueblo se habian juntado con el cacique casi cuatro mil hombres de guerra, todos apercebidos de sus armas, y temieron los nuestros que pues aquellos se habian juntado en tan breve tiempo vendrían muchos mas adelante. Vieron asimismo que el sitio del lugar, así en el pueblo como fuera dél era muy bueno y favorable para los indios, y

malo y desacomodado para los castellanos; porque por los muchos arroyos y montes que en todo aquel espacio habia no podian aprovecharse de los caballos como era menester para ofender á los indios; y lo que les era de mayor consideracion y ellos lo traian bien experimentado era ver que con la guerra y batallas no medraban nada, sino que antes se iban consumiendo, porque de dia en dia los mataban hombres y caballos; por todo lo cual instaban á la paz con mucho desseo della.

Al contrario entre los indios (despues que se juntaron á consultar los recaudos de los nuestros) habia muchos que deseaban la guerra, porque estaban lastimados con la prision de sus mugeres y hijos, hermanos y parientes y con la hacienda robada; y para restituirse en todo lo perdido les parecia, segun la ferocidad de sus ánimos, que no tenian camino mas corto que el de las armas, y cualquiera otro se les hacia largo; y deseando verse ya en la batalla contradecian la paz, sin dar razon alguna mas que la de su pérdida. Asimismo habia otros indios que sin haber perdido cosa alguna que desearan cobrar, sino solo por mostrar sus fuerzas y valentía, y por la natural inclinacion que generalmente tienen á la guerra contradecian la paz. Los cuales proponian era cosa de honra, diciendo, que sería bien experimentar qué hombres eran en las armas aquellos tan estraños y no conocidos; y adónde llegaban sus fuerzas y ánimo: y para que ellos y otros por ellos escarmentasen (en lo por venir) de ir á sus tierras sería muy bien hecho darles á conocer su esfuerzo y valentía. Otros indios hubo mas pacíficos y cuerdos que dijeron se debia aceptar la paz y amistad que los españoles ofrecian; porque con ella, mas seguramente que con la guerra y enemistad, podian co-

brar las mugeres y hijos presos y la hacienda perdida, y asegurar que la que se podia perder (como era ver quemar sus pueblos y talar los campos, en tiempo que las mieses estaban cerca de sazonar) no se perdiese, y que no habia para qué experimentar cuán valientes fuesen aquellas gentes; pues la razon claramente les decia que hombres que tantas tierras de enemigos habian pasado para llegar á las suyas no podian dejar de ser valentísimos, cuya paz y concordia les era mejor que la guerra: la cual sin los daños propuestos causarian la muerte de muchos dellos, la de sus hermanos, parientes y amigos, y darian venganza de sí á sus enemigos los indios comarcanos. Por tanto sería mejor aceptasen la amistad, y viesen como les iba con ella; que cuando no les fuese bien, con mucha facilidad y con mas ventajas que las que entonces tenian podrian volver á tomar las armas y salir con lo que ahora pretendian.

Este consejo venció á los demas, y el curaca se inclinó á él, y guardando su enojo para cuando se ofreciese mejor ocasion, respondió á los mensajeros del gobernador, diciendo, que ante todas cosas le dijese lo que los castellanos querian; y siéndole respondido que no mas de que les desembarazasen el pueblo para su alojamiento y les diesen la comida que hubiesen menester, que sería poca, porque ellos pasaban de camino y no podian parar mucho en su tierra. Dijo que era contento de concederles la paz y amistad que le pedian y desocupar el pueblo, y dar el bastimento con condicion que soltasen luego sus vasallos, y les restituyesen toda la hacienda que les habian tomado, sin que della faltase ni una sola olla de barro (palabras fueron suyas); y que no subiesen á su casa ni le viesen, que

con estas condiciones él sería amigo de los españoles, donde no que los desafiaba luego á la batalla.

Los nuestros aceptaron las condiciones porque no habian menester la gente que habian preso, que ellos traían servicio bastante, y la hacienda toda era una miseria de gamuzas y algunas mantas pocas y pobres. Todo se les restituyó, que no faltó ni una olla de barro, como dijo el curaca. Los indios desocuparon el pueblo y dejaron la comida que en sus casas tenian para los castellanos. Los cuales por causa de los enfermos, porque se regalasen, pararon en aquel pueblo llamado Chisca seis dias. El último dellos con permission del cacique, que ya estaba menos enojado, le visitó el gobernador y le agradeció la amistad y hospedage: y otro dia siguiente se partió en demanda de su viage y descubrimiento.

CAPÍTULO V.

Salen los españoles de Chisca y hacen barcas para pasar el rio grande, y llegan á Casquin.

Habiendo salido el ejército de Chisca anduvo cuatro jornadas pequeñas de á tres leguas, que la indisposicion de los heridos y enfermos no consentia que fuesen mas largas. Y todos los cuatro dias caminaron el rio arriba. Al fin dellos llegaron á un paso por donde se podia pasar el rio grande, no que se vadease sino que tenia paso abierto para llegar á él; porque en todo lo de atrás de su ribera habia monte grandísimo y muy cerrado, y tenia las barrancas de una parte y otra muy altas y cortadas que no podian subir ni bajar por ellas. En este paso fue necesario que el gobernador y su ejército parasen veinte dias; porque para pasar el rio era menester se hiciesen barcas ó piraguas como las que se hicieron en Chicaza: por:

que luego que los nuestros llegaron al paso del rio, se mostraron de la otra parte mas de seis mil indios de guerra bien apercebidos de armas y gran número de canoas para defenderles el paso.

Otro dia despues que el gobernador llegó á este alojamiento vinieron cuatro indios principales con embajada del señor de aquella mesma provincia donde los españoles estaban, cuyo nombre por haberse ido de la memoria no se pone aqui. Puestos ante el general sin haber hablado palabra ni hecho otro semblante alguno volvieron los rostros al Oriente y hicieron una adoracion al sol con grandísima reverencia: luego volviéndose al Poniente hicieron otra no tan grande á la luna; y luego enderezándose hácia el gobernador le hicieron otra menor: de manera, que todos los circunstantes notaron las tres maneras de veneracion que habian hecho por sus grados. Luego dieron su embajada diciendo que el curaca su señor y todos sus caballeros y la demas gente comun de su tierra, les enviaban á que en nombre de todos ellos le diesen la bien venida y le ofreciesen su amistad y concordia, y el servicio que su señoría gustase recibir dellos. El adelantado les dijo muy buenas palabras, y los envió muy contentos de su afabilidad.

Todo el tiempo que los españoles estuvieron en aquel alojamiento, que fueron veinte dias ó mas, sirvieron estos indios al ejército con mucha paz y amistad; empero el curaca principal nunca vino á ver al gobernador, antes se anduvo escusando con achaques de falta de salud: de donde se entendió que hubiese enviado la embajada y hecho el demas servicio por temor de que no le talasen los campos, que estaban fértiles y cerca de sazonar los frutos, y porque no les quemasen los pueblos, mas que no por amor que tuviese á los castellanos, ni deseo de servirles. Con

la mucha diligencia y trabajo que en hacer las barcas los españoles pusieron (que todos trabajaban en ellas, sin diferencia alguna de capitanes á soldados, antes era tenido por capitan el que mas trabajo ponía en ellas) echaron al cabo de quince dias dos barcas al rio acabadas de todo punto; y de noche y de dia las guardaban con mucho cuidado porque los enemigos no se las quemasen. Los cuales en todo el tiempo que los españoles se ocupaban en su trabajo no cesaron de molestarlos en las canoas, que las tenían muchas y muy buenas, que hechos sus escuadrones unas veces bajando el rio abajo otras subiendo el rio arriba, al emparejar les echaban muchas flechas, y los españoles se defendían y los apartaban de sí con los arcabuces y ballestas, con que les hacían mucho daño: porque de sus reparos tiraban á no perder tiro, y hacían hoyos en las orillas del rio, donde se escondían porque los indios llegasen cerca. Al fin de los veinte dias que los castellanos entendían en hacer las barcas, tenían cuatro en el agua, en las cuales cabían ciento y cincuenta infantes y treinta caballos, y para que los indios las viesén bien y entendiesen que no les podían ofender las llevaron á vela y remo el rio arriba y abajo. Los infieles reconociendo que no podían defender el paso acordaron alzar su real é irse á sus pueblos.

Los españoles sin contradiccion alguna pasaron el rio en sus piraguas y en algunas canoas que con su buena industria habían ganado á los enemigos. Y deshechas las barcas por guardar la clavazon que era muy necesaria, pasaron adelante en su viage; y habiendo caminado cuatro jornadas por tierras des pobladas, al quinto dia asomaron por unos cerros altos y descubrieron un pueblo de cuatrocientas casas, asentado á la ribera de un rio mayor que Guadalqui-

vir por Córdoba. En toda la ribera de aquel río y su comarca había muchas sementeras de maíz ó zara y gran cantidad de árboles frutales que mostraban ser la tierra muy fértil. Los indios del pueblo que ya tenían noticia de la ida de los castellanos salieron en comunidad sin personage señalado á reconocer al gobernador, y le ofrecieron sus personas, casas y tierras, y le dijeron que de todo le hacian señor. Dende á poco vinieron de parte del curaca dos indios principales acompañados de otros muchos, y de nuevo en nombre del señor y de todo su estado ofrecieron al general (como lo habían hecho los primeros) su vasallage y servicio: y el gobernador los recibió con mucha afabilidad, y les dijo muy buenas palabras, con que se volvieron muy contentos.

Este pueblo y toda su provincia y el curaca señor de ella habían un mismo nombre, y se llamaban Casquin: por la mucha comida que tenía para la gente, y por regalar los enfermos, y también los caballos, descansaron los españoles seis días; los cuales pasados fueron en otros dos al pueblo donde el cacique Casquin residia, que estaba en la misma ribera, siete leguas el río arriba, toda tierra muy fértil y poblada, aunque los pueblos eran pequeños de á quince, veinte, treinta y cuarenta casas. El cacique acompañado de mucha gente noble salió á recibir al gobernador, y le ofreció su amistad y servicio y su propia casa en que se alojase, la cual estaba en un cerro alto hecho á mano, en un lado del pueblo donde había doce ó trece casas grandes en que el curaca tenía toda su familia de mugeres y criados, que eran muchos. El gobernador dijo que aceptaba su amistad, mas no su casa por no desacomodarle: y holgó de aposentarse en una huerta que el mismo cacique señaló cuando vió que no quería sus casas, donde los

indios, sin una buena casa que en ella habia, hicieron con mucha presteza grandes y frescas ramadas, que eran así menester por ser ya mayo y hacer calor. El ejército se alojó parte en el pueblo y parte en las huertas, donde todos estuvieron muy á placer.

C A P Í T U L O V I.

Hácese una solemne procesion de indios y españoles para adorar la cruz.

Tres dias habia que el ejército estaba alojado en el pueblo llamado Casquin con mucho contento de indios y españoles, cuando al cuarto dia el curaca acompañado de toda la nobleza de su tierra, que la habia hecho convocar para aquella solemnidad, se puso ante el gobernador, y habiendo él y todos los suyos hecho una grandísima reverencia, le dijo: señor, como nos haces ventaja en el esfuerzo y en las armas así creemos que nos la haces en tener mejor Dios que nosotros. Estos que ves aquí, que son los nobles de mi tierra (que por la bajeza de su estado y poco merecimiento no osaron parecer delante de tí) y yo con todos ellos te suplicamos tengas por bien de pedir á tu Dios que nos llueva, que nuestros sembrados tienen mucha necesidad de agua. El general respondió que aunque pecadores todos los de su ejército y él, suplicarian á Dios nuestro Señor les hiciese merced como Padre de misericordias. Luego en presencia del cacique mandó á maestro Francisco Ginovés, gran oficial de carpintería y de fábrica de navíos que de un pino el mas alto y grueso que en toda la comarca se hallase hiciese una cruz.

Tal fue el que por aviso de los mismos indios se cortó, que despues de labrado, quiero decir quitada la corteza, y redondeado á mas ganar, como di-

cen los carpinteros, no lo podian levantar del suelo cien hombres. El maestro hizo la cruz en toda perfeccion en cuenta de cinco y tres sin quitar nada al árbol de su altor: salió hermosísima por ser tan alta. Pusiéronla sobre un cerro alto hecho á mano que estaba sobre la barranca del rio, y servia á los indios de atalaya, y sobrepujaba en altura á otros cerrillos que por allí habia. Acabada la obra, que gastaron en ella dos dias, y puesta la cruz se ordenó el dia siguiente una solemne procesion, en que fue el general y los capitanes y la gente de mas cuenta, y quedó á la mira un escuadron armado de los infantes y caballos que para guarda y seguridad del ejército era menester.

El cacique fue al lado del gobernador, y muchos de sus indios nobles fueron entremetidos entre los españoles. Delante del general de por sí aparte en un coro iban los sacerdotes, clérigos y frailes, cantando las letanías y los soldados respondian. Desta manera fueron un buen trecho mas de mil hombres entre fieles é infieles, hasta que llegaron donde la cruz estaba, y delante della hincaron todos las rodillas, y habiéndose dicho dos ó tres oraciones, se levantaron, y de dos en dos fueron primero los sacerdotes, y con los hinojos en tierra adoraron la cruz y la besaron. En pos de los eclesiásticos fue el gobernador y el cacique con el fin sin que nadie se lo dijese, y hizo todo lo que vió hacer al general y besó la cruz. Tras ellos fueron los demas españoles é indios, los cuales hicieron lo mismo que los cristianos hacian.

De la otra parte del rio habia quince ó veinte mil ánimas de ambos sexos y de todas las edades, los cuales estaban con los brazos abiertos y las manos altas mirando lo que hacian los cristianos: y

de cuando en cuando alzaban los ojos al cielo haciendo ademanes con manos y rostro como que pedían á Dios oyese á los cristianos su demanda. Otras veces levantaban un alarido bajo y sordo como de gente lastimada, y á los niños mandaban que llorasen, y ellos hacían lo mismo. Toda esta solemnidad y ostentaciones hubo de la una parte y otra del río al adorar de la cruz; las cuales al gobernador y á muchos de los suyos movieron á mucha ternura por ver que en tierras tan estrañas y por gente tan alejada de la doctrina cristiana fuese con tanta demonstracion de humildad y lágrimas adorada la insignia de nuestra redencion. Habiendo todos adorado la cruz de la manera que se ha dicho, se volvieron con la misma órden de procesion que habian llevado, y los sacerdotes iban cantando el *Te Deum laudamus*, hasta el fin del cántico, con que se concluyó la solemnidad de aquel dia, habiéndose gastado en ella largas cuatro horas de tiempo.

Dios nuestro Señor por su misericordia quiso mostrar á aquellos gentiles como oye á los suyos que de veras lo llaman: que luego la noche siguiente de media noche adelante empezó á llover muy bien, y duró el agua otros dos dias, de que los indios quedaron muy alegres y contentos: y el curaca y todos sus caballeros en la forma de la procesion que vieron hacer á los cristianos para adorar la cruz fueron á rendir las gracias al gobernador por tanta merced como su Dios les habia hecho por su intercesion: y en suma con muy buenas palabras le dijeron que eran sus esclavos, y de allí adelante se jactarian y preciarían de serlo. El gobernador los dijo que diesen las gracias á Dios que crió el cielo y la tierra y hacia aquellas misericordias y otras mayores.

Hánse contado estas cosas con tanta particulari-

dad, porque pasaron así, y porque fue orden y cuidado del gobernador y de los sacerdotes que andaban con él que se adorase la cruz con toda solemnidad que les fuese posible; porque viesen aquellos gentiles la veneracion en que la teuian los cristianos. Todo este capítulo de la adoracion cuenta muy largamente Juan Coles en su relacion, y dice que llovió quince dias. Acabadas estas cosas, habiendo ya nueve ó diez dias que estaban en aquel pueblo, mandó el gobernador se aperciese el ejército para caminar el dia siguiente en demanda de su descubrimiento.

El cacique Casquin, que era de edad de cincuenta años, suplicó al gobernador le diese licencia para ir con él y permitiese que llevase gente de guerra y de servicio, los unos para que acompañasen el ejército, y los otros para que llevasen el bastimento, porque habian de ir por tierras despobladas, y para que limpiasen los caminos y en los alojamientos trujesen leña y yerba para los caballos. El gobernador le agradeció su buen comedimiento, y le dijo que hiciese lo que mas su gusto fuese, con lo cual salió el curaca muy contento, y mandó apercebir, ó ya lo estaba, gran número de gente de guerra y servicio.

CAPÍTULO VII.

Indios y españoles van contra Capaha: describese el sitio de su pueblo.

Es de saber para mayor claridad de nuestra historia, que este cacique Casquin y sus padres, abuelos y antecesores de muchos siglos atrás tenian guerra con el señor y señores de otra provincia llamada Capaha que confinaba con la suya. Los cuales porque eran mayores señores de tierra y vasallos habian traído y traían siempre á Casquin arrinconado y casi rendi-

do que no osaba tomar las armas por no enojar á Capaha, y por no irritarle á que le hiciese el daño que como mas poderoso podia. Estaba quieto, solo se contentaba con guardar sus términos sin salir dellos ni dar ocasion á que le ofendiesen, si con los tiranos basta no dársela. Pues como ahora viese Casquin la buena coyuntura que se le ofrecia para con la fuerza y poder ageno vengarse de todas sus injurias pasadas y él fuese sagaz y astuto, pidió al gobernador la licencia que hemos dicho, con la cual y con la intencion de vengarse sacó sin la gente de servicio cinco mil indios de guerra bien apercebidos de armas y adornados de grandes plumages, que por ninguna cosa saldrán de sus casas sin estas dos. Llevó tres mil indios cargados de comida, los cuales tambien llevaban sus arcos y flechas.

Con este aparato salió Casquin de su pueblo habiendo pedido licencia para ir delante con su gente con achaque de descubrir los enemigos si los hubiese, y de tener proveidos los alojamientos de las cosas necesarias para cuando el ejército español llegase. Sacó su gente en escuadron formado, dividido en tres tercios, vanguardia, batalla y retaguardia, en toda buena orden militar. Un cuarto de legua en pos de los indios salieron los españoles, y así caminaron todo el dia. La noche se alojaron los indios delante de los castellanos pusieron sus centinelas tambien como los nuestros, y entre las unas centinelas y las otras pasaba la ronda de á caballo. Con esta orden caminaron tres jornadas, y al fin dellas llegaron á una cienega muy mala de pasar, que á la entrada y á la salida tenia grandes atolladeros, y el medio era de agua limpia; mas tan honda, que por espacio de veinte pasos se habia de nadar (esta cienega era término de las dos provincias enemigas de Casquin y Capaha): la gente

pasó por unas malas puentes que habia hechas de madera: los caballos pasaron á nado y con mucho trabajo por los pantanos que á las orillas de una parte y otra de la cienega habia. Tardaron todo el cuarto dia en pasarla, y á media legua della se alojaron indios y españoles en unas hermosísimas dehesas de tierra muy apacible. Otras dos jornadas caminaron pasada la cienega y al tercero dia bien temprano llegaron á unos cerros altos, de donde dieron vista al pueblo principal de Capaha, que era frontera y defensa de toda la provincia contra la de Casquin; y por ende lo tenían fortificado de la mauera que dirémos. El pueblo tenía quinientas casas grandes y buenas; estaba en un sitio algo mas alto y eminente que los derredores; teníanlo hecho casi isla con una cava ó foso de diez ó doce brazas fondo y de cincuenta pasos en ancho, y por donde menos de cuarenta, hecho á mano; el cual estaba lleno de agua, y la recibia del rio grande que atrás hecimos mencion, que pasaba tres leguas arriba del pueblo. Recibíala por una canal abierta á fuerza de brazos que desde el foso iba hasta el rio grande á tomar el agua: la canal era de tres estados de fondo y tan ancha que dos canoas de las grandes bajaban y subian por ella juntas sin tocar los remos de la una con los de la otra. Este foso de agua tan ancho como hemos dicho rodeaba las tres partes del pueblo, que aun no estaba acabada la obra: la otra quarta parte estaba cercada de una muy fuerte palizada hecha pared de gruesos maderos hincados en tierra, pegados unos á otros, y otros atravesados, atados y embarrados con barro pisado con paja como ya lo hemos dicho arriba. Este gran foso y su canal tenía tanta cantidad de pescado que todos los españoles é indios que fueron con el gobernador se hartaron dél, y pareció que no le habian sacado un pece.

El cacique Capaha cuando sus enemigos los casquines asomaron á dar vista al pueblo estaba dentro , mas pareciéndole que por estar su gente despercebida, y por no tener tanta como fuera menester, no podian resistir á sus contrarios, les dió lugar, y antes que llegasen al pueblo se metió en una de las canoas que en el foso tenia y se fue por la canal hasta el rio grande á guarecerse en una isla fuerte que en él tenia. Los indios del pueblo que pudieron haber canoas fueron en pos de su señor. Otros que no las pudieron haber se huyeron á los montes que por allí cerca habia. Otros mas tardíos y desdichados quedaron en el pueblo. Los casquines hallándolo sin defensa entraron en él , no de golpe sino con recato y temor no hubiese dentro alguna celada de enemigos , que aunque llevaban el favor de los españoles , todavía como gente muchas veces vencida, temian á los de Capaha , que no podian perderles el miedo. La cual dilacion dió lugar á que mucha gente del pueblo , hombres , mugeres y niños , se escapasen huyendo.

Despues que los casquines se certificaron que no habia en el pueblo quien los contradijese , mostraron bien el odio y rancor que á los moradores dél tenian , porque mataron los hombres que pudieron haber á las manos, que fueron mas de ciento y cincuenta, y les quitaron los cascos de la cabeza, para se los llevar á su tierra en señal de blason , que entre todos estos indios se usa de gran victoria y venganza de sus injurias. Saquearon todo el pueblo , robaron particularmente las casas del señor con mas contento y aplauso que otra alguna , porque eran suyas : cautivaron muchos muchachos , niños y mugeres , y entre ellas dos hermosísimas mozas, mugeres de Capaha, de muchas que tenia. Las cuales no habian podido

embarcarse con el cacique su marido por la turbación y mucha priesa que el sobresalto de la no pensada venida de los enemigos les habia causado.

CAPÍTULO VIII.

Saquean los casquines el pueblo, y entierro de Capaha, y van en su busca.

No se contentaron los casquines con haber saqueado la casa del curaca y robado el pueblo y hecho la mortandad y prisioneros que pudieron, sino que fueron al templo, que estaba en una plaza grande que el pueblo tenia; el cual era entierro de todos los señores que habian sido de aquella provincia, padres y abuelos y antecesores de Capaha. Aquellos templos y entierros, como ya en otras partes se ha dicho, son lo mas estimado y venerado que entre estos indios de la Florida se tiene; y creo que es lo mismo en todas naciones, y no sin mucha razon; porque son reliquias no digo de santos, sino de los pasados que nos los representan al vivo. A este templo fueron los casquines, convocándose unos á otros para que todos gozasen del triunfo. Y como entendiesen lo mucho que Capaha (soberbio y altivo por no haber sido hasta entonces ofendido dellos) habia de sentir que sus enemigos hubiesen tenido atrevimiento de entrar en su templo y entierro á menospreciarlo, no solamente entraron en él, empero hicieron todas las ignominias y afrentas que pudieron, porque saquearon todo lo que en el templo habia de riqueza y ornato, y despojos y trofeos que se habian hecho de las pérdidas de sus antepasados.

Derribaron por el suelo todas las arcas de madera que servian de sepulturas, y para satisfacion, y yenganza propia, y afrenta de sus enemigos, echaron

por tierra los huesos y cuerpos muertos que en las arcas habia, y no se contentó con los derramar por el suelo, sino que los pisaron y cocearon con todo vilipendio y menosprecio. Quitaron muchas cabezas de indios casquines que los de Capaha habian puesto por señal de triunfo y victoria en puntas de lanzas á las puertas del templo, y en lugar dellas pusieron otras cabezas que ellos aquel dia cortaron de los vecinos del pueblo: en suma, no dejaron de pensar cosa que no la hiciesen. Quisieron quemar el templo y las casas del curaca, y todo el pueblo; mas no osaron por no enojar al gobernador. Todas estas cosas hicieron los casquines antes que el gobernador entrase en el pueblo. El cual luego que supo que Capaha se habia ido á la isla á fortalecerse en ella, le envió recaudos de paz y amistad con indios suyos de los que habian preso: mas él no quiso aceptarla, antes hizo llamamiento de su gente para vengarse de sus enemigos.

Lo cual sabido por el gobernador mandó que se apercibiesen indios y españoles para ir á combatir la isla. El cacique Casquin le dijo, que su señoría esperase tres ó cuatro dias á que viniese una armada de sesenta canoas, que mandaria traer de su tierra, que eran menester para pasar á la isla, la cual armada habia de subir por el rio grande, que tambien pasaba por tierras del Casquin. El cual mandó á sus vasallos que á toda diligencia fuesen y viniesen con las canoas; que habia de ser venganza dellos y destruicion de los enemigos. Entre tanto no cesaba el gobernador de enviar recaudos de paz y amistad á Capaha: mas viendo que no aprovechaban, y sabiendo que las canoas subian ya por el rio arriba, mandó salir el ejército á recibirlas é ir por agua y tierra donde los enemigos estaban. Salieron los castella-

nos al quinto dia de como llegaron al pueblo de Capaha.

Los indios casquines por hacer daño en las sementeras de sus enemigos caminaron hechos una ala de media legua en ancho, talando y destruyendo cuanto por delante topaban. Hallaron muchos indios de los suyos que estaban captivos y servian de caseros en los heredamientos y campos de los de Capaha: á los esclavos porque no se les huyesen les deszocaban uno de los pies, como ya hemos dicho de otros, y con prisiones crueles y perpétuas los tenian como á esclavos, mas por señal de victoria, que por el provecho y servicio que les podian hacer: pusieronlos en libertad los casquines y los enviaron á su tierra. El gobernador y el cacique Casquin llegaron con sus ejércitos al rio grande y hallaron que Capaha estaba fortalecido en la isla con palenques de madera gruesa, que la atravesaban de una parte á otra; y como tuviese mucha maleza de zarzas y monte que la isla criaba, estaba mala de entrar y peor de andar por ella; por esta aspereza y por la mucha y muy buena gente de guerra que Capaha tenia dentro, se aseguraba que no se la ganasen. Con todas estas dificultades mandó el gobernador que en veinte canoas se embarcasen docientos castellanos infantes, y en las demas fuesen tres mil indios, y todos juntos acometiesen la isla, y procurasen ganarla como buenos guerreros. Con esta orden fueron en las sesenta canoas el número de indios y españoles que se ha dicho. Al saltar en tierra hubo una desgracia que lastimó generalmente á todos los castellanos; y fue, que uno dellos, llamado Francisco Sebastian, natural de Villanueva de Barcarrota, que habia sido soldado en Italia, gentil hombre de cuerpo y rostro, muy alegre de su condicion, se ahogó por darse pried-

sa á saltar en tierra con una lanza, hincando el recaton en el suelo, y no pudiendo alcanzar la tierra por haber rebuido la canoa para atrás, cayó en el agua, y por llevar una cota vestida se fue luego á fondo, que no pareció mas. Poco antes yendo en la canoa habia estado (como otras veces) muy regocijado con sus compañeros, y dícholes mil gracias y donaires, y entre otras habia dicho estas. La mala ventura me trujo á estos desesperados, que Dios en buena tierra me habia echado, que era en Italia, donde segun el uso del lenguaje, me hablaban de señoría como si yo fuera señor de vasallos; y vosotros aquí aun no os preciais de hablarme de tú; y allá como gente generosa y caritativa, me regalaban y socorrian en mis necesidades como si yo fuera hijo dellos. Esto tenia yo en la paz y en la guerra: si acertaba á matar algun enemigo turco, moro ó francés, no faltaba que despojarle, armas, vestidos, ó caballos, que siempre me valian algo: mas aquí he de pelear con un desnudo que anda saltando diez ó doce pasos delante de mí, flechándome como á fiera sin que le pueda alcanzar; y ya que mi buena dicha me ayuda y le alcance y mate, no hallo que quitarle sino un arco y un plumage, como si me fuera de provecho; y lo que mas siento es que el lucero de Italia, llamado así por famoso astro-lógo judiciario, me dijo que me guardase de andar en el agua, que habia de morir ahogado, y parece que me trujo la desdicha á tierra donde nunca salimos del agua. Estas cosas y otras semejantes habia dicho Francisco Sebastian poco antes que se ahogára, que causaron mucha lástima á sus compañeros.

Los cuales á la primera arremetida, á pesar de los enemigos, tomaron tierra, y con mucho ánimo

y esfuerzo ganaron el primer palenque, y los llevaron retirando hasta el segundo, con que pusieron tanto temor y espanto á las mugeres y niños, y gente de servicio que en la isla habia, que á mucha priesa dando gritos se embarcaron en sus canoas, para huir por el rio adelante. Los indios que estaban puestos para defensa del segundo palenque, viendo á su cacique delante, y conociendo el peligro que sus mugeres y hijos y todos corrian de ser esclavos de sus enemigos, y que en sola aquella batalla sino peleaban como hombres y la vencian, perdian toda la honra y gloria que sus pasados les habian dejado, arremetieron con gran furia como desesperados avergonzando á los que se habian retirado y huido de los casquines, y pelearon con gran esfuerzo, y hirieron muchos españoles y los detuvieron, que ellos ni los indios no pasaron adelante.

C A P Í T U L O I X.

Huyen los casquines de la batalla, y Capaha pide paz al gobernador.

Viendo los indios de Capaha que habian detenido el ímpetu de sus enemigos, cobrando con el hecho victorioso mayor ánimo y esfuerzo dijeron á los casquines: pasad adelante, cobardes, á prendernos y llevarnos por esclavos, pues habeis osado entrar en nuestro pueblo á ofender á nuestro príncipe como lo habeis ofendido. Acuérdeseos bien lo que haceis y lo que habeis hecho para cuando los extranjeros se hayan ido, que entonces verémos qué hombres sois vosotros para la guerra.

Solas estas palabras fueron parte para que los casquines, como gente amedrentada y otras muchas veces vencida, no solamente dejasen de pelear, mas

que totalmente perdiesen el ánimo, y á espaldas vueltas huyesen á las canoas sin respeto alguno de su cacique ni temor de las voces y amenazas que los españoles y el gobernador les hacian, porque no dejasen desamparados los docientos cristianos que con ellos habian ido. Y así huyendo como si los vieran alanceando, tomaron sus canoas y quisieron tomar las que los castellanos habian llevado, sino que hallaron en cada una dellas dos cristianos que habian quedado para guarda dellas, que se las defendieron á golpe de espada, que los indios quisieron llevárselas todas, porque los enemigos no tuvieran con que seguirles.

Con esta vileza y poquedad de ánimo huyeron los casquines, habiendo entendido poco antes ganar la isla con el favor y ayuda de los españoles, sin que sus contrarios osáran tomar las armas. Nuestros infantes, viendo que eran pocos contra tantos enemigos, y que no tenian caballos, que era la mayor fuerza dellos para resistirles, empezaron á retirarse con buena órden adonde habian dejado las canoas. Los indios de la isla viendo los cristianos solos y que se retiraban, arremetieron á ellos con gran denuedo para matarlos. Mas el cacique Capaha, que era sagaz y prudente, quiso aprovecharse desta ocasion, para con ella ganar la gracia del gobernador y el perdon de la rebeldía y pertinacia que habia tenido en no haber querido recibir la paz y amistad que siempre le habia ofrecido. Parecióle así mismo que con aquella gentileza le obligaba á que no permitiese que los casquines le hiciesen en su pueblo y sembrados mas del mal que le habian hecho, que lo habia sentido en estremo.

Con este acuerdo salió á los suyos, y á grandes voces les mandó que no hiciesen mal á los cristia-

nos, sino que los dejasen ir libremente. Por esta merced que Capaha les hizo escaparon de la muerte nuestros docientos infantes, que si no fuera por su generosidad y cortesía murieran todos en aquel trance. El gobernador se contentó por entonces con haber recogido los suyos vivos por la magnanimidad de Capaha, la cual se estimó y engrandeció mucho entre todos los españoles. El día siguiente bien de mañana vinieron cuatro indios principales con embajada de Capaha al gobernador pidiéndole perdón de lo pasado y ofreciéndole su servicio y amistad en lo porvenir, y que no permitiese que sus enemigos le hiciesen mas daño en su tierra del que le habian hecho: y que suplicaba á su señoría se volviese al pueblo, que el día siguiente iria personalmente á besarle las manos y darle la obediencia que le debia. Esto contenia en suma la embajada, mas los embajadores la dieron con muchas palabras y gran solemnidad de ceremonias y ostentacion de respeto y veneracion que al sol y á la luna hicieron, y ninguna al cacique Casquin, que estaba presente, como si no lo estuviera, antes hicieron que no lo habian visto.

El general respondió, diciendo, que Capaha viniese cuando él mas gustase, que siempre sería bien recibido, y que holgaba de aceptar su amistad, y que en su tierra no se le haria mas daño alguno ni en una hoja de un árbol, que del que se le habia hecho habia sido él causa por no haber querido recibir la paz y amistad que tantas veces se le habia ofrecido; y que en lo pasado le rogaba no se hablase mas cosa alguna. Con esta respuesta envió el gobernador los embajadores muy contentos, habiéndolos regalado y acariciado con buenas palabras. Al Casquin no le plugó nada la

embajada de su enemigo, ni la respuesta del gobernador; porque quisiera que Capaha perseverara en su pertinacia para vengarse dél y destruirle con el favor de los castellanos. El gobernador luego que recibió la embajada de Capaha, se volvió al pueblo y por el camino mandó echar bando que ni indio ni español fuese osado á tomar cosa alguna que fuese de daño á los de la provincia; y llegado al pueblo mandó que los indios de Casquin, así de guerra como de servicio, se fuesen luego á su tierra quedando algunos dellos para servir á su curaca, que quiso quedarse con el gobernador. A medio día, caminando el ejército, vino una embajada de Capaha al general diciendo, suplicaba á su señoría le avisase de su salud y estuviese cierto y seguro que el día siguiente vendria á besarle las manos. A puesta de sol, que ya habian llegado al pueblo, vino otro embajador diciendo las mismas palabras; y estas dos embajadas se dieron con las propias solemnidades y ceremonias que la primera, de adorar al sol, y á la luna, y al gobernador. El general respondió con mucha suavidad, y mandó regalar los mensajeros, porque entendiesen que les tenia amistad. El día siguiente á las ocho de la mañana vino Capaha acompañado de cien hombres nobles, adornados de muy hermosos plumages y mantas de todas suertes de pellejinas.

Antes que viese al gobernador fue á ver su templo y entierro: debió de ser porque estaba en el camino para la posada del general, ó porque sentia aquella afrenta mas que todas las que se le habian hecho: y como entrase dentro y viese el destrozo pasado, disimulando el sentimiento que tenia, levantó del suelo por sus manos los huesos y cuerpos muertos de sus antepasados que

*

los casquines habian echado por tierra ; y habiéndolos besado los volvió á las arcas de madera que servian de sepulturas; y habiendo acomodado aquello lo mejor que le fue posible, fue á su casa donde estaba aposentado el gobernador; el cual salió de su aposento á recibirle y lo abrazó con mucha afabilidad; y habiendo hecho el curaca su ofrecimiento de vasallage, hablaron en muchas particularidades que el gobernador le preguntó de su tierra, y de las provincias comarcanas; á las cuales el cacique respondió con satisfacion del general y de los capitanes que estaban delante, en que mostró ser de buen entendimiento. Era Capaha de edad de veinte y seis ó veinte y siete años.

El cual viendo que el gobernador cesaba de sus preguntas, y que no habia á qué responderle, y por otra parte no pudiendo disimular mas el enojo que contra el cacique Casquin tenia por las ofensas que le habia hecho; del cual aunque habia salido con el gobernador á recibirle y se habia hallado presente á todo lo que se habia hablado, nunca habia hecho caso como si hubiera estado ausente. Viendo pues el campo sosegado volvió el rostro á él, y le dijo: contento estarás, Casquin, de haber visto lo que nunca imaginaste ni de tus fuerzas lo esperabas, que es la venganza de tus enojos y afrentas: agradécélo al poder ageno de los españoles: ellos se irán y nosotros nos quedaremos en nuestras tierras como antes nos estábamos. Ruega al sol y á la luna, nuestros dioses, que nos dén buenos temporales.

CAPÍTULO X.

Apadrina el gobernador á Casquin dos veces , y hace amigos los dos curacas.

El gobernador antes que Casquin respondiese, preguntó á los intérpretes ¿qué era lo que Capaha habia dicho? y habiéndolo sabido, le dijo: que los españoles no habian venido á sus tierras para los dejar mas encendidos en sus guerras y enemistades que antes estaban, si no para ponerlos en paz y concordia; y que del enojo que los casquines le habian dado tenia él mismo la culpa por no haber esperado en su pueblo cuando los castellanos vinieron á él, ó por no le haber enviado algun mensagero al camino: que si lo hiciera no entráran sus enemigos en su pueblo ni en su término; y pues el daño pasado lo habia causado su propia inadvertencia, le rogaba tuviese por bien de perder la saña y olvidar las pasiones que los dos hasta aquel dia habian tenido: y de allí adelante fuesen amigos y buenos vecinos, y que esto les pedia y encargaba á los dos como amigo de ambos; y si era menester se lo mandaba so pena de tener por enemigo al que no le obedeciese.

Capaha respondió al gobernador que por habérsele mandado su señoría y por servirle holgaba de ser amigo de Casquin, y así se abrazaron como dos hermanos: mas el semblante de los rostros ni el mirarse el uno al otro no era de verdadera amistad; empero con la que pudieron fingir hablaron los dos curacas con el general en muchas cosas así de España como de las provincias que los españoles habian visto en la Florida: duró la conversacion hasta que les avisaron que era hora de comer para que se pasasen á otro aposento donde les tenian puesta la mesa para todos tres; porque el gobernador siempre honraba á los ca-

ciques con sentarlos á comer consigo. El adelantado se sentó á la cabecera de la mesa, y Casquin que desde el primer dia que con él habia comido se sentaba á su mano derecha, tomó el mismo asiento: Capaha que lo vió, dijo sin mostrar mal semblante: bien sabes, Casquin, que ese lugar es mio por muchas razones; y las principales son que mi calidad es mas ilustre, mi señorío mas antiguo, y mi estado mayor que el tuyo: por cualquiera destas tres cosas no debieras tomar ese asiento pues sabes que por cada una dellas me pertenece.

El gobernador que andaba apadrinando á Casquin, pareciéndole novedad lo que habia pasado, quiso saber lo que Capaha le habia dicho; y habiéndolo entendido, le dijo: puesto que todo eso que habeis dicho sea verdad, es justo que la antigüedad y canas de Casquin sean respetadas y que vos que sois mozo honreis al viejo con darle el lugar mas preminente; porque es obligacion natural que los mozos tienen de acatar á los viejos, y haciéndolo así se honran ellos mismos. Capaha respondió diciendo: señor, si yo tuviera por huésped en mi casa á Casquin, por sus canas y sin ellas le diera yo el primer lugar de mi mesa, y le hiciera toda la demas honra que pudiera; mas comiendo en la agena no me parece justo perder mis preminencias, porque son de mis antepasados; y mis vasallos, principalmente los nobles, me lo tendrian á mal. Si V. S. gusta que yo coma á su mesa, sea con darme el lugar de su mano derecha, porque es mio: donde no, yo me voy á comer con mis soldados, que me será mas honroso, y para ellos de mayor contento, que no verme con mengua de lo que soy y de lo que mis padres me dejaron. Casquin, que por una parte deseaba aplacar el enojo pasado á Capaha, y por otra veía que

era verdad todo lo que habia dicho y alegado en su favor, se levantó de la silla y dijo al gobernador: señor, Capaha tiene mucha razon y pide justicia: suplico á V. S. mande darle su asiento y lugar que es este, y yo me sentaré al otro lado: que á la mesa de V. S. en cualquiera parte della estoy muy honrado. Diciendo esto se pasó á la mano izquierda, y sin alguna pesadumbre se asentó á comer, con lo cual se apaciguó Capaha y tomó su silla, y con todo buen semblante comió con el gobernador.

Escribense estas cosas tan por menudo, aunque parece que no son de importancia, porque se vea que la ambicion de la honra mas que otra pasion alguna tiene mucha fuerza en todos los hombres, por bárbaros y agenos que sean de toda buena enseñanza y doctrina; y así se admiraron el gobernador y los caballeros que con él estaban de ver lo que entre los dos curacas habia pasado, porque no entendian que en los indios se hallasen cosas tan afinadas en la honra, ni que ellos fuesen tan puntuosos en ella.

Luego que el gobernador y los dos caciques hubieron comido, trujeron delante de ellos las dos mugeres de Capaha que dijimos habian preso los casquines cuando entraron en el pueblo, y se las presentaron á Capaha, habiendo el dia antes dado libertad á toda la demas gente que con ellas habian cautivado. Capaha las recibió con mucho agradecimiento de la magnificencia que con él se usaba; y despues de haberlas aceptado por suyas, dijo al gobernador, suplicaba á su señoría se sirviese dellas, que él se las ofrecia y presentaba de muy buena voluntad. El gobernador le dijo que no las habia menester porque traía mucha gente de servicio. El curaca replicó diciendo, que si no las queria para su servicio, las diese de su mano al capitan ó soldado á

quien dellas quisiese hacer merced, porque no habian de volver á su casa, ni quedar en su tierra. Entendióse que Capaha las aborreciese y echase de sí por sospecha que tuviese de que habiendo estado presas en poder de sus enemigos, sería imposible que dejasen de estar contaminadas.

El gobernador porque el curaca no se desdenase le dijo que por ser dádiva de su mano las aceptaba. Ellas eran hermosas en extremo, y aunque lo eran tanto y el cacique era mozo, bastó la sospecha para odiarlas y apartarlas de sí. Por este hecho se podrá ver cuanto abomine entre estos indios aquel delito y con el destierro y castigo destas mugeres, parece que se comprueba lo que atrás dijimos acerca de sus leyes contra el adulterio.

CAPÍTULO XI.

Envian los españoles á buscar sal y minas de oro, y pasan á Quiguate.

El adelantado viendo la mucha necesidad de sal que su gente padecia, pues morian por la falta della, hizo en aquella provincia de Capaha grandes diligencias con los curacas y sus indios para saber donde la pudiese haber. Con la pesquisa halló ocho indios en poder de los españoles, los cuales habian sido presos el dia que entraron en aquel pueblo, y no eran naturales dél, sino extranjeros y mercaderes que con sus mercancías corrian muchas provincias, y entre otras cosas acostumbraban traer sal para vender. Los cuales puestos ante el gobernador dijeron, que cuarenta leguas de allí, en unas sierras, habia mucha y muy buena sal: y á las preguntas y repreguntas que les hicieron respondieron, que de aquel metal amarillo que les pedian habia tambien mucho en aquella tierra.

Con estas nuevas se regocijaron grandemente los castellanos, y para las verificar se ofrecieron dos soldados á ir con los indios. Estos eran naturales de Galicia, el uno llamado Hernando de Silvera, y el otro Pedro Moreno; hombres diligentes y que se les podia fiar cualquiera cosa. Encargóseles que por donde pasasen notasen la disposicion de la tierra, y trujesen relacion si era fértil y bien poblada. Y para contratar y comprar la sal y el oro, llevaron perlas y gamuzas, y otras cosas de legumbres llamadas frisoles, que Capaha les mandó dar, é indios que los acompañasen, y dos de los mercaderes para que los guiasen. Con este acuerdo fueron los españoles, y al fin de los once dias que tardaron en su viage, volvieron con seis cargas de sal de piedra cristalina, no hecha con artificio, sino criada así naturalmente. Trujeron mas una carga de azofar muy fino y muy resplandeciente, y de la calidad de las tierras que habian visto dijeron que no era buena, porque era estéril y mal poblada. De la burla y engaño del oro se consolaron los españoles con la sal, por la necesidad que della tenian.

El gobernador con las malas nuevas que sus dos soldados le dieron de las tierras que habian visto, acordó volverse al pueblo de Casquin, para de allí tomar otro viage hácia el Poniente, á ver qué tierras habia por aquel parage: porque hasta allí dende Mauvila habian caminado siempre hácia el Norte por huir de la mar. Con esta determinacion dejaron los castellanos á Capaha en su pueblo, y se volvieron con Casquin al suyo, donde descansaron cinco dias; los cuales pasados, salieron dél y caminaron cuatro jornadas por el rio abajo por una tierra fértil y de mucha gente, y al fin dellas llegaron á una provincia llamada Quiguate, cuyo señor y moradores salieron de paz



á recibir al gobernador, y le hospedaron, y otro dia le dijo el cacique pasase adelante su señoría hasta el pueblo principal de su provincia donde tenia mejor recaudo para le servir que en aquel.

Otras cinco jornadas caminaron los españoles siempre por el rio abajo, por tierra como dijimos de la pasada, poblada de gente y abundante de comida. Al fin del quinto dia llegaron al pueblo principal llamado Quiguate, de quien toda la provincia tomaba nombre. El cual estaba dividido en tres barrios iguales; en el uno dellos estaba la casa del señor, puesta en cerro alto, hecho á mano: en los dos barrios se alojaron los españoles, y en el tercero se recogieron los indios, y hubo bastante alojamiento para todos. Dos dias despues que llegaron se huyeron sin causa alguna todos los indios y el curaca; y pasados otros dos dias se volvieron pidiendo perdon de su mal hecho: disculpábase el cacique diciendo, que cierta necesidad forzosa le habia hecho ir sin licencia de su señoría pensando volver aquel mismo dia, y que no le habia sido posible. Debió el curaca, despues de huido, temer que los españoles á la partida le quemasen el pueblo y los campos, y este miedo le hizo volverse, que segun pareció con mala intencion se habia ido: porque en su ausencia habian andado sus indios amotinados, haciendo el daño que con asechanzas habian podido, que dos ó tres castellanos habian berido, y todo lo disimuló el gobernador por no romper con ellos.

Una de las noches que los españoles estuvieron en este alojamiento, acaeció que el ayudante de sargento mayor que se llamaba Pablos Fernandez, natural de Valverde, fue al gobernador á media noche y le dijo, que el tesorero Juan Gaitan, habiéndole apercebido que rondase á caballo el cuarto de la modorra, no habia querido hacerlo, escusándose

con que era tesorero de su magestad. El gobernador se enojó grandemente, porque este caballero fue uno de los que en Mauvila habian murmurado de la conquista y tratado de salirse de la tierra luego que llegasen donde hallasen navíos y volverse á España ó irse á Méjico; lo cual como en su lugar dijimos, fue causa de atajar y desconcertar los motivos y buenas trazas que el gobernador en su imaginacion traía hechas para conquistar y poblar la tierra.

Pues como ahora con la inobediencia presente le recordasen el enojo pasado, se levantó de la cama, y poniéndose en el patio de la casa del curaca que estaba en alto, dijo á grandes voces, que aunque era á media noche, las oyeron en todo el pueblo: ¿qué es esto, soldados y capitanes, viven todavía los motines que en Mauvila se trataban de volveros á España ó de iros á Méjico, que con achaque de oficiales de la hacienda real, no quereis velar los cuartos que os caben? ¿A qué deseais volver á España? ¿Dejásteis en ella algunos mayorazgos que ir á gozar? ¿A qué quereis ir á Méjico? á mostrar la vileza y poquedad de vuestros ánimos, que pudiendo ser señores de un tan gran reino, donde tantas y tan hermosas provincias habeis descubierto y hollado hubiédeses tenido por mejor (desamparándolas por vuestra pusilanimidad y cobardía) iros á posar á casa estraña y á comer á mesa ajena, pudiéndola tener propia para hospedar y hacer bien á otros muchos? ¿Qué honra os parece que os harán cuando tal hayan sabido? Habed vergüenza de vosotros mismos, y apercebíos, que oficiales de la hacienda real y no oficiales, todos hemos de servir á su magestad: y nadie presume exentarse por preminencias que tenga, que le cor-

taré la cabeza séase quien fuere; y desengañaos que mientras yo viviere nadie ha de salir desta tierra, sino que la hemos de conquistar y poblar ó morir todos en la demanda: por tanto haced lo que debeis, dejando vanas presunciones que ya no es tiempo dellas.

Con estas palabras, dichas con grande rabia y dolor de corazon, mostró el gobernador la causa del descontento perpétuo que desde Mauvila habia tenido, y el que siempre tuvo hasta que murió. Los que las tomaron por sí hicieron de allí adelante lo que se les ordenaba sin contradecir cosa alguna; porque entendian que el gobernador no era hombre con quien se podia burlar, y mas habiéndose declarado tanto como se declaró.

CAPÍTULO XII.

Llega el ejército á Colima, halla invencion de hacer sal, y pasa á la provincia Tula.

Seis dias estuvieron los españoles en el pueblo llamado Quiguate, y al seteno salieron de él, y en cinco jornadas que caminaron siempre por la ribera del rio de Casquin abajo llegaron al pueblo principal de otra provincia llamada Colima, cuyo señor salió de paz, y recibió al gobernador y á su ejército con mucha familiaridad y muestras de amor, de que los castellanos holgaron no poco, porque llevaban nueva que los indios de aquella provincia usaban traer yerba en las flechas, de que los nuestros iban muy temerosos, porque decian si á la ferocidad y braveza que los indios tienen en tirar sus flechas le añaden tósigo, ¿qué remedio podrémos tener nosotros? mas hallando que no la usaban, recibieron con mayor regocijo la amistad de los colimas, aunque les duró poco; porque dentro de dos dias se

amotinaron sin ocasion alguna, y se fueron al monte el curaca y sus vasallos.

Los nuestros habiendo estado en el pueblo Colima un dia despues de la huida de los indios recogiendo bastimento para el camino, siguieron su viage y caminaron atravesando unos campos de sembreras fértiles, y por unos montes claros y apacibles para andar por ellos, y al fin de cuatro dias de camino llegaron á la ribera de un rio donde se alojó el ejército. Ciertos soldados, despues de haber hecho su alojamiento, se bajaron paseando al rio, y andando por la orilla echaron de ver en una arena azul que habia á la lengua del agua: uno dellos tomando della la gustó, y halló que era salobre, y dió aviso á los compañeros, y les dijo, que le parecia se podria hacer salitre de aquella arena para hacer pólvora para los arcabuces. Con esta intencion dieron en la coger mañosamente procurando coger la arena azul, sin mezcla de la blanca. Habiendo cogido alguna cantidad la echaron en agua, y en ella la estregaron entre las manos, y colaron el agua y la pusieron á cocer: la cual con el mucho fuego que le dieron, se convirtió en sal algo amarilla de color, mas de gusto y efecto de salar muy buena.

Con el regocijo de la nueva invencion, y por la mucha necesidad que tenian de sal, pararon los españoles ocho dias en aquel alojamiento, y hicieron gran cantidad della. Algunos hubo que con el ansia que tenian de sal, viéndose ahora con abundancia della la comian á bocados sola como si fuera azúcar, y á los que se lo reprendian, les decian: dejadnos hartar de sal, que harta hambre hemos traído della: y de tal manera se hartaron nueve ó diez dellos, que en pocos dias murieron de hidropo-

sía, porque á unos mata la hambre, y á otros el hastío.

Los españoles proveidos de sal, y alegres con la invencion del hacerla cuando la hubiesen menester, salieron de aquel alojamiento y provincia que ellos llamaron de la Sal, y caminaron dos dias para salir de sus términos, y entraron en los de otra provincia llamada Tula, por la cual caminaron cuatro dias por tierras despobladas; y el último dellos á medio dia paró el ejército en un hermoso llano donde se alojó; y aunque las guias dijeron al gobernador que el pueblo principal de aquella provincia estaba media legua de allí, no quiso que la gente pasase adelante, porque habian caminado seis dias sin parar, y queria que entrasen otro dia habiéndose refrescado en aquel alojamiento. Empero él quiso ver el pueblo aquella misma tarde, para lo cual eligió sesenta infantes y cien caballos que fuesen con él á reconocerle. Estaba asentado en un llano entre dos arroyos, cuyos moradores estaban descuidados, que no habian tenido noticia de la ida de los castellanos: mas luego que los vieron tocaron arma, y salieron á pelear con todo el buen ánimo y esfuerzo que se puede decir. Empero lo que admiró muy mucho á los nuestros fue ver que entre los hombres saliesen muchas mugeres con sus armas, y que peleasen con la misma ferocidad que los varones.

Los españoles arremetieron con los indios y los rompieron; y revueltos unos con otros peleando entraron en el pueblo, donde tuvieron bien que hacer los cristianos, porque hallaron enemigos temerarios que pelearon sin temor de morir; y aunque les faltasen las armas y las fuerzas no querian darse á prision sino que los matasen: lo mismo hacian las mugeres, y aun se mostraban mas desesperadas.

Durante la pelea , entró en una casa un caballero del reino de Leon , llamado Francisco de Reynoso Cabeza de Vaca , y subió á un aposento alto que servia de granero , donde halló cinco indias metidas en un ricon , y por señas les dijo que estuviesen quedas que no queria hacerles mal. Ellas viéndole solo arremetieron con él todas juntas y como alanos á un toro le asieron por los brazos , piernas y cuello ; y una dellas le hizo presa del viril. El Reynoso , sacudiéndose con gran fuerza todo el cuerpo y los brazos para desembarazarlos y defenderse á puñadas , estribó recio sobre un pie y rompió el suelo de la cámara , que era de un cañizo flaco , y se le sumió el pie y la pierna hasta lo último del muslo , y quedó asentado en el suelo , con que le acabaron de sujetar las indias , y á bocados y puñadas lo tenian á mal partido para matarlo. Francisco de Reynoso , aunque se veía en tal aprieto , por su honra , por ser la pendencia con mugeres , no queria dar voces á los suyos pidiéndoles socorro.

A este punto acertó á entrar un soldado en lo bajo del aposento , donde ahogaban á Cabeza de Vaca , y oyendo el estruendo que encima andaba , alzó los ojos y vió la pierna colgada , y entendiendo que fuese de algun indio , porque estaba desnuda sin calza ni calzado , alzó la espada para cortarla de una cuchillada : mas al mismo tiempo sospechó lo que podia ser por el mucho ruido que sintió arriba , y llamó apriesa otros dos compañeros , y todos tres subieron al aposento , y viendo cual tenian las indias á Francisco de Reynoso , arremetieron con ellas y las mataron todas ; porque ninguna dellas quiso soltarle , ni dejar de darle puñadas y bocados , aunque las mataban. Así libraron de la muerte á Francisco de Reynoso , que estaba ya muy cerca della. Este año de quinien-

tos y noventa y uno, en que estoy sacando de mano propia en limpio esta historia, supe por el mes de febrero que todavía vivia este caballero en su patria.

Otra suerte no mejor sucedió aquel dia en Juan Paez, natural de Usagre, que era capitan de ballesteros. El cual no siendo nada suelto sobre un caballo, sino atado y torpe, quiso pelear á caballo; y andando la batalla á los últimos lances, topó un indio, que aunque se iba retirando, todavía peleaba. Juan Paez arremetió con él, y sin tiempo, maña, ni destreza, que no la tenia, le tiró una lanzada. El indio hurtando el cuerpo apartó de sí la lanza con un trozo de pica de mas de una braza, que por arma llevaba, y tomándolo á dos manos le dió un palo en medio de la boca, que le quebró cuantos dientes tenia, y dejándolo atordido, se acogió y puso en salvo.

CAPÍTULO XIII.

De la estraña fiereza de ánimo de los Tulas, y de los trances de armas que con ellos tuvieron los españoles.

El general, porque era ya tarde, mandó tocar á recoger, y dejando muchos indios muertos, y llevando algunos de los suyos mal heridos, se volvió al real nada contento de la jornada de aquel dia: antes fue escandalizado de la obstinacion y temeridad con que aquellos indios pelearon, y que las indias tuviesen el mismo ánimo y fiereza.

El dia siguiente entró el general con su ejército en el pueblo; y hallándolo desamparado se alojó en él. Aquella tarde salieron cuadrillas de caballos á correr por todas partes el campo á ver si habia juntas de enemigos. Toparon algunos que servian de atalayas y los prendieron, mas no fue posible llevar

alguno dellos vivo al real para tomar lengua dél: porque maniatándolos para llevarlos, luego se echaban en el suelo y decian, ó me mata, ó me deja: y no respondian palabra á cuantas preguntas les hacian, y si querian arrastrarlos porque se levantasen se dejaban arrastrar, por lo cual fue forzoso á los castellanos matarlos todos.

En el pueblo (porque demos relacion de sus particularidades) hallaron los nuestros muchos cueros de vaca sobados y aderezados con su pelo, que servian de mantas en las camas; otros muchos cueros hallaron crudios para adobar. Tambien hallaron carne de vaca, mas no hallaron vacas por los campos, ni pudieron saber de donde hubiesen traído los cueros. Los indios desta provincia Tula son diferentes de todos los demas indios que hasta ella nuestros españoles hallaron: porque de los demas hemos dicho que son hermosos y gentiles hombres: estos son, así hombres como mugeres, feos de rostro; y aunque son bien dispuestos, se afean con invenciones que hacen en sus personas. Tienen las cabezas increíblemente largas y ahusadas para arriba, que las ponen así con artificio, atándoselas desde el punto que nacen las criaturas hasta que son de nueve ó diez años: lábranse las caras con puntas de pedernal, particularmente los bezos por de dentro y de fuera, y los ponen con tinta negros, con que se hacen feísimos y abominables; y al mal aspecto del rostro corresponde la mala condicion del ánimo como en adelante mas en particular verémos.

La quarta noche que los españoles estuvieron en el pueblo de Tula, vinieron los indios en gran número al cuarto del alba, y llegaron con tanto silencio, que cuando las centinelas los sintieron ya andaban revueltos con ellas. Acometieron el real por tres partes; y aunque los españoles no dormian, los in-

dios que dieron en el cuartel de los ballesteros, llegaron tan arrebatadamente y con tanta ferocidad, ímpetu y presteza, que no les dieron lugar á que pudiesen armar sus ballestas, ni hiciesen otra alguna resistencia, mas que huir con ellas en las manos hácia el cuartel de Juan de Guzman, que era el mas cercano al de los ballesteros. Los indios saquearon eso poco que nuestros tiradores tenían, y con los soldados de Juan de Guzman que salieron á resistirlos, pelearon desesperadamente con el nuevo corage que recibieron, de que, segun al parecer dellos, les hubiesen quitado la victoria de las manos.

En las otras dos partes por donde los enemigos acometieron, no andaba menos fiera la pelea: porque en todas ellas habia muertos y heridos, y gran vocería y mucha confusion por la escuridad de la noche, que no les dejaba ver si herian amigos ó enemigos: por lo cual se avisaron los españoles unos á otros que todos anduviesen apellidando el nombre de Nuestra Señora y del apóstol Santiago, para que por ellos se conociesen los cristianos, y no se hiriesen ellos mismos. Los indios hicieron lo mismo, que todos traian en la boca el nombre de su provincia Tula. Muchos dellos en lugar de arcos y flechas, con que siempre solian pelear, trujeron aquella noche bastones de trozos de picas de dos y tres varas en largo, cosa nueva para los españoles; y la causa fue que el indio que tres dias antes quebró los dientes al capitán Juan Paez, dió cuenta á los suyos de la buena suerte que con su baston habia hecho. Los cuales pareciéndoles que en el género de la arma estaba la buena ventura, y no en la destreza del que usó bien de ella (porque los indios generalmente son grandes agoereros) trujeron aquella noche muchos bastones y con ellos dieron hermosísimos golpes á muchos

soldados, particularmente á un Juan de Baeza, que era de los alabarderos de la guarda del general, el cual aquella noche habia acertado á hallarse con espada y rodela: tomándole dos indios en medio con sus bastones, el uno dellos al primer golpe le hizo pedazos la rodela, y el otro le dió otro golpe sobre los hombros tan recio que lo tendió á sus pies; y lo acabáran de matar si los suyos no le socorrieran. De esta manera sucedieron otras muchas suertes muy graciosas, que por ser lances de palos las reían despues los soldados refiriéndolas unos con otros; y valióles mucho que fuesen bastonazos, y no flechazos que hacian mas mal.

La gente de á caballo que era la fuerza de los españoles, y la que mas temian los indios, rompieron los escuadrones de ellos y los desbarataron de la órden que traían; mas no por eso dejaban de pelear con grande ánimo y deseo de matar los castellanos, ó de morir en la demanda, y así pelearon mas de una hora con mucha obstinacion; y no bastaba que los caballeros entrasen y saliesen muchas veces por ellos, ni que matasen gran número dellos (que por ser la tierra llana y limpia los alanceaban á toda su voluntad) para que dejasen de pelear y se fuesen hasta que vieron el dia. Entonces acordaron retirarse, tomando por guarida y defensa contra los caballos el monte de uno de los arroyos que pasaban á los lados del pueblo.

Los españoles holgaron no poco de que los indios se retirasen y dejasen de pelear, porque los vieron combatir desesperadamente con grandes ansias de matar á los cristianos, que como si fueran insensibles se entraban por las armas dellos, á trueque de los matar ó herir. La batalla se acabó al salir del sol, y los españoles sin seguir el alcance, se recogieron

*

al pueblo á curar los heridos, que fueron muchos, y no mas de cuatro muertos.

CAPÍTULO XIV.

Batalla de un indio Tula con tres españoles de á pie y uno de á caballo.

Porque la verdad de la historia nos obliga á que digamos las hazañas, así hechas por los indios como las que hicieron los españoles, y que no los hagamos agravio á los unos por los otros, dejando de decir las valentías de la una nacion por contar solamente las de la otra, sino que se digan todas, como acaecieron en su tiempo y lugar, será bien digamos un hecho singular y extraño que un indio Tula hizo poco despues de la batalla que hemos referido; y suplicamos no se enfade el que lo oyere, porque lo contamos tan particularmente, que el hecho pasó así, y en sus particularidades hay que notar.

Fue el caso que algunos españoles que presumian de mas valientes, andaban de dos en dos derramados por el campo, donde habia sido la batalla, mirando como lo habian de costumbre los muertos, y notando las grandes heridas dadas de buenos brazos: esto hacian siempre que habia pasado alguna batalla grande y muy reñida. Un soldado que se decia Gaspar Caro, natural de Medellin, peleó aquella noche á caballo; y como quiera que fue, ó le derribaron los enemigos, ó él cayó del caballo: al fin lo perdió, y el caballo se huyó de la batalla y se fue por el campo: para cobrarlo pidió Gaspar Caro á un amigo el caballo, y fue á buscar el suyo, y habiéndolo hallado se volvió con él, trayéndolo antecogido; y así llegó donde andaban cuatro soldados mirando los muertos y heridos. Uno de ellos, llamado Francisco de Sa:

lazar, natural de Castilla la Vieja, subió en el caballo por mostrar su buena gineta que presumia de ella.

A este punto uno de los tres soldados que estaban á pie, llamado Juan de Carranza, natural de Sevilla, dió voces diciendo: indios, indios; y la causa fue, que vió levantarse un indio de unas matas que por allí habia y volverse á esconder. Los dos de á caballo sin mas mirar, entendiendo que era mucha gente fueron corriendo el uno á una mano y el otro á otra por atajar los indios que saliesen. Juan de Carranza, que habia visto al indio, fue corriendo á las matas donde estaba escondido, y el uno de sus dos compañeros fue á toda priesa en pos dél, y el otro no habiendo visto mas de un indio, fue poco á poco tras ellos.

El bárbaro como viese que no podia escapar porque los caballos y peones le habian atajado por todas partes, salió de las matas corriendo á recibir á Juan de Carranza: traía en las manos una hacha de armas que le habia cabido en suerte del saco y despojo que aquella madrugada los indios hicieron á los ballesteros. Era la hacha del capitan Juan Paez, y como joya de capitan de ballesteros estaba bien afilada de filos, con una asta de mas de media braza muy acepillada y pulida. Con ella á dos manos dió el indio á Juan de Carranza un golpe sobre la rodela, que derribando al suelo la mitad della le hirió malamente en el brazo. El español así del dolor de la herida como de la fuerza del golpe, quedó tan atormentado que no tuvo vigor para ofender al enemigo. El cual revolvió sobre el otro español que iba cerca de Carranza, y le dió otro golpe, ni mas ni menos que al primero, que partió la rodela en dos partes, y le dió otra mala herida en el brazo, y lo dejó como á su compañero inhabilitado para pelear.

Este soldado se decia Diego de Godoy, natural de Medellin.

Francisco de Salazar, que era el que habia subido en el caballo de Gaspar Caro, viendo los dos españoles mal parados, arremetió á toda furia contra el indio. El cual, porque el caballo no lo atropellase, corrió á meterse debajo de una encina que estaba cerca. Francisco de Salazar, no pudiendo entrar con el caballo debajo del árbol, se llegó á él, y caballero como estaba tiraba al indio unas muy tristes estocadas, que no podia alcanzarle con ellas. El indio no pudiendo bracear bien con el hacha porque las ramas del árbol se lo estorbaban, salió de debajo dél y se puso á mano izquierda del caballero, y alzando la hacha á dos manos, dió al caballo encima de toda la espalda junto á la cruz, y con el gabilan de la hacha se la abrió toda hasta el codillo, y el caballo quedó sin poderse menear.

A este punto llegó otro español que venia á pie, que por parecerle que para un indio solo bastarian dos españoles á pie y uno á caballo, no se habia dado mas priesa: este era Gonzalo Silvestre, natural de Herrera de Alcántara. Como el indio lo vió cerca salió á recibirle con toda ferocidad y braveza, habiendo cobrado nuevo ánimo y esfuerzo con los tres golpes tan victoriosos que habia dado: y tomando la hacha á dos manos le tiró un golpe, que fuera como los dos primeros si Gonzalo Silvestre no entrara mas recatado que los otros, para poderle hurtar el cuerpo como lo hizo. La hacha pasó rozando la rodela que no asió en ella, y por la mucha fuerza que llevaba no paró hasta el suelo. El español le tiró entonces una cuchillada de revés, de alto á bajo, y alcanzándole con la espada, le hirió en la frente, y por por todo el rostro abajo, y en el pecho, y en la

mano izquierda, de manera que se la cortó cerzen por la muñeca. El infiel viéndose con sola una mano y que no podía jugar de la hacha á dos manos como él quisiera, puso la asta sobre el tocon del brazo cortado, y desesperadamente se arrojó de un salto á herir al español de encuentro en la cara. El cual apartando la hacha con la rodela, metió la espada por debajo della, y de revés le dió una cuchillada por la cintura, que por la poca ó ninguna resistencia de armas ni de vestidos que el indio llevaba, ni aun de hueso que por aquella parte el cuerpo tenga, y tambien por el buen brazo del español, se la partió toda con tanta velocidad y buen cortar de la espada, que despues de haber ella pasado quedó el indio en pie, y dijo al español, quedáte en paz: y dichas estas palabras cayó muerto en dos medios.

A este tiempo vino Gaspar Caro, cuyo era el caballo que Francisco de Salazar trujo á la pelea, el cual viendo cual estaba su caballo, lo tomó sin hablar palabra guardando su enojo para mostrarlo en otra parte, y antecogido lo llevó al gobernador y le dijo: porque vea V. S. la desdicha de algunos soldados que en el ejército tiene, aunque ellos presumen de valientes, y vea juntamente la ferocidad y braveza de los naturales desta provincia Tula, le hago saber que uno dellos de tres golpes de hacha inhabilitó de poder pelear á dos españoles de á pie y á uno de á caballo, y los acabára de matar si Gonzalo Silvestre no llegára á tiempo á los socorrer, el cual de la primera cuchillada que dió al enemigo le abrió la cara y el pecho, y le cortó una mano; y de la segunda le partió por la cintura.

El gobernador y los que con él estaban se admiraron de oír la valentía y destreza del indio y del buen brazo del español, y porque Gaspar Caro,

con el enojo de la desgracia de su caballo, se desmandaba á notar de infelices ó cobardes á los tres españoles, queriendo el general volver por la honra dellos, que cierto eran valientes, y hombres para cualquiera buen hecho, le dijo, que se reportase de su enojo y mirase que eran suertes de ventura, la cual en ninguna cosa se mostraba mas variable que en los sucesos de la guerra, favoreciendo hoy á unos y mañana á otros; que procurase curar con brevedad el caballo, que le parecia no moriria, porque la herida no era penetrante; y que por la admiracion que con su relacion le habia causado queria ir á ver con sus propios ojos lo sucedido; porque de cosas tan hazañosas, era razon que muchos pudiesen dar testimonio dellas. Diciendo esto fue acompañado de mucha gente á ver el indio muerto, y las valentías que dejaba hechas, y de los mismos españoles heridos supo las particularidades que hemos referido de que el gobernador y todos los que lo oyeron se admiraron de nuevo.

CAPÍTULO XV.

Los españoles salen de Tula y entran en Utianque: alójanse en ella para invernar.

Los españoles estuvieron en el pueblo llamado Tula veinte dias curando los muchos heridos que de la batalla pasada habian quedado. En este tiempo hicieron muchas correrías por toda la provincia, que era bien poblada de gente, y prendieron muchos indios é indias de todas edades, mas no fue posible por halagos ó amenazas que les hiciesen que ninguno de ellos quisiese ir con los castellanos: y cuando querian llevarlos por fuerza, se dejaban caer en el suelo sin hablar palabra, dan-

do á entender que los matasen ó los dejaran , lo que mas quisiesen : tan emperrados é indómitos como decimos se mostraron estos indios ; de cuya causa era forzoso matar los varones que eran para pelear. Las mugeres , muchachos y niños dejaban ir libres ya que no podian llevarlos consigo.

Sola una india de esta provincia quedó en servicio de un español , natural de Leon , llamado Juan Serrano ; la cual era tan mal acondicionada , brava y soberbia , que si su amo ó cualquiera de los de su camarada le decia algo sobre lo que ella habia de hacer , así en la comida como en otra cosa de su servicio , le tiraba á la cara la olla ó los tizones del fuego , ó lo que podia haber á las manos : queria que la dejaran hacer á su voluntad ó que la matasen ; porque como ella decia , no habia de obedecer , ni hacer lo que le mandasen : y así la dejaban y sufrían , y con todo eso se huyó , de que el amo holgó mucho por verse libre de una muger brava. Por esta fiereza é inhumanidad que los indios de esta provincia tienen consigo , son temidos de todos los de su comarca , que solamente de oír el nombre de Tula se escandalizan , y con él asombran los niños para hacerles callar cuando lloran : y para prueba de esto bajándonos de la ferocidad de los viejos , contaremos un juego de niños.

Es así que de esta provincia Tula , cuando los españoles salieron de ella , no sacaron mas de un muchacho de nueve ó diez años , y era de un caballero , natural de Badajoz , llamado Cristóbal Mosquera , que yo despues conocí en el Perú. En los pueblos que los cristianos descubrieron adelante , donde los indios salian de paz , se juntaban los muchachos á hacer sus juegos y niñerías , que casi siempre eran de darse batalla unos á otros , dividiéndose , ó por apellidos , ó

por barrios, y muchas veces se encendian en su pelea; de manera que salian muchos dellos mal descalabrados. Los castellanos mandaban al muchacho Tula se pusiese á una parte, y pelease contra la otra, el cual salia con mucho contento de que le mandasen entrar en batalla. Los de su banda le hacian luego capitán, y con sus soldados arremetia á los contrarios con grande alarido y grito, apellidando el nombre de Tula, y esto solo bastaba para que huyesen los contrarios.

Luego mandaban los españoles que el muchacho Tula se pasase á la parte vencida y pelease contra la vencedora: él lo hacia así, y con el mismo apellido los vencia; de manera que siempre salia vitorioso; y los indios decian que sus padres hacian lo mismo, porque eran cruelísimos con sus enemigos y no tomaban á vida. Y el deformarse las cabezas, que algunos las tenian de media vara en largo, y el pintarse las caras y las bocas por de dentro y de fuera, decian sus vecinos que lo hacian por hacerse mas feos de lo que de suyo lo son; porque igualase la fealdad de sus rostros con la maldad de sus ánimos y con la fiera de su condicion que en toda cosa eran inhumanísimos.

Pasados veinte dias que los castellanos estuvieron en el pueblo Tula, mas por necesidad de curar los heridos que por gusto que hubiesen tenido de parar en tierra de tan mala gente, salieron del pueblo, y en dos dias de camino salieron de su jurisdiccion, y entraron en otra provincia llamada Utiangue: llevaban los nuestros intencion de invernar en ella, si hallasen comodidad, porque se les iba ya acercando el invierno.

Caminaron por ella cuatro dias, y notaron que la tierra era de suyo buena y fértil, empero mal pobla-

da y de poca gente, y esa muy belicosa: porque siempre fueron por el camino inquietando á los españoles con armas y rebatos continuos, que á cada media legua les daban, juntándose de ciento en ciento, y cuando mas se juntaban no llegaban á docientos: hacian poco daño á los cristianos, porque habiendo echado de lejos una rociada ó dos de flechas con grande alarido, se ponian en huida, y los caballos con mucha facilidad, por ser la tierra llana, los alcanzaban y alanceaban á toda su voluntad. Mas los indios no escarmentaban, que en pudiendo juntarse veinte hombres, luego volvian á hacer lo mismo, y para salir mas de improviso, y causar mayor sobresalto, se echaban en tierra y se cubrian con la yerba, porque no los viesen, mas ellos pagaban bien su atrevimiento.

Con estos rebatos, mas dañosos para los indios que para los castellanos, caminó el ejército los cuatro dias, y al fin dellos llegó al pueblo principal de la provincia que habia el mismo nombre Utiangue, de quien toda su tierra lo tomaba, donde se alojaron sin contradiccion alguna: porque sus moradores lo habian desamparado. Los indios desta provincia son mejor agestados que los de Tula, y no se pintan las caras, ni abusan las cabezas. Mostráronse belicosos, porque nunca quisieron aceptar la paz y amistad que el gobernador les envió á ofrecer muchas veces con los propios indios de la provincia que acertaban á prender.

El general y sus capitanes habiendo visto el pueblo que era grande y de buenas casas, con mucha comida en ellas, asentado en un buen llano con dos arroyos á los lados, los cuales tenian mucha yerba para los caballos, y que era cercado, se determinaron de invernar en él, porque era ya

mediado octubre del año mil y quinientos y cuarenta y uno; y no sabian si pasando adelante hallarian tan buena comodidad como la que tenian presente. Resueltos en esta determinacion repararon la cerca del pueblo, que era de madera, y estaba por algunas partes desportillada, juntaron con toda diligencia mucho maiz, aunque es verdad que en el pueblo habia tanto, que casi hubo recaudo para todo el invierno.

Apercibiéronse de mucha leña y de mucha fruta seca, como nueces, pasas, ciruelas pasadas y otras suertes de frutas y semillas incógnitas en España. Hallaron por los campos gran cantidad de conejos como los de España, que aunque los habia por todo aquel gran reino, en ninguna provincia habia tantos como en la comarca de este pueblo Utiangue. Donde asimismo habia venados y corzos, de los cuales así los españoles como sus criados los indios domésticos, mataban muchos saliendo á caza por fiesta y regocijo, aunque iban apercebidos para pelear si topasen enemigos: y muchas veces se convertia la cacería de los venados en batalla de buenos flechazos y lanzadas, mas siempre era con mas daño de los indios que de los españoles. Nevó aquel invierno bravísimamente en esta provincia, que hubo temporada de mes y medio que por la mucha nieve no pudieron salir al campo. Empero con los muchos regalos de leña y bastimento, tuvieron el mejor invierno de cuantos pasaron en la Florida; que ellos mismos confesaban que en casa de sus padres en España no pudieran pasarlo mas regaladamente, ni aun tanto.

CAPÍTULO XVI.

Del buen invierno que se pasó en Utiangue, y de una traicion contra los españoles.

Por lo que en el capítulo pasado hemos dicho de el contento y regalo con que los nuestros pasaban el invierno en el pueblo Utiangue, es mucho de llorar que en una tierra tan fértil y abundante de las cosas necesarias para la vida humana, como estos españoles descubrieron, la dejasen de conquistar y poblar por no haber hallado en ella oro ni plata; no advirtiéndolo que si no se halló fue porque estos indios no procuran estos metales ni los estiman: que oído he á personas fidedignas, que ha acaecido hallar los indios de la costa de la Florida talegos de plata de navíos, que con tormenta han dado al través en ella, y llevarse el talego como cosa que les habia de ser de mas provecho, y dejar la plata por no la preciar ni saber que fuese. Segun esto, y porque es verdad que generalmente los indios del Nuevo-Mundo, aunque tenian oro y plata no usaban della para el comprar y vender, no hay porque desconfiar que la Florida no la tenga, que buscándolas se hallarán minas de plata y oro, como cada dia en Méjico y en el Perú se descubren de nuevo: y cuando no se hallasen bastaria dar principio á un imperio de tierras tan anchas y largas, como hemos visto y verémos, y de provincias tan fértiles y abundantes, así de lo que la tierra tiene de suyo, como para las frutas, legumbres, mieses y ganados, que de España y Méjico se le pueden llevar: que para plantar y criar no se pueden desear mejores tierras, y con la riqueza de perlas que tiene, y con la mucha seda que luego se puede criar pueden contratar con todo el mundo y enriquecer de oro y plata, que tampoco la tiene Espa-

ña de sus minas, aunque las tienen, sino la que le traen de fuera de lo que ella ha descubierto y conquistado desde el año de mil y cuatrocientos y noventa y dos á esta parte. Por todo lo cual no sería razon que se dejase de intentar esta empresa, siquiera por plantar en este gran reino la Fé de la Santa Madre Iglesia Romana, y quitar de poder de nuestros enemigos tanto número de ánimas como tiene ciegas con la idolatría: á la cual hazaña provea nuestro Señor como mas su servicio sea, y que los españoles se animen á lo ganar y sujetar. Y volviendo á nuestra historia decimos, que los castellanos estuvieron en el pueblo de Utiangue invernando á todo su placer y regalo alojados en buen pueblo, bastecidos de comida para sí y para los caballos.

El curaca principal de la provincia, viendo que los españoles estaban de asiento, pretendió con amistad fingida y trato doble echarlos della: para lo cual envió mensageros al gobernador con recaudos falsos, dándole esperanzas que muy presto saldria á servirle. Estos mensageros servian de espías, y no venian sino de noche para ver cómo se habian los españoles en su alojamiento, si velaban, si se recataban, si dormian con descuido y negligencia, y de qué manera y en qué lugar tenian las armas, y cómo estaban los caballos para notarlo todo, y conforme á lo que hubiese visto, ordenar el asalto. De parte de los nuestros habia descuido en lo que tocaba á recatarse de los indios mensageros: porque en diciendo el indio al español centinela que venia con recaudo del curaca, á cualquiera hora que fuese de la noche, en lugar de decirle que volviese de dia lo llevaba luego al gobernador y lo dejaba con él para que diese su embajada. El indio despues de haberla dado paseaba todo el pueblo, miraba los caba-

llos y las armas, el dormir y velar de los castellanos, y de todo llevaba larga relacion á su cacique.

El gobernador teniendo noticia de estas cosas por sus espías, mandaba á los mensajeros no viniesen de noche, sino de dia. Mas ellos porfiaban en su mala intencion con venir siempre de noche y á todas horas; de la cual desvergüenza se quejaba el general muchas veces á los suyos, diciendo: ¿no habria un soldado que con una buena cuchillada que á uno destes mensajeros nocturnos diese los escarmentase que no viniesen de noche, que yo les he mandado que no vengan sino de dia, y no me aprovecha nada? Destas palabras se indignó un soldado llamado Bartolomé de Argote, hombre noble, que se habia criado en casa del marqués de Astorga, primo-hermano del otro Bartolomé de Argote, uno de los treinta caballeros que fueron de Apalache con Juan de Añasco á la habia de Espiritu Santo: el cual siendo centinela una noche á una de las puertas del pueblo mató una de las espías, porque contra su voluntad quiso pasar á dar su recaudo falso. Del cual hecho holgó mucho el gobernador, y lo aprobó con loores, y el soldado de allí adelante quedó puesto entre los valientes que hasta entonces no lo tenian por tal, ni entendian que fuera tanto; mas él hizo lo que todos los del ejército no habian sido para hacer. Con la muerte del mensajero cesaron los mensajes y las tramas de los indios, porque vieron que los castellanos los habian entendido, y que estando recatados no podian medrar con ellos.

El general y su gente se ocupaba en guardar su pueblo y en correr cada dia con los caballos toda la comarca, para tener siempre noticia de lo que los indios pudiesen maquinarse contra ellos. Con este cuidado pasaban el invierno con mucho descanso y rega-

lo, que aunque tenían guerra con los naturales, nunca fue de momento que les hiciese daño. Después que el rigor de las nieves se fue aplacando salió un capitán con gente á hacer una correría y prender indios que los habia menester para servicio. El cual volvió al fin de ocho dias con pocos indios presos: de cuya causa mandó el gobernador que fuese otro capitán con mas gente, el cual hizo lo mismo que el pasado, que habiendo gastado en su correría otros ocho dias, al fin dellos volvió y trajo pocos prisioneros.

Pues como el general viese la poca maña que sus dos capitanes se habian dado, quiso él por su persona hacer una entrada, y eligiendo cien caballeros, y ciento cincuenta infantes, caminó con ellos veinte leguas hasta que llegó á los confines de otra provincia llamada Naguatex, tierra fértil y abundante llena de gente muy hermosa y bien dispuesta.

En el primer pueblo de esta provincia, donde el señor della residia, aunque no era el principal de su estado, dió el gobernador una madrugada de sobresalto, y como hallase los indios desapercebidos, prendió mucha gente, hombres y mugeres de todas edades, y con ella se volvió á su alojamiento, habiendo tardado en su jornada catorce dias, y halló los suyos que habia cuatro ó cinco dias que estaban con mucha pena de su tardanza: mas con su presencia se regocijaron todos y hubieron parte de sus ganancias, las cuales repartió por los capitanes y soldados que habian menester gente de servicio.

LIBRO QUINTO.

Donde se hace mencion de un español que se quedó entre los indios: las diligencias que por él se hicieron: de un largo viage de los castellanos que atravesaron ocho provincias: la enemistad y guerra cruel entre Guachoyas y Anilcos: la muerte lamentable del gobernador Hernando de Soto, y dos entierros que los suyos le hicieron. Contiene ocho capítulos.

CAPÍTULO PRIMERO.

Entran los españoles en Naguatex, y uno dellos se queda en ella.

En todo el tiempo que los españoles estuvieron invernando en el pueblo y alojamiento de Utiangue, que fueron mas de cinco meses, no sucedió cosa de momento que sea de contar mas de lo que se ha dicho. Pues como entrase el mes de abril del año de mil y quinientos y cuarenta y dos, le pareció al gobernador que era tiempo de pasar adelante en su descubrimiento.

Con este acuerdo salió de Utiangue y fue encaminado al pueblo principal de la provincia Naguatex, que tenia el mismo nombre, y por él se llamaba así toda su provincia: y era diferente del que hemos dicho, donde el gobernador hizo la correría pasada de Utiangue á Naguatex: por donde los castellanos fueron hay veinte y dos ó veinte y tres leguas de tierra fértil, y muy poblada de gente, las cuales anduvieron los nuestros en siete dias, sin que les acaeciese cosa notable en el camino, mas de

que en algunos pasos estrechos de arroyos ó montes salian los indios á dar rebatos: empero volviéndoles el rostro se acogian á los pies.

Al fin de los siete dias llegaron al pueblo Naguayex, y lo hallaron desamparado de sus moradores, y se alojaron en él, donde estuvieron quince ó diez y seis dias. Corrian á todas partes la comarca, y tomaban la comida que habian menester con poca ó ninguna resistencia de los indios.

Pasados seis dias que los españoles habian estado en el pueblo, envió el señor dél una embajada al gobernador, diciendo: suplicaba á su señoría le perdonase no haberle esperado en su pueblo para le servir como hubiera sido razon, y que de vergüenza del mal hecho pasado no osaba venir luego, mas que dentro de pocos dias saldria á besarle las manos y reconocerle por señor; y entre tanto que él no salia mandaria á sus vasallos le sirviesen en todo lo que les mandasen. Esta embajada dieron con grandes ceremonias, como hemos dicho de otras. El adelantado respondió, que siempre que viniese sería bien recibido, y que holgaria conocerle y tenerle por amigo como lo eran los mas de los curacas por cuyas tierras habia pasado. El embajador volvió muy contento con las palabras de el gobernador.

Otro dia siguiente bien de mañana vino otro mensagero y trujo consigo cuatro indios principales, y mas de quinientos indios de servicio, y dijo al general que su señor envia aquellos cuatro hombres que eran sus deudos muy cercanos para que entre tanto que él venia le sirviesen y hiciesen su mandado; y que pues le enviaba los hombres mas principales de su casa y estado como en rehenes de su venida la tuviese por cierta.

El gobernador respondió con buenas palabras,

agradeciendo la venida de los indios, y mandó que en las correrías no prendiesen mas indios como hasta entonces se habia hecho: empero el cacique nunca vino á ver al gobernador, por lo cual se entendió que hubiese enviado las embajadas, y los indios principales y los de servicio, por temer no le talasen los campos y quemasen los pueblos, y por escusar que no le cautivasen mas gente de la que habian preso. Los indios principales y todos los demas sirvieron á los castellanos con mucho deseo de darles contento.

El gobernador habiéndose informado de lo que en aquella provincia y su comarca habia, así por relacion de los indios, como por la de los españoles que salian á correr la tierra, salió del pueblo Naguayatex con su ejército acompañado de los cuatro indios principales, y otra mucha gente de servicio que el cacique envió con bastimento que llevasen hasta poner los castellanos en otra provincia.

Habiendo caminado los españoles dos leguas echaron menos á un caballero, natural de Sevilla, que habia por nombre Diego de Guzman; el cual habia ido á esta conquista como hombre noble y rico con muchos vestidos costosos y galanos, con buenas armas y tres caballos que metió en la Florida, y se trataba en todo como caballero, sino que jugaba apasionadísimamente.

El gobernador luego que lo echaron menos mandó que parase el ejército y prendiesen los cuatro indios principales hasta saber qué hubiese sido del español, porque temieron que lo hubiesen muerto los indios.

Hízose gran pesquisa entre los españoles; y supose que el dia antes le habian visto en el real; y que cuatro dias antes habia jugado cuanto tenia, hasta perder los vestidos y las armas. Y un muy buen

✱

caballo morcillo que le habia quedado, y que pasando adelante en la pasion y ceguera de su juego habia perdido una india de su servicio que por su desdicha le habia cabido en suerte de las que el gobernador prendió en la correría que dijimos habia hecho en un pueblo desta misma provincia Naguatex; en la cual correría tambien se habia hallado el Diego de Guzman.

Averiguóse asímismo que muy llanamente habia pagado todo lo que habia perdido, salvo á la india, y que habia dicho al ganador que le esperase cuatro ó cinco dias, que él se la enviaria á su posada, y que no se la habia enviado, y que la india faltaba juntamente con él. Por los cuales indicios se sospechó que por no la dar y por la vergüenza de haber jugado las armas y el caballo, que entre soldados se tiene por cosa vilísima, se hubiese ido á los indios.

Esta sospecha se certificó luego porque se supo que la india era hija del curaca y señor de aquella provincia Naguatex, moza de diez y ocho años y hermosa en extremo; las cuales cosas pudieron haberle cegado para que inconsideradamente negase á los suyos y se fuese á los extraños.

El gobernador mandó á los cuatro indios principales hiciesen traer luego aquel español que habia faltado en su tierra; donde no, que entenderia que ellos lo hubiesen muerto á traicion, en cuya venganza mandaria los hiciesen cuartos á ellos y á todos los indios que consigo traian.

Los principales con temor de la muerte, enviaron mensageros que fuesen á toda diligencia á diversas partes donde entendian que podrian haber nuevas de Diego de Guzman, y les encargaban que volviesen con la misma diligencia antes que los españoles por su tardanza les hiciesen algun agravio.

Los mensajeros fueron y volvieron el mismo dia con relacion que Diego de Guzman quedaba con el cacique, el cual lo tenia haciéndole toda la fiesta y regalo posible, y que el español decia que no queria volver á los suyos.

Y porque decimos que estos españoles jugaban, y no hemos dicho con qué, es de saber, que despues que en la sangrienta batalla de Mauvila los quemaron los naipes que llevaban con todo lo demas que allí perdieron, hacian naipes de pergamino y los pintaban á las mil maravillas; porque en cualquiera necesidad que se les ofrecia se animaban á hacer lo que habian menester. Y salian con ello como si toda su vida hubieran sido maestros de aquel oficio; y porque no podian ó no querian hacer tantos cuantos eran menester, hicieron los que bastaban, sirviendo por horas limitadas andando por rueda entre los jugadores; de donde (ó de otro paso semejante) podríamos decir que hubiese nacido el refran que entre los tahures se usa decir jugando: démonos prisa, señores, que vienen por los naipes; y como los que hacian los nuestros eran de cuero duraban por peñas.

CAPÍTULO II.

De las diligencias que se hicieron por haber á Diego de Guzman, y de su respuesta y la de el curaca.

El gobernador habiendo oido la nueva que los mensajeros trujeron, dijo á los cuatro indios principales que le engañaban en decirle que era vivo el español, porque él tenia por cosa muy cierta que lo habian muerto. Entonces uno dellos, con semblante no de prisionero sino grave y señoril, que parece que lo quieren mostrar estos indios cuando mas

oprimidos están, dijo: señor, no somos hombres que hemos de mentir á V. S., y para que la verdad que los mensageros han dicho se vea mas claramente, mande V. S. soltar uno de nosotros que vaya y vuelva con testimonio que á V. S. satisfaga de lo que se hubiere hecho del español, que los tres que quedáremos, damos nuestra fé y palabra que volverá con el cristiano, ó trairá nueva cierta de su determinacion; y para que V. S. se certifique de que no es muerto, mande escrebirle una carta y pídale que se venga ó responda á ella, para que por su letra, pues nosotros no sabemos escrebir, se vea como es vivo; y cuando nuestro compañero no volviere con esta satisfacion, los tres que quedáremos pagarémos con las vidas lo que él de su promesa y de la nuestra no cumpliera, y bastará y aun sobrará sin que V. S. mate nuestros indios que tres hombres como nosotros muramos por la traicion de un español que negó á los suyos sin que le hubiésemos hecho fuerza, ni sabido de su ida. Todas fueron palabras del indio, que no le añadimos alguna, mas de pasarlas de su lengua á la española ó castellana.

Al general y á sus capitanes les pareció bien lo que el indio principal habia dicho y prometido en nombre de todos cuatro. Y mandaron que él mismo fuese por Diego de Guzman, y que Baltasar de Gallegos que era su amigo y de su patria lo escribiese afeándole su mal hecho si en él perseveraba, y exhortándole se volviese y hiciese el deber como hidalgo, y que le restituirian sus armas y caballo, y le darian otras cuando las hubiese menester.

El indio principal fue con la carta y con recaudo de palabra que el gobernador le dió para el cacique rogándole tuviese por bien enviar el español y que no le detuviese; donde no, que le prometia destruir-

le su tierra á fuego y á sangre, y quemarle los pueblos y talar los campos, y matar los indios principales y no principales que consigo tenia y todos los mas que de sus vasallos pudiese haber.

Con estas amenazas fue el indio el segundo dia de la ausencia de Diego de Guzman, y volvió el tercero con la misma carta que habia llevado, y en ella trujo el nombre de Diego de Guzman escrito con carbon, que lo escribió para que viesen que era vivo, y no respondió otra palabra. Y el indio dijo, que aquel cristiano no queria ni pensaba volver á los suyos.

El curaca respondió al gobernador diciendo, que su señoría entendiese por muy cierto que él no hacia fuerza alguna á Diego de Guzman para que se quedase en su tierra, ni se la haria para que se volviese no queriendo él, como no queria volverse: antes como á yerno, que le habia restituido una hija que él mucho amaba, le trataria con todo el regalo y honra que le fuese posible, y lo mismo haria á todos los españoles ó castellanos que gustasen quedarse con él. Y que (si por hacer en esto el deber) su señoría quisiese destruirle su tierra y matar sus parientes y vasallos, no tendria razon ni haria justicia, como la debia hacer; y por última respuesta decia, que como hombre poderoso hiciese lo que quisiese que él no habia de hacer mas de lo que habia dicho.

El adelantado habiendo gastado tres dias en hacer estas diligencias viendo que el español no queria volver, y que el cacique tenia razon y pedia justicia, acordó pasar adelante en su viage, y soltó los indios principales y los de servicio, los cuales todos le sirvieron con mucho amor y voluntad hasta sacarlo de su término y ponerlo en el ageno.

Este pobre caballero hizo esta flaqueza por la ceguera del juego y aficion de la muger, que por no la dar al que se la habia ganado, tuvo por mejor entregarse á sus enemigos para que dél hiciesen lo que quisiesen que no carecer de ella. Donde en suma se podrá ver lo que del jugar inconsideradamente nace, y donde teníamos bien que decir, de lo que con propios ojos en esta pasion hemos visto, si fuera de nuestra profesion decirlo; mas quédese para los que la tienen de reprender los vicios.

Y volviendo á Diego de Guzman, decimos, que si quedando con la reputacion y crédito con que entre los indios de Naguatex quedó les hubiese despues acá predicado la Fé Católica, como debia á cristiano y á caballero, pudiéramos no solamente desculpar su mal hecho, empero loarlo grandemente, porque podíamos creer que hubiese hecho mucho fruto con su doctrina, segun el crédito que generalmente los indios dán á los que con ellos lo tienen: mas como no supimos mas dél, no podemos decir mas de lo que entonces pasó.

Lo que hemos dicho de Diego de Guzman lo refiere Alonso de Carmona en su relacion, aunque no tan largamente como nosotros, y le llama Francisco de Guzman.

Los españoles despues de la pérdida de Diego de Guzman caminaron cinco jornadas por la provincia de Naguatex; y al fin de ellas llegaron á otra llamada Guancane, cuyos naturales eran diferentes que los pasados, porque aquellos eran afables y amigos de españoles; mas estos se les mostraron enemigos que nunca quisieron su amistad: antes en todo lo que pudieron mostraron el odio que les tenian, y desearon pelear con ellos presentándoles la batalla muchas veces. Empero los es-

pañoles la rehusaban, porque ya entonces traían pocos caballos, que los indios les habian muerto mas de la mitad dellos, y deseaban conservar los que quedaban; porque como muchas veces hemos dicho, era la mayor fuerza dellos, que de los infantes no se les daba nada á los indios.

Tardaron los españoles ocho dias en atravesar esta provincia de Guancane, y no reposaron en ella dia alguno, por escusar el pelear con los indios que tanto ellos deseaban.

En toda esta provincia habia muchas cruces de palo puestas encima de las casas, que casi no se hallaba alguna que no la tuviese. La causa segun se supo fue que estos indios tuvieron noticia de los beneficios y maravillas que Alvar Nuñez Cabeza de Vaca, y Andrés Dorantes, y sus compañeros, en virtud de Jesucristo nuestro Señor, habian hecho por las provincias que anduvieron de la Florida los años que los indios los tuvieron por esclavos, como el mismo Alvar Nuñez lo dejó escrito en sus Comentarios. Y aunque es verdad que Alvar Nuñez y sus compañeros no llegaron á esta provincia de Guancane, ni á otras muchas que hay entre ellas y las tierras donde ellos anduvieron, todavía pasando de mano en mano y de tierra en tierra, llegó á ella la fama de las hazañas obradas por Dios, por medio de aquellos hombres; y como estos indios las supiesen y hubiesen oido decir que todos los beneficios que en curar los enfermos aquellos cristianos habian hecho era con hacer la señal de la cruz sobre ellos, y que la traía por devisa en sus manos, les nació devocion de ponerla sobre sus casas, entendiendo que tambien las libraria de todo mal y peligro como habia sanado los enfermos. Donde se vé la facilidad que generalmente todos los indios tuvieron y estos tienen para

recebir la Fé Católica si hubiese quien la cultivase, principalmente con buen ejemplo, á que ellos miran mas que otra cosa ninguna.

CAPÍTULO III.

Sale el gobernador de Guancane, pasa por otras siete provincias pequeñas, y llega á la de Anilco.

De la provincia Guancane salió el gobernador con propósito de volver al rio grande que atrás habia dejado, no por el mismo camino que hasta allí habia traído despues que lo pasó, sino por otro diferente, haciendo un cerco largo para volver descubriendo otras nuevas tierras y provincias, sin las que habia visto, y pensaba pasar tomando noticia dellas.

El motivo que para esto tuvo fue deseo de poblar antes que las fuerzas de su ejército se acabasen de gastar, porque así en la gente como en los caballos la veía irse disminuyendo de dia en dia: porque de los unos y de los otros, con las batallas y enfermedades pasadas, se habia gastado mas que la mitad, á lo menos de los caballos: y sentia gran dolor que sin provecho suyo, ni ageno, se perdiese tanto trabajo como en aquel descubrimiento habian pasado y pasaban, y que tierras tan grandes y tan fértiles, quedasen sin que los españoles las poblasen, principalmente los que tenia presentes, porque no dejaba de entender que si él se perdía ó moría sin dar principio al poblar de la tierra, que en muchos años despues no se juntaria tanta y tan buena gente y tantos caballos y armas como él habia metido en la conquista.

Por lo cual arrepentido del enojo pasado que habia sido causa que no poblase en la provincia y puerto de Achusi como lo tenia determinado, queria re-

mediarlo agora como mejor pudiese ; y porque estaba lejos de la mar y habia de perder tiempo si para poblar en la costa la fuese á buscar , habia propuesto (llegado que fuese al rio grande) poblar un pueblo en el sitio mejor y mas acomodado que en su ribera hallase , y hacer luego dos bergantines y echarlos por el rio abajo con gente de confianza , de los que él tenia por mas amigos , que saliesen al mar del Norte , y diesen aviso en Méjico y Tierra-firme, y en las Islas de Cuba, y la Española, y en España , de las provincias tan largas y anchas que en la Florida habia descubierto, para que de todas partes acudiesen españoles castellanos con ganados y semillas de las que en ellas no habia para la poblar, cultivar y gozar della. Todo lo cual se pudiera hacer con mucha facilidad como despues verémos. Mas estos propósitos tan grandes y tan buenos atajó la muerte , como ha hecho mayores y mejores que en el mundo ha habido.

Dccimos que el gobernador salió de Guancane hácia el Poniente en demanda del rio grande ; y es así que aunque en este paso y en otros desta nuestra historia hemos dicho la derrota que el ejército tomaba cuando salia de unas provincias para ir á otras , no ha sido con la demostracion de los grados de cada provincia, ni con señalar derechamente el rumbo que los nuestros tomaban ; porque como ya en otra parte he dicho , aunque lo procuré saber no me fue posible, porque quien me daba la relacion por no ser cosmógrafo ni marinero no lo sabia, y el ejército no llevaba instrumentos para tomar el altura ni habia quien lo procurase ni mirase en ello ; porque con el disgusto que todos traían de no hallar oro , ni plata , nada les sabia bien. Por lo cual se me perdonará esta falta con otras muchas que esta mi

obra lleva, que yo holgára que no hubiera de que pedir perdon.

Habiendo salido el gobernador de Guancane atravesó siete provincias á las mayores jornadas que pudo, sin parar dia en alguna dellas por llegar presto al rio grande, y hacer en aquel verano lo que llevaba trazado para empezar á poblar la tierra, y hacer asiento en ella; de cuya causa no quedaron en la memoria los nombres de las provincias, mas de que las cuatro dellas eran de tierra fértil, donde los nuestros hallaron mucha comida. Tenian grande arboleda con rios no grandes y arroyos pequeños que por ellas corrian; y las otras tres eran mal pobladas, de poca gente y tierra no tan fértil, ni tan apacible como las otras: aunque se sospechaba que las guias, por ser de la misma tierra, los hubiesen llevado por lo peor de ellas. Los naturales destas siete provincias, unos salieron á recibir al gobernador de paz y otros de guerra. Mas con los unos ni los otros no sucedió cosa de momento que poder contar, sino que con los que se daban por amigos se procuraba conservar la paz, y con los enemigos escusar la guerra y pelea; porque con todo cuidado andaban ya los nuestros huyendo della. Así pasaron las siete provincias, que por lo menos debian de tener ciento y veinte leguas de travesía.

Al fin deste apresurado camino llegaron á los términos de una gran provincia, que habia nombre Anilco. Y caminaron por ella treinta leguas hasta el pueblo principal que tenia el mismo nombre. El cual estaba asentado á la ribera de un rio mayor que nuestro Guadalquivir. Tenia cuatrocientas casas grandes y buenas, con una hermosa plaza en medio dellas: las casas del curaca estaban en un cerro alto, hecho á mano, que señoreaba todo el pueblo.

El cacique, que tambien se llamaba Anilco, estaba puesto en arma; y tenia delante del pueblo al encuentro de los nuestros un escuadron de mil y quinientos hombres de guerra, toda gente escogida. Los españoles viendo el apercibimiento de los indios hicieron alto para esperar que llegasen los últimos y ponerse todos en órden para pelear con ellos.

Entre tanto que los españoles se detuvieron pusieron en cobro los indios las mugeres, hijos y hacienda que en sus casas tenian: unos pasándola en balsas y canoas de la otra parte del rio; otros metiéndola por los montes y malezas que en la ribera del mismo rio habia.

Los castellanos habiéndose puesto en escuadron caminaron hácia el de los indios, mas ellos no osaron esperar, y sin tirar flecha se retiraron al pueblo, y de allí al rio; y unos en canoas, y otros en balsas, y otros á nado pasaron casi todos de la otra parte: que la intencion dellos no habia sido pelear con los españoles sino entretenerlos que no entrasen tan presto en el pueblo para tener lugar de poner en cobro lo que en él habia.

Los nuestros viendo huir los indios arremetieron con ellos, y al embarcar prendieron algunos, y en el pueblo hallaron muchas mugeres de todas edades, y niños y muchachos que no habian podido huir.

El gobernador envió luego recaudos á toda prisa al cacique Anilco ofreciéndole paz y amistad, y pidiéndole la suya; y tambien se los habia enviado antes de entrar en el pueblo. Mas el curaca estuvo tan extraño que no quiso responder á los primeros, ni respondió á los segundos, ni hablaba palabra á los mensajeros, sino que como mudo los hacia señas con la mano que se fuesen de su presencia.

Los españoles se alojaron en el pueblo, donde

estuvieron cuatro dias procurando canoas y haciendo grandes balsas; y cuando tuvieron recaudo dellas pasaron el rio sin contradiccion de los enemigos. Y caminaron cuatro jornadas por unos despoblados de grandes montañas; y al fin de ellas entraron en otra provincia llamada Guachoya: lo que en ella sucedió, que fueron cosas de notar, contaremos con el favor Divino en el capítulo siguiente.

CAPITULO IV.

Entran los españoles en Guachoya: cuenta-se como los indios tienen guerra perpétua unos con otros.

Pasado el despoblado, el primer pueblo que los españoles vieron de la provincia de Guachoya, fue el principal della, que habia el mismo nombre. El cual estaba á la ribera del rio grande, en cuya demanda iban los nuestros. Estaba asentado sobre dos cerros altos, el uno cerca del otro: tenia trescientas casas, las medias dellas estaban en el un cerro, y las otras en el otro; y el sitio llano que habia entre los dos cerros servia de plaza: en lo mas alto del uno dellos estaba la casa del cacique.

Estas dos provincias Guachoya y Anilco tenian entre sí gran odio y enemistad, y se hacian cruel guerra; por lo cual no pudieron tener aviso los Guachoyas de la ida de los españoles á su pueblo, y así los hallaron desapercebidos. Mas como quiera que pudieron se pusieron en arma el cacique y sus vasallos para defender el pueblo. Mas viendo la pujanza de los contrarios, y que no podian resistirla, se acogieron al rio grande, y en muy hermosas canoas, que como gente enemistada para semejantes necesidades tenian apercebidas, lo pasaron llevando consigo sus mugeres, y hijos, y toda la ha-

cienda que llevar pudieron , y desampararon el pueblo.

Los castellanos entraron en él, donde hallaron mucha comida de maiz , y otras semillas y frutas que la tierra tiene en abundancia , y se alojaron á todo su placer.

Porque como hemos visto , casi todas las provincias que estos españoles anduvieron tenían guerra unos con otros , será razon decir aquí de qué suerte era esta guerra que se hacia : para lo cual es de saber que no era guerra de poder á poder con ejército formado, ni con batallas campales, sino muy raras veces , ni por codicia y ambicion de quitarse los estados los unos señores á los otros.

La guerra que se hacian era de asechanzas y caute-
telas , salteándose en las pesquerías y cacerías , y en sus sementeras y en los caminos donde quiera que pudiesen hallar descuidados los contrarios. Los que prendian en los tales lances eran tenidos por esclavos , unos con prisiones perpétuas, como en algunas provincias hemos visto deszocado un pie : otros como prisioneros de rescate para trocar unos por otros.

La enemistad entre ellos no llegaba á mas que á hacerse mal en las personas con muertes, ó heridas, ó prisiones , sin pretender quitarse los estados ; y si alguna vez se encendia la guerra llegaba hasta quemarse los pueblos y talar los campos. Mas luego que los vencedores habian hecho el daño que querian, se recogian á sus tierras sin querer señorear las ajenas. De donde parece que la guerra y enemistad que hay entre ellos mas es por gentileza y por mostrar la valentía y esfuerzo de sus ánimos y por andar ejercitados en la milicia que por desear la hacienda y estado ageno.

Los prisioneros que de la una parte á la otra se

cautivaban con facilidad, los vuelven á rescatar trocando unos por otros para que vuelvan de nuevo á sus asechanzas. Y esta manera de guerra la tienen ya hecha naturaleza entre ellos, y es causa de que perpétuamente donde quiera que se hallen anden apercebidos de sus armas, porque en ninguna parte están seguros de enemigos. Y de aquí nace que siendo tan ejercitados en esta continua milicia sean tan belicosos en sí, y tan diestros en sus armas, particularmente en los arcos y flechas, que como son armas de tiro con que de lejos pueden hacer efecto, las usan mas que otras, como cazadores que andan á cazar hombres y animales.

Y esta guerra no la tiene el cacique con solo uno de sus vecinos sino con todos los que parten términos con él, sean dos, ó tres, ó cuatro, ó mas, que todos la tienen unos con otros.

Ejercicio por cierto loable en la soldadesca para que nadie se descuide, y cada uno pueda mostrar la gallardía de su persona. Esta es en comun la enemistad de los indios del gran reino de la Florida. Y ella misma sería gran parte para que aquella tierra se ganase con facilidad; porque todo reino diviso, &c.

Al fin de tres dias que los españoles habian estado en el pueblo Guachoya, el señor dél, que habia el mismo nombre, habiendo sabido lo que en la provincia de Anilco entre indios y españoles habia pasado, y como aquel curaca no habia querido recibir de paz al gobernador, antes habia menospreciado su amistad y mensages con no responder á ellos, quiso no perder la ocasion que en las manos tenia para vengarse de sus enemigos los de Anilco, y como hombre mañoso que era y lleno de astucias envió luego una solemne embajada al gobernador con cuatro indios caballeros principales, y

otros muchos de servicio que vinieron cargados de mucha fruta y pescado ; con los cuales envió á decir , suplicaba á su señoría le perdonase la inadvertencia que habia tenido en no le haber esperado y recibido en su pueblo , y le diese licencia para venir á besarle las manos ; que si se la daba vendria dentro de cuatro dias á besárselas personalmente , y que desde luego le ofrecia su vasallage y servicio.

El gobernador holgó con la embajada , y respondió á los mensageros dijese á su curaca , le agradecia su buen ánimo , y estimaba en mucho su amistad , que viniese sin pesadumbre alguna que sería bien recibido.

Los mensageros volvieron contentos con la respuesta , y el cacique en los tres dias que tardó en venir , envió cada dia siete ó ocho recaudos , que todos contenian unas mismas palabras : diciendo que su señoría le avisase de su salud , y si habia en que le servir , con otras impertinencias de ningun momento : los cuales recaudos enviaba Guachoya , como hombre recatado y astuto , para ver si con ellos descubria alguna novedad , ó cómo los tomaba el adelantado.

Mas habiendo visto que los recibia con buena amistad se aseguró , y el último dia de los cuatro vino antes de comer como lo habia avisado el dia antes. Trujo en su compañía cien hombres nobles , todos conforme á la usanza dellos , muy bien aderezados de grandes plumages y hermosas mantas de martas , y otras pelleginas de mucha estima. Todos traían sus arcos y flechas de las mejores que ellos hacen para su mayor ornamento.

Como Guachoya visita al general y ambos vuelven sobre Anilco.

El gobernador, que estaba alojado en la casa de Guachoya, sabiendo que venia cerca, salió á recibirle hasta la puerta della. Al cacique y á todos los suyos habló amorosamente, de que ellos quedaron muy favorecidos y contentos. Luego se entraron en una gran sala que en la casa habia, y el general, mediante los muchos intérpretes puestos como alenores, habló con el curaca informándose de lo que en su tierra y en las provincias comarcanas habia en pro y contra de la conquista.

Estando en esto, el cacique Guachoya dió un gran esternudo: los gentiles-hombres que con él habian venido, que estaban arrimados á las paredes de la sala entre los españoles que en ella habia, todos á un tiempo, inclinando las cabezas y abriendo los brazos, y volviéndolos á cerrar, y haciendo otros ademanes de gran veneracion y acatamiento, le saludaron con diferentes palabras enderezadas todas á un fin, diciendo: el sol te guarde, sea contigo, te alumbre, te engrandezca, te ampare, te favorezca, te defienda, te prospere, te salve y otras semejantes, cada cual como se le ofrecia la palabra, y por buen espacio quedó el mormollo de aquellas palabras entre ellos. De lo cual admirado el gobernador dijo á los caballeros y capitanes que con él estaban: ¿no mirais como todo el mundo es uno?

Este paso quedó bien notado entre los españoles, de que entre gente tan bárbara se usasen las mismas ó mayores ceremonias que al esternudar se usan entre los que se tienen por muy políticos. De

donde se puede creer que esta manera de salutación sea natural en todas gentes, y no causada por una peste como vulgarmente se suele decir, aunque no falta quien lo retifique.

El cacique comió con el gobernador, y sus indios estuvieron todos al derredor de la mesa, que no quisieron aunque los españoles se lo mandaron irse á comer hasta que su señor hubiese comido. Lo cual tambien se notó entre los nuestros. Luego les dieron de comer en otro aposento, que para todos ellos tenían aderezada la comida.

Para aposento del curaca desocuparon una de las piezas de su propia casa, donde se quedó con pocos criados: y los indios gentiles-hombres se fueron á puesta de sol de la otra parte del rio y volvieron por la mañana, y así lo hicieron los dias que los castellanos estuvieron en aquel pueblo.

Entre tanto persuadió el curaca Guachoya al gobernador volviese á la provincia de Anilco, que él se ofrecia á ir con su gente sirviendo á su señoría; y para facilitar el paso del rio de Anilco mandaria llevar ochenta canoas grandes sin otras pequeñas, las cuales irian por el rio grande abajo siete leguas hasta la boca del rio de Anilco que entraba en el rio grande, y que por él subirian hasta el pueblo de Anilco, que todo el camino que las canoas habian de hacer por ambos rios sería como veinte leguas de navegacion. Y que entre tanto que las canoas bajaban por el rio grande y subian por el de Anilco, irian ellos por tierra para llegar todos juntos á un tiempo al pueblo de Anilco.

El gobernador fue fácil de persuadir á este viaje, porque deseaba saber lo que en aquella provincia hubiese de provecho y socorro para el intento que tenia de hacer los bergantines. Deseaba asimismo

*

atraer de paz y amistad al curaca Anilco á su devocion, para que sin las pesadumbres y trabajos de la guerra pudiesen poblar y hacer su asiento entre aquellas dos provincias que le habian parecido abundantes de comida, donde podria esperar el suceso de los dos bergantines que pensaba enviar por el rio abajo.

La intencion del gobernador para volver al pueblo de Anilco era la que hemos visto: mas la del curaca Guachoya era muy diferente, porque era de vengarse con fuerzas ajenas de su enemigo Anilco.

El cual en las guerras y pependencias continuas que tenian siempre lo habia traído y traía muy avasallado y rendido: y pretendia agora en esta ocasion satisfacerse de todas las injurias pasadas.

Para lo cual incitó al gobernador con toda la disimulacion posible que volviese al pueblo de Anilco: y mandó con gran solicitud y diligencia apercebir las cosas necesarias para el viage.

Luego que fueron aprestadas y hubieron traído las canoas, mandó el general que el capitan Juan de Guzman con su compañía fuese en ellas para gobernar y dar órden á quatro mil indios de guerra que en ellas iban, sin los remeros, los cuales tambien llevaban sus arcos y flechas, y les dió de plazo para su navegacion tres dias naturales, que parecia término bastante para que los unos y los otros llegasen juntos al pueblo de Anilco.

Con esta órden salió el capitan Juan de Guzman por el rio grande abajo, y á la misma hora salieron por tierra el gobernador con sus españoles, y Guachoya con dos mil hombres de guerra, sin otra gran multitud de indios que llevaban los bastimentos; y sin que á los unos ni á los otros les acaeciese cosa de momento llegaron todos á un tiempo á dar vista al

pueblo de Anilco. Cuyos moradores aunque el cacique estaba ausente tocaron arma y se pusieron á la defensa del paso del rio con todo el ánimo y esfuerzo posible: mas no pudiendo resistir á la furia de los enemigos, que eran indios y españoles, volvieron las espaldas y desampararon el pueblo.

Los Guachoyas entraron en él como en pueblo de enemigos tan odiados; y como gente ofendida que deseaba vengarse, lo saquearon, y robaron el templo y entierro de los señores de aquel estado: donde sin los cuerpos de sus defuntos, tenia el cacique lo mejor y mas rico y estimado de su hacienda, y los despojos y trofeos de las mayores victorias que de los Guachoyas habia habido, que eran muchas cabezas de los indios masseñalados que habian muerto, puestas en puntas de lanzas á las puertas del templo, y muchas banderas, y gran cantidad de armas de los Guachoyas, de las que habian perdido en las batallas que habian tenido con los Anilcos.

Las cabezas de sus indios quitaron de las lanzas; y en lugar dellas pusieron otras de los Anilcos: sus insignias militares y sus armas llevaron con gran contento y alegría de verse restituidos en ellas: los cuerpos muertos que estaban en arcas de madera derribaron por tierra, y con todo el menosprecio que pudieron mostrar los hollaron y pisaron en venganza de sus injurias.

CAPÍTULO VI.

Prosiguen las crueldades de los Guachoyas, y como el gobernador pretende pedir socorro.

No contenta la saña de los Guachoyas con lo que en la hacienda y defuntos de Anilco habian hecho, ni satisfechos con verse restituidos en sus ban-

deras y armas, pasó la rabia dellos á otras cosas peores, y fue, que á ninguna persona de ningun sexo ni edad que en el pueblo hallaron quisieron tomar á vida, sino que las mataron todas, y con las mas capaces de misericordia, como viejas ya en la extrema vejez y niños de teta, con esas usaron de mayor crueldad, porque á las viejas despojándolas esa poca ropa que traían vestida las mataban á flechazos tirándoles á las pudendas mas áína que á otra parte del cuerpo. Y á los niños cuanto mas pequeños los tomaban por una pierna y los echaban en alto, y en el aire antes que llegasen al suelo los flechaban entre cinco ó seis, ó mas ó menos, como acertaban á hallarse.

Con estas crueldades y mas todas las que mas pudieron hacer recatándose de los españoles, mostraron los Guachoyas el odio y rancor que como gente ofendida tenían á los Anilcos. Las cuales cosas vistas por algunos castellanos, que no habian podido los indios encubrirlas tanto como quisieran, dieron luego noticia dellas al gobernador: el cual se enojó grandemente de que hubiesen hecho agravio á los de Anilco, que su intencion no habia sido de hacerles mal ni daño, sino de ganarlos por amigos.

Y porque la crueldad de los Guachoyas no pasase adelante, mandó tocar á toda priesa á recoger, y reprendió al cacique de lo que sus indios habian hecho, y para prevenir que no hiciesen mas daño mandó echar bando que so pena de la vida nadie fuese osado pegar fuego á las casas, ni hacer mal á los indios: y porque los Guachoyas no ignorasen el bando, mandó que los intérpretes lo declarasen en su lengua: y porque temió que todavía habian de hacer el daño que pudiesen, hurtándose de los españoles, salió á toda priesa del pueblo de Anilco, y se fue al rio, habiendo mandado á los castellanos que llevasen

antecogidos los indios porque no se quedasen á quemar el pueblo y á matar la gente que en él se hubiese escondido.

Con estos apercebimientos se remedió algo del mal, para que no fuese tanto como pudiera ser, y el general se embarcó con toda su gente, así españoles como indios, y pasó el río para volverse á Guachoya.

Mas no habian caminado un cuarto de legua, cuando vieron humear el pueblo y encenderse muchas casas en llamas de fuego: la causa fue que los Guachoyas no pudiendo sufrir no quemar el pueblo ya que les habia sido prohibido el quemarlo al descubierto, quisieron quemarlo como pudiesen: para lo cual dejaron brasas de fuego metidas en las alas de las casas, y como ellas fuesen de paja, y con el verano estuviesen hechas yesca, tuvieron poca necesidad de viento para encenderse presto.

El gobernador quiso volver al pueblo para socorrerle que no se quemase del todo; mas á este punto vió acudir muchos indios vecinos suyos, que á toda diligencia venian á matar el fuego, y con esto lo dejó y siguió su camino para el pueblo de Guachoya, disimulando su enojo por no perder los amigos que tenia por los que no habia podido haber.

Habiendo llegado al pueblo, y hecho asiento en él con su ejército, dejó todos los otros cuidados á los ministros del campo, y para sí tomó el cuidado de hacer los bergantines. En ellos imaginaba y fabricaba de dia y de noche. Mandó cortar la madera necesaria, que la habia en mucha abundancia en aquella provincia. Hizo juntar las sogas y cordeles que en el pueblo y su comarca se pudiesen haber para jarcia. Mandó á los indios le trujesen toda la resi-

na, y goma de pino, y ciruelos y otros árboles que por los campos se hallasen. Ordenó que de nuevo se hiciese mucha clavazon, y se aderezase la que en las piraguas y barcas pasadas habia servido.

En su ánimo tenia elegidos los capitanes y soldados que por mas fieles amigos tenia, de quien pudiese confiar que volverian en los bergantines cuando los enviase á pedir el socorro que tenia pensado.

Y para cuando hubiese enviado los bergantines habia determinado pasar de la otra parte del rio grande á una gran provincia llamada Quigualtanqui, de la cual por ciertos corredores que habia enviado, caballeros é infantes, tenia noticia que era abundante de comida y poblada de mucha gente, y el pueblo principal della estaba cerca del pueblo Guachoya, el rio en medio, y que era de quinientas casas, cuyo señor y cacique, llamado tambien Quigualtanqui, habia respondido mal á los recaudos que el gobernador le habia enviado pidiéndole paz y ofreciéndole su amistad; que con mucho desacato habia dicho muchos denuestos y vituperios, y hecho grandes fieros y amenazas, diciendo los habia de matar á todos en una batalla, como verian muy presto; y les quitaria de la mala vida que traian, perdidos por tierras ajenas, robando y matando como salteadores, ladrones, vagamundos y otras palabras ofensivas. Y habia jurado por el sol y la luna de no les hacer amistad, como se la habian hecho los demas curacas por cuyas tierras habian pasado, sino que los habian de matar y ponerlos en los árboles.

En este paso dice Alonso de Carmona estas palabras: poco antes que el gobernador muriese mandó juntar todas las canoas de aquel pueblo, y las mayores juntaron de dos en dos y metieron caballos en ellas, y en las otras metieron gente y pasaron á la

otra parte del rio, adonde hallaron muy grandes poblaciones, aunque la gente alzada y huida, y así se volvieron sin hacer efecto. Lo cual visto por los principales de aquella tierra, enviaron un mensajero al gobernador, avisando que otra vez no tuviese atrevimiento de enviar á sus tierras españoles porque ninguno volveria vivo; y que agradeciese á su buena fama y al buen tratamiento que á los indios de la provincia, donde al presente estaba, hacia, que por esta causa no habia salido su gente á matar todos los españoles que á su tierra habian pasado; que si algo pretendia de su tierra que se viesen persona por persona, que le daria á entender el poco comedimiento y miramiento que habia tenido en haber enviado á correr su tierra: y que no le acaeciese otra vez, que juraba á sus dioses de le matar á él y á toda su gente ó morir en la demanda.

Todas son palabras de Alonso de Carmona, que por ser casi las mismas que de Quigualtanqui hemos dicho, quise sacarlas á la letra.

A los cuales denuestos siempre el gobernador habia replicado con mucha blandura y suavidad rogándole con la paz y amistad; y aunque es verdad que Quigualtanqui por el mucho comedimiento del general habia trocado sus malas palabras en otras buenas dando muestras de paz y concordia, siempre se le habia entendido que era con falsedad y engaño, por coger descuidados á los españoles, que por las espías sabia el gobernador que andaba maquinando traiciones y maldades, y que hacia llamamiento de su gente y de las provincias comarcanas contra los cristianos para los matar á traicion debajo de amistad. Todo lo cual sabia el general y lo tenia guardado en su pecho para castigarlo á su tiempo, que todavía tenia ciento cincuenta caballos y quinientos españoles; con

los cuales despues de haber enviado los bergantines pensaba pasar el rio grande, y hacer su asiento en el pueblo principal de Quigualtanqui, y gastar allí el estío presente y el invierno venidero, hasta tener el socorro que pensaba pedir. El cual se le podia dar con mucha facilidad de toda la costa y ciudad de Méjico, y de las islas de Cuba y Santo Domingo, subiendo por el rio grande, que era capaz de todos los navíos que por él quisiesen subir, como adelante verémos.

CAPÍTULO VII.

Do se cuenta la muerte del gobernador y el sucesor que dejó nombrado.

En los cuidados y pretensiones que hemos dicho andaba engolfado de dia y de noche este heróico caballero, deseando como buen padre que los muchos trabajos que él y los suyos en aquel descubrimiento habian pasado, y los grandes gastos que para él habian hecho no se perdiesen sin fruto dellos.

Cuando á los veinte de junio del año mil y quinientos y cuarenta y dos, sintió una calenturilla que el primer dia se mostró lenta y el tercero rigurosísima. Y el gobernador viendo el escesivo crecimiento de ella, entendió que su mal era de muerte; y así luego se apercibió para ella, y como católico cristiano ordenó casi en cifra su testamento por no haber recaudo bastante de papel, y con dolor y arrepentimiento de haber ofendido á Dios confesó sus pecados.

Nombró por sucesor en el cargo de gobernador y capitan general del reino y provincias de la Florida á Luis de Moscoso de Alvarado, á quien en la provincia de Chicaza habia quitado el oficio de maese de campo, para el cual auto mandó llamar ante sí á los caballeros, capitanes y soldados de mas

cuenta, y de parte de la magestad imperial les mandó, y de la suya les rogó y encargó, que atenta la calidad, virtud y méritos de Luis de Moscoso, lo tuviesen por su gobernador y capitán general hasta que su magestad enviase otra orden; y de que así lo cumplirían les tomó juramento en forma solemne.

Hecha esta diligencia llamó de dos en dos, y de tres en tres, á los mas nobles del ejército; y despues dellos mandó que entrase toda la demas gente de veinte en veinte, y de treinta en treinta, y de todos se despidió con gran dolor suyo y muchas lágrimas dellos; y les encargó la conversion á la fé católica de aquellos naturales y el aumento de la corona de España; diciendo que el cumplimiento destes deseos le atajaba la muerte. Pidióles muy encarecidamente tuviesen paz y amor entre sí.

En estas cosas gastó cinco dias que duró la calentura recia, la cual fue siempre en crecimiento hasta el dia seteno que le privó desta presente vida. Falleció como católico cristiano pidiendo misericordia á la Santísima Trinidad, invocando en su favor y amparo la sangre de Jesucristo nuestro Señor, y la intercesion de la Virgen, y de toda la corte celestial y la fé de la Iglesia romana.

Con estas palabras, repitiéndolas muchas veces, dió el ánima á Dios este magnánimo y nunca vencido caballero, digno de grandes estados y señoríos, é indigno de que su historia la escribiera un indio. Murió de cuarenta y dos años.

Fue el adelantado Hernando de Soto, como al principio dijimos, natural de Villanueva de Barcarrota, hijo-dalgo de todos cuatro costados; de lo cual habiéndose informado la cesárea magestad le habia enviado el hábito de Santiago: mas no gozó desta merced, porque cuando la cédula llegó á la isla de

Cuba ya el gobernador habia entrado al descubrimiento y conquista de la Florida.

Fue mas que mediano de cuerpo, de buen aire, parecia bien á pie y á caballo; era alegre de rostro, de color moreno, diestro de ambas sillas, y mas de la gineta que de la brida. Fue pacientísimo en los trabajos y necesidades, tanto que el mayor alivio que sus soldados en ellas tenian, era ver la paciencia y sufrimiento de su capitan general.

Era venturoso en las jornadas particulares que por su persona emprendia, aunque en la principal no lo fue, pues al mejor tiempo le faltó la vida.

Fue el primer español que vió y habló á Atahualpa, rey tirano, y último de los del Perú, como digimos en la propia historia del descubrimiento y conquista de aquel imperio.

Fue severo en castigar los delitos de milicia; los demas perdonaba con facilidad. Honraba mucho á los soldados, á los que eran virtuosos y valientes. Fue valentísimo por su persona, en tanto grado, que por do quiera que entraba peleando en las batallas campales dejaba hecho lugar y camino por do pudiesen pasar diez de los suyos, y así lo confesaban todos ellos, que diez lanzas de todo su ejército no valian tanto como la suya.

Tuvo este valeroso capitan en la guerra una cosa muy notable y digna de memoria; y fue, que en los rebatos que los enemigos daban en su campo de dia, siempre era el primero ó el segundo que salia al arma, y nunca fue el tercero; y en las que le daban de noche jamás fue el segundo, sino siempre el primero: que parecia que despues de haberse apercebido para salir al arma, la mandaba tocar él mismo. Con tanta prontitud y vigilancia como esta andaba de contínuo en la guerra. En suma fue una de las

mejores lanzas que al Nuevo-Mundo han pasado, y pocas tan buenas, y ninguna mejor, sino fue la de Gonzalo Pizarro, á la cual de comun consentimiento se le dió siempre la honra del primer lugar.

Gastó en este descubrimiento mas de cien mil ducados que hubo en la primera conquista del Perú, de las partes de Casamarca, de aquel rico despojo que allí hubieron los españoles. Gastó su vida, y feneció en la demanda como hemos visto.

CAPÍTULO VIII.

Dos entierros que hicieron al adelantado Hernando de Soto.

La muerte del gobernador y capitan general Hernando de Soto, tan digna de ser llorada, causó en todos los suyos gran dolor y tristeza, así por haberlo perdido y por la orfanidad que les quedaba, que lo tenían por padre, como por no poderle dar la sepultura que su cuerpo merecia, ni hacerle la solemnidad de obsequias que quisieran hacer á capitan y señor tan amado.

Doblábaseles esta pena y dolor con ver que antes les era forzoso enterrarlo con silencio y en secreto que no en público, porque los indios no supiesen donde quedaba; porque temian no hiciesen en su cuerpo algunas ignominias y afrentas que en otros españoles habian hecho, que los habian desenterrado, y atasajado y puéstolos por los árboles cada coyuntura en su rama. Y era verisímil que en el gobernador, como á cabeza principal de los españoles, para mayor afrenta dellos, las hiciesen mayores y mas vituperosas; y decian los nuestros, que pues no las habia recibido en vida, no sería razon que por negligencia dellos las recibiese en muerte.

Por lo cual acordaron enterrarlo de noche, con centinelas puestas, para que los indios no lo vieses ni supiesen donde quedaba. Eligieron para sepultura una de muchas hoyas grandes y anchas que cerca del pueblo habia en un llano, de donde los indios para sus edificios habian sacado tierra, y en una de ellas enterraron al famoso adelantado Hernando de Soto, con muchas lágrimas de los sacerdotes y caballeros que á sus tristes obsequias se hallaron.

Y el dia siguiente para disimular el lugar donde quedaba el cuerpo y encubrir la tristeza que ellos tenian, echaron nueva por los indios que el gobernador estaba mejor de su salud, y con esta novela subieron en sus caballos y hicieron muestras de mucha fiesta y regocijo, corriendo por el llano y trayendo galopes por las hoyas y encima de la misma sepultura: cosas bien diferentes y contrarias de las que en sus corazones tenian, que deseando poner en el mauseolo ó en la aguja de Julio César al que tanto amaban y estimaban, lo hollasen ellos mismos para mayor dolor suyo; mas hacíanlo por evitar que los indios no le hiciesen otras mayores afrentas. Y para que la señal de la sepultura se perdiese del todo no se habian contentado con que los caballos la hollasen, sino que antes de las fiestas habian mandado echar mucha agua por el llano y por las hoyas, con achaque de que al correr no hiciesen polvo los caballos.

Todas estas diligencias hicieron los españoles por desmentir los indios y encubrir la tristeza y dolor que tenian; empero como se pueda fingir mal el placer, ni disimular el pesar que no se vea de muy lejos al que lo tiene, no pudieron los nuestros hacer tanto que los indios no sospechasen, así la muerte del gobernador, como el lugar donde lo habian

puesto; que pasando por el llano y por las hoyas se iban deteniendo, y con mucha atencion miraban á todas partes y hablaban unos con otros, y señalaban con la barba, y guiñaban con los ojos hácia el puesto donde el cuerpo estaba.

Y como los españoles viesen y notasen estos ademanes, y con ellos les creciese el primer temor y la sospecha que habian tenido, acordaron sacarlo de donde estaba y ponerlo en otra sepultura no tan cierta, donde el hallarlo si los indios lo buscasen les fuese mas dificultoso; porque decian que sospechando los infieles que el gobernador quedaba allí, cavarian todo aquel llano hasta el centro, y no descansarian hasta haberlo hallado: por lo cual les pareció sería bien darle por sepultura el rio grande; y antes que lo pusiesen por obra quisieron ver la hondura del rio, si era suficiente para esconderlo en ella.

El contador Juan de Añasco y los capitanes Juan de Guzman, y Arias Tinoco, y Alonso Romo de Cardenosa y Diego Arias, alférez general del ejército, tomaron el cargo de ver el rio, y llevando consigo un vizcaino llamado Ioanes de Abbadia, hombre de la mar y gran ingeniero, lo sondaron una tarde con toda la disimulacion posible haciendo muestras que andaban pescando y regocijándose por el rio porque los indios no lo sintiesen; y hallaron que en medio de la canal tenia diez y nueve brazas de fondo y un cuarto de legua de ancho: lo cual visto por los españoles, determinaron sepultar en él al gobernador; y porque en toda aquella comarca no habia piedra que echar con el cuerpo para que lo llevase á fondo, cortaron una muy gruesa encina, y á medida del altor de un hombre la socavaron por un lado donde pudiesen meter el cuerpo, y la noche siguiente

con todo el silencio posible, lo desenterraron y pusieron en el trozo de la encina con tablas clavadas que abrazaron el cuerpo por el otro lado, y así quedó como en una arca, y con muchas lágrimas y dolor de los sacerdotes y caballeros que se hallaron á este segundo entierro, lo pasieron en medio de la corriente del rio encomendando su ánima á Dios, y le vieron irse luego á fondo.

Estas fueron las obsequias tristes y lamentables que nuestros españoles hicieron al cuerpo del adelantado Hernando de Soto, su capitan general y gobernador de los reinos y provincias de la Florida, indignas de un varon tan heróico, aunque bien miradas, semejantes casi en todo á las que mil y ciento y treinta y un años antes hicieron los godos, antecesores de estos españoles, á su rey Alarico en Italia, en la provincia de Calabria, en el rio Bisento, junto á la ciudad de Cosencia.

Dije semejantes casi en todo, porque estos españoles son descendientes de aquellos godos, y las sepulturas ambas fueron rios, y los defuntos las cabezas y caudillos de su gente, y muy amados della; y los unos y los otros valentísimos hombres, que saliendo de sus tierras, y buscando donde poblar y hacer asiento, hicieron grandes hazañas en reinos agenos.

Y aun la intencion de los unos y de los otros fue una misma, que fue sepultar sus capitanes donde sus cuerpos no se pudiesen hallar, aunque sus enemigos los buscasen: solo difieren en que las obsequias de estos nacieron de temor y piedad que á su capitan general tuvieron, no maltratasen los indios su cuerpo; y las de aquellos nacieron de presuncion y vanagloria que al mundo por honra y magestad de su rey quisieron mostrar. Y para que se vea mejor la semejanza, será bien referir aquí el entierro que los godos hi-

sieron á su rey Alarico, para los que no lo saben.

Aquel famoso príncipe habiendo hecho innumerales hazañas por el mundo con su gente, y habiendo saqueado la imperial ciudad de Roma, que fue el primer saco que padeció despues de su imperio y monarquía, á los mil ciento sesenta y dos años de su fundacion, y á los cuatrocientos doce del parto virginal de nuestra Señora, quiso pasar á Sicilia, y habiendo estado en Régio, y tentado el pasage, se volvió á Cosencia forzado de la mucha tempestad que en la mar habia, donde falleció en pocos dias. Sus godos que le amaban muy mucho, celebraron sus obsequias con muchos y escesivos honores y grandezas; y entre otras inventaron una solenísima y admirable; y fue, que á muchos cautivos que llevaban, mandaron divertir, y sacar de madre al rio Bisento, y en medio de su canal edificaron un solene sepulcro, donde pusieron el cuerpo de su rey con infinito tesoro (palabras son del Colenucio, y sin él lo dicen todos los historiadores antiguos y modernos españoles y no españoles que escriben de aquellos tiempos), y habiendo cubierto el sepulcro, mandaron volver á echar el rio á su antiguo camino; y á los cautivos que habian trabajado en la obra, porque en algun tiempo no dijese donde quedaba el rey Alarico, los mataron todos.

Parecióme tocar aquí esta historia, por la mucha semejanza que tiene con la nuestra, y por decir que la nobleza destes nuestros españoles, y la que hoy tiene toda España, sin contradicion alguna viene de aquellos godos: porque despues dellos no ha entrado en ella otra nacion sino los alarabes de Berbería, cuando la ganaron en tiempo del rey don Rodrigo. Mas las pocas reliquias que de esos mismos godos quedaron, los echaron poco á poco de toda España, y la

poblaron como hoy está; y aun la descendencia de los reyes de Castilla derechamente, sin haberse perdido la sangre dellos, viene de aquestos reyes godos; en la cual antigüedad y magestad tan notoria, hacen ventaja á todos los reyes del mundo.

Todo lo que del testamento, muerte y obsequias del adelantado Hernando de Soto hemos dicho, lo refieren ni mas ni menos Alonso de Carmona y Juan Coles en sus relaciones; y ambos añaden que los indios no viendo al gobernador preguntaban por él; y que los cristianos les respondian, que Dios habia enviado á llamarle para mandarle grandes cosas que habia de hacer luego que volviese; y que con estas palabras dichas por todos ellos entretenian á los indios.

SEGUNDA PARTE

DEL LIBRO QUINTO.

Refiere como los españoles determinaron desamparar la Florida: un largo camino que para salir della hicieron: los trabajos incomportables que á ida y vuelta de aquel viage pasaron hasta volver al rio grande: siete bergantines que para salir por él hicieron: la liga de diez caciques contra los castellanos: el aviso secreto que della tuvieron: los ofrecimientos del general Anilco y sus buenas partes: una brava creciente del rio grande: la diligencia en hacer los bergantines, un desafio del general Anilco al cacique Guachoya, y la causa por qué: el castigo que á los embajadores de la liga se les hizo. Contiene quince capítulos.

CAPÍTULO PRIMERO.

Determinaron los españoles desamparar la Florida y salirse de ella.

Con la muerte del gobernador y capitan general Hernando de Soto, no solamente no pasaron adelante las pretensiones y buenos deseos que de poblar y hacer asiento en aquella tierra habia tenido, mas antes sus capitanes y soldados volvieron atrás y se trocaron en contra, como suele acaecer donde quiera que falta la cabeza principal del gobierno. Que como todos los capitanes y soldados del ejército hubiesen andado descontentos por no haberse hallado en la Florida las partes que pretendian, aunque tenia las demas calidades que hemos dicho; y como hubiesen deseado salirse della, y que solo el

respeto del gobernador les hubiese refrenado (muerto él), de comun consentimiento de los mas poderosos fue acordado, que lo mas presto que les fuese posible saliesen de aquel reino. Cosa que ellos despues lloraron todos los dias de su vida, como se suele llorar lo que sin prudencia ni consejo se determina y ejecuta, y el contador Juan de Añasco, que como ministro de la hacienda de su rey, y caballero y hombre noble por sí, y uno de los que mas habian trabajado en este descubrimiento, estaba obligado á sustentar la opinion tan acertada de su capitan general, y á salir con su empresa y conquista, siquiera por no perder lo trabajado, pues para todos ellos era de tanta honra y provecho, y para la corona real de España de tanta grandeza, magestad y aumento como hemos visto; no solamente no contradijo á los demas capitanes y caballeros, que eran de parecer que dejasen aquel gran reino, mas antes él mismo se ofreció á los guiar, y sacar con brevedad al término y jurisdiccion de Méjico, porque se picaba de cosmógrafo, y presumia en su ciencia ponerlos presto en salvo, no mirando las provincias largas, y los rios caudalosos, los montes ásperos y estériles de comida, las cienegas tan dificultosas que habian pasado, antes lo allanó todo. Porque esta nuestra ambicion y deseo cuando se desordena, suele facilitar los trabajos, y allanar las dificultades de sus pretensiones, para despues dejarnos perecer en ellas.

Dióles ánimo y osadía para esta determinacion la memoria de ciertas nuevas falsas que el invierno pasado y el verano antes los indios les habian dicho, que al Poniente, no lejos de donde ellos andaban, habia otros castellanos que andaban conquistando aquellas provincias.

Estas hablillas pasadas resucitaron los españoles

en su memoria, y haciéndolas verdaderas, decian que debia ser gente que hubiese salido de Méjico á conquistar nuevos reinos; y que segun los indios decian, no debian de estar lejos los unos de los otros: que sería bien los fuesen á buscar, y habiéndoles hallado les ayudasen á conquistar y poblar; como si ellos no hubieran hallado que conquistar ni tuvieran que poblar.

Con este comun consentimiento tan mal acordado, salieron nuestros españoles de Guachoya á los cuatro ó cinco de julio, enderezando su viage al Poniente, con intencion de no torcer á una ni á otra parte, porque les parecia que siguiendo aquel rumbo habian de salir á tierra de Méjico, y no miraban que segun su cosmografía estaban en mucha mayor altura que las tierras de la Nueva-España.

Con el deseo que llevaban de verse en ellas, caminaron mas de cien leguas á las mayores jornadas que pudieron por diferentes tierras y provincias que las que hasta entonces habian visto. Empero no tan fértiles de comida, ni tan poblada-gente como las pasadas, y no podrémos decir cómo se llamaban estas provincias, porque como ya no tenian intencion de poblar, no procuraban saber los nombres, ni informarse de las calidades de las tierras, solo pretendian pasar por ellas con toda la priesa que podian, y por esto no tomaron los nombres, ni pudieron dármelos á mí.

CAPÍTULO II.

De algunas supersticiones de indios así de la Florida como del Perú, y como los españoles llegan á Auca.

Volviendo en nuestro cuento, algo atrás de donde quedamos, es de saber, que cuando los españoles sa-

lieron del pueblo Guachoya, se fue con ellos de su voluntad un indio de diez y seis ó diez siete años, gentil hombre de cuerpo y hermoso de rostro, como lo son en comun los naturales de aquella provincia; y habiendo caminado tres ó cuatro jornadas, echaron de ver en él los criados del gobernador Luis de Moscoso, á los cuales el indio se habia allegado; y como lo estrañasen y viesen que iba de su grado, temiendo fuese espía, dieron cuenta dello al general, el cual lo envió á llamar y con los intérpretes, y entre ellos Juan Orotiz, le preguntó dijese la causa ¿por qué dejando sus padres, parientes, amigos y conocidos, se iba con los españoles no los conociendo? el indio respondió: señor, yo soy pobre y huérfano, mis padres á su muerte me dejaron muy niño y desamparado; y un indio principal de mi pueblo, pariente cercano del curaca Guachoya, con lástima que de mí tuvo me recogió en su casa y me crió entre sus hijos. El cual á la partida de V. S. quedaba enfermo y desahuciado de la vida.

Sus parientes, muger y hijos, luego que lo vieron así, me eligieron y nombraron para que en muriéndose mi amo, me enterrasen con él vivo como estoy, porque decian que mi señor me habia querido mucho, y que por este amor era razon que yo fuese con él á servirle en la otra vida. Y aunque es verdad que por haberme criado le tengo obligacion y le quiero bien, no es ahora tanto el amor, que huelgue me entierren vivo con él.

Por huir esta muerte, no hallando remedio mejor, acordé venirme con la gente de V. S., que mas quiero ser su esclavo, que verme enterrar vivo: esta es la causa de mi venida, y no otra.

El general y los que con él estaban se admiraron de haber oido al indio, y entendieron que

la costumbre y abusión de enterrar vivos los criados y las mugeres con el hombre principal difunto también se usaba y guardaba en aquella tierra como en las demas del Nuevo-Mundo hasta entonces descubiertas.

En todo el imperio de los Incas que reinaron en el Perú se usaba largamente enterrar con los reyes y grandes señores sus mugeres las mas queridas, y los criados mas favorecidos y allegados á ellos, porque en su gentilidad tuvieron la inmortalidad del ánima, y creían que despues desta vida habia otra como ella misma, y no espiritual; empero con pena y castigo para el que hubiese sido malo, y con gloria, premio y galardón para el bueno. Y así dicen Hanampacha, que quiere decir mundo alto, por el cielo, y Veupacha, que significa mundo bajo, por el infierno, y llaman Zupay al diablo, con quien dicen que van los malos; y desto hemos tratado en la historia de los Incas.

Y volviendo á nuestros castellanos, que los dejamos ansiosos por caminar mucho, y despues les ha de pesar por haber caminado tanto, decimos, que habiendo pasado las provincias que no pudimos nombrar, por no saber los nombres dellas, por las cuales caminaron mas de cien leguas, al fin dellas llegaron á una provincia llamada Auche, y el señor della les salió á recebir con muchas caricias que les hizo, y les hospedó con muestras de amor, y dijo tenia gran contento de verlos en su tierra; mas como despues verémos, todo era falso y fingido.

Dos dias descansaron los españoles en aquel pueblo Auche, que era el principal de la provincia, é informándose de lo que á su viage convenia, supieron que á dos jornadas del pueblo habia un gran despoblado que pasar de quatro dias de camino. El cacic-

que Auché les dió indios cargados de maiz para seis dias, y un indio viejo que los guiase por el despoblado, hasta sacarlos á poblado; y en presencia de los españoles, haciendo mucho del amigo, le mandó que los llevase por el mejor y mas corto camino que sabia.

Con este recaudo salieron los nuestros de Auché, y en dos jornadas llegaron al despoblado, por el cual caminaron otros tres dias por un camino ancho que parecia camino real; mas al fin de las dos jornadas se fue estrechando de poco en poco, hasta perderse del todo, y sin camino anduvieron otros seis dias por donde el indio queria llevarlos, con decirles que los llevaba por atajos sin camino, para mas aína salir á poblado.

Los españoles al cabo de los ocho dias que habian andado por aquellos desiertos, montes y breñales, viendo que no acababan de salir dellos, advirtieron en lo que hasta entonces no habian mirado; y fue, que el indio los habia traído al retortero, guiándolos unas veces al Norte, otras al Poniente, otras al Mediodia, otras volviéndolos hácia el Levante; lo cual no habian notado antes por el mucho deseo que llevaban de pasar adelante, y por la confianza que en su goia habian tenido que no los engañaria. Advirtieron asimismo que habia tres dias que caminaban sin comer maiz ni otra vianda, sino yerbas y raíces; y que por horas iban creciendo las dificultades, y menguaban las esperanzas de salir de aquellos desiertos, porque no tenían comida ni camino.

CAPÍTULO III.

Los españoles matan á la guia. Cuéntase un hecho particular de un indio.

El gobernador Luis de Moscoso mandó llamar ante sí al indio que le habia guiado, y por sus intérpretes le preguntó cómo no los sacaba de aquel despoblado, al fin de ocho dias que habia que andaban perdidos por él, pues á la salida de su pueblo se habia ofrecido pasarlo en cuatro dias, y salir á tierra poblada. El indio no respondió á propósito, antes dijo impertinencias que le parecia le disculpaban del cargo que le hacian; de lo cual enojado el gobernador, y de ver su ejército en tanta necesidad por malicia del indio, mandó lo atasen á un árbol, y le echasen los alanos que llevaban, y uno dellos lo zamarreó malamente.

El indio viéndose lastimar, y con el miedo que cobró de que lo habian de matar, pidió le quitasen el perro que él diria la verdad de todo lo que en aquel caso pasaba, y habiéndoselo quitado, dijo: señores, mi curaca y señor natural me mandó á vuestra partida hiciese lo que he hecho con vosotros, porque me abrió su pecho diciendo, que por que él no tenia fuerzas para degollaros todos en una batalla como lo quisiera, habia determinado mataros con astucia y maña, metiéndos en estos montes y desiertos bravos, donde pereciédes de hambre. Y que para poner en obra este su deseo, me elegía á mí como á uno de sus mas fieles criados para que os descaminase por donde nunca acertádes á salir á poblado; y que si yo saliese con la empresa, me haria grandes mercedes; y donde no, me mataria cruelmente.

Yo, como siervo, hice lo que mi señor me mandó, como creo lo hiciera cualquiera de vosotros, si el

vuestro os lo mandára; fui forzado á lo hacer por el respeto y obediencia del superior, y no por voluntad y ánimo que yo haya tenido de mataros, que cierto no lo he deseado, ni lo deseo, porque no me habeis hecho por qué. Y bien mirado, vosotros teneis la mayor parte desta culpa que me poneis, porque os habeis dejado traer así con tanto descuido de vosotros mismos, que no habeis sido para hablarme una palabra acerca del camino: que si el primer dia que se perdió, me preguntárades algo de lo que agora me pedís, os hubiera dicho todo esto, y con tiempo se hubiera remediado el mal presente. Y aun ahora no es tarde, que si me quereis otorgar la vida (pues para lo pasado fui mandado, y no pude hacer otra cosa) yo enmendaré el yerro que todos hemos hecho, que yo me ofrezco á sacaros deste desierto, y poneros en tierra poblada antes que pasen los tres dias venideros, que caminando siempre hácia el Poniente, sin torcer á otra parte, saldremos presto de este despoblado, y si dentro deste término no os sacáre dél, matadme entonces, que yo me ofrezco al castigo.

El general Luis de Moscoso y sus capitanes se indignaron tanto de saber la mala intencion del curaca, y el engaño que el indio les habia hecho, que ni admitieron sus buenas razones para que le disculpáran de su delito, ni quisieron concederle sus ruegos para otorgarle la vida, ni aceptar sus promesas para fiarse en ellas; antes diciendo todos á una, quien tan malos nos ha sido hasta aquí, peor nos será de aquí adelante, mandaron soltar los perros, los cuales con la mucha hambre que tenian, en breve espacio lo despedazaron y se lo comieron.

Esta fue la venganza que nuestros castellanos tomaron del pobre indio que les habia descaminado, como si ella fuera de alguna satisfaccion para el tra-

bajo pasado, ó remedio para el mal presente; y despues de haberla hecho, vieron que no quedaban vengados, sino peor librados que antes estaban, porque totalmente les faltó quien los guiase, por haber dado licencia para que se volviesen á sus tierras los demas indios que habian traído el maiz, luego que se les acabó la comida, y así se hallaron del todo perdidos.

Puestos en esta necesidad los españoles, confusos y arrepentidos de haber muerto al indio, el cual si lo dejáran vivo pudiera ser que como lo habia prometido, los sacára á poblado: viendo que no tenían otro remedio, tomaron el mismo que el indio les habia dicho, dándole crédito despues de muerto, á lo que no le habian querido creer en vida, que era que caminasen hacia el Poniente, sin torcer á una mano ni á otra.

Así lo hicieron, y caminaron tres dias con grandísima hambre y necesidad, porque en los otros tres pasados no habian comido sino yerbas y raices: valióles mucho en este trabajo ser los montes de aquel despoblado claros y no cerrados, como los hay en otras partes de Indias, que son como un muro, que si lo fueran perecieran de hambre antes de salir dellos.

Con estas dificultades siguieron su camino siempre al Poniente, y al fin de los tres dias, desde lo alto de unos cerros por donde iban, descubrieron tierras pobladas, de que recibieron el contento que se puede imáginar, aunque llegando á ellas hallaron que los indios se habian ido al monte, y que las tierras eran flacas y estériles, con pueblos, no como los pasados, sino de casas derramadas por el campo, de cuatro en cuatro, y de cinco en cinco, mal hechas, y peor aliñadas, que mas parecian chozas de meloneros que casas de morada; mas con todo eso mataron su

hambre con mucha carne fresca de vaca que en ellas hallaron, y pellejos de poco tiempo quitados, aunque nunca hallaron vacas en pie, ni los indios quisieron decir jamás de donde las traían.

El segundo día que caminaron por aquella provincia estéril y mal poblada, la cual los nuestros llamaron de los Vaqueros por la carne y pellejos de vacas que en ella hallaron, quiso un indio mostrar su ánimo y valentía con un hecho extraño que hizo de loco, y fue, que habiendo caminado los españoles la jornada de aquel día, se alojaron en un llano, y estando todos sosegados, vieron salir de un monte, que estaba no lejos del real, un indio solo, y venir hacia ellos con un hermoso plumage en la cabeza, y su arco en la mano, y el carcax de las flechas á las espaldas, que declinaba algun tanto sobre el hombro derecho como todos ellos lo traen siempre.

Los castellanos que estaban por donde el indio acertó á salir del monte, viéndole venir solo y tan pacífico, no se alborotaron; antes entendiendo que traía algun recaudo del cacique para el gobernador, le dejaron llegar. El cual viéndose á menos de cincuenta pasos de una rueda de españoles que en pie estaban hablando, puso con toda presteza y gallardía una flecha en el arco, y apuntando á los de la rueda que le estaban mirando, la soltó con grandísima pujanza. Los cristianos viendo que les tiraba, se apartaron á priesa á una mano y á otra, y algunos se dejaron caer en el suelo, y así se libraron del tiro; mas la flecha pasó adelante, y dió en cinco ó seis indias que debajo de un árbol estaban aderezando de comer para sus amos, y á una dellas dió por las espaldas, y la pasó de claro, y á otra que estaba de frente dió por los pechos, y tambien la pasó, aunque quedó la flecha en ella, y las indias cayeron luego muertas.

Habiendo hecho este brávo tiro, volvió el indio huyendo al monte, y corria con tanta velocidad y ligereza, que bien mostraba haberse fiado en ella para venir á hacer lo que hizo.

Los españoles tocaron arma y dieron grito al indio, ya que no podian seguirle. El capitán Baltasar de Gallegos, que acertó á hallarse á caballo, acudió al arma, y viendo ir huyendo al indio, y oyendo que los españoles decian muera, muera, sospechó lo que podia haber hecho, y corrió en pos del, y cerca de la guarida lo alcanzó y mató, que no gozó el triste de su valentía temeraria, como son todas las mas que en la guerra se hacen.

CAPÍTULO IV.

Dos indios dan á entender que desafian á los españoles á batalla singular.

Tres dias despues deste hecho, en la misma provincia que llamaron de los Vaqueros, acaeció otro no menos extraño, y fue, que como el general y sus capitanes y soldados dejasen de caminar un dia, por descansar del trabajo pasado de las jornadas largas que hasta allí habian hecho, vieron á las diez del dia venir por un hermoso llano dos indios gentiles hombres, compuestos de grandes plumages, con sus arcos en las manos, y las flechas en sus aljabas en las espaldas; y como llegasen doscientos pasos del real, se pusieron á pasear cerca de un nogal que allí habia, y no se paseaban ambos juntos hombro á hombro, sino pasando el uno por el otro, para que cada uno dellos guardase las espaldas al compañero; así anduvieron casi todo el dia, sin hacer cuenta de los negros, indios, é indias, y muchachos, que con agua y leña por cerca dellos pasaban. De donde vinieron los castella-

nos á entender, que no lo habian por la gente de servicio sino por ellos, y dieron cuenta del hecho al gobernador. El cual mandó luego echar bando que no fuese soldado alguno á ellos, sino que los dejasen para locos.

Los indios se pasearon hasta la tarde sin hacer otra cosa, como que esperaban los españoles que dos á dos quisiesen ir á combatir con ellos. Ya cerca de ponerse el sol vino una compañía de caballos que habia salido de mañana á correr el campo. Los cuales tenian su alojamiento cerca de donde los indios andaban paseando, y como les viesen, preguntaron, qué indios eran aquellos; y habiéndolo sabido, y lo que sobre ello se habia mandado que los dejasen para locos, obedecieron todos, salvo uno, que por mostrar su valentía quiso ser inobediente. Y diciendo, pese á tal, no será bien que haya otro mas loco que ellos que les castigue la locura, se fue corriendo á ellos. Este soldado era natural de Segovia, y se decia Juan Paez.

Los indios viendo que los acometia un castellano solo, salió á recibirle el que mas cerca dél se halló, por dar á entender que habia pedido batalla singular. El otro indio se apartó y metió debajo del nogal en confirmacion de la intencion que tenian, que era pelear uno á uno, y que su compañero para un castellano solo aunque á caballo, no queria socorro.

Juan Paez arremetió al indio á toda furia, por llevarlo de encuentro. El infiel que le esperaba con una flecha puesta en el arco, viéndole llegar á tiro, se la tiró y le dió por la sangradura del brazo izquierdo sobre una manga de malla, y rompiendo la cota por ambas partes, quedó la flecha atravesada en el brazo; de la cual herida y del golpe, que fue muy grande, no pudo Juan Paez menear el brazo, y las

riendas se cayeron de la mano, y el caballo que las sintió caídas paró del golpe, que es muy ordinario de los caballos hacerlo así cuando las sienten caer, y tambien es aviso del ginete soltarlas de golpe cuando el caballo le huye y no quiere parar.

Los compañeros de Juan Paez que aun no se habían apeado, viéndole en tal peligro, arremetieron todos juntos á toda priesa por le socorrer antes que el enemigo lo matase. Los indios viendo ir tantos caballos contra ellos, se pusieron en huida á un monte que allí cerca habia; mas antes que á él llegasen los alancearon, no guardando buena ley de guerra, que pues los indios no habian querido ser dos contra un español, fuera razon que tantos españoles á caballo no fueran contra dos indios de á pie.

Con estos sucesos, aunque singulares, que por no haber acaecido otros mayores los contamos. Caminaron los castellanos por la provincia que llamaron de los Vaqueros mas de treinta leguas, al fin dellas se acabó aquella mala poblacion, y descubrieron al Poniente de como iban unas grandes sierras y montes, y supieron que eran despoblados.

El gobernador y sus capitanes, escarmentados de la hambre y trabajo que pasaron en los desiertos que atrás dejaron, no quisieron pasar adelante hasta haber descubierto camino que los sacase á poblado, y quisieron llevar prevenidos los inconvenientes que hubiese. Para lo cual mandaron que saliesen tres compañías de á caballo de á veinte y cuatro caballos, y por tres partes fuesen todos encaminados al Poniente á descubrir lo que por aquel parage hubiese.

Mandáronles que entrasen la tierra adentro y se alejasen todo lo mas que les fuese posible, y trujesen relacion no solamente de lo que viesen, sino que tambien la procurasen de lo que mas adelante hubie-

se, y para intérpretes les dieron indios de los mas ladinos que entre los españoles habia domésticos.

Con esta órden salieron del real los sesenta y dos caballeros, y dentro de quince dias volvieron todos casi con una misma relacion, diciendo, que cada cuadrilla habia entrado mas de treinta leguas, y hallado tierras muy estériles y de poca gente, y tanto peores quanto mas adelante pasaban: que esto era lo que habian visto, y de lo de adelante traían peores nuevas, porque muchos indios que habian preso, y otros que los habian recebido de paz les habian dicho que era verdad que adelante habia indios; empero que no vivian en pueblos poblados, ni tenian casas en que habitasen, ni sembraban sus tierras, sino que era gente suelta que andaba en cuadrillas cogiendo las frutas, yerbas y raices que la tierra de suyo les daba, y que se mantenian de cazar y pescar, pasándose de unas partes á otras conforme la comodidad que el tiempo les daba para sus pesquerías y cazerías. Esta relacion trujeron las tres cuadrillas con poca ó ninguna diferencia de la una á la otra.

Alonso de Carmona, demas de la relacion dicha, añade en este paso, que les dijeron los indios, que adelante de aquella provincia donde estaban (al Poniente) habia muy grandes poblados de tierra muy llana, y muchos arenales, donde se criaban las vacas cuyos eran los pellejos que habian visto, y que habia mucha suma de ellas.

CAPÍTULO V.

Resuelven los españoles en demanda del rio grande, y los trabajos que en el camino pasaron.

El gobernador Luis de Moscoso y sus capitanes, habiendo oido la buena relacion del camino por don-

de se habian prometido salir á tierra de Méjico, y habiendo platicado sobre ello, y considerando las dificultades de su viage, acordaron no pasar adelante por no perecer de hambre, atajados en aquellos desiertos, que no sabian donde iban á parar, sino que volviesen atrás en demanda del mismo rio grande que habian dejado; porque ya les parecia que para salir de aquel reino de la Florida no habia camino mas cierto que echarse por el rio abajo y salir á la mar del Norte.

Con esta determinacion procuraron informarse del camino que podian llevar á la vuelta, huyendo de las malas tierras y despoblados que al venir habian pasado. Y supieron que volviendo en arco sobre mano derecha de como habian venido, era camino mas corto para su viage; mas que les convenia pasar otros muchos despoblados y desiertos. Empero que si quiesen volver sobre mano izquierda haciendo el mismo arco, aunque alargaban mas el camino, irian siempre por tierras pobladas donde hallarían comida, é indios que los guiasen.

Habida esta relacion, se dieron priesa á salir de aquellas malas tierras de los Vaqueros y caminaron en arco hácia el Mediodia, llevando siempre aviso de lo que adelante en el camino habia, por no caer en algun desierto donde no pudiesen salir; y aunque los castellanos caminaban con cuidado de no hacer agravio á los indios, por no los irritar á que les hiciesen guerra; y aunque hacian grandes jornadas por salir presto de sus provincias, los naturales de ellas no los dejaban pasar en paz; antes á todas horas del dia y de la noche los sobresaltaban con armas y rebatos, y para mas sobresaltarles se metian en los montes, donde los habia cerca del camino, y donde no los habia se echaban en el suelo, y se cubrian con yerba, y al pa-

sar de los nuestros, que iban descuidados no viendo gente, se levantaban á ellos y los flechaban malamente, y en revolviendo sobre ellos echaban á huir.

Estos rebatos eran tantos y tan continuos, que apenas habian echado los enemigos de la vanguardia, cuando acudian otros por la retaguardia, y muchas veces á un mismo tiempo por tres y cuatro partes, y dejaban siempre hecho daño con muertes y heridas de hombres y caballos: y esta provincia de los Vaqueros fue donde los españoles, sin llegar á las manos con los enemigos, recibieron mas daño que en otra alguna de cuantas anduvieron; particularmente el dia postrero que por ella caminaron, que acertó á ser el camino áspero por montes y arroyos, pasos muy propios para salteadores, como lo eran aquellos indios, donde entrando y saliendo á su salvo, no cesaron en todo el dia de sus acometimientos, con que mataron y hirieron muchos castellanos é indios de servicio y caballos.

Y en el postrer asalto, que fue al pasar de un arroyo donde habia mucho monte, hirieron á un soldado, natural de Galicia, llamado Sanjurge, de quien al principio de esta historia hecimos mencion, y por haber sido hombre notable, será razon digamos algunas cosas suyas en particular, pues todas son de nuestra historia; y porque son extraordinarias, remito lo que sobre ellas y sobre cualquiera otra cosa que aquí ó en otra parte digere, á la correccion y obediencia de la santa Madre Iglesia Romana, cuyo catolicísimo hijo soy por la misericordia de Dios, aunque indigno de tal Madre.

Yendo Sanjurge por medio del arroyo le tiró un indio de entre las matas un flechazo tan recio, que le rompió unos calzones de malla, y le atravesó el musculo derecho, y pasando las tejuelas y bastos de la silla,

llegó á herir el caballo con dos ó tres dedos de flecha. El cual salió corriendo del arroyo á un llano, echando grandes coces y corcovos por despedir la flecha, y á su amo si pudiera.

Los españoles que se hallaron cerca acudieron al socorro; y viendo que Sanjurge estaba clavado con la silla, y que el alojamiento se hacia cerca de donde estaba, lo llevaron asido á él y á su caballo hasta su cuartel. Donde alzándole de la silla, por entre ella y el muslo le cortaron la flecha, y luego con gran tiento quitaron la silla, y vieron que la herida del caballo no habia sido penetrante; empero se admiraron que la flecha siendo de las comunes que los indios hacen de municion sin casquillo, hubiese penetrado tanto, que era de carrizo, y la punta hecha de la misma caña cortada al sesgo, y tostada al fuego.

A Sanjurge dejaron tendido en el llano á beneficio de su habilidad, que entre muchas que tenia era una curar heridas con aceite, lana sucia, y palabras que llamaban de ensalmo, que en este descubrimiento habia hecho muchas curas de grande admiracion, que parecia tener particular gracia de Dios para ellas. Empero despues que en la batalla de Mauvila se les quemó el aceite y la lana sucia, y lo demas que los castellanos llevaban, habia dejado de curar; y aunque él mesmo se habia visto herido otras dos veces, la una de una flecha que le entró por el empeine y le salió al calcañar, de que estuvo mas de quatro meses en sanar, y la otra de otra flecha que le dió en la coyuntura y juego de la rodilla, donde se le quedó quebrado el casquillo, que era de cuerna de venado, y para lo sacar le habian hecho grandes martirios; con todo eso no habia querido curarse, ni á sí ni á otro herido, entendiendo que no aprovechaba la cura sin aceite y lana sucia.

*

Ahora pues, viendo la necesidad que tenia y no queriendo llamar al cirujano por una rencilla que con él habia tenido, que por la aspereza y crueldad con que le curaba la herida de la rodilla, enfadado de la torpeza de sus manos, por gran injuria le habia dicho, que si otra vez se viese herido no le llamaria aunque supiese morir: y el cirujano en su satisfaccion le habia respondido, que aunque supiese darle la vida no le curaria, que no le llamase cuando lo hubiese menester.

Guardando entre ellos este enojo de tanta importancia, ni Sanjurge quiso llamar el cirujano, ni el cirujano quiso comedirse á ir á le curar aunque supo que estaba herido: por lo cual le pareció socorrerse de lo que sabia, y en lugar de aceite tomó unto de puerco, y por lana sucia las hilachas de una manta vieja de indios, que muchos dias habia que entre los castellanos no habia camisa ni cosa de lienzo: y fue de tanto provecho la cura que se hizo, que en cuatro dias que el ejército, por los muchos heridos que llevaba, descansó en aquel alojamiento sanó, y al quinto dia caminando los nuestros, Sanjurge subió en su caballo, y para que los españoles viesen que estaba sano corrió por un lado y otro del ejército diciendo á grandes voces: dadme la muerte, cristianos, que os he sido traidor y mal compañero, que por no haber yo querido curar, entendiendo que la virtud de mis curas estaba en el aceite y lana sucia, he dejado morir mas de ciento y cincuenta de los vuestros.

Con los sucesos que hemos contado salieron los castellanos de la provincia de los Vaqueros, y caminaron á largas jornadas veinte dias por otras tierras, que no les supieron los nombres: llevaban su viage en arco hácia el Mediodia, y por parecerles que decaian mucho de la provincia de Guachoya, donde deseaban

volver, enderezaron su camino al Levante, con advertencia que siempre fuesen subiendo al Norte. Caminando desta suerte llegaron á cruzar el camino que á la ida habian llevado; mas no lo conocieron por la poca cuenta que al ir habian tenido de las tierras que atrás dejaban.

Cuando llegaron á aquel paso era ya mediado setiembre, y habiendo caminado casi tres meses despues que salieron del pueblo de Guachoya, en todo aquel tiempo y largo camino, aunque no tuvieron batallas campales, nunca les faltaron rebatos y sobresaltos, que los indios á todas horas del dia y de la noche les daban, con que nunca dejaban de hacer daño, principalmente en los que se desmandaban del real, que acechándolos como salteadores, viéndolos apartados de la compañía, luego los flechaban, y así mataron en veces mas de cuarenta españoles en solo este viage. De noche entraban en el real á gatas, y arrastrándose por el suelo como culebras, sin que las centinelas los sintiesen, y flechaban los caballos y á las mismas centinelas tomándolos por las espaldas, en castigo de que no los hubiesen visto ni oido, así mataron una noche dos centinelas. Con estas pesadumbres continuas traian los indios muy fatigados á nuestros castellanos.

Un dia de los deste viage acaeció, que como algunos españoles tuviesen falta de servicio pidieron licencia al gobernador para quedarse emboscados docena y media dellos, y prender diez ó doce indios de los que á la pospartida de los españoles solian venir á su alojamiento á rebuscar lo que en él quedaba, como si dejáran cosas de provecho.

Con la licencia del general quedaron una docena de caballos, y otra de infantes, metidos entre unos árboles espesos, y en el mas alto dellos pusieron una

atalaya que diese aviso cuando hubiese indios, y en cuatro lances con mucha facilidad prendieron catorce indios, sin que hiciesen resistencia alguna, y queriendo irse los castellanos con la presa, habiéndola repartido entre ellos, salió Maestre Francisco Ginovés, á cuya requesta se habia pedido la licencia, el cual no contento con dos indios que le habian dado, dijo que habia menester otro, y que no se fuese hasta que lo hubiesen preso.

Los compañeros le dijeron, que por aquella vez se contentase con los que tenia, que ellos le prometian acompañarle otro dia que los quisiesen prender. Maestre Francisco, obstinado en su pretension, dijo, que aunque se quedase solo no se habia de ir de allí hasta haber preso un indio, que lo habia menester: y aunque cada uno de los compañeros le ofreció el que le habia cabido en suerte por agradarle, porque entendian que presto le habrian menester para el hacer de los bergantines, no quiso aceptarlo, diciendo que no habia de ser tan descomedido que quitase á otro lo que le hubiesen dado por suyo, que él queria que se prendiese un indio en su nombre. Con esta porfia rindió á sus compañeros á que se quedasen en la emboscada contra la voluntad de todos ellos, que parece que adivinaban el mal suceso. Poco despues dió el atalaya aviso que habia un indio en el puesto.

Los castellanos con deseo de irse, no aguardaron que viniesen mas indios, y así salió corriendo uno de á caballo que se decia Juan Paez, natural de Segovia, de quien atrás hecimos mencion, que no escarmentó de lo pasado y arremetió con el indio. El cual porque no le atropellase el caballo se metió debajo de un árbol, y puso una flecha en el arco, y esperó al castellano.

El cual pasando por lado le tiró al través una

impertinente lanzada. El indio al emparejar del caballo le tiró la flecha, y le dió junto al codillo izquierdo, y le hizo ir trompicando mas de veinte pasos, y cayó muerto. En pos de Juan Paez habia salido otro de á caballo, que era su camarada y de su propia tierra, y habia nombre Francisco de Bolaños, el cual arremetió con el indio, y no pudiendo entrar debajo del árbol, le tiró por el lado un golpe de lanza poniéndola sobre el brazo izquierdo, que fue de ningun efecto.

El indio que presumia emplear mejor sus flechas que los castellanos sus lanzas, tiró una al caballo y le dió por el mismo lugar que al primero; de tal manera, que por los mismos pasos del otro fue rodando, y cayó muerto á sus pies. Felicísimos dos tiros si al tercero no hallára contradiccion, que le cortó el hilo de la buena dicha: otro lance al propio contamos haber pasado en la provincia de Apalache.

CAPÍTULO VI.

De los trabajos inoportables que los españoles pasaron hasta llegar al rio grande.

Un caballero natural de Badajoz, de una de las muy nobles familias que hay en aquella ciudad, llamado Juan de Vega (que yo en el Perú conocí y despues en España) entendiendo que para un indio solo á pie bastaban dos castellanos á caballo, se habia detenido en la carrera, aunque habia salido en pos de ellos. Viéndolos ahora caidos en tierra y sus caballos muertos, arremetió á toda furia á matar al indio. Por otra parte los dos soldados levantándose del suelo fueron á él con sus lanzas en las manos. El indio que se vió acometer por dos partes, salió corriendo del árbol á recibir al caballero, haciendo mas

cuenta del solo que de los que habia hecho infantes y peones, por parecerle que si le matase el caballo como á los otros dos, quedaria libre de todos tres, para acogerse por sus pies sin que le ofendiesen, por la comun ventaja que en el correr hacen los indios á los españoles; y hubiérale sucedido el hecho como lo pudiera haber pensado, si Juan de Vega no viniera tan bien apercebido, que traia en su caballo un pretal de media vara en ancho de tres dobleces de cuero de vaca, que los españoles curiosos hacian semejantes pretales de las pieles de vacas, leones, osos ó venados que podian haber, para defensa de los caballos. Habiendo salido el indio del árbol, con todo el buen ánimo que un hombre puesto en tal peligro podia mostrar, tiró una flecha al caballo de Juan de Vega, y acertando en el pretal pasó los tres dobleces del cuero, y le hirió con cuatro dedos de flecha por los pechos, y por tan buen derecho, que si no llevara el pretal fuera á parar al corazon; mas no quiso darle tanto la fortuna de la guerra.

Juan de Vega lo alanceó, y mató: empero con su muerte no quitaron los nuestros el dolor que tenían de haber perdido en tan triste ocasion dos caballos en tiempo que tanto los habian menester, que ya llevaban pocos: y cuando llegaron á ver el indio, se les dobló la pena y enojo, porque su disposicion no era como la de los otros floridos, que en comun son bien dispuestos y membrudos, y aquel era pequeño, flaco y disminuido, que su talle no prometia valentía alguna, mas su buen ánimo y esfuerzo la hizo tan hazañosa que admiró, y dejó que llorar á sus enemigos. Los cuales maldiciendo su desdicha y á Maestro Francisco que la habia causado, se pusieron en camino y alcanzaron al ejército. Donde por todos fue de nuevo llorada la pérdida de los caballos, porque

en ellos tenían sus mayores fuerzas y esperanzas para cualquiera trabajo que se les ofreciese.

Con las molestias tantas y tan continuas que los indios hacían á los españoles, caminaron en demanda de la provincia de Guachoya, y del río grande, hasta fin de octubre del año de mil y quinientos y cuarenta y dos, por el cual tiempo empezó el invierno muy riguroso, con muchas aguas, frios y vientos recios; y como deseaban llegar al término señalado, no dejaban de caminar todos los días, por muy mal tiempo que hiciese, y llegaban llenos de agua y de lodo á los alojamientos, donde tampoco hallaban que comer sino lo iban á buscar, y las mas veces lo ganaban á fuerza de brazos, y á trueque de sus vidas y sangre.

Con estas necesidades, y los malos temporales, sintieron el trabajo del camino mas que hasta allí lo habían sentido, y pasando el tiempo mas adelante, cargaron las aguas, cayeron muchas nieves, crecieron los rios y la dificultad del pasarlos, que aun los arroyos no se podían vadear; por lo cual casi á cada jornada era menester hacer balsas para los pasar, y con algunos pasos de rios se detenían cinco, seis, siete y ocho días por la contradicción perpétua de los enemigos, y por el mal recaudo que hallaban para las balsas; de cuya causa se les aumentaba y alargaba el trabajo.

El cual muchas noches sin el que se había pasado de día era tan excesivo, que por no hallar el suelo para poder reposar en él, por la mucha agua y cieno que tenía, dormían ó pasaban la noche los de á caballo encima de sus caballos, que no se apeaban dellos, y los de á pie, queden á imaginación de los que leyeren este paso, cómo lo pasarían, pues traían el agua á las rodillas, y á medias piernas donde menos había.

Por otra parte, como la ropa que traían vestida

fuese de gamuza , y otras pieles semejantes, y siendo sola una ropilla ceñida, sirviese de camisa, jubon, sayo y capa, y con las muchas aguas y nieves, y con el pasar de los muchos rios siempre la trujesen mojada, que por maravilla se les enjugaba, y ellos anduviesen en piernas, sin medias calzas, zapatos, ni alpargates; y como á estas necesidades propias é inclemencias del cielo, se añadiese el mal comer, y no dormir, y el mucho cansancio del camino tan largo y trabajoso, enfermaron muchos españoles é indios de los domésticos que llevaban de servicio.

Y no contenta la enfermedad con la gente, pasó á los caballos; y creciendo mas y mas en todos, empezaron á morir hombres y bestias, en gran número, que cada dia fallecian dos ó tres españoles, y dia hubo de siete, y al mismo paso iban los caballos y los indios de servicio, los cuales por la falta que á sus amos hacian, que les servian como hijos, eran llorados no menos que los mismos compañeros, y destes indios casi no escapó alguno, que español hubo que llevaba cuatro, y se le murieron todos, y con la prisa que llevaban de pasar adelante, apenas tenían lugar de enterrar los difuntos, que muchos quedaron sin sepultura, y los que enterraban quedaban á medio cubrir, porque no podian mas, que los mas fallecian caminando, é iban á pie por no haber en que los llevar, que los caballos tambien iban enfermos, y los sanos reservaban de llevar enfermos porque en ellos salian á resistir los enemigos que llegaban á dar los rebatos y armas continuas.

Con estas miserias y aflicciones que los nuestros llevaban, no se descuidaban de velar de noche y dia, poniendo sus centinelas y cuerpos de guardia como gente de guerra, porque los enemigos no los hallasen desapercibidos, para lo cual habia

tan poca salud y tantos males como se ha dicho.

Aquí en este paso, habiendo contado largamente las miserias y trabajos de este viage, dice Alonso de Carmona, que hallaron una puerca, que á la ida se les habia quedado perdida, y que estaba parida con trece lechones ya grandes, y que todos estaban señalados en las orejas, y cada uno con diferente señal. Debió ser que hubiesen repartido los indios entre sí, y señaládoslos con las propias señales; de donde se puede sacar que hayan conservado aquellos indios este ganado.

Con las inclemencias del cielo, y persecuciones del aire, agua, y tierra, y trabajos de hambre, enfermedad y muertes de hombres y caballos, y con el cuidado y diligencia, aunque flaca, de recatarse y guardarse de sus enemigos, y con la continua molestia de armas, rebatos y guerra que ellos les hacian, caminaron nuestros castellanos todo el mes de setiembre y octubre, hasta los últimos de noviembre que llegaron al rio grande, que tan deseado y amado habia sido dellos, pues con tantas adversidades y ansias de corazon habian venido á buscarle; y al contrario, poco antes tan odiado y aborrecido, que con ellas mismas le habian huido y alejádose dél: con la vista del rio se pidieron albricias unos á otros, pareciéndoles que con llegar á él se acababan sus miserias y trabajos.

En este último viage, que despues de la muerte del gobernador Hernando de Soto los nuestros hicieron, caminaron á ida y vuelta, con lo que anduvieron los corredores mas de trecientas y cincuenta leguas, donde murieron á manos de los enemigos y de enfermedad cien españoles y ochenta caballos. Esta ganancia sacaron de su mal consejo, y aunque llegaron al rio grande, no cesó el morir, que otros cin-

cuenta cristianos murieron en el alojamiento, como veremos luego.

CAPÍTULO VII.

Los indios desamparan dos pueblos, donde se alojan los españoles para invernar.

Con grandísimo contento y alegría de sus corazones miraron los nuestros al río grande, por parecerles que en él se daban fin á todos los trabajos de su camino; por el parage que acertaron á llevar, hallaron en la ribera del río dos pueblos, uno cerca de otro con cada docientas casas, y un foso de agua sacada del mismo río, que los cercaba ambos, y los hacia isla.

Al gobernador Luis de Moscoso y á sus capitanes les pareció alojarse en ellos aquel invierno si les fuese posible ganar los pueblos por paz ó por guerra, que aunque no era aquella provincia la de Guachoya, en cuya demanda habian venido, les pareció que bastaba haber llegado al río grande; pues para lo que pretendian, que era salir por él de aquel reino, era lo mas esencial.

Con esta determinacion, aunque no venian para pelear, se pusieron en escuadron, que todavía eran mas de trecientos y veinte infantes, y setenta caballos, y acometieron uno de los pueblos, cuyos moradores sin hacer alguna defensa, lo desampararon. Los nuestros habiendo dejado gente en él, acometieron el otro pueblo, y con la misma facilidad lo ganaron.

La causa de no haberse defendido estos indios, se entendi6 que hubiese sido pensar que los españoles venian tan bravos como las otras dos veces que por las riberas de aquel río habian andado; y aunque no habian llegado á esta provincia, debia de haber lle-

gado la fama dellos con las nuevas de las cosas que en las provincias de Capaha y Guachoya habian hecho; la cual relacion los debia de tener amedrentados para que no defendiesen ahora sus pueblos.

Entrando los castellanos en ellos, hallaron tanta cantidad de zara, y otras semillas y legumbres, y fruta seca, como nueces, pasas, ciruelas pasadas, bellotas y otras frutas incógnitas en España, que verdaderamente, aunque los nuestros con propósito de invernarse en aquellos pueblos se hubieran ocupado todo el estío pasado en recoger bastimento, no hubieran juntado tanto.

Alonso de Carmona dice, que midieron el maiz que se halló en estos dos pueblos, y que hubo por cuenta diez y ocho mil banegas, de que se admiraron mucho, por ver que en tan poca poblacion hubiese tanta comida de maiz sin las demas semillas. Todo lo cual, y el haber los indios desamparado sus pueblos con tanta facilidad, atribuyeron estos cristianos á particular misericordia que Dios hubiese querido hacerles en aquella necesidad; porque es verdad que si no halláran aquellos pueblos tan buenos y tan bastecidos, ciertamente segun venian maltratados, flacos y enfermos, perecieran todos en pocos dias; y así lo confesaban ellos mismos, que ya estaban tales, que no podian hacer cosa alguna en beneficio de sus vidas y salud; y aun con hallar la comodidad y regalo que hemos dicho, murieron despues de haber llegado á los pueblos mas de cincuenta castellanos, y otros tantos indios de los domésticos, porque venian ya tan gastados, que no pudieron volver en sí. Entre los cuales murió el capitan Andres de Vasconcellos de Silva, natural de Yelves, de la nobilísima sangre que de estos dos apellidos hay en el reino de Portugal.

Falleció asimismo Nuño Tobar, natural de Jeréz

de Badajoz, caballero no menos valiente que noble, aunque infelice por haberle cabido en suerte un superior tan severo, que por el yerro del amor, que le forzó á casarse sin su licencia, lo habia traído siempre desfavorecido y desdeñado, muy contra de lo que él merecia.

Murió tambien el fiel Juan Orotiz, intérprete, natural de Sevilla; el cual en todo aquel descubrimiento no habia servido menos con sus fuerzas y esfuerzo que con su lengua; porque fue muy buen soldado y de mucho provecho en todas ocasiones: en suma murieron muchos caballeros muy generosos, muchos soldados nobles de gran valor y ánimo, que pasaron de ciento y cincuenta personas las que fallecieron en este último viage, que causaron gran lástima y dolor, que por la imprudencia y mal gobierno de los capitanes hubiese perecido tanta y tan buena gente sin provecho alguno.

Los españoles habiendo ganado los pueblos, acordaron para mas comodidad y seguridad dellos, juntar el un pueblo con el otro, por no estar divididos para lo que se les ofreciese. Así lo pusieron luego por obra, y derribaron el uno de los pueblos, y pasaron toda la comida, madera y paja que en él habia al otro, con que lo agrandaron y fortificaron lo mejor que les fue posible, y se alojaron en él. En estas cosas gastaron los nuestros veinte dias, porque estaban flacos y debilitados, y no podian trabajar todo lo que quisieran y les era necesario.

Con el abrigo de las buenas casas, y el regalo de la mucha comida, empezaron á convalecer los enfermos, que eran casi todos; y los naturales de aquella provincia fueron tan buenos, que aunque no tenían amistad con los españoles, no les dieron pesadumbre, ni hicieron contradiccion alguna, ni pretendie-

ron acecharlos por los campos, ni darles armas y rebatos de noche. Todo lo cual atribuían á particular providencia de la misericordia de Dios.

Llamábase aquel pueblo y su provincia Aminoya. Estaba diez y seis leguas el rio arriba del pueblo Guachoya, en cuya demanda habian venido los nuestros; los cuales habiendo cobrado alguna salud y fuerzas, viendo que era ya llegada la menguante de enero del año mil y quinientos y cuarenta y tres, dieron órden en cortar madera de que hacer los bergantines, en que pensaban salir por el rio abajo á la mar del Norte, de la cual madera habia mucha abundancia por toda aquella comarca. Procuraron con toda diligencia haber las demas cosas que eran menester, como járcia, estopa, resina de árboles para brea, mantas para velas, remos y clavazon. A todo lo cual acudieron todos con gran prontitud y ánimo.

Alonso de Carmona dice en su relacion, que al entrar deste pueblo Aminoya, iban él y el capitan Espindola, que era capitan de la guarda del gobernador, y que hallaron una vieja, que no habia podido huir con la demas gente que huyó, la cual les preguntó ¿á qué venian á aquel pueblo? y respondiéndole que á invernar en él, les dijo, ¿que dónde pensaban estar ellos y poner sus caballos? porque de catorce en catorce años salia de madre aquel rio grande, y bañaba toda aquella tierra, y que los naturales della se guarecian en los altos de las casas, y que era aquel año el catorceno: de lo cual se rieron ellos, y lo echaron por alto. Todas son palabras del mismo Alonso de Carmona, como él las escribió en esta su peregrinacion, que este nombre le dá á eso poco que escribió no para imprimir.

CAPÍTULO VIII.

Dos curacas vienen de paz, los españoles tratan de hacer siete bergantines.

Ya por este tiempo, y antes, se habia publicado por toda aquella comarca como los castellanos se habian vuelto de su viage, y estaban alojados en la provincia y pueblo Aminoya. Lo cual sabido por el curaca y señor de la provincia Anilco, de quien atrás hecimos mencion, temiendo no hiciesen los españoles en su tierra el daño que las otras veces habian hecho, y porque sus enemigos los de Guachoya, favoreciéndose de ellos, no fuesen á vengarse dél y hiciesen las abominaciones que en la jornada pasada hicieron, quiso enmendar el yerro que entonces hizo con su rebeldía y pertinacia, que tan dañosa le fue.

Empero no osando fiar de los españoles su persona, mandó llamar á un indio deudo suyo muy cercano, que de muchos años atrás habia sido y era su capitán general y gobernador en todo su estado, y le dijo: ireis en mi nombre al general de los españoles, y le direis como os envio en lugar de mi propia persona, que por faltarme salud no voy personalmente á servirles, que les suplico cuan encarecidamente puedo, me reciban en su amistad y servicio; que yo les prometo y doy mi fé de les ser leal y obediente servidor en todo lo que de mi casa y estado quisieren servirse.

Estas palabras direis de mi parte, y de la vuestra, y de los demas indios que con vos fueren; hareis toda la buena ostentacion de obras que os fuere posible en lo que os mandáren, para que los castellanos crean el ánimo que me queda y el que vosotros llevais de agradecerles en todo lo que fuere de su servicio.

Con esta embajada salió de su tierra el capitán ge-

neral Anilco, que por no saber su propio nombre, le damos el de su curaca, y acompañado de veinte y cuatro hombres nobles muy bien arreados de plumages y mantas de aforros, y otros tantos indios que venian cargados de frutas y pescados, y carne de venado, y docientos indios para que sirviesen á todo el ejército, llegó ante el gobernador Luis de Moscoso, y con todo respeto y buen semblante dió su embajada repitiendo las mismas palabras que su cacique le habia dicho; y en pos dellas ofreció su persona, significando el buen ánimo y voluntad que todos ellos tenían de le servir, y al fin de sus ofrecimientos dijo: señor, no quiero que V. S. dé crédito á mis palabras, sino á las obras que nos viere hacer en su servicio.

El gobernador le recibió con mucha afabilidad, y le hizo la honra que pudiera hacer á su mismo cacique: dijo que le agradecia mucho sus buenas palabras, ánimo y voluntad; y para el curaca dió muchas encomiendas diciendo, que estimaba y tenia en mucho su amistad: y á los demas indios nobles hizo muchas caricias, de que todos ellos quedaron muy contentos. Anilco envió el recaudo del gobernador á su señor, y él se quedó á servir á los españoles.

Dos dias despues vino el cacique Guachoya á besar las manos al gobernador, y á confirmar el amistad pasada, trujo un gran presente de las frutas, pescados y caza que en su tierra habia. Al cual asimismo recibió el general con mucha afabilidad y caricias. Mas á Guachoya no le dió gusto ver al capitán Anilco con los españoles, y menos de que le hiciesen la honra que todos le hacian; porque como atrás se ha visto, eran enemigos capitales. Empero como mejor pudo disimuló su pesar para mostrarlo á su tiempo.

Estos dos caciques, Guachoya y Anilco, asistieron

al servicio de los castellanos todo el tiempo que ellos estuvieron en aquella provincia llamada Aminoya, y cada ocho dias se iban á sus casas, y volvian con nuevos presentes y regalos. Y aunque ellos se iban, quedaban sus indios sirviendo á los españoles. Los cuales como para salir de aquel reino tuviesen puesta su esperanza en los bergantines que habian de hacer, entendian con toda diligencia en prevenir las cosas necesarias para ellos, y para los poner en efecto dieron el cargo principal de la obra á maestro Francisco Ginovés, gran oficial de fábrica de navíos: el cual habiendo tanteado el tamaño que los bergantines habian de tener, conforme á la gente que en ellos se habia de embarcar, halló que eran menester siete; y para este número de bergantines previnieron lo necesario, y porque el invierno con sus aguas no les estorbaba el trabajar, hicieron cuatro galpones muy grandes, que servian de atarazanas, donde todos ellos, sin diferencia alguna, trabajaban igualmente, y cada cual, sin que se lo mandasen, acudia al ministerio que mejor se amañaba. Unos á aserrar la madera para tablas. Otros á labrarla con azuela. Otros á majar el hierro para la clavazon. Otros á hacer carbon. Otros á labrar los remos. Otros á torcer la jarcia: y el soldado ó capitán que mas trabajaba en estas cosas se tenia por mas honrado.

En estos ejercicios se ocuparon los nuestros todo el mes de hebrero, marzo y abril, sin que los indios de aquella provincia los inquietasen, ni estorbasen de su obra, que no fue poca merced que les hicieron.

El general Anilco se mostró en todo este tiempo y despues amicísimo de los españoles: porque con mucha prontitud acudia á proveer las cosas que le pedian necesarias para los bergantines. Trajo muchas

mantas nuevas y viejas, que era la falta que los españoles temían que no se había de cumplir, por haber pocas en todo aquel reino: mas la amistad deste buen indio, y su buena diligencia, facilitaba lo que los nuestros tenían por mas dificultoso.

Las mantas nuevas guardaron para velas, y de las viejas hicieron hilas que sirviesen de estopa, para calafetear los navíos. Estas mantas hacen los indios de la Florida de cierta yerba como malvas, que tiene hebra como lino, y della misma hacen hilo y le dán los colores que quieren finísimamente.

Trujo asimismo Anilco mucha cantidad de sogas gruesas y delgadas para jarcia, escotas y gumenas. En todas estas cosas y otras que este buen indio proveía, lo que mas le era de estimar y agradecer, era la buena voluntad y largueza con que las daba; porque siempre acudia con mas de lo que le pedían, y venia con tanta puntualidad en los plazos, que para proveer esto ó aquello tomaba, que nunca los dejaba pasar; y entre los españoles andaba como uno de ellos ayudándoles á trabajar, y diciendoles pidiesen lo que hubiesen menester, que deseaba servirles y mostrar el amor que les tenia.

Por las cuales cosas el general y sus capitanes y soldados, le hacian la misma honra que pudieran hacer al gobernador Hernando de Soto si fuera vivo, y Anilco la merecia así por su virtud como por el buen aspecto de su rostro y su persona, que en extremo era gentil hombre.

CAPÍTULO IX.

Hacen liga diez curacas contra los españoles, y el Apu Anilco avisa della.

El curaca Guachoya, aunque servia y proveía

*

las cosas que eran menester para los navíos, era con mucha tardanza y tanta escaseza, que de lejos se le veía cuán contrario era su ánimo al de Anilco. Juntamente con esto se le notaba el pesar y enojo que consigo traía de ver la estima y honra que los españoles hacían al capitán Anilco siendo pobre, y vasallo de otro, que era mucha mas que la que á él le hacían, siendo rico y señor de vasallos, que le parecía había de ser al contrario, y dar la honra á cada uno conforme á su hacienda, y no conforme á su virtud: de la cual le nació tan gran envidia, que lo traía muy fatigado sin dejarle reposar, hasta que un dia, no pudiendo sufrir su pasión la mostró muy al descubierto como veremos adelante.

Será razon digamos aquí lo que intentaron los indios de la comarca entre tanto que los castellanos hacían sus carabelas: para lo cual es de saber, que frontero del pueblo Guachoya, de la otra parte del rio grande (como atrás dijimos) había una grandísima provincia, llamada Quigualtanqui, abundante de comida, y poblada de mucha gente; cuyo señor era mozo y belicoso, amado y obedecido en todo su estado, y temido en los agenos por su gran poder.

Este cacique viendo que los españoles hacían navíos para irse por el rio abajo; y considerando que pues habían visto tantas y tan buenas provincias, como en aquel reino habían descubierto, y que llevando noticia de las riquezas y buenas calidades de la tierra (como gente codiciosa que buscaba donde poblar) volverían en mayor número á la conquistar y ganar para sí, quitándola á sus señores naturales: lo cual le pareció que sería bien prevenirse con dar órden que los españoles no saliesen de aquella tierra, sino que muriesen todos en ella, porque en parte alguna no diesen aviso de lo que en aquel reino habían

visto. Con este mal propósito mandó llamar los nobles y principales de su tierra, y les declaró su intención, y les pidió su parecer.

Los indios concluyeron ser muy acertado lo que su curaca y señor contra los castellanos queria hacer, y que el parecer y consejo dellos era, que con toda brevedad se pusiese por obra la intencion del cacique, y que ellos le servirian hasta morir.

Con esta comun determinacion de los suyos, Quigualtanqui por asegurar mas su hecho, envió embajadores á los demas caciques y señores de la comarca, avisándoles de la determinada voluntad que contra los españoles tenia, y que pues el peligro que temia y deseaba remediar corria por todos, les rogaba y exhortaba, dejadas las enemistades y antiguas pasiones que siempre entre ellos habia, acudiesen conformes y unánimes á estorbar y atajar el mal que les podria venir si gentes estrañas fuesen á quitarles sus tierras, mugeres y hijos, haciéndolos esclavos y tributarios.

Los curacas y señores de la comarca recibieron cada uno de por sí con mucho aplauso y regocijo á los embajadores de Quigualtanqui, y con la misma solemnidad aprobaron su parecer y consejo, y loaron mucho su discrecion y prudencia, así por parecerles que tenia razon en lo que decia, como por no le desdeñar y enojar si le contradijesen, que todos le temian por ser mas poderoso que ellos.

Desta manera se aliaron diez curacas de una parte y otra del rio, y entre todos ellos fue acordado que cada uno en su tierra, con gran secreto y diligencia, apercibiese la gente que pudiese, y juntase las canoas y los demas aparatos necesarios para la guerra que en tierra y agua pretendian hacer á los españoles, y que con ellos fingiesen paz y amistad,

para descuidarlos y tomarlos desapercibidos; y que cada uno de por sí enviase sus embajadores, y no fuesen todos juntos porque los españoles no sospechasen algo de la liga, y se recatasen dellos.

Concluida la conjuración entre los curacas, Quigualtanqui, como principal autor della, envió luego sus mensajeros al gobernador Luis de Moscoso, ofreciéndole su amistad, y el servicio que de él quisiese recibir. Lo mismo hicieron los demas caciques; á los cuales respondió el general agradeciendo su buen ofrecimiento, y que los españoles holgaban mucho tener paz y amistad con ellos; y en efecto holgaron con la embajada, no entendiendo la traición que debajo de ella habia; y el contento fue, porque habia muchos dias que andaban ahitos de pelear.

En esta liga aunque fue convidado no quiso entrar el cacique Anilco, ni su capitán general, á quien tambien llamamos Anilco, antes les pesó saber que los demas curacas tratasen de matar los castellanos, porque los amaban y querian bien. Con este amor, y por cumplir la fé y palabra que de su leal amistad les habia dado el Apu Anilco de parte de su cacique y suya, dió cuenta al gobernador de lo que los indios de la comarca trataban contra el: y habiendo dado el aviso, dijo que de nuevo ofrecia á su señoría el servicio y amistad de su cacique y la suya, y que le servirian con el mismo amor y lealtad que hasta entonces; y prometia de avisar adelante lo que entre los conjurados se tratase.

El gobernador con muy buenas palabras agradeció al general Anilco lo que le dijo, y las mismas envió á decir á su curaca, estimando mucho su amistad y lealtad.

Es de notar que el cacique Anilco, aunque hacia á los españoles la amistad y servicio que hemos dicho,

nunca quiso venir á ver al general, y siempre se escusó con decir que tenia falta de salud. Mas la verdad es, que él mismo confesaba á los suyos estar corrido y avergonzado de no haber aceptado la paz y amistad que los castellanos cuando la primera vez vinieron á su tierra le habian ofrecido; y decia que este empacho no le daba lugar á que pareciese ante ellos.

El curaca Guachoya, que tambien se mostraba ser amigo de los nuestros, no se pudo saber de cierto si entraba en la liga ó no: mas sospechóse que pues no daba noticia della, la consentia, y que á su tiempo entraria en ella. A esta sospecha y mal indicio ayudaba otro peor, que era el odio y rancor que mostraba tener al capitan Anilco, y lo mucho que le pesaba de que el gobernador y los españoles le honrasen y preciasen tanto como lo estimaban. Lo cual ellos hacian en agradecimiento de lo mucho que les ayudaba para hacer los bergantines, y por lo que nuevamente con su lealtad les habia obligado en avisarles del levantamiento de la tierra. Empero Guachoya, no atendiendo á las obligaciones de los españoles, antes instigado de la enemistad antigua, y de la envidia presente, andaba siempre con el gobernador, descomponiendo y desacreditando á Anilco, diciendo dél en secreto todo el mal que podia. Lo cual atribuían el general y sus capitanes, que lo hacia con industria y maña para que no creyesen á Anilco si de la liga les hubiese dicho ó dijese algo: porque Guachoya, por no haber querido Anilco entrar en ella, lo tenia por sospechoso y contrario de todos; y temia que habia de descubrir la traicion que los demas curacas tenian ordenada, y así andaba disimuladamente previniendo lo que parecia convenirle.

CAPÍTULO X.

Guachoya habla mal de Anilco ante el gobernador, y Anilco le responde y desafia á batalla singular.

Con sus pasiones viejas y nuevas anduvo Guachoya contrastando algunos dias por no mostrarlas en público. Mas no pudiendo contenerse en ellas, perdida la paciencia y todo buen comedimiento, dijo al gobernador públicamente en presencia de muchos capitanes y soldados que con él estaban, y delante del mismo Anilco, muchas palabras que segun las lenguas declararon decian así.

Señor, dias há que traigo mucha pesadumbre de ver la demasiada honra que V. S. y estos caballeros capitanes y soldados hacen á este hombre; porque el honor me parece que se deba dar á cada uno conforme á su estado, y segun su calidad y cantidad, y de lo uno y de lo otro hay en él poco, ó nada, porque es pobre, hijo y nieto de padres y abuelos pobres, y de su linage es lo mesmo, que no tiene mas calidad que ser criado y vasallo de otro señor como yo; y yo tambien tengo criados y vasallos que le igualan, y ventaja en calidad y hacienda.

He dicho esto á V. S. para que vea en quien emplea su favor y crédito; para que de hoy mas no dé tanta fé á sus palabras que venga á redundar en perjuicio ageno: que siendo él pobre, y no teniendo linage á que respetar, engañará á V. S. fácilmente sino se recela dél. Esto fue en suma lo que el cacique Guachoya dijo; empero el semblante y otras muchas palabras supérfluas é injuriosas que habló, mostraron bien el odio y la envidia que al capitan Anilco tenia.

El cual entre tanto que Guachoya hablaba, no

hizo semblante alguno de interromperle , que fue notado por los españoles; antes sin hablar palabra ni hacer meneo, le dejó decir todo lo que quiso; y cuando vió que habia acabado , se levantó en pie y dijo al gobernador , suplicaba á su señoría le hiciese merced de permitir que pues Guachoya en presencia de su señoría y de tantos capitanes y soldados sin respeto dellos le habia maltratado en su honra , le fuese lícito delante dellos mismos volver por ella con verdad y justicia; y lo que así no fuese , holgaría que Guachoya le contradijese , para que se averiguase y sacase en limpio la verdad de lo que en aquel caso habia , para que se viese la poca ó ninguna razon que Guachoya tenia de haberle maltratado. Y que pues su señoría en paz y en guerra era gobernador , capitan general y juez supremo de todos ellos , no le negase la peticion ; pues era justa y en cosa de su honra que él tanto estimaba.

Luis de Moscoso le dijo que hablase lo que bien le estoviese , mas que fuese sin desacatar ni maltratar á Guachoya , porque no se lo consentiria. Y á los intérpretes mandó que declarasen lo que Anilco dijese sin quitarle nada , para ver si decia algun descomedi-
miento á Guachoya.

Anilco habiendo hecho una solemnísimá veneracion al gobernador , dijo que hablaria verdades sin desacatar á nadie , y suplicaba á su señoría le perdonase , que habia de ser prolijo; y diciendo esto se volvió á sentar , y enderezando el rostro á Guachoya , le habló el razonamiento siguiente á pedazos , porque los intérpretes lo fuesen declarando como lo iba diciendo.

Guachoya , sin razon alguna me habeis querido menospreciar y maltratar delante del gobernador y de sus caballeros , debiéndome honrar por lo que

vos sabeis, y yo adelante diré que he hecho por vos y por vuestro estado. Yo tengo licencia del gobernador para responderos volviendo por mi honra, no me contradigais lo que con verdad digere, porque con vuestros propios vasallos y criados lo probaré para mayor vergüenza y confusion vuestra.

Lo que no fuere verdad, ó lo que yo con vanidad y soberbia dijere encarecidamente mas de lo justo, holgaré que lo contradigais, porque deseo que el gobernador y todo su ejército sepa la verdad ó falsedad de lo que habeis dicho, y vea la sinrazon que para decirlo habeis tenido: por tanto no me atajeis hasta que haya acabado.

Decís que soy pobre, y que lo fueron mis padres y abuelos, decís verdad, que no fueron ricos; mas no tan pobres como vos los haceis, que siempre tuvieron hacienda propia de que se sustentaron, y yo con el favor de mi buena ventura, de vuestros despojos, y de otros tan grandes señores como vos, he ganado en la guerra muy largamente lo que para sustentar mi casa y familia he menester, conforme á la calidad de mi persona; de manera que ya puedo entrar en el número de los ricos que vos tanto estimais.

A lo que decís que soy de vil y bajo linage, bien sabeis que no dijísteis verdad, que aunque mi padre y abuelo no fueron señores de vasallos, lo fue mi bisabuelo y todos sus antepasados, cuya nobleza hasta mi persona se ha conservado sin haberse estragado en cosa alguna: de suerte que en cuanto á la calidad y linage, soy tan bueno como vos y como todos cuantos señores de vasallos sois en toda la comarca.

Decís que soy vasallo de otro, decís verdad, que no todos pueden ser señores; porque de los hijos de un señor, el mayor se lleva el estado y los demas hermanos quedan por súbditos. Mas tambien es ver-

dad que mi señor Anilco, ni su padre, ni abuelo, ni á mí ni á los míos, no nos han tratado como á vasallos, sino como á deudos cercanos, descendientes de hijo segundo de su casa, de su propia carne y sangre. Y nosotros como tales, nunca le hemos servido en oficios bajos y serviles, sino en los mas preminentes de su casa; y en mi particular sabeis que apenas pasaba yo de los veinte años, cuando me eligió por su capitan general, y poco despues me nombró por su lugar-teniente, y gobernador en todo su estado y señorío; de manera que há veinte años que en la paz y en la guerra soy la segunda persona de Anilco, mi señor. Y despues que soy su capitan general, sabeis que he vencido todas las batallas que contra sus enemigos he dado.

Particularmente vencí en una batalla á vuestro padre, y despues á todos sus capitanes que en veces envió contra mí; y ahora últimamente, despues que heredásteis vuestro estado habrá seis años, juntásteis todo vuestro poder, y me fuísteis á buscar solo por vengaros de mí, y yo salí al encuentro y dí la batalla, y os vencí y prendí en ella á vos y á dos hermanos vuestros, y á todos los nobles y ricos de vuestra tierra.

Entonces si yo quisiera pudiera quitaros el estado y tomarlo para mí, pues en todo él no habia quien me lo contradijera, y la gente comun de vuestros vasallos quizá holgáran dello antes que pesarles; mas no solamente no lo pretendí, ni aun lo imaginé, antes en la prision os regalé y serví, como si fuéades mi señor y no mi prisionero; y lo mismo hice con vuestros hermanos, y vasallos y criados, hasta el menor dellos. Y en las capitulaciones de vuestra libertad, y de los vuestros, os fuí muy buen tercero, que por mi causa salísteis todos de la prision, por-

que sin hacer mucho caudal de las palabras y promesas que entonces hicisteis, fui vuestro fiador y abonador dellas: porque cuando las quebrantásedes como este verano pasado las quebrantásteis, tenia ánimo de volveros á la prision, como lo haré cuando se hayan ido los españoles; con cuyo favor no entendiendo ellos vuestro mal pecho, fuisteis á ultrajar el templo y entierro de mi señor Anilco, y de sus pasados, y quemarle sus casas y pueblo principal; lo cual os será bien demandado, yo os lo prometo.

Decís tambien que la honra y estima que se debe al señor de vasallos, no es bien que se dé al que no lo es: teneis razon, cuando él merece ser señor. Mas juntamente con esto sabeis vos, que muchos súbditos merecen ser señores; y muchos señores aun para ser vasallos y criados de otros no son buenos. Y si el estado que tanto os ensoberbece no lo hubiérades heredado, no hubiérades sido hombre para ganarlo; y yo que nací sin él, si hubiera querido, lo he sido para habéroslo quitado. Y porque no es de hombres, sino de mugeres, reñir de palabra, vengamos á las armas, y véase por esperiencia cuál de los dos merece por su virtud y esfuerzo ser señor de vasallos.

Vos y yo entremos solos en una canoa. Por este rio grande abajo van á vuestra tierra, y por otro, que siete leguas de aquí entran en él, van á la mia; el que mas pudiere en el camino, lleve la canoa á su casa. Si me matáredes habreis vengado como hombre vuestros agravios; pues para vos lo han sido los favores que mi buena ventura me ha dado, y la honra y merced que estos caballeros me han hecho y hacen; y tambien habreis satisfecho á la envidia y mal querencia que contra mí os traen fuera de razon. Y si yo

os matáre, os enviaré desengañado, que el merecimiento de los hombres no está en ser muy ricos, ni tener muchos vasallos, sino en merecerlos por su propia virtud y valentía.

Esto respondo á las palabras que tan sin razon contra mi honra y linage dijísteis sin haberos yo ofendido en cosa alguna, si ya no tomáis por ofensa el haber yo servido á mi señor Anilco lealmente y con buena dicha. Mirad si teneis algo que contradecirme, que yo me ofrezco á la prueba, para que estos españoles vean que es verdad lo que he dicho. Y si sois hombre para aceptar el desafio que para en la canoa os hago, decid lo que se os antojáre, que en ella me satisfaré de todo lo que mal hubiérades hablado.

CAPÍTULO XI.

Hieren los españoles un indio espía; y la queja que sobre ello tuvieron los curacas.

El cacique Guachoya no respondió cosa alguna á todo lo que el capitán general Anilco le dijo, antes en el semblante del rostro mostró quedar corrido y avergonzado de haber movido la plática (que muchas veces suele acaecer quedar afrentado el que pretende afrentar á otro), por lo cual el gobernador y los que con él estaban infirieron que era verdad lo que Anilco habia dicho, y de allí adelante lo tuvieron en mas.

El general Luis de Moscoso habiendo considerado que la enemistad de los caciques si la dejase pasar adelante redundaria en daño y perjuicio suyo, porque haciéndose ellos guerra no acudirian con la provision de las cosas necesarias para hacer los bergantines, les dijo que pues igualmente ambos eran sus amigos, no sería razon que entre sí fuesen ene-



migos, porque no sabrian los castellanos á cual de ellos acudir á hacer amistad: por tanto les rogaba que olvidada toda enemistad que entre ellos hubiese habido fuesen amigos.

Los curacas respondieron que holgaban obedecer á su señoría, y le prometian no hablar mas en aquel caso. Empero el gobernador, no fiando en las promesas que Guachoya habia hecho de su amistad, temió no tuviese alguna celada en el camino para quando Anilco se fuese á su casa y se vengase dél. Por lo cual, quatro dias despues de lo que hemos dicho, que Anilco se quiso ir, mandó le acompañasen treinta caballeros hasta ponerlo en seguro. Aunque Anilco lo rehusaba y mostraba tener tan poco temor á su contrario, que decia no haber menester los caballos; y aunque entonces los llevó por obedecer al gobernador, otras muchas veces fue y vino á su casa con no mas de diez ó doce indios de compañía, por dar á entender á los españoles que temia poco ó nada á sus contrarios.

Entre tanto que estas cosas pasaban en el real de los castellanos, el curaca Quigualtanqui y sus conjurados, no cesaban en su mala intencion, antes con ella de dia y de noche con presentes y recaudos fingidos enviaban muchos mensageros; los cuales despues de haberlos dado, andaban por todo el alojamiento de los españoles en son amigos, mirando con atencion cómo se velaban los cristianos de noche, y de qué manera tenian las armas, y á qué recaudo estaban los caballos para aprovecharse en su traicion de cualquiera descuido que los nuestros pudiesen tener. Y no aprovechaba cosa alguna que el gobernador les hubiese mandado muchas veces que no viniesen de noche, antes lo hacian peor, porque les parecia que siendo ami-

gos como se fingian tenian libertad para todo aquello.

De lo cual desdeñado Gonzalo Silvestre, de quien otras veces hemos hecho mencion, el cual como los demas españoles habia estado enfermo y llegado muchas veces á lo último de la vida, viéndose ya convaleciente, y siendo una noche centinela, y guarda de una de las puertas del pueblo, velando el cuarto de la modorra, á punto de la media noche, con una luna clara que hacia, vió venir dos indios con grandes plumages en las cabezas, y sus arcos y flechas en las manos. Los cuales habiendo pasado el foso de agua, por un árbol caido que servia de puente, se fueron derechos á la puerta. Gonzalo Silvestre dijo al compañero que con él velaba, llamado Juan Garrido, natural de tierra de Burgos. Aquí vienen dos indios, y al primero que entráre por la puerta pienso dar una cuchillada por la cara, porque no se desvergüencen tanto á venir de noche, habiendo el gobernador prohibídolo.

El castellano respondió diciendo: dejádmela dar á mí, que estoy algo mas recio, porque vos estais muy flaco y debilitado. Gonzalo Silvestre dijo: para asombrarles como quiera que se la dé bastará. Y diciendo esto se apercibió para recibir los indios que llegaban cerca. Los cuales viendo la puerta abierta, que era un postigo pequeño, sin pedir licencia, ni hablar palabra, se entraron por ella como si entráran por su propia casa. Viendo el español la desvergüenza y poco temor que traian, se le dobló el enojo; y al primero que entró le dió una cuchillada en la frente, de la cual cayó en el suelo; y apenas hubo caido cuando se levantó, y cobrando su arco y flechas volvió las espaldas huyendo á mas no poder. Gonzalo Silvestre, aunque pudo, no quiso matarle por parecerle que para escarmentar los indios

bastaba lo hecho. El indio compañero del herido, sintiendo el golpe, sin aguardar á ver qué habia sido del compañero, echó á huir, y atinando al árbol que estaba en el foso, pasó por él, y llegó donde habia dejado la canoa en el rio grande, y sin esperar al amigo se metió en ella y pasó el rio, tocando arma á los suyos.

El indio herido con la sangre que le caia sobre los ojos, ó por miedo que podia llevar no fuesen tras él para acabarlo de matar, se arrojó al agua del foso y lo pasó á nado, é iba dando voces al compañero que estaba ya en su salvo. Los indios que habia de la otra parte del rio, oyendo las voces del herido, salieron al socorro, y lo cobraron y llevaron consigo.

El dia siguiente al salir del sol vinieron cuatro indios principales al gobernador, á quejarse en nombre de Quigualtanqui y de todos los caciques sus vecinos y comarcanos, de que con tanto agravio y general menosprecio de todos ellos se hubiese violado la paz y amistad que entre ellos tenian hecha; porque decian que el indio herido era de los mas principales y mas emparentados que entre ellos habia. Por tanto suplicaba á su señoría para satisfaccion de todos, mandase luego matar públicamente al soldado ó capitan que lo hubiese hecho, porque el indio quedaba herido de muerte.

A medio dia vinieron otros cuatro indios principales con la misma demanda, y dijeron que el indio quedaba muriéndose. A puesta del sol volvieron otros cuatro con la misma queja, diciendo que ya el indio era muerto, y que pedian satisfaccion de su muerte con la del español que tan injustamente se la habia dado.

CAPÍTULO XII.

Diligencia de los españoles en hacer los bergantines, y de una bravísima creciente de el rio grande.

El general Luis de Moscoso respondió todas tres veces, que él no habia mandado lo que con el indio herido se habia hecho, porque deseaba conservar la paz y amistad que con Quigualtanqui y los demas curacas tenia hecha: que un soldado que presumia mucho de la soldadesca, y de guardar las reglas militares, lo habia hecho de oficio. Al cual si por complacer á los caciques él quisiese castigar, no se lo consentirian los demas soldados y capitanes; porque en rigor de justicia ó de milicia, el soldado no habia tenido culpa en haber hecho bien su oficio: que el indio herido ó muerto, que sin hablar á las centinelas habia entrado, y los caciques que lo habian enviado á aquellas horas, habiendo sido avisados no enviasen recaudos de noche, tenian la culpa: y que pues en lo pasado ya no habia remedio, en lo porvenir hiciesen los caciques lo que se les habia encomendado, para que no hubiesen achaques de quebrantar la paz y de perder la amistad que entre ellos habia.

Con esta respuesta se fueron muy enojados los embajadores, y la dieron á los caciques, incitándoles á mayor ira y enojo con el atrevimiento y desden de los españoles. Por lo cual todos ellos acordaron, que disimulando la ofensa recibida, para vengarla á su tiempo, se diesen mas priesa á poner en ejecucion lo que contra ellos tenian maquinado.

Entre los nuestros tampoco faltó capitan que aprobase la queja de los indios, diciendo que era mal hecho que no se castigase la muerte de un indio principal, que era dar ocasion á los caciques amigos á que se rebelasen contra ellos. Sobre la cual plática

hubiera habido entre los españoles muy buenas pendencias, si los mas discretos y menos apasionados no las escusáran; porque ella habia nacido de cierta passion secreta que entre algunos de ellos habia.

Quando sucedió lo que hemos dicho, era ya á los principios de marzo, y los castellanos, con deseo de salir de aquella tierra que los dias se les hacian años, no cesaban un solo punto de la obra de los carabelones, y los mas de los que trabajaban en las herrerías y carpinterías, eran caballeros nobilísimos, que nunca imaginaron hacer tales officios, y estos eran los que en ellos mejor se amañaban: porque el mejor ingenio que naturalmente tienen, y la necesidad que tenian de otros mejores officiales, les hacía ser maestros de lo que nunca habian aprendido.

A esta obra de navíos llamamos unas veces bergantines y otras carabelones, conforme al comun lenguaje destes españoles que los llamaban así; y en efecto, ni eran lo uno, ni lo otro, sino unas grandes barcas, hechas segun la poca, flaca y afligida posibilidad que para las hacer los nuestros tenian.

El capitan general Anilco era el todo de esta obra, por la magnífica provision que hacia de todo lo que para los bergantines le pedian, que era con tanta abundancia en las cosas, y con tanta brevedad en el tiempo, que los mismos cristianos confesaban, que si no fuera por el favor y ayuda deste buen indio, era imposible que salieran de aquella tierra.

Otros españoles que no tenian habilidad para labrar hierro, ni madera, la tenian para otras cosas tan necesarias como aquellas, que era el buscar de comer para todos. Estos particularmente procuraban matar pescado del rio grande, porque era cuaresma, y lo habian menester. Para la pesquería hicieron anzuelos grandes y chicos, que hubo quien se atreviese á ha-

cerlos tan diestra y sotilmente, que parecia haberlos hecho toda su vida; los cuales echaban en el rio á prima noche, cebados y engastados en largos volantines, y los requerian por la mañana, y hallaban grandísimos peces asidos á ellos.

Peze hubo destos muertos así con anzuelo, que la cabeza sola pesó cuarenta libras de á diez y seis onzas. Con la buena diligencia de los pescadores que los mas dias sobraba pescado, y con el mucho maiz, legumbres, y fruta seca que los españoles hallaron en los dos pueblos llamados Aminoya, tuvieron bastante de comer toda la temporada que en aquella provincia estuvieron, y aun les sobró para llevar despues en los bergantines.

Quigualtanqui y los demas curacas de la comarca, mientras andaba la obra de los carabelones, no estaban ociosos, que cada uno dellos por sí levantaba en su tierra toda la mas gente de guerra que podia, para juntar entre todos treinta ó cuarenta mil hombres de pelea, y dar de sobresalto en los españoles, y matarlos todos, ó á lo menos quemarles toda la máquina y aparato que para los navíos tenían hecho, de manera que por entonces no pudiesen salir de su tierra; porque despues con la guerra continua que les pensaban hacer, les parecia los irian gastando con facilidad, porque ya les veían pocos caballos, que era la fuerza principal dellos, y los hombres eran ya tan pocos, que segun se habian informado faltaban las dos tercias partes de los que en la Florida habian entrado. Y sabian que su capitán general Hernando de Soto, que valia por todos ellos era ya fallecido. Por las cuales nuevas, les crecia el deseo de poner en efecto su mala intencion, y no esperaban mas de ver llegado el dia que para su traicion tenían señalado.

El dia debia de estar ya cerca, porque unos indios

de los que de ordinario traían los presentes y recaudos falsos de los curacas, encontrándose á solas con unas indias criadas de los capitanes Arias Tinoco, y Alonso Romo de Cardenosa, les dijeron: tened paciencia, hermanas, y alegraos con las nuevas que os damos, que muy presto os sacaremos del cautiverio en que estos ladrones vagamundos os tienen; porque sabed que tenemos concertado de los degollar, y poner sus cabezas en sendas lanzas para honra de nuestros templos y entierros; y sus cuerpos han de ser atasajados y puestos por los árboles, que no merecen mas que esto. Las indias dieron luego cuenta á sus amos de lo que los indios les habian dicho.

Sin este indicio las noches que hacian serenas se oía el ruido que en diversos lugares de la otra parte del rio los indios hacian, y se veían muchos fuegos apartados unos de otros, y se entendia claramente que fuesen tercios de gente de guerra que se andaba juntando para ejecutar su traicion.

La cual por entonces Dios nuestro Señor estorbó con una poderosísima creciente del rio grande, que en aquellos mismos dias, que eran los ocho ó diez de marzo, empezó á venir con grandísima pujanza de agua; la cual á los principios fue hinchendo unas grandes playas que habia entre el rio y sus barrancas: despues fue poco á poco subiendo por ellas hasta llenarlas todas. Luego empezó á derramarse por aquellos campos con grandísima bravosidad y abundancia; y como la tierra fuese llana sin cerros, no hallaba estorbo alguno que le impidiese la inundacion della.

A los diez y ocho de marzo de mil y quinientos y cuarenta y tres, que aquel año fue domingo de Ramos, segun parece por los computistas, antes de la re-formacion de los diez dias del año, andando los españoles en la procesion que con todos sus trabajos

hacian, celebrando la entrada de nuestro Redentor en Jerusalem, conforme á las ceremonias de la santa Iglesia romana, madre y Señora nuestra, entró el río con la ferocidad y braveza de su creciente por las puertas del pueblo Aminoya, y dos dias despues no se podian andar las calles sino en canoas.

Tardó esta creciente cuarenta dias en subir á su mayor pujanza, que fue á los veinte de abril: y era cosa hermosísima ver hecho mar lo que antes era montes y campos; porque á cada banda de su ribera se extendió el río mas de veinte leguas de tierra, y todo este espacio se navegaba en canoas, y no se veía otra cosa sino las aljumas y copas de los árboles mas altos. En este paso contando la creciente de el río, dice Alonso de Carmona: y nos acordamos de la buena vieja que nos dió el pronóstico desta creciente. Son estas sus propias palabras.

CAPÍTULO XIII.

Envian un caudillo español al curaca Anilco por socorro para acabar los bergantines.

Por las semejantes inundaciones que este río grande, y otros que en la historia se han nombrado, hacen con sus crecientes, procuran los indios poblar en alto donde hay cerros, y donde no los hay los hacen á mano, principalmente para las casas de los señores, así por la grandeza dellos, como porque no se aneguen; y las casas particulares las hacen tres y cuatro estados altas del suelo, armadas sobre gruesas vigas que sirven de pilares, y de unas á otras atraviesan otras vigas y hacen suelo, y encima deste suelo de madera levantan el techo con sus corredores por todas cuatro partes, donde echan la comida y las demas alhajas, y en ellas se socorren de las crecientes gran:

des. Las cuales no eran cada año, sino según que en las regiones y nacimientos de los ríos hubiese nevado el invierno antes, y lloviese el verano siguiente, y así fue la creciente de aquel año mil y quinientos y cuarenta y tres grandísima, por las muchas nieves que vimos haber caído el invierno pasado: si ya no fuese lo que dijo la vieja, que creciese de catorce en catorce años, lo cual se podrá experimentar si la tierra se conquista como yo lo espero.

Durante la creciente del río fue necesario enviar una escuadra de veinte soldados que fuesen en cuatro canoas atadas de dos en dos, porque yendo sencillas no se trastornasen en los árboles que debajo del agua topasen: los soldados habían de ir al pueblo de Anilco, que estaba veinte leguas de Aminoya, á pedir mantas viejas de que hacer estopa para calafetear los bergantines, y sogas para jarcias, y resina de árboles para brea; que aunque de todas estas cosas tenían hecha provision, les faltó para acabar la obra.

Por caudillo de los veinte soldados eligieron á Gonzalo Silvestre que fuese con ellos, así porque era muy buen soldado y capitán, como porque pocos días antes había hecho un gran servicio y regalo al curaca Anilco, y fue, que en la jornada que el año antes, como atrás dejamos dicho, el gobernador Hernando de Soto hizo al pueblo de Anilco, donde los Guachoyas hicieron aquellas crueldades, y quemaron el pueblo. Gonzalo Silvestre había preso un muchacho de doce ó trece años, el cual acertó á ser hijo del mismo cacique Anilco, que había traído consigo en todo el camino pasado que los españoles anduvieron hasta la tierra que llamamos de los Vaqueros, y lo había vuelto á la provincia de Aminoya, donde entonces estaban, y este muchacho solo le había quedado y escapado de la enfermedad pasada de cinco

indios de servicio que en aquella jornada habia llevado consigo; y cuando los españoles se volvieron al rio grande, el curaca Anilco habia hecho pesquisa de su hijo, y sabiendo que era vivo, como él fuese amigo de los españoles lo habia pedido, y Gonzalo Silvestre por los muchos beneficios que el cacique le hacia, se lo habia dado de muy buena voluntad, aunque el muchacho, como muchacho, al entregársele á los suyos, habia rehusado ir con ellos porque estaba ya hecho con los españoles.

Por este servicio que Gonzalo Silvestre habia hecho al curaca Anilco, lo eligió el gobernador por parecerle que teniéndole obligado con la restitucion del hijo alcanzaria mas gracia con él que otro alguno de su ejército.

El Silvestre fue con los veinte de su cuadrilla, y para guias y remeros llevó indios de los mismos de Anileo: llegando al pueblo halló que estaba hecho isla, y que la creciente del rio pasaba otras cinco ó seis leguas adelante, de manera que por aquella parte habia salido el rio de su madre veinte y cinco leguas.

Luego que el cacique Anilco supo que habia castellanos en su pueblo, y quién era el caudillo, y lo que venian á pedir, mandó llamar á su capitan general Anilco y le dijo: capitan, mostrareis el ánimo y voluntad que al servicio de los españoles tenemos con mandar que los regalen y festejen mas que á mi propia persona, y con darles el recaudo que para los bergantines piden tan cumplidamente, como si fueran nosotros mismos, por el amor que á todos les tenemos, y por la particular obligacion en que este capitan nos ha puesto con la restitucion de mi hijo; y mirad que fio esto de vuestra persona mas que de la mia, porque sé que á todo dareis mejor recaudo que yo, como haceis siempre lo que se os encomienda.

Dada esta orden mandó llamar á Gonzalo Silvestre, y que no fuese ninguno de los suyos con él, porque dijo que de no haberlos recibido con amistad la vez primera que á su tierra habian llegado, estaba tan corrido y avergonzado, que toda su vida sentiria pena y dolor de aquella mengua y afrenta que á sí propio se habia hecho, y que por este delito no osaba parecer delante de los españoles.

A Gonzalo Silvestre salió á recebir fuera de su casa, y lo abrazó con mucho amor, y lo llevó hasta su aposento; y no quiso que saliese dél todo el tiempo que los castellanos estuvieron en su pueblo. Gustaba mucho de hablar con él, y saber las cosas que á los españoles habian sucedido en aquel gran reino, y cuáles provincias, y cuántas habian atravesado, y qué batallas habian tenido, y otras muchas particularidades que habian pasado en aquel descubrimiento. Con estas cosas se entretuvieron los dias que allí estuvo Gonzalo Silvestre; y les servia de intérprete el hijo del cacique que le habia restituido.

Entre estas pláticas y otras que siempre tenian, dijo el cacique un dia de los últimos que Gonzalo Silvestre estuvo con él: basta, capitán, que Guachoya no habiendo él ni cosa suya tenido jamás ánimo ni osadía de poner los pies en todo el término de mi estado y señorío, se atrevió con el favor de los castellanos, venir á mi pueblo y entrar en mi propia casa y saquearla con mucha desvergüenza, y ningun respeto del que debia tenerme, y hizo otras insolencias y crueldades con los niños y viejos, en venganza nunca esperada de sus injurias: y no contento con lo que hizo en los vivos, pasó á injuriar los muertos con sacar los cuerpos de mis padres y abuelos de sus sepulcros, y echarlos por tierra y arrastrar, hollar, y acorrear los huesos que yo tanto estimo; y últimamente,

se atrevió á poner fuego á mi pueblo y casa, contra la voluntad del gobernador y de todos sus españoles, que bien informado estoy de todo lo que entonces hubo: á lo cual no tengo mas que decir sino que vosotros os ireis desta tierra, y nosotros nos quedaremos en ella, y quizá algun dia me desquitaré del juego perdido.

Las mismas palabras son que el cacique dijo á Gonzalo Silvestre, y las habló con todo el sentimiento de afrenta y enojo que se puede encarecer. Por lo cual se entendió que este curaca hubiese hecho y hiciese tanta amistad á los castellanos: lo uno porque no se inclinase á favorecer á Guachoya contra él; y lo otro porque para vengar su afrenta desease que los españoles se fuesen presto de aquella tierra, y por esto les hubiese dado y diese con tanta liberalidad los recaudos que para los bergantines le pedian; y así ahora últimamente para lo que pidieron, hizo todo el esfuerzo y diligencia posible, y con brevedad les dió recaudo de las mantas, sogas, y resina que les pedian en mas cantidad que habia sido la demanda, ni la esperanza della; porque los españoles habian ido temerosos, que por falta de lo que pedian no habia de poder el cacique darles recaudo.

El cual juntamente con las municiones les dió veinte canoas, é indios de guerra y de servicio, y un capitan que les sirviese y llevase á recaudo: y á la despedida abrazó á Gonzalo Silvestre, y le dijo, que le desculpase con el gobernador de no haber ido personalmente á besarle las manos; y que en lo que tocaba á la liga de Quigualtanqui y sus confederados, le avisaria con tiempo de lo que contra los castellanos maquinasen. Con este recaudo volvió Gonzalo Silvestre al gobernador, y le dió cuenta de lo que en aquel viage le habia sucedido.

Sucesos que durante el crecer y menguar del rio grande pasaron, y el aviso que de la liga dió Anilco.

Todo el tiempo que duró el crecer del rio grande, que fueron cuarenta dias, no cesaron los españoles de trabajar en la obra de los bergantines, aunque el agua les hacia estorbo; empero subíase á las casas grandes que digimos habian hecho altas del suelo, que llamaban atarazanas, y allá trabajaban con tan buena maña é industria en todos oficios, que aun hasta el carbon para las herrerías hacian dentro en aquellas casas encima de los sobrados de madera, y lo hacian de las ramas que cortaban de los árboles que salian fuera del agua, que entonces no habia otra madera ni leña, que todo estaba cubierto de agua. En estas obras los que mas notablemente ayudaban á trabajar, no solamente como ayudantes, sino como maestros que hubieran sido de herrería y carpintería y calafates, eran dos caballeros hermanos, llamados Francisco Osorio y García Osorio, deudos muy cercanos de la casa de Astorga; y el Francisco Osorio era en España señor de vasallos.

Los cuales aunque tan nobles, acudian con tanta prontitud, maña y destreza á todo lo que era menester trabajar, como siempre habian acudido á todo lo que fue menester pelear, y con el buen ejemplo de ellos se animaban todos los demas españoles nobles, y no nobles, á hacer lo mismo, porque el obrar tiene mas fuerza que el mandar para ser imitado.

Con la creciente del rio grande, como la inundacion fuese tan escesiva, se deshizo toda la gente de la guerra que los caciques de la liga contra los castellanos habian levantado: porque á todos ellos les fue

necesario y forzoso acudir á sus pueblos y casas á reparar y poner en cobro lo que en ellas tenían; con lo cual estorbó nuestro Señor que por entonces no ejecutasen estos indios el mal propósito que tenían de matar los españoles ó quemarles los navíos. Y aunque la gente se deshizo, los curacas no se apartaron de su mala intencion, y para la encubrir enviaban siempre recaudos de su amistad fingida. A los cuales respondia el gobernador con la disimulacion posible, dándoles á entender que estaba ignorante de la traicion dellos: mas no por eso dejaban de recatarse y guardarse en todo lo que convenia para que sus enemigos no le dañasen.

A los últimos de abril empezó á menguar el rio tan á espacio como habia crecido, que aun á los veinte de mayo no podian andar los castellanos por el pueblo, sino descalzos y en piernas por las aguas y lodos que habia por las calles.

Esto de andar descalzos fue uno de los trabajos que nuestros españoles mas sintieron de cuantos en este descubrimiento pasaron: porque despues de la batalla de Mauvila, donde se les quemó cuanto vestido y calzado traían, les fue forzoso andar descalzos: y aunque es verdad que hacian zapatos, eran de cueros por curtir, y de gamuzas, y las suelas eran de lo mismo y de pieles de venados, que luego que se mojaban se hacian una tripa; y aunque pudieran usando de su habilidad, pues la tenían para cosas mayores y mas dificultosas, hacer alpargates como lo hicieron los españoles en Méjico, y en el Perú, y en otras partes, en esta jornada de la Florida no les fue posible hacerlo porque no hallaron cáñamo, ni otra cosa de que los hacer. Y lo mismo les acaeció en el vestir, que como no hallasen mantas de lana, ni de algodón, se vestian de gamuza, y solo una ropilla servia de ca-

misa, jubon y sayo; y habiendo de caminar y pasar rios ó trabajar con agua que les caía del cielo, no teniendo ropa de lana con que defenderse della, les era forzoso andar casi siempre mojados, y muchas veces, como lo hemos visto, muertos de hambre, comiendo yerbas y raices por no haber otra cosa: y desto poco que en nuestra historia hemos dicho, y diremos hasta el fin della, podrá cualquiera discreto sacar los innumerables y nunca jamás bien ni aun medianamente encarecidos trabajos que los españoles en el descubrimiento, conquista y poblacion del Nuevo-Mundo han padecido tan sin provecho dellos ni de sus hijos, que por ser yo uno dellos podré rectificar bien esto.

Fin de mayo volvió el rio á su madre, habiendo recogido sus aguas que tan largamente habia derramado y estendido por aquellos campos: y luego que la tierra se pudo hollar, volvieron los caciques á sacar en campaña la gente de guerra que habian apercebido, y salieron determinados de dar con brevedad ejecucion á su empresa y mal propósito. Lo cual sabido por el buen capitán general Anilco, fue como solia á visitar al gobernador, y en secreto de parte de su cacique y suya le dió muy particular cuenta de todo lo que Quigualtanqui y sus aliados tenían ordenado en daño de los españoles: y dijo como tal dia venidero cada curaca de por sí á parte, le enviaria sus embajadores, y que lo hacian porque no sospechase la liga y traicion dellos si viniesen todos juntos. Y para mayor prueba de que le decia verdad y que sabia el secreto de los caciques, relató lo que cada embajador habia de decir en su embajada, y la dádiva y presente que en señal de su amistad habia de traer; y que unos vendrian por la mañana, y otros á medio dia, y otros á la tarde; y que estas embajadas habian

de dŭrar cuatro dias, que era el plazo que los caciques confederados habian puesto y seűalado para acabar de juntar la gente y acometer los espaűoles. Y la intencion que traían era matarlos á todos, y cuando no pudiesen salir con esta empresa, á lo menos quemarles los navíos porque no se fuesen de su tierra, que despues pensaban acabarlos á la larga con guerra continúa que les darian.

Habiendo dicho el general Anilco lo que pertenecia al aviso de la traicion de los curacas, dijo: seűor, mi cacique y seűor Anilco ofrece á V. S. ocho mil hombres de guerra, gente escogida y temida de todos los de su comarca con que V. S. resista y ofenda á sus enemigos; y yo ofrezco mi persona para venir con ellos y morir en vuestro servicio.

Tambien dice mi seűor que si V. S. quisiere retirarse á su tierra, que desde luego se la ofrece para todo lo que á vuestro servicio conveniga, y muy encarecidamente suplica á V. S. acepte su ánimo, y su estado y seűorío, y de todo use como de cosa suya propia: y podrá V. S. creerme que si va al estado de mi seűor Anilco, estará seguro que no osen sus enemigos ofenderle; y entre tanto podrá V. S. ordenar lo que mejor le estuviere.

CAPÍTULO XV.

El castigo que á los embajadores de la liga se les dió, y las diligencias que los espaűoles hicieron hasta que se embarcaron.

El gobernador habiendo oido al capitán general Anilco el aviso de la traicion de los caciques, y los ofrecimientos que de parte de su cacique y suya le hacia, agradeció mucho lo uno y lo otro, y con

palabras muy amorosas le dijo, que porque adelante en lo porvenir no quedase su curaca Anilco malquisto y enemistado con los demas curacas é indios de la comarca, por haber favorecido tan al descubierto á los castellanos, no aceptaba el socorro de la gente de guerra; y tambien porque habiendo de salirse por el rio abajo tan breve como pensaba salir, no era menester hacer guerra á los contrarios; y que por las mismas causas tampoco aceptaba la buena compañía de su persona para capitan general, aunque conocia el mucho valor della, y de cuánto momento fuera su favor y ayuda para los españoles si hubieran de conquistar por guerra á los enemigos: que habiéndose de ir no queria dejarlo odioso y enemistado con sus vecinos, ni queria que supiesen cosa alguna del aviso que les habia dado de la liga; y por la misma razon rehusaba el retirarse á su tierra, porque por entonces no le convenia hacer asiento en aquel reino. Mas ya que no podia admitir los efectos de los ofrecimientos que su cacique y él le hacian, á lo menos recibia los buenos deseos de ambos para acordarse dellos, y de la obligacion en que sus palabras y obras á él y á toda la nacion española habian puesto. Y procurarian pagársela si en algun tiempo se ofreciesen ocasiones, y que la misma cuenta y memoria tendria el rey de Castilla su señor, emperador y cabeza que era de todos los reyes y señores y principes cristianos; el cual sabria lo que por los castellanos sus vasallos y criados habian hecho, y lo mandaria poner escrito en memoria para la gratificar su magestad ó los reyes sus descendientes, y que esta prenda y promesa les dejaba á ellos y á sus hijos y sucesores en pago del beneficio que les habia hecho. Con estas palabras despidió el gobernador al capitan Anilco, y quedó apercebido para el suceso venidero.

habiéndolo consultado con sus capitanes y soldados mas principales.

Cuatro dias despues del aviso, que fue á los primeros de junio del año mil y quinientos y cuarenta y tres, vinieron los embajadores de los caciques de la liga, por la misma órden y manera que Anilco habia dicho, unos por la mañana, otros á medio dia, y otros á la tarde, y trujeron los mismos recaudos de palabra y las propias dádivas que Anilco habia dado por seña de la traicion de ellos.

Lo cual visto por el gobernador, mandó que los prendiesen y pusiesen cada uno de por sí á parte, para examinarlos en su liga y conjuracion, y llegando al hecho los indios no la negaron, antes muy llanamente confesaron todo lo que para matar los españoles y quemar los navíos tenian ordenado.

El general porque el castigo que se habia de hacer en los indios embajadores no fuese en tantos, como sería si aguardasen á que viniesen todos, mandó que con brevedad lo ejecutasen en los que aquel dia habian prendido, porque aquellos diesen nuevas á los demas de como la traicion dellos era entendida, y no enviasen mas embajadores.

Acabado de tomarles la confesion el mismo dia que vinieron, ejecutaron en ellos el castigo de la maldad de sus caciques, y la paga de su embajada fue cortar á treinta de ellos las manos derechas.

Los cuales acudian con tanta paciencia á recibir la pena que se les daba, que apenas habia quitado uno la mano cortada del tajon, cuando otro la tenia puesta para que se la cortasen; lo cual causaba lástima y compasion á los que lo miraban.

Con el castigo de los embajadores se deshizo la li-

ga de sus curacas; porque dijeron que pues los castellanos tenían noticia de su mal deseo, se recatarían y apercebirían para no ser ofendidos; y así cada cacique se volvió á su tierra desdeñado de no haber ejecutado su mala intencion. La cual guardaron todos en sus pechos, para la mostrar en lo que adelante se ofreciese; y porque entendieron ser mas poderosos en el agua que en tierra, ordenaron entre todos que cada uno aperebiese la mas gente y canoas que pudiese, para perseguir los españoles cuando se fuesen por el rio abajo, donde pensaban matarlos todos.

El gobernador y sus capitanes, habiendo visto ser cierta la gran liga y conjuracion que los curacas tenían hecha contra ellos, les pareció sería bien salir con brevedad de sus tierras antes que los enemigos ordenasen otra peor. Con este acuerdo se dieron mucha mas priesa que hasta entonces se habian dado, para poner en perfeccion los bergantines, aunque hasta allí no habian andado ociosos.

Fueron siete los carabelones que nuestros españoles hicieron, y porque no tenían bastante recaudo de clavazon para echarles cubierta entera, les cubrieron un pedazo á popa, y otro á proa en que pudiesen echar el matalotage: en medio llevaban unas tablas sueltas que hacian suelo, y quitando una dellas podian desaguar el agua que hubiesen hecho.

Con la misma diligencia que traían en hacer los navíos, recogieron el bastimento que les pareció ser menester, y pidieron á los caciques amigos, Anileo y Guachoya, socorro de zara y las demas semillas, y fruta seca que en sus tierras hubiese.

Atocinaron los puercos que hasta entonces con

todos los trabajos pasados habian sustentado para criar, y todavía reservaron docena y media dellos, porque no tenian perdida la esperanza de poblar cerca de la mar si hallasen buena disposicion. A cada uno de los caciques amigos dieron dos hembras y un macho para que criasen. La carne de los que mataron echaron en sal para el camino, y con la manteca en lugar de aceite templaron la aspereza de la resina de los árboles con que breaban los bergantines, para que se hiciese suave y líquida que pudiese correr.

Proveyeron de canoas para llevar los caballos que les habian quedado, que eran pocos mas de treinta, las cuales canoas iban atadas de dos en dos para que los caballos llevasen las manos puestas en la una, y los pies en la otra: sin las canoas de los caballos, llevaba cada bergantin una por popa que le sirviese de batel.

En este paso dice Alonso de Carmona, que de cincuenta caballos que les habian quedado mataron los veinte que por manqueras estaban mas inútiles; que para los matar los ataron una noche á sendos palos, y los sangraron y dejaron desangrar hasta que murieron, y que esto se hizo con mucho dolor de sus dueños y lástima de todos por el buen servicio que les habian hecho, y que la carne la sancocharon y pusieron al sol para que se conservase, y así la guardaron para matalotage de su navegacion. Habiendo concluido las cosas que hemos dicho, echaron los bergantines al agua, dia del gran precursor San Juan Bautista, y los cinco dias que hay hasta la víspera de los príncipes de la Iglesia San Pedro y San Pablo, se ocuparon en embarcar el matalotage y los caballos, y en empabesar los bergantines y las canoas con tablas y pieles de animales, para de-

fenderse de las flechas. Y dos dias antes que se embarcasen despidieron al cacique Guachoya, y al capitan general Anilco para que se fuesen á sus tierras, y les rogaron que fuesen amigos verdaderos, y ellos prometieron que lo serían; y luego el mismo dia de los apóstoles se embarcaron; habiendo ordenado que fuesen por capitanes de los siete bergantines los que nombrarémós en el libro y capítulo siguiente.



LIBRO SESTO.

Contiene la eleccion de los capitanes para la navegacion: la multitud de las canoas contra los españoles: el orden y la manera de su pelear que duró once dias sin cesar: la muerte de cuarenta y ocho castellanos por el desatino de uno de ellos: la vuelta de los indios á sus casas: la llegada de los españoles á la mar: un recuento que tuvieron con los de la costa: los sucesos de cincuenta y cinco dias de su navegacion, hasta llegar á Panuco: las muchas pendencias que allí entre ellos mismos tuvieron, y la causa por qué: la buena acogida que la imperial ciudad de Méjico les hizo, y como se derramaron por diversas partes del mundo. Contiene veinte y un capítulos.

CAPÍTULO PRIMERO.

Eligen capitanes para las carabelas, y embárcanse los españoles para su navegacion.

Luis de Moscoso de Alvarado se embarcó en la carabela Capitana por gobernador y Capitan general de todos, como lo era en tierra. Juan de Alvarado y Cristóbal Mosquera, hermanos del gobernador, por capitanes de la Almiranta. A estos bergantines ó carabelas llamaron por estos nombres, Capitana y Almiranta: á las demas llanamente las nombraban tercera, cuarta, quinta, sexta y séptima. El contador Juan de Añasco y el fator Viedma, por capitanes de la tercera carabela. El capitan Juan de Guzman y el tesorero Juan Gaytan, por capitanes del cuarto bergantin. Los capitanes Arias Tinoco y Alonso Romo de Cardenosa, del quinto. Pedro Calderon y Fran-

*

cisco Osorio fueron capitanes del sexto bergantin, Juan de Vega, natural de Badajoz, otras veces ya nombrado, y García Osorio, se embarcaron en la séptima y última carabela por capitanes della. Todos estos caballeros eran nobles por sangre y famosos por sus hazañas, y como tales habian aprobado en los sucesos desta jornada y descubrimiento. Nombráronse dos capitanes para cada bergantin, porque cuando el uno saliese á hacer algun hecho en tierra, quedase el otro en la carabela para gobierno della.

Debajo del mando y gobierno de los capitanes ya nombrados, se embarcaron con ellos trecientos y cincuenta españoles, antes menos que mas, habiendo entrado en la tierra muy cerca de mil. Embarcaron consigo hasta veinte y cinco ó treinta indios é indias que de lejas tierras habian traído en su servicio; y estos solos habian escapado de la enfermedad y muerte que el invierno pasado habian tenido, que siendo mas de ochocientos habian muerto los demas, y estos treinta embarcaron y llevaron consigo los españoles porque no quisieron quedar con Guachoya ni Anilco, por el amor que á sus amos tenian; y decian que querian mas morir con ellos, que vivir en tierras ajenas; y los españoles no les hicieron fuerza para que se quedasen por parecerles mucha ingratitude no corresponder al amor que los indios les mostraban, y gran crueldad desampararlos fuera de sus tierras.

El dia propio de los apóstoles, dia tan solemne y regocijado para toda la cristiandad, aunque para estos castellanos triste y lamentable, por lo que particularmente en él hicieron, que desampararon y dejaron perdido el fruto de tantos trabajos como en aquella tierra habian pasado, y el premio y galardón de tan grandes hazañas como habian hecho, se hicie-

ron á la vela al poner del sol; y sin que los indios enemigos les diesen pesadumbre alguna, navegaron á vela y remo toda aquella noche y el dia y noche siguiente.

Cada bergantin llevaba siete remos por banda, en los cuales se remudaban para remar por sus horas todos los que iban dentro sin exceptar nadie si no eran los capitanes. La distancia del rio que las dos noches y el dia navegaron nuestros españoles, se entendió que fuese del distrito y término de la provincia de Guachoya, que como atrás tocamos, era el rio abajo, y que por haberse mostrado Guachoya amigo de los castellanos no hubiesen querido los indios ofenderlos mientras iban por el parage de su tierra, ó que fuese alguna supersticion y observancia de la creciente ó menguante de la luna, que iba cerca de la conjuncion como la tenian los alemanes, segun lo escribe Julio César en sus comentarios. No se sabe la causa cierta por que no los hubiesen perseguido aquellas dos primeras noches y un dia.

Mas al segundo dia amaneció sobre ellos una hermosísima flota de mas de mil canoas que los curacas de la liga juntaron contra los españoles; y porque las deste rio grande fueron las mayores y mejores que los nuestros en toda la Florida vieron, será bien dar aquí particular cuenta dellas, porque ya de aquí adelante no tenemos batallas que contar que hubiesen pasado en tierra, sino en el agua.

CAPÍTULO II.

Maneras de balsas que los indios hacian para pasar los rios.

Canoa en lengua de los indios de la isla Española y de toda su comarca, es lo mismo que barco ó cara-

belon sin cubierta, que á todas las nombran de una misma manera, sino es en el rio grande de Cartagena, que por ser las mayores llaman piraguas. Los indios de todas las regiones del Nuevo-Mundo, principalmente en las islas y tierras marítimas, las hacen segun tienen la comodidad para ellas grandes ó chicas. Buscan los árboles mas gruesos que pueden hallar, dánles la forma de una artesa y hácenlas de una pieza, porque no hallaron la invencion tan prolija de hacer barco de tablas clavadas en sus costillas unas con otras, ni tuvieron hierro, ni supieron hacer clavos, y menos tener fraguas ni hacer oficio de calafates, ni buscar brea, ni estopa, velas, jarcias, gumenas, áncoras, y las demas cosas tantas como son menester para la fábrica de los navíos; solamente se aprovechan de lo que la naturaleza (en lo que ellos no alcanzaron con su ingenio) les mostraba con el dedo. Y así para pasar los rios y navegar por la mar, eso poco que por ella navegaban, donde no alcanzaban madera tan gruesa como la piden las canoas (esto es, en todo el Perú y su costa) hacian balsas de maderos livianos como higuera, que los indios decian la habia en las provincias cercanas á Quito, y de allí la llevaban por órden de los Incas á todos los rios caudalosos del Perú, y de cinco vigas atadas unas con otras, hacian las balsas: la viga de en medio era mas larga que todas, luego las primeras colaterales eran menos largas, y las segundas menos; porque así pudiesen romper el agua mejor que con la frente toda pareja: yo pasé en algunas dellas que todavía vivian del tiempo de los Incas.

Tambien las hacen de un hace rollizo de enea del grueso del cuerpo de un caballo, el cual hace atan muy fuertemente, y lo ponen muy ahusado levantado por delante hácia arriba como proa de barco

para que corte el agua, y ancho de los dos tercios atrás. En lo alto del hace hacen un poco de llano ó mesa donde echan la carga ó el hombre que han de pasar de una parte á otra del rio; al cual mandan con grandísimo encarecimiento que en ninguna manera se menee de como lo ponen sobre la balsa asido á las ataduras della, ni alce la cabeza de como la lleva boca abajo echada sobre la balsa, ni abra los ojos á mirar cosa alguna.

Pasando yo desta manera un rio caudaloso y de mucha corriente (que en los tales es donde los indios lo mandan, que en los mansos y de poca agua no se les dá nada) por el demasiado encarecimiento que el indio barquero me hacia, para que no abriese los ojos, que por ser yo muchacho me ponía unos miedos como que se undiria la tierra, ó se caerian los cielos, me dió cudicia de mirar por ver si veía algunas cosas de encantamiento ó de la otra vida; y así cuando sentí que íbamos en medio del rio, alcé un poco la cabeza y miré el agua arriba, y verdaderamente me pareció que caíamos del cielo abajo, y esto fue por desvanecerse la cabeza por la grandísima corriente del rio, y por la furia con que la balsa iba cortando el agua yendo al amor della; y me forzó á cerrar los ojos, y á confesar que los indios tenían razon en mandar que no los abriesen. En estas balsas de enea no va mas de un indio en cada una dellas; el cual para navegar se pone caballero en lo último de la popa, y echándose de pechos sobre la balsa, va remando con pies y manos y encamina la balsa al amor del agua, hasta ponerla de la otra parte del rio. En otras partes hacen balsas de calabazas enredadas y atadas unas con otras, hasta hacer una tabla dellas de vara y media en cuadro, y demas y de menos: échanle por delante un pretal como á silla de caballo

donde el indio barquero mete la cabeza y se echa á nado; sobre sí lleva nadando la balsa y la carga hasta pasar el rio ó la bahía, estero ó brazo de mar; y si es necesario lleva detrás uno ó dos indios ayudantes que van nadando y rempujando la balsa.

En otras partes donde los rios por su mucha corriente y ferocidad no consienten que anden sobre ellos, y donde por los muchos riscos y peñas, y ninguna playa no hay embarcaderos ni desembarcaderos, echan una madera gruesa de una parte á otra del rio, y la atan á gruesos árboles ó fuertes peñascos: en esta maroma anda corriente una canasta grande con una asa de madera como el brazo, que corre por la maroma: es capaz de tres y cuatro personas, trae dos sogas una á un lado, y otra á otro. Por las cuales tiran de la canasta para pasarla de la una ribera á la otra; y como la maroma sea larga, hace mucha vaga y caída en medio, y es menester ir soltando la canasta poco á poco hasta el medio de la maroma que va bajando; y despues por la otra media que va hácia arriba, la tiran de aquella banda á fuerza de brazos: y para esto hay indios que tienen cargo de pasar los caminantes, y los mismos que van dentro en la canasta, asiéndose á la maroma se van ayudando á bajar y á subir por ella. Yo me acuerdo haber pasado por ellas dos ó tres veces siendo muchacho de menos de diez años, y por los caminos me llevaban los indios acuestas. Pasan los indios por esta manera de pasage su ganado con mucho trabajo, porque lo maniatan y echan dentro en la canasta; y lo mismo hacen del ganado menor de España, como son ovejas, cabras, y puercos: empero los animales mayores, como caballos, mulas, y asnos, y vacas, por la fortaleza y peso dellos, no los pasan en las canastas, sino que los llevan por otros pasos,

como puentes ó vados , porque de esta manera de passage por la maroma en la canasta , solamente es para gente de á pie ; y no la hay en caminos reales sino en los particulares que los indios tienen de unos pueblos á otros.

Estas son las maneras de pasar los rios que los indios tuvieron en el Perú , sin las puentes que hacian de mimbre y de enea , ó juncos , como dirémos en su propio lugar si Dios se sirve de darnos vida.

Mas en toda la tierra de la Florida que estos nuestros españoles anduvieron por la mucha comodidad que en ella hay de árboles grandes apropiados para canoas , no usaron los indios de otros instrumentos para pasar los rios sino dellas , aunque los españoles , como hemos visto , en algunas partes hicieron balsas.

CAPÍTULO III.

Del tamaño de las canoas , y la gala y órden que los indios sacaron en ellas.

Volviendo pues al particular de nuestra historia , decimos que entre las muchas canoas que en seguimiento de los españoles amanecieron el segundo dia de su navegacion , se vieron algunas de estraña grandeza que les causó admiracion : las que eran capitanas y otras iguales á ellas eran tan grandes , que traian á veinte y cinco remos por banda , y sin los remeros traía otros veinte y cinco y treinta soldados de guerra , puestos por su órden de popa á proa . Por manera que habia muchas canoas capaces de setenta y cinco y de ochenta hombres , que en ellas venian puestos de tal suerte , que pudiesen pelear todos sin estorbarse unos á otros . Y los remeros tambien traían sus arcos y flechas para municion de

las canoas; las cuales con ser tan grandes son hechas de sola una pieza; y es de advertir que haya árboles tan hermosos en aquella tierra.

Desde el tamaño que hemos dicho que eran las mayores, iban otras disminuyendo hasta las menores que eran de catorce remos por banda, y ningunas se hallaron en esta flota menores que estas. Los remos en comun son de una braza en largo, antes mas que menos; son las palas de los remos de tres cuartas en largo, y una tercia en ancho, todo de una pieza, tan acepillados y pulidos, que aunque fueran lanzas ginetas no se pudieran pulir mas. Cuando una canoa destas va de boga arrancada, lleva tanta velocidad, que apenas le hará ventaja un caballo á todo correr.

Para bogar á una y en compás, tienen aquellos indios hechos diversos cantares, con diferentes tonadas breves ó largas, conforme á la priesa ó espacio que les ofrece en el remar. Lo que en estos cantares van diciendo son hazañas que sus pasados ó otros capitanes estraños hicieron en la guerra, con cuya memoria y recordacion se incitan á la batalla, y al triunfo y vitoria della.

De las canoas capitanas desta armada y de las que eran de los hombres ricos y poderosos, hay otra particularidad curiosa y estraña que contar, y es, que cada una de por sí venia teñida de dentro y de fuera hasta los remos de un color solo, como digamos de azul ó amarillo, blanco ó rojo, verde ó encarnado, morado ó negro, ó de otro color si lo hay mas que los dichos; y esto era conforme al blason ó á la aficion del capitan, ó del curaca, ó hombre rico y poderoso cuya era la canoa; y no solamente las canoas, mas tambien los remeros, y remos, y soldados, hasta las plumas y las madejas que

traen por tocado rodeados á la cabeza, y hasta los arcos y flechas todo venia teñido de un color solo, sin mezcla de otro: que aunque fueran cuadrillas de caballeros, que con mucha curiosidad quisieran hacer un juego de cañas, no pudieran salir con mas primor que el que estos indios sacaron en sus canoas. Las cuales como fuesen muchas y de tantas colores, y con el buen órden y concierto que traían, y como el rio fuese muy ancho que á todas partes podian estenderse sin salir de órden, hacian una hermosísima vista á los ojos.

Con esta belleza y grandeza siguieron los indios á los españoles el segundo dia hasta los doce, sin darles pesadumbre alguna, para que sin ella pudiesen ver y considerar mejor la hermosura y pujanza de su armada. Íbanse en pos dellos bogando al son de sus cantares, entre otras cosas que decian (segun lo interpretaron los indios que los españoles consigo llevaban) era loar y engrandecer su esfuerzo y valentía, y vituperar la pusilanimidad y cobardía de los castellanos, y decir que ya huian los cobardes de sus armas y fuerzas, y que los ladrones temian su justicia y que no les valdria huir de la tierra, que todos moririan presto en el agua; y que si en tierra habian de ser manjar de aves y perros, en el rio les harian lo fuesen de peces y animales marinos, y así acabarian sus maldades y el enfado que daban á todo el mundo. Estas y otras cosas semejantes venian diciendo, y bogaban al son dellas. Y al fin de cada cantar daban grandísima grita y alarido.

La manera de pelear que los indios tuvieron con los españoles por el rio abajo.

Habiendo reconocido los indios la armada de los españoles, pequeña en número, mas grande en calidad y esfuerzo, la siguieron hasta medio dia, sin hacerle enojo alguno; y pasada aquella hora, dividieron las canoas en tres tercios iguales, haciendo vanguardia, batalla, y retaguardia. En las delanteras del primer tercio iban las del curaca Quigualtanqui, capitan general en agua y tierra de la liga de los caciques. No se supo de cierto que él viniese en ellas; mas los indios en los cantares que decian, y en las voces sueltas que daban apellidaban muy á menudo su nombre.

Las canoas divididas en los tres tercios, se arrimaron todas á la ribera de la mano derecha de como iban el rio abajo: las de la vanguardia, hechas un escuadron largo y angosto, arremetieron con las carabelas de los castellanos, no para embestirlas, sino para pasar por delante dejándolas á mano izquierda para poder tirar mejor sus flechas; desta manera pasaron de una ribera á otra cortando el rio al sesgo, y echaron sobre las carabelas una lluvia de flechas en tanta cantidad, que los navios de alto abajo quedaron cubiertos dellas y heridos muchos españoles, que no les aprovechó la defensa de los paveses y rodels que llevaban.

Habiendo pasado las primeras canoas y llegado á la ribera de la mano izquierda, se volvieron luego por delante á la mano derecha á ponerse en el primer puesto. Entre tanto las canoas del segundo tercio arremetieron con los bergantines por la misma órden que las primeras; y habiendo descargado sus

flechas y llegado á la orilla de la mano siniestra, se volvieron luego á la diestra y se pusieron delante de las canoas primeras.

Apenas habian acabado de pasar por los bergantines las canoas del segundo escuadron, cuando acometieron las del tercero por la misma forma y órden que las pasadas; y habiendo echado otra lluvia de flechas, volvieron á la ribera de la mano derecha y se pusieron delante del segundo escuadron.

A este tiempo como las carabelas no dejasen de navegar (aunque los indios las molestaban) llegaron al parage de las primeras canoas; las cuales viéndolas en buen puesto, arremetieron segunda vez con ellas y hicieron lo mismo que la vez primera; y luego las segundas y terceras hicieron lo propio volviendo siempre á ponerse en la ribera de la mano derecha despues de haber descargado sus flechas.

En esta forma de un juego de cañas muy concertado, entrando á tirar sus flechas y saliendo á volverse á poner en el puesto, persiguieron los indios á los castellanos todo aquel dia sin dejarles descansar un punto. La noche hicieron lo mismo, aunque no tan continuadamente como el dia; porque se contentaron con dar solos dos rebatos, uno á primera noche, y otro al cuarto del alba.

Los españoles al principio cuando los indios les acometieron, no embargante que llevaban asidas por popa las canoas en que iban los caballos, pusieron gente en ellas para que las defendiese entendiendo que habia de haber batalla de mano. Empero viendo que no hacian efecto alguno porque los enemigos no querian llegar á golpe de espada sino asaetearlos de lejos con las flechas, y viendo que los cristianos que iban en las canoas recibian mucho daño por el poco reparo que llevaban, los recogieron á los bergantines

dejando los caballos con la poca defensa de los paveses y cubiertas que con pieles de animales les habian hecho.

Con la batalla y pelea continua que el primer dia y noche tuvieron los indios con los españoles, con esa misma sin innovar cosa alguna ni mudar orden, los siguieron diez dias continuos con sus noches, que por evitar prolijidad no los escribimos singularmente, y tambien porque no acaecieron particularidades mas de las que dijimos del primer dia: solo hay que decir que en este tiempo mataron con las flechas casi todos los caballos, que no quedaron mas de ocho que acertaron á ir mejor reparados.

Los españoles aunque heridos generalmente sin escapar alguno, se defendian de los indios con sus paveses y rodelas, y les ofendian con algunas ballestas que llevaban; porque los arcabuces se habian gastado en clavos para los bergantines, y gastáronlos todos: porque demas de la necesidad que á ello la falta de hierro les forzó, hicieron poco efecto en toda esta jornada y descubrimiento por la poca práctica y esperiencia que nuestros arcabuceros entonces tenian, á que no ayudaba poco el mal recaudo que despues de la batalla de Mauvila hallaron para hacer pólvora, porque en ella se les quemó cuanta habian llevado. Por estas razones los indios no solamente no habian temido los arcabuces, mas antes los habian menospreciado y hecho burla dellos, de cuya causa no los traían los nuestros.

CAPÍTULO V.

Lo que sucedió el onceno dia de la navegacion de los españoles.

Pasados los diez dias de la continua guerra y pe-

lea que los indios tuvieron con los españoles, cesaron della, y retiraron sus canoas de los bergantines pocas de media legua. Los nuestros pasaron adelante siguiendo su viage, y vieron cerca de la ribera un pueblo pequeño de hasta ochenta casas; y pareciéndoles que ya los indios los habian dejado y que debian de estar ya cerca de la mar, porque entendian haber caminado aquellos dias mas de docientas leguas, porque siempre (aunque contrastando con los enemigos) habian navegado á vela y remo, y el rio no hacia vueltas en que pudiesen haberse detenido: por lo cual quisieron prevenirse de comida para la mar y echaron bando por los bergantines, que todos los que quisiesen ir por maiz fuesen al pueblo con el caudillo que estaba elegido.

Saltaron en tierra cien soldados y sacaron los ocho caballos que habian quedado para que se refrescasen y para pelear en ellos si fuese menester.

Los indios del pueblo viendo que los españoles iban á él lo desampararon, y tocando arma y pidiendo socorro con mucha grita y alarido, huyeron por los campos. Los nuestros habiendo caminado á toda diligencia, llegaron á las casas que estaban como dos tiros de arcabuz del rio, y hallaron en ellas mucho maiz y copia de fruta seca de diversas maneras, y gran cantidad de gamuza blanca y teñida de todas colores, y muchas mantas de diversas pieles muy bien aderezadas, entre las cuales hallaron un liston de martas finísimas de ocho varas en largo y cuatro tercias en ancho, y por lo ancho estaba doblado y hacia dos haces, y venia á tener el ancho de la seda. Todo él estaba á trechos guarnecido con sartas de perlas y de aljofar, cada cosa de por sí hechas manojitos como borlas, y puestas por mucha orden. Entendióse que servia de estandarte ó de otra insig-

nia para sus fiestas, regocijos y bailes: porque para ornamento de una persona no lo era, ni para aderezo de cama ni aposento. Esta pieza hubo Gonzalo Silvestre, que fue el caudillo de los que salieron á tierra, y con ella y con todo el maiz, fruta, y gamuza que pudieron llevar acuestas, se volvieron apriesa á los bergantines, de donde los llamaban las trompetas con grande instancia: porque los indios, así los de las canoas, como los que habia por los campos, con la grito que los del pueblo levantaron, se habian apellidado y venian corriendo al socorro; y porque los de tierra eran pocos, habian salido muchos de las canoas para juntarse con ellos y reforzar el número y el ánimo para la batalla.

Desta manera acudieron por agua y tierra los enemigos con gran ímpetu y ferocidad á defender el pueblo, y ofender los españoles; los cuales con la misma priesa que habian llevado por tierra se embarcaron en sus canoas, y con ella misma fueron hasta llegar á los bergantines, fuéles forzoso desamparar los caballos, porque por la priesa y furia de los indios no les fue posible embarcarlos so pena que los atájan y perecieran todos. Y así corrieron tanto riesgo, que si los indios del rio ó de la tierra se hubieran adelantado cien pasos mas, era imposible embarcarse alguno dellos en los bergantines; mas Dios les socorrió y libró de la muerte de aquel dia.

Los enemigos viendo que los españoles se habian puesto en salvo, convirtieron su furia contra los caballos que en tierra dejaron, y quitándoles las jáquimas y cabestros porque no les estorbasen al correr, y las sillas porque no les defendiesen las flechas, los dejaron ir por el campo; y luego como si fueran venados los flecharon con grandísima fiesta y regocijo, y flecharon hasta que los vieron caidos.

Así acabaron de perecer este dia los caballos que para este descubrimiento y conquista de la Florida habian entrado en ella, que fueron trecientos y cinquenta, que en ninguna jornada de las que hasta hoy se han hecho en el Nuevo-Mundo se han visto tantos caballos juntos y tan buenos.

Los castellanos de ver flechar sus caballos y de no poderlos socorrer sintieron grandísimo dolor, y como si fueran hijos los lloraron; mas viéndose libres de otro tanto dieron gracias á Dios y siguieron su viage. Sucedió esto el doceno dia de la navegacion de los nuestros.

CAPÍTULO VI.

Llegan los indios casi á rendir una carabela, y el desatino de un español desvanecido.

Habiendo experimentado los indios que por mucho perseguir á los españoles no conseguian lo que deseaban que era matarlos todos, antes les hacian navegar con mas órden y concierto sin apartarse unos de otros, usaron de un ardid de guerra, y fue que se alejaron de los bergantines ó carabelas, con esperanza que descuidándolos podria ser que se desmandasen unas de otras y diesen ocasion á que las desbaratasen hallándolas divididas cada una de por sí: con esta astucia se quedaron el rio arriba, dando á entender que dejaban libres las carabelas, las cuales navegaban con próspero viento. Yendo pues así en su viage, se apartó una dellas sin propósito alguno, y salió de la órden que todas llevaban y se quedó atrás menos de cien pasos.

Los indios viendo que no les habia salido vano el ardid y engaño, no quisieron perder la ocasion que se le ofrecia; y así á toda furia arremetieron de todas

partes con la carabela, y abordaron con ella para la rendir y tomar á manos.

Las otras seis que iban delante reconociendo el descuido de la compañera, amainaron las velas y toda diligencia, volvieron con los remos á socorrerla aunque era de poca distancia en ser contra la corriente del rio, arribaron con mucha dificultad y trabajo, y cuando llegaron al bergantin hallaron los castellanos que iban dentro tan apretados por la inundacion de los indios que sobre ellos habian cargado, que se defendian á golpe de espada, y no podian acudir á tantas partes como era menester por donde los enemigos entraban en la carabela; de los cuales habia algunos ya dentro y otros muchos estaban asidos della; mas con la llegada de los nuestros, se retiraron afuera llevándose consigo la canoa que la carabela traia por popa con cinco cochinas de las que habian reservado para criar si poblasen en alguna parte. Este fue el suceso del dia décimotercio de la navegacion de los españoles; los cuales atribuyendo á la misericordia de Dios el no haberseles perdido la carabela, se apercibieron y encomendaron de nuevo unos á otros, que para no verse en afrenta y peligro semejante, tuviesen todos cuidado de no desmandarse ni salir de órden. Con ella navegaron otros dos dias, y los indios iban siempre en pos dellos menos de un cuarto de legua, aguardando á que hubiese en los nuestros algun desconcierto para gozar dél.

Bien recatados y con gran vigilancia navegaban nuestros españoles, viendo cuán á la mira venian los indios para no perder ocasion en que les pudiesen ofender: mas por mucha diligencia que pusieron no les bastó para que el décimosesto dia de su navegacion no les sucediese una desgracia y pérdida de mucha lástima y dolor; y tanto mas de llorar, cuanto la

causa fue mas desatinada y disparada, y menos ocasionada del peligro, que les forzase ó necesitase á poner en riesgo de perder las vidas como las perdieron cuarenta y ocho hombres de los mejores y mas valientes que en el armada iban. Mas al desatino de un temerario no hay gobierno que baste á resistir, porque destruye mas un loco que edifican cien cuerdos. Y porque se entienda mejor el mal suceso de los nuestros, se me permita contarle á la larga como pasó y quién fue la causa de tanto mal y daño.

Entre los españoles desta armada venia uno natural de Villanueva de Barcarrota, llamado Esteban Añez, hombre rústico; el cual metió en la Florida un caballo, que aunque villano de talle, era fuerte y recio, que por serlo tanto, ó porque alguna flecha no le alcanzó por buen lugar que es lo mas cierto, habia servido hasta el fin de la jornada, y fue uno de los pocos que los castellanos embarcaron en los bergatines para esta navegacion que vamos contando.

Pues como Esteban Añez hubiese andado siempre á caballo, y se hubiese hallado en muchos de los trances pasados, aunque en ellos no habia hecho cosa notable, habia cobrado opinion de valiente y estaba en esta reputacion; con la cual ayudado de su naturaleza rústica y villana, andaba desvanecido y loco: para confirmacion de su locura salió de su carabela, y entró en la canoa que llevaba por popa, diciendo ir á hablar al gobernador que iba delante: salieron con él otros cinco españoles que habia engañado, diciéndoles que todos seis habian de hacer una hazaña la mas notable y famosa de cuantas se hubiese hecho en todo aquel descubrimiento; y fueron fáciles de persuadir, porque todos eran mozos, y entre ellos fue un caballero de edad de veinte años, hijo natural de don Carlos Enriquez que falleció en la batalla

de Mauvila. Tenia el mismo nombre del padre, y era gentil hombre de persona, y hermoso de rostro cuanto lo podia ser hombre humano, y que en tan tierna edad, así en el esfuerzo de las armas, como en la virtud de su vida y costumbres, habia mostrado de ser hijo de tal padre. Este caballero y otros cuatro por la codicia de ganar la honra que Esteban Añez les prometia entraron con él en la canoa, y con el achaque de hablar al gobernador, se apartaron de la carabela; viéndose alejados della arremetieron á los indios diciendo á grandes voces, á ellos que huyen.

El gobernador y los demas capitanes de las carabelas, viendo el desatino de aquellos seis españoles, mandaron á los trompetas tocasen á toda priesa á recoger, y con señas y voces les decian mirasen el peligro en que iban, y se volviesen á su carabela; mas Esteban Añez mostró tanta mayor obstinacion en su locura y desatino, quanto mayores voces le daban los suyos, y no quiso volver, antes hacia señas á las carabelas que le siguiesen todas.

El gobernador vista la inobediencia de aquel desatinado, mandó que en las canoas que los bergantines llevaban por popa, fuesen treinta ó cuarenta españoles por aquel hombre, con determinacion de mandarlo ahorcar luego que lo trujesen. Empero mejor fuera remitir el castigo á los indios, que ellos curáran su locura como se la curaron, y no enviar á perder otros muchos que se perdieron por un perdido.

CAPÍTULO VII.

Matan los indios cuarenta y ocho españoles por el desconcierto de uno de ellos.

En oyendo el mandato del gobernador, saltaron

apriesa en tres canoas cuarenta y seis españoles para volver á Esteban Añez, y uno dellos fue el capitán Juan de Guzman, que era amicísimo de andar en una canoa, y regilla por su mano; y aunque todos los soldados de su carabela le rogaron que se quedase, no lo pudieron acabar con él; antes enfadado de sus importunidades, particularmente de las de Gonzalo Silvestre, que como mas su amigo era el que mas le resistia que no fuese, y le ofrecia que él iria en su lugar, le respondió con enojo diciendo: siempre me habeis contradicho y contradecís el gusto que tengo de andar en canoas pronosticándome por ello algun mal suceso; pues por solo eso he de ir y vos os habeis de quedar, que no quiero que vais conmigo. Con estas palabras se arrojó en la canoa, y en pos del otro caballero grande amigo suyo llamado Juan de Vega, natural de Badajoz, primo hermano de Juan de Vega el capitán de una de las carabelas.

Los indios que siempre habian seguido las carabelas en escuadron formado con sus canoas, las cuales eran tantas, que cubrian el rio de una ribera á otra, y en un cuarto de legua atrás no se parecia el agua, viendo la primera canoa de Esteban Añez que iba á ellos, y en pos della las tres que le seguian, no pasaron de donde iban; antes con mucho concierto y mansedumbre ciaron todas hácia atrás por apartar las canoas españolas de sus bergantines, los cuales habiendo amainado las velas, forcejaban con los remos aunque con mucho trabajo, por ser contra corriente, por arribar á sus canoas para las socorrer.

Esteban Añez ciego en su desatino viendo ciar los indios en lugar de recatarse, cobró mayor ánimo en su temeridad y dió mas priesa á su canoa por llegar á las contrarias, dando mayores voces que antes, diciendo: que huyen, que huyen: á ellos, que huyen.

Con lo cual obligó á las otras tres canoas que iban en pos dél á que se diesen mas priesa por le detener ó socorrer si pudiesen.

Los enemigos viendo cerca de sí los castellanos, abrieron su escuadron por medio, en forma de luna nueva, ciando siempre hácia atrás para dar ánimo y lugar á que los cristianos entrasen y se metiesen en medio dellos. Y cuando vieron que estaban ya tan adentro que no podian volver á salir aunque quisieran, arremetieron las canoas del cuerno derecho, y dieron en las cuatro de los cristianos con tanto ímpetu y furor, que tomándolas atravesadas las volcaron y derribaron al agua todos cuantos iban dentro; y como tanta multitud de canoas pasase por cima dellos, ahogaron todos los españoles; y si alguno acertó á descubrirse nadando, lo mataron á flechazos y golpes que les dieron con los remos en las cabezas.

Desta manera sin poder hacer defensa alguna perecieron miserablemente aquel dia cuarenta y ocho españoles de los que habian ido en las cuatro canoas, que de cincuenta y dos que fueron, no escaparon mas de cuatro; el uno fue Pedro Moron, mestizo, natural de la isla de Cuba, de quien atrás hicimos mencion, que era grandísimo nadador y muy diestro en traer y gobernar una canoa, como nacido y eriado en ellas. El cual con su destreza y esfuerzo, aunque habia caido en el agua, pudo cobrar su canoa y librarse en ella sacando consigo otros tres, y entre ellos un valentísimo soldado llamado Alvaro Nieto (de quien al principio desta jornada dijimos hubiera muerto por desgracia á Juan Orotiz, intérprete, habiendo ido por él al pueblo de Mucozo, con el capitan Baltasar de Gallegos). El cual viéndose en la necesidad presente como tan buen soldado que era, peleó solo en su canoa (si se puede decir) contra toda la

armada de los indios, á imitacion del famoso Horacio en la puente, y del valiente Centurion Sceva en Dirachio, y detuvo los enemigos entre tanto que Pedro Moron gobernaba la canoa para sacarla á salvamento. Mas no les valiera nada el esfuerzo y valentía del uno, ni la diligencia y destreza del otro, si no halláran cerca de sí la carabela del animoso capitán Juan de Guzman. La cual como su capitán hubiese ido á la refriega con el amor que sus soldados le tenían, habia hecho con los remos mayor fuerza que las otras para le socorrer si pudieran, y así iba delante de todas, y pudo recoger y librar de muerte los dos valientes compañeros Pedro Moron y Alvaro Nieto, que venian con muchas heridas, aunque no mortales, y con ellos los otros dos españoles.

Asímismo recogió aquella carabela al pobre de Juan Terron, de quien atrás se dijo el menosprecio que habia hecho de las buenas perlas que traía, el cual pudo nadando llegar á la carabela. Mas antes que entrase dentro, sobre el mismo borde della espiró en brazos de los que le habian dado las manos para subirlo encima. Traía hincadas en la cabeza, rostro, pescuezo, hombros y espaldas mas de cincuenta flechas.

Juan Coles dice que se halló en este desatinado trance, y que murieron en él casi sesenta hombres con el capitán Juan de Guzman, y que él iba en una de las tres canoas; la cual dice que era de cuarenta y tantos pies de largo, y mas de cuatro de hueco, y que escapó con dos heridas de dos flechas que le pasaron la cota que llevaba: todas son palabras suyas.

Este fin tan triste y costoso para él y para sus compañeros tuvo la vana arrogancia y presuncion que Esteban Añez se habia atribuido de valiente,

que causó la muerte tan inútil y desgraciada de otros cuarenta y ocho españoles mejores que él, que los mas dellos eran nobles y en efecto mas valientes que él, y como tales se habian ofrecido al socorro de un temerario.

El gobernador lo mejor que pudo recojió sus carabelas, y poniéndolas en orden volvió á su viage bien lastimado de la pérdida de los suyos.

Todos los trances mas notables que hemos dicho de la navegacion destos siete bergantines, los refiere Alonso de Carmona en su peregrinacion. Particularmente dice el peligro que dijimos en que el bergantin se vió de perderse; y añade que lo tuvieron los indios ganado hasta la cubierta de popa, y que al echarlos del bergantin con el socorro mataron á cuchilladas treinta dellos, y que los demas se echaron al agua y los recojieron las canoas. Cuenta como desampararon los caballos por la priesa que les dieron al embarcarse; dice la muerte del capitán Juan de Guzman, y la de Juan Terron, y que fue al borde de la carabela aunque no lo nombra. Y al fin dice que los siguieron hasta dejarlos en la mar.

Huelgo de presentar estos dos testigos de vista, siempre que se me ofrecen en sus relaciones, porque se hallaron en la misma jornada; y cada uno dice en ellas poco mas de lo que yo he dicho, y diré dellos, porque escribieron muy poco, no mas de las cosas mas notables que por ellos pasaron, de que pudieron tener memoria; y así en todo lo que no hago mencion dellos, con ser tanto no hablan palabra.

CAPÍTULO VIII.

Los indios se vuelven á sus casas , y los españoles navegan hasta reconocer la mar.

Los indios despues del buen lance que en su favor hicieron, que fue á los diez y seis dias de la navegacion de los españoles, los siguieron todo aquel dia y noche siguiente dándoles siempre grita y algazara como triunfando dellos con su hazaña victoriosa; y al salir del sol del dia diez siete, habiéndole adorado y hecho una solemne salva, con grandísimo estruendo de voces y alaridos, y con música de trompetas, atambores, pífaros y caracoles, y otros instrumentos de ruido; y habiéndole dado gracias como á su Dios por el vencimiento que en sus enemigos habian hecho, se retiraron y volvieron á sus tierras, por parecerles que se habian alejado mucho de ellas, porque á lo que se entendió habian seguido y perseguido á nuestros españoles cuatrocientas leguas del rio con la pelea y rebatos continuos que les daban de dia y de noche, nombrando siempre en sus cantares y fuera dellos, en sus gritas y alaridos á su capitan general Quigualtanqui y no á otro cacique alguno, como que decian que solo aquel gran príncipe era el que les hacia toda aquella guerra. Por lo cual cuando estos españoles llegaron despues á Méjico, y hicieron relacion á don Antonio de Mendoza, visorey que era entonces de aquel reino, y á don Francisco de Mendoza su hijo, que fue despues generalísimo de las galeras de España, y les dieron cuenta de los sucesos deste infelice descubrimiento, y particularmente cuando contaban los trances que habian pasado en este rio grande, y brava persecucion que con el nombre de aquel famoso indio los suyos les habian hecho. Don Francisco de Mendoza, siempre en las tales pláticas y fuera de

ellas, y donde quiera que se topaba con algun capitán ó soldado de cuenta, por via de donaire aunque sentencioso les decia: verdaderamente, señores, que debia de ser hombre de bien Quigualtanqui, y con este dicho refrescaba de nuevo las grandezas del indio, eternizaba su nombre.

Nuestros españoles cuando vieron que los indios les habian dejado, entendieron que estaban ya cerca de la mar, y que por eso se hubiesen retirado y vuéltose á sus casas; y el rio iba ya por aquel parage tan ancho, que de en medio dél no se descubria tierra á una mano ni á otra. Solamente se veían á las riberas unos juncales muy altos que parecian montes de grandes árboles, ó lo eran propiamente.

Tendria en aquel puesto el rio, á lo que la vista podia juzgar, mas de quince leguas de ancho, y con todo esto no osaban los nuestros acercarse á sus riberas, ni apartarse de en medio de la corriente, por no dar en algunas cienegas ó bajíos donde se perdiesen, y no sabian si estaban ya en la mar, ó si todavía navegaban por el rio.

Con esta duda navegaron tres dias á vela y remo con buen viento que les hacia, que fueron el diez y siete, y diez y ocho, y diez y nueve de su navegacion; y al amanecer dia veinte, reconocieron enteramente la mar, en que hallaron á mano izquierda de como iban grandísima cantidad de madera de la que el rio con sus crecientes llevaba á la mar; la cual estaba amontonada una sobre otra, de tal manera, que parecia una gran isla.

Media legua adelante de donde estaba la madera, estaba una isla despoblada que juzgaron los nuestros debia ser la que ordinariamente los rios grandes hacen cuando entran en la mar; y con esto se certificaron que estaban ya en ella. Y como no supie-

sen en qué parage, ni la distancia que habia de allí á tierra de cristianos, acordaron requerir sus bergantines ó carabelones antes de entrar en la mar, y así los descargaron con mucha diligencia, y pusieron lo que traían sobre la isla de madera para les dar carena si la hubiesen menester, ó requerir las junturas si en ellas hubiese algo que remendar, atocinaron nueve ó diez cochinas que todavía traían vivas. En estas cosas gastaron tres dias, aunque es verdad que mas los gastaron en descansar del trabajo pasado y tomar vigor y fuerzas para el venidero, que en aderezar los carabelones, porque en ellos hubo muy poco que hacer, y la mayor necesidad que nuestros castellanos tenían era de dormir, porque con la continúa vigilia que de dia y de noche los indios les habian hecho pasar, venian muy fatigados de sueño, y así durmieron aquellos tres dias como cuerpos muertos.

Cuantas fuesen las leguas que nuestros españoles navegaron por el rio abajo, que en diez y nueve dias naturales y mas una noche que les duró la navegacion hasta la mar donde al presente quedaban, no se pudo saber precisamente; porque con la pelea continúa que con los indios tenían no les quedaba lugar para tantear las leguas que navegaban. Empero viéndose libres de enemigos, lo platicaron entonces entre ellos, y despues en Méjico en presencia de personas que tenían esperiencia de la navegacion de mar y rios, hubo muchas opiniones y porfias: porque unos decian que caminaron entre dia y noche á veinte leguas, otros á treinta, ó otros á cuarenta, y otros á mas, y otros á menos. Mas en lo que todos los mas convinieron fue, que se diese á cada noche y dia uno con otro, á veinte y cinco leguas, porque siempre navegaron á vela y remo, y nunca les

faltó viento, ni el rio tenia vueltas en que pudiesen haberse detenido.

Conforme á esta cuenta hallaban haber navegado nuestros españoles desde donde se embarcaron hasta la mar, pocas menos de quinientas leguas. En este tanteo podrá cada uno conforme á su parecer, dar las leguas que quisiere; con advertencia y presupuesto que sin lo que el viento les ayudaba, hacian los nuestros lo que podian con los remos, por pasar adelante y salir de tierra de enemigos que tanta ansia tenían por matarlos.

Juan Coles dice que fueron setecientas leguas, y debió poner la opinion de los que daban á cada veinte y cuatro horas de tiempo treinta y cinco leguas de navegacion.

CAPÍTULO IX.

Número de las leguas que los españoles entraron la tierra adentro.

Algunos habrá que se admiren de ver que nuestros españoles hubiesen entrado la tierra tan adentro como se ha dicho, y quizá pondrán duda en ello; á los cuales decimos que no se admiren, que mucho mas adentro estuvieron, porque llegaron á las primeras fuentes del nacimiento deste rio grande. Y despues donde se embarcaron en la provincia de Aminoya, cerca de la de Guachoya, tenia diez y nueve brazas de hondo, y un cuarto de legua de ancho, como se dijo cuando lo sondaron para echar en él el cuerpo del gobernador y adelantado Hernando de Soto. Y los que presumian entender algo de cosmografía decian que de donde se embarcaron hasta el nacimiento del rio habia trecientas leguas, y otros decian muchas mas, que yo pongo la opinion mas limitada; de manera que lo daban ochocien-

tas leguas de corriente hasta la mar, y todas estas entraron estos españoles la tierra adentro.

Quando Dios fuere servido que se gane aquella tierra, verán por este rio lo que los nuestros se alejaron de la mar, que por ahora yo no puedo verificar mas esta relacion de como la escribo; y aun ha sido mucho haber sacado en limpio esto poco al cabo de tantos años que ha que pasó, y por gente que su fin no era andar demarcando la tierra, aunque la andaban descubriendo, sino buscar oro y plata; por lo cual se me podrá admitir en este lugar el descargo que en otras he dado de las faltas que esta historia lleva en lo que toca á la cosmografía, que yo quisiera haberla escrito muy cumplidamente para dar mayor y mejor noticia de aquella tierra; porque mi principal intento en este mi trabajo que no me ha sido pequeño, no ha sido otro sino dar relacion al Rey mi Señor, y á la república de España de lo que tan cerca della los mismos españoles tienen descubierto, para que no dejen perder lo que sus antecesores trabajaron, sino que se esfuerzen y animen á ganar y poblar un reino tan grande y tan fértil. Lo principal por el aumento de la fé católica, pues hay donde tan largamente se puede sembrar, y en gente que por los pocos abusos y ceremonias que tienen que dejar en su gentilidad, está dispuesta para la recibir con facilidad. A la cual predicacion están obligados los españoles mas que las otras naciones católicas; pues Dios por su misericordia los eligió para que predicasen su Evangelio en el Nuevo-Mundo; y son ya señores dél, y les sería grande afrenta y vituperio que otras gentes les ganasen por la mano, aunque fuese para el mismo oficio de predicar.

Cuanto mas que estando como están casi todas

las naciones nuestras comarcanas inficionadas con las abominables heregías destes infelices tiempos, es mucho de temer no la siembren en aquella gente tan sencilla, procurando hacer asiento entre ellos como ya lo han intentado.

Lo cual sería á cuenta y cargo de la nacion española, que habiéndoles dado Jesucristo nuestro Señor y la Iglesia Romana, Esposa suya, Madre y Señora nuestra, la semilla de la verdad, y la facultad y poder de la sembrar, como lo han hecho y hacen de ciento y diez años á esta parte en todo lo mas y mejor de el Nuevo Orbe que ahora por su descuido, y por haberse echado á dormir sembrase el enemigo zizaña en este gran reino de la Florida, parte tan principal del Nuevo-Mundo que es suyo.

Demas de lo que á la religion conviene, deben los españoles de hoy mas por su propia honra y provecho, esforzarse á la conquista deste imperio donde hay tierras tan largas y anchas, tan fértiles y tan acomodadas para la vida humana como las hemos visto. Y las minas de oro y plata que tanto se desean, no es posible sino que buscándolas de asiento se hallen, que pues en ninguna provincia de las del Nuevo-Mundo han faltado, tampoco faltarán en esta; y entre tanto que ellas se descubren se puede gozar de la riqueza de las perlas, tantas, tan gruesas y hermosas como las hemos referido, y del criar de la seda, para cuyo beneficio hemos visto tanta cantidad de morales, y para sembrar y curar toda suerte de ganados, no se puede desear mas abundancia de pastos y fertilidad de tierra que la que esta tiene.

Por todo lo cual supliquemos al Señor ponga ánimo á los españoles para que por esta parte no se descuiden ni aflojen en sus buenas andanzas; pues por todas las demas partes del Nuevo-Mundo cada dia des-

cubren y conquistan nuevos reinos, y provincias mas dificultosas de ganar que las de la Florida; para cuya entrada y conquista tienen desde España la navegacion facil que un mismo navío puede hacer al año dos viages, y para caballos tienen toda la tierra de Méjico, donde los hay muchos y muy buenos; y para el socorro, si lo hubiesen menester, se les podía dar de las islas de Cuba y Santo Domingo y sus comarcas, y de la Nueva-España y de Tierra-Firme: que habiendo la comodidad de aquel rio grande tan capaz de cualquiera armada, con facilidad podrán subir por él siempre que quisieren. De mí se decir que si conforme el ánimo y deseo hubiera dado el Señor la posibilidad, holgára gastarla juntamente con la vida con esta heróica empresa: mas ella se debe de guardar para algun bien afortunado, que tal será el que la hiciere, y entonces se verificarán las faltas de mi historia de que he pedido perdon muchas veces; y con esto volvamos á ella, que por el afecto y deseo de verla acabada, ni huyo el trabajo que me es incomportable, ni perdono á la flaca salud que anda ya muy gastada, ni la deseo ya para otra cosa; porque España á quien debo tanto, no quede sin esta relacion si yo faltase antes de sacarla á luz.

C A P Í T U L O X.

De una batalla que los españoles tuvieron con los indios de la costa.

Tres dias estuvieron los españoles en requerir como dijimos sus carabelas, y en recrear sus cuerpos, que la mayor necesidad que tenian era de satisfacer al sueño que los habia traído muy fatigados. Al último dellos despues de medio dia vieron salir de unos juncales siete canoas que fueron hácia ellos. En la

primera venia un indio grande como un filisteo, y negro como un etiope, bien diferente en color y aspecto de los que la tierra adentro habían dejado.

La causa de ser los indios tan negros en la costa, es el agua salada en que andaban siempre pescando, que por la esterilidad de la tierra se valen de la pesquería para mantenerse. Tambien ayuda para ponerlos prietos el calor del sol, que en la costa es mas intenso que la tierra adentro. El indio puesto en la proa de su canoa con una voz gruesa y soberbia, dijo á los castellanos: ladrones, vagamundos, holgazanes, sin honra ni vergüenza, que andais por esta ribera inquietando los naturales della, luego al punto os partid deste lugar para una de aquellas dos bocas deste rio, si no quereis que os mate á todos y quemé vuestros navíos; y mirad que no os halle aquí esta noche, que no escapará hombre de vosotros á vida.

Pudieron entender lo que el indio dijo por los ademanes que con brazos y cuerpo hizo, señalando las dos bocas del rio grande que hacian la isla que hemos dicho que estaba por delante, y por muchas palabras que los indios criados de los españoles declararon; y con esto que dijo sin aguardar respuesta se volvió á los juncuales.

En este paso añade Juan Coles estas palabras que sin las dichas dijo más el indio: si nosotros tuviéramos canoas grandes como vosotros (quiso decir navíos) os siguiéramos hasta vuestra tierra, y la ganáramos, que tambien somos hombres como vosotros.

Los españoles habiendo considerado las palabras del indio, y la soberbia que en ellas y en su aspecto habia mostrado, y viendo que de cuando en cuando asomaban canoas por entre los juncos como que acechaban y se volvian á meter en ellos, acordaron se

ría bien darles á entender que no les temian, porque no tomasen ánimo, y viniesen á flecharlos y á echar fuego sobre las carabelas, lo cual pudieran hacer mejor de noche que de dia, como gente que para acometer y huir á su salvo sabia bien la mar y la tierra, y los castellanos la ignoraban.

Con este acuerdo entraron cien hombres en cinco canoas que les habian quedado para servicio de los bergantines; y llevando por caudillos á Gonzalo Silvestre y Alvaro Nieto, fueron á buscarlos y los hallaron tras un juncal en gran número apercebidos con mas de sesenta canoas pequeñas que habian juntado contra los nuestros.

Los cuales aunque vieron tanto número de indios y canoas no desmayaron, antes con todo buen ánimo y esfuerzo embistieron con ellos, y de su buena dicha del primer encuentro volcaron tres canoas, y hirieron muchos indios, y mataron diez ó doce, porque llevaban veinte y dos ballesteros y tres flecheros, el uno dellos era español, que desde niño hasta edad de veinte años se habia criado en Inglaterra; y el otro era natural inglés, los cuales como ejercitados en las armas de aquel reino y diestros en el arco y flechas no habian querido usar en todo este descubrimiento de otras armas sino dellas, y así las llevaban entonces. El otro flechero era un indio, criado que habia sido del capitan Juan de Guzman, que luego que entró en la Florida lo habia preso: el cual se habia aficionado tanto á su amo y á los españoles, que como uno dellos habia peleado siempre con su arco y flechas contra los suyos mismos.

Con la maña y destreza de los tiradores, y con el esfuerzo de toda la cuadrilla, desbarataron las canoas de los enemigos y los hicieron huir. Mas los nuestros no salieron de la batalla tan libres que no quedasen

heridos los mas , y entre ellos los dos capitanes. Un español salió herido de una arma que los castellanos llaman en Indias tiradera , que mas propiamente la llamaremos bohordo porque se tira con amiento de palo ó de cuerda. La cual arma no habian visto nuestros españoles en todo lo 'que por la Florida hasta aquel dia habian andado. En el Perú la usan mucho los indios ; es una arma de una braza en largo de un junco mazizo aunque fofa por de dentro , de que tambien hacen flechas. Échanles por casquillos puntas de cuernas de venado, labradas en toda perfeccion de cuatro esquinas ó arpones de madera de palma, ó de otros palos que los hay fuertes y pesados como hierro ; y para que el junco de la flecha ó bohordo al dar del golpe no hienda con el arpon, le echan un trancahilo por donde recibe el casquillo ó arpon, y otro por el otro cabo, que los ballesteros en los virotes llaman batalla , donde reciben la cuerda del arco ó el amiento con que lo tiran. El amiento es de palo de dos tercias en largo , con el cual tiran el bohordo con grandísima pujanza, que se ha visto pasar un hombre armado con una cota. Esta arma fue en el Perú la mas temida de los españoles que otra cualquiera que los indios tuviesen ; porque las flechas no fueron tan bravas como las de la Florida.

El bohordo ó tiradera con que hirieron á nuestro español de quien ibamos hablando , tenia tres arpones en lugar de uno como los tres dedos mas largos de la mano: el arpon de en medio era una cuarta mas largo que los de los lados, y así pasó el muslo de una banda á otra , y los colaterales quedaron clavados en medio dél, y para sacarlos forzosamente fue menester hacer gran carnicería en el muslo del pobre español , porque eran arpones y no puntas lisas ; y de tal manera fue la carnicería, que antes que

le curasen espiró , no sabiendo el triste de quien mas se quejar , si del enemigo que le habia herido , ó de los amigos que le habian apresurado la muerte.

CAPÍTULO XI.

Hácese á la vela los españoles , y el suceso de los primeros veinte y tres dias de su navegacion.

Pues aun no hemos salido del rio grande, de cuyas canoas hemos dicho largo en los capítulos pasados , será bien decir aquí la destreza y maña que los naturales de toda la tierra de la Florida tienen para volver á poner en su punto una canoa , cuando en las batallas navales ó en sus pesquerías , como quiera que sea se les trastorna lo de abajo arriba, que se nos olvidó de decirlo en su lugar. Y es así que como ellos sean grandísimos nadadores la toman entre doce ó trece indios mas ó menos , segun el grandor de la canoa , y la vuelven á enderezar boca yuso , y así sale llena de agua : todos los indios á una dan un vaiven á la canoa , y como el agua al ir de la canoa se recoge á aquella banda , en continente la hurtan con el vaiven á la contraria y cae el agua fuera ; de manera que á dos vaivenes destes no les queda gota de agua á la canoa , y los indios se vuelven á entrar dentro. Todo lo cual hacen con tanta presteza y facilidad , que apenas les ha zozobrado la canoa , cuando la tienen vuelta á poner en su punto , de que los nuestros se admiraban grandemente , porque por mucho que ellos lo procuraron nunca se amañaron á hacerlo.

Entre tanto que los cien españoles fueron en las canoas á pelear con los indios , los que quedaron embarcaron en las carabelas lo que dellas habian sacado , y pudiéranlo hacer sin ayuda de las canoas , por-

*

que los bergantines estaban arrimados á la madera que dijimos estaba hecha isla, la cual no hacia otro movimiento mas que alzarse con la creciente de la mar, y bajarse con la menguante de ella.

Los españoles que habian ido á la refriega se volvieron á los suyos, habiendo vencido y echado los enemigos de los juncales: mas con rezelo que tuviesen no volviesen de noche y les echasen fuego, ó hiciesen otro daño alguno, se embarcaron todos en los carabelones y se fueron á la isla despoblada que estaba á la boca del rio grande, y surgieron en ella, y saltaron en tierra, y la pasearon toda, mas no hallaron cosa digna de ser contada.

Aquella noche durmieron en las carabelas sobre los forros, y luego que amaneci6 acordaron hacerse á la vela y encaminar su viage al poniente para ir en demanda de la costa de Méjico, llevando siempre á mano derecha la tierra de la Florida sin alejarse de ella: al levantar de las anclas se les quebró una gúmena, que como era hecha de remiendos fue menester poco para que se quebrase. El ancla quedó perdida porque no le habian echado boya, y como les era necesaria, no quisieron irse sin ella: echáronse al agua los mejores nadadores que habia, mas por mucho que trabajaron para la ballar, no les valió su diligencia hasta las tres de la tarde, y la hallaron al cabo de nueve ó diez horas que habian andado hechos buzos.

A aquella hora se hicieron á la vela sin osar engolfarse, porque no sabian dónde estaban, ni hácia que parte podian encaminar para atravesar á las islas de Santo Domingo ó Cuba; porque no tenian carta de marear, ni aguja, ni astrolabio para tomar el altura del sol, ni ballestilla para la del Norte: solo entendian que siguiendo siempre la costa hácia el Poniente aunque fuese á la larga habian de llegar á la

costa y tierra de Méjico. Con esta determinacion navegaron toda aquella tarde y la noche siguiente, y el dia segundo hasta cerca de puesto el sol: y en toda aquella distancia hallaron agua dulce del rio grande; y se admiraron los nuestros que tan adentro en la mar la hallasen dulce.

En este paso dice Alonso de Carmona estas palabras que son sacadas á la letra: y así fuimos navegando la costa en la mano á poco mas ó menos, porque los aderezos de la navegacion nos los quemaron los indios, ó se nos quemaron cuando pusimos fuego á Mauvila; y el capitan Juan de Añasco era hombre muy curioso é tomó el estrolabio é guardólo, que como era de metal no se hizo mucho daño, é de un pergamino de cuero de venado hizo una carta de marear, é de una regla hizo una ballestilla, é por ella nos íbamos rigiendo; y visto los marineros é otros con ellos, que no era hombre de la mar ni en su vida se embarcó sino para esta jornada, mofaban de él, é sabido como mofaban de él, los echó á la mar escepto el estrolabio; y de otro bergantin que venia atrás los tomaron porque la carta y la ballestilla iba atado todo; y así caminamos ó navegamos por mejor decir siete y ocho dias, y con temporal nos recogimos á una caleta. Hasta aquí es de Alonso de Carmona.

Otros quince dias continuos navegaron nuestros castellanos con buen tiempo que les hizo para su viage sin ofrecérseles cosa que sea de contar; salvo que en estos quince dias saltaron en tierra á tomar agua cinco veces, que como no tenian vasijas grandes en que la llevar, sino ollas y cántaros pequeños, gastábaseles presto; y esta fue una de las principales causas, con las de la falta de instrumentos de navegar, para que no osasen atravesar á las islas, ni

alejarse de la Tierra Firme, porque de tres á tres dias habian menester tomar agua.

Cuando no hallaban rio ó fuente de donde la tomar, cavaban la tierra diez ó doce pasos de la mar, y á menos de una vara en hondo hallaban agua muy dulce y en mucha cantidad; y de esta manera nunca les faltó agua en todo su viage.

Al fin de los quince dias de navegacion llegaron á donde habia cuatro ó cinco isletas no lejos de Tierra Firme, hallaron innumerables pájaros marinos, que en ellas criaban, y tenian sus nidos en el suelo; y eran tantos y tan juntos que no hallaban los nuestros donde poner pies. Cuando volvieron á los bergantines fueron cargados de huevos y de pájaros nuevos, y estaban tan gordos que no se podian comer. Y así ellos como los huevos sabian mucho á marisco.

Otro dia siguiente llegaron á surgir para tomar agua en una playa muy graciosa de tierra limpia sin juncales, solamente habia en ella arboleda de muchos y muy grandes árboles, apartados unos de otros que hacian un monte claro y hermoso á la vista, sin matas ni maleza de monte bajo.

Algunos españoles saltaron en tierra á mariscar por la ribera, y hallaron unas planchas de betun negro casi como pez, que la mar entre sus orruras echaba de sí: debe de ser de alguna fuente de aquel licor que entre en la mar, ó que nazca en ella. Las planchas eran de á ocho libras, y de á diez, y de á doce, y catorce, y hallábanse en cantidad.

Viendo los castellanos el socorro que la buena diosa les ofrecia á su necesidad, porque los carabelones iban ya haciendo agua y temian no la hiciesen adelante en mas cantidad, de manera que se perdiesen; y como no sabian lo que les quedaba por navegar, ni tenian otra esperanza para llegar á tierra de

cristianos sino el socorro de los bergantines, acordaron repararlos pues tenian con qué y buena playa donde los sacar á tierra.

Con esta determinacion pararon ocho dias en aquel puesto, y cada un dia descargaban un bergantin y lo sacaban á tierra á fuerza de brazos, y lo breaban, y á la tarde lo volvian á echar á la mar. Y para que el betun corriese, que era sequeroso, le echaron la grosura del poco tocino que para comer llevaban, teniendo por mejor emplearlo en los navíos que en su propia sustancia, porque entendian estaba en ellos el remedio de sus vidas.

CAPÍTULO XII.

Prosigue la navegacion hasta los cincuenta y tres dias della, y de una tormenta que les dió.

En los ocho dias que los nuestros se ocuparon en dar carena á sus navíos, vinieron tres veces ocho indios á ellos, y llegando muy pacíficamente les dieron mazorcas de maiz ó zara que traían en cantidad, y los españoles les dieron asimesmo de las gamuzas que traían; y con haber toda esta afabilidad entre ellos, no les preguntaron qué tierra fuese aquella, ni cómo se llamase aquella provincia, porque no llevaban otro deseo sino de llegar á tierra de Méjico; de cuya causa no nos fue posible saber qué region fuese aquella. Los indios vinieron todas tres veces con sus arcos y flechas, y se mostraron muy afables, y siempre fueron los mismos.

Pasados los ocho dias que tardaron en brear los carabelones, salieron nuestros castellanos de aquella fresca ribera y playa apacible, y siguieron su viage llevando siempre cuidado de ir tierra á tierra, porque algun viento Norte, que los hay en aquella costa

muy furiosos, no los engolfase en alta mar; y tambien lo hacian porque como hemos visto tenian necesidad de tomar agua cada tres dias.

Dónde hallaban buena disposicion se ponian á pescar, porque despues que aderezaron los carabelones y gastaron el tocino, no llevaban sino maiz, sin otra cosa alguna que comer; y la necesidad les forzaba á que unos pescasen en el agua con sus anzuelos, y otros saltasen en tierra á buscar marisco, y siempre traian algo de provecho. Tambien les obligaba á descansar pescando el mucho trabajo que llevaban en remar; porque siempre que la mar sufría los remos, se remudaban en ellos todos los que iban en los carabelones, salvo los capitanes. Doce ó trece dias gastaron en veces en las pesquerías, porque donde les iba bien de pescado se detenian dos y tres dias.

Así navegaron estos españoles muchas leguas (mas no podemos decir cuántas) con grandísimo deseo de tomar el rio de Palmas, que segun lo que habian navegado, les parecia que no estaban lejos dél; y esta esperanza la daban y certificaban los que se jactaban de cosmógrafos y grandes marineros: mas en hecho de verdad el que dellos mas sabia, no sabia en qué mar ni por cuál region navegaban, salvo que les parecia y era así lo cierto, que siguiendo siempre aquel viage al cabo, al cabo, si la mar no se los tragase, llegarían á tierra de Méjico, y esta certidumbre era la que los esforzaba para sufrir y pasar el excesivo trabajo que llevaban.

Cincuenta y tres dias eran pasados que nuestros españoles habian salido del rio grande á la mar, y navegando por ella los treinta dellos, y ocupándose los veinte y tres en reparar los bergantines y en descansar en las pesquerías que hacian; cuando al fin dellos se levantó despues de medio dia el viento Nor-

te con la ferocidad y pujanza que en aquella costa mas que otra parte suele correr; el cual los echaba la mar adentro, que era lo que siempre habian temido.

Las cinco carabelas y entre ellas la del gobernador que iban juntas, habiendo reconocido la tormenta antes que llegase se arrimaron á tierra, y así tocando en ella con los remos, navegaron buscando algun abrigo donde guarecerse del mal temporal. Las otras dos, que era la del tesorero Juan Gaitan, que por muerte del buen Juan de Guzman habia quedado solo capitan della, y la de los capitanes Juan de Alvarado, y Cristóbal Mosquera que no habia conocido el tiempo tan bien como las otras cinco, iban algo alejadas de tierra, por el cual descuido pasaron toda aquella noche bravísima tormenta que por horas les crecia el viento y su braveza, de manera que iban con el credo en la boca. Y la carabela del tesorero tuvo mayor peligro que la otra, porque el árbol mayor con un golpe de viento, se les desencajó y salió fuera de un mortero de palo en que iba encajado en la quilla, y con mucho trabajo y dificultad lo volvieron á él. Así anduvieron las dos carabelas contrastando toda la noche y forcejando contra el temporal por no alejarse de tierra: y cuando amaneció (que entendian los nuestros se aplacára el viento con el dia) se les mostró entonces mas furioso y bravo, y sin aflojar cosa alguna de su furia, los trujo ahogando hasta medio dia. A esta hora vieron las dos carabelas como las otras cinco subian por un estero ó rio arriba, y que iban ya metidas en salvo y libres de aquella tormenta en que ellas quedaban; con lo cual se esforzaron á porfia de nuevo contra el viento, por ver si pudiesen arribar donde las otras iban; mas por mucho que lo trabajaron no fue posible, porque el viento era proa y recísimo, de manera que ninguna diligencia

les aprovechó para tomar el río: antes con la porfia se metian en mayor peligro, que muchas veces se vieron zozobradas las carabelas, y todavía con todo este peligro porfiaron contra la tormenta hasta las tres de la tarde; mas viendo que no solamente perdian el trabajo, sino que aumentaban el peligro, acordaron sería menos malo dejarse correr la costa adelante donde podria ser que hallasen algun remedio.

Con este acuerdo volvieron las proas al Poniente, y corrieron á la bolina sin quererles aplacar el viento cosa alguna.

Nuestros españoles andaban desnudos en cueros, no mas de con los pañetes; porque el agua de las olas que caia en las carabelas era tanta, que las traia medio anegadas. Unos acudian á marear las velas; otros á echar el agua fuera, que como los bergautines no tenían cubierta, se quedaba dentro toda la que las olas echaban, y andaban en ellas los nuestros á medios muslos.

CAPÍTULO XIII.

De una brava tormenta que corrieron dos carabelas, y como dieron al través en tierra.

Veinte y cinco ó veinte y seis horas habia que las dos carabelas corrian la tormenta que hemos dicho, sin que ella se aplacase cosa alguna; antes á los que la pasaban les parecia que crecia por horas, y todo este tiempo anduvieron nuestros españoles resistiendo las olas y el viento, sin dormir ni comer tan solo un bocado; porque el temor de la muerte que llevaban tan eminente, les ahuyentaba la hambre y el sueño, cuando cerca de ponerse el sol vieron tierra por delante, la cual se descubria de dos maneras.

La que se descubria por delante, y volvia á mano derecha de como los nuestros iban, era costa blanca,

y parecia ser de arena; porque con el viento recio que hacia veían mudarse muchos cerros della de una parte á otra con facilidad y presteza. La costa que volvia á mano izquierda de los nuestros, se mostraba negra como la pez. Entonces un mozo que se decia Francisco, de edad de veinte años, que iba en la carabela de los capitanes Juan de Alvarado y Francisco Mosquera, les dijo: señores, yo conozco esta costa, que he navegado por ella dos veces sirviendo de page á un navío, aunque no conozco la tierra ni sé cuya es. Aquella costa negra que parece á nuestra mano izquierda, es tierra de pedernal y costa brava, y corre muy larga hasta llegar á la Vera Cruz. En toda ella no hay puerto ni abrigo que nos pueda socorrer, sino peña tajada y navajas de pedernal, donde si damos al través moriremos todos hechos pedazos entre las ondas y las peñas.

La otra tierra que parece por delante y vuelve á nuestra mano derecha, es costa de arena, y por eso parece blanca. Toda ella es limpia y mansa, por lo cual conviene que antes que el dia nos falte, y la noche cierre, procurémos dar en la costa blanca, porque si el viento nos aparta della, y nos echa sobre la negra, no nos queda esperanza de escapar con las vidas.

Los capitanes Juan de Alvarado y Cristóbal Mosquera mandaron que luego se diese aviso á la carabela del capitan Juan Gaitan de la relacion del mozo Francisco, para que previniesen al peligro venidero: mas las olas andaban tan altas, que no consentian que los de las carabelas se hablasen ni aun se viesen. Empero como quiera que les fue posible, pudieron entenderse por señas y por voces dadas á trechos, una ahora y otra despues, como las carabelas acertaban á descubrirse sobre las ondas para que se pudie-

sen ver y hablar de la una á la otra, y de comun consentimiento de ambas acordaron zabordar en la costa blanca. Solo el tesorero Juan Gaitan, haciendo oficio de tesorero mas que no de capitan, lo contradijo diciendo que no era bien perder la carabela que valia dineros. A las cuales palabras saltaron los soldados, y todos á una dijeron: ¿qué mas teneis vos en ella que cualquiera de nosotros? Antes teneis menos ó nada, porque presumiendo de tesorero de emperador no quisisteis cortar la madera ni labrarla, ni hacer carbon para las herrerías, ni ayudar en ellas á batir el hierro para la clavazon, ni hacer oficio de calafate, ni otra cosa alguna de momento; que de todo el trabajo que nosotros pasábamos os eseusábais con el oficio real. Pues siendo esto así, ¿qué perdeis vos en que se pierda la carabela? ¿será mejor que se pierdan cincuenta hombres que vamos en ella? Y no faltó quien dijese, mal haya quien te dió esa cuchillada por el pescuezo porque no lo cortó á zercen.

Habiéndose dicho estas palabras con mucha libertad porque no se replicasen otras, ni el capitan presumiese mandar en aquel caso, arremetieron los mas principales soldados á marear las velas, y un portugués llamado Domingos de Acosta, echó mano del gobernalle ó timon, y todos enderezaron la proa del navío á tierra, y se apercibieron de sus espadas y rodelas para lo que en ella se les ofreciese, y dando bordos á una mano y á otra, por no decaer sobre la costa negra, con mucho peligro y trabajo dieron en la costa blanca poco antes que el sol se pudiese.

Porque hecimos mencion de la cuchillada del tesorero Juan Gaitan, será bien, aunque no es de nuestra historia, contar aquí el suceso como fue. Para lo cual es de saber que nuestro Juan Gaitan era sobrino

del capitan Juan Gaitan, aquel que por las maravillosas hazañas que con su espada y capa en todas partes hizo, mereció que por excelencia le dijeren en proverbio: espada y capa de Juan Gaitan. Este su sobrino se halló en la guerra de Tunez, cuando el emperador nuestro señor año de mil y quinientos y treinta y cinco se la quitó al turco Barbarroja y se la dió al moro Muley Hacen que era amigo. Sobre la partija de la presa que en aquel saco hubo, Juan Gaitan se acuchilló con otro soldado español, cuya espada no debia ser menos buena que la de su tio; el cual le dió una gran cuchillada en el pescuezo, de que estuvo para morir, que despues de sano le quedó dos dedos de hondo en señal della. Uno de los que se hallaron á meter paz en la pendencia, reprendió al que le habia herido, diciendo que lo habia hecho mal en haber maltratado así al sobrino del capitan Juan Gaitan, que fuera razon haberle respetado por el nombre de su tio. A lo cual el soldado no arrepentido de su hecho, respondió diciendo: ende mal porque no era sobrino del rey de Francia, que tanto mas me holgára yo de haberlo herido ó muerto, porque tanto mas honra y fama fuera para mí. Esto contaba el mismo tesorero Juan Gaitan por dicho gracioso del que le habia herido.

CAPÍTULO XIV

Lo que ordenaron los capitanes y soldados de las dos carabelas.

Volviendo á nuestro cuento, es así que el capitan Juan Gaitan, sintiendo que la carabela habia tocado en tierra, ó por el enojo que tenia de la contradiccion que los soldados le habian hecho, ó por presumir de tener esperiencia, que en semejantes peli-

gros era menos peligroso salir á la mar por la popa que por otra parte alguna del navío, se arrojó por ella al agua, y al salir arriba topó con las espaldas en el timon, y como iba desbado, se hirió y lastimó en ellas malamente. Todos los demas soldados quedaron en la carabela, la cual del primer golpe que dió en tierra, como las olas fuesen tan grandes, cuando la resaca volvió á la mar quedó mas de diez pasos fuera del agua: mas volviendo las olas á combatir la trastornaron á una banda.

Los que iban dentro saltaron luego al agua, que para andar en ella no les estorbaba la ropa. Unos acudieron por un lado, y otros por otro á enderezar la carabela y tenerla derecha; porque con los golpes de las olas no se anegase. Otros entendieron en descargar el maiz y echar fuera la carga que traía. Otros la llevaron á tierra. Con esta diligencia en brevísimo tiempo la descargaron toda; y como quedase liviana, y con el ayuda de los golpes que las olas en ella daban, fácilmente la pusieron en seco, llevándola casi en peso, y la apuntalaron para la volver al agua si adelante fuese menester.

Lo mismo que pasó en la carabela del tesorero Juan Gaitan, pasó en la de los capitanes Juan de Alvarado y Cristóbal Mosquera; la cual dió en la costa apartada de la otra como dos tiros de arcabuz, y con la misma diligencia y presteza que á la compañera la descargaron y sacaron á tierra. Y los capitanes y soldados de los dos bergantines, viéndose libres de la tormenta y peligros de la mar, se enviaron luego á visitar los unos á los otros, y á saber cómo les hubiese sucedido en el naufragio. El mensajero de la una salió al mismo punto que el de la otra, como si hubieran hecho señas, y se toparon en medio del camino; y trocando los recaudos de

la demanda y respuesta, se volvió cada cual á los suyos, con la buena relacion de todos, de que los unos y los otros hubieron mucho regocijo, y dieron gracias á Dios que los hubiese librado de tanto trabajo y peligro. Mas el no saber qué hubiese sido del gobernador y de los demas compañeros, les daba nueva congoja y cuidado, por ser cosecha propia de la naturaleza humana que apenas hayamos salido de una miseria cuando nos hallemos en otra.

Para tratar lo que les conviniese hacer en aquella necesidad, se juntaron luego los tres capitanes y los soldados mas principales de ambas carabelas, y entre todos acordaron sería bien que luego aquella noche fuese algun soldado diligente á saber del gobernador y de las carabelas que habian visto subir por el estero ó rio, y á darle cuenta del suceso de los dos bergantines. Mas considerando el mucho trabajo que con la tormenta de la mar habian pasado, y que en mas de veinte y ocho horas que habia la tormenta se levantó, no habian comido ni dormido, y que despues que salieron de la mar aun no habian descansado siquiera media hora, no osaban nombrar alguno que fuese; porque les parecia gran crueldad elegirlo para nuevo trabajo y no menor temeridad enviarlo á que tan manifiestamente pereciese en el viage, porque habia de caminar aquella misma noche trece ó catorce leguas, que al parecer dellos habia desde allí hasta donde habian visto subir las carabelas, y habia de ir por tierra que no conocia ni sabia si por el camino habia otros rios ó esteros, ó si estaba segura de enemigos; porque como se ha dicho, no sabian en qué region estaban.

A la confusion de nuestros capitanes y soldados y á las dificultades de los trabajos y peligros propuestos, venció el generoso y esforzado ánimo de

Gonzalo Cuadrado Xaramillo, de quien hecimos particular mencion el dia de la gran batalla de Mauvila. El cual poniéndose delante de sus compañeros dijo: no embargante los trabajos pasados, ni los que de presente con el eminente riesgo de la vida se ofrecen, me ofrezco á hacer este viage por el amor que al general tengo, porque soy de su patria, y por sacaros de la perplejidad en que estais; y protesto caminar toda esta noche, y no parar hasta amanecer mañana con el gobernador, ó morir en la demanda, si hay otro que quiera ir conmigo, y no lo habiendo digo que iré solo.

Los capitanes y soldados holgaron mucho de ver este buen ánimo, al cual quiso semejar el de otro valiente castellano llamado Francisco Muñoz, natural de Burgos: el cual saliendo de entre los suyos y poniéndose al lado de Gonzalo Cuadrado Xaramillo, dijo: que á vivir ó á morir queria acompañarle en aquel viage. Luego al mismo punto sin dilacion alguna les dieron unas alforjuelas con un poco de maiz y tocino, y lo uno y lo otro mal cocido, porque aun no habían tenido tiempo para cocerlo bien. Con este buen regalo, y apercebidos de sus espadas y rodelas, y descalzos como hemos dicho que andaban todos, salieron á una hora de la noche estos dos animosos soldados, y caminaron toda ella llevando por guia la orilla de la mar, porque no sabian otro camino, donde los dejaremos por decir lo que entre tanto hicieron sus compañeros.

Los cuales luego que los despacharon se volvieron á sus carabelas, y en ellas durmieron con centinelas puestas, porque no sabian si estaban en tierra de enemigos, ó de amigos; y luego que amaneció, volviéndose á juntar, eligieron tres cabos

de escuadra que con cada veinte hombres fuesen por diversas partes á descubrir y saber qué tierra fuese aquella. Llamámosles cabos de escuadra, y no capitanes, por la poca gente que llevaban. El uno dellos se llamaba Antonio de Porras, el cual fue por la costa adelante al Mediodia; y el otro que habia nombre Alonso Calvete, fue por la misma costa hácia el Norte; y Gonzalo Silvestre fue la tierra adentro al Poniente. Todos fueron con órden que no se alejasen mucho, porque los que quedaban pudiesen socorrerles si lo hubiesen menester. Cada uno dellos fue con mucho deseo de traer buenas nuevas por su parte.

CAPÍTULO XV.

Lo que sucedió á los tres capitanes exploradores.

Los caudillos que fueron á una mano y á otra de la costa, habiendo cada cual dellos caminando por ella mas de una legua, se volvieron á los suyos, y los unos trujeron un medio plato de barro blanco de lo muy fino que se labra en Talavera, y los otros una escudilla quebrada del barro dorado y pintado que se labra en Malasa, y dijeron que no habian hallado otra cosa, y que eran muy buenas señales y muestras de estar en tierra de españoles, porque aquel barro el uno y el otro eran de España, y que era prueba de lo que decian; con lo cual se regocijaron mucho todos los nuestros, y hicieron gran fiesta, teniendo las señales por ciertas y dichas conforme al deseo dellos.

A Gonzalo Silvestre y á su cuadrilla que fue la tierra adentro les sucedió mejor, que habiéndose alejado de la mar poco mas de un cuarto de legua, y habiendo traspuesto un cerrillo, vieron una laguna de agua dulce que bajaba mas de una legua:

andaban en ella cuatro ó cinco canoas de indios pesando; y porque los indios no los viesen y tocasen arma, se encubrieron con unos árboles, y caminaron por ellos un cuarto de legua por par de la laguna hechos ala como que buscasen liebres: yendo así mirando con mucho cuidado y atención á una parte y á otra vieron dos indios por delante (espacio de dos tiros de arcabuz de donde iban) que estaban cogiendo fruta debajo de un árbol grande llamado Guayavo en lengua de la isla Española, y Savintu en la mía del Perú.

Como los españoles los viesen, pasando la palabra de unos á otros se echaron en el suelo por no ser descubiertos, y dieron orden que yendo en cerco unos por una parte, y otros por otra, fuesen como lagartos arrastrándose por el suelo, y cercasen los indios de manera que no se les fuesen, y que los que quedasen atrás no se levantasen de tierra hasta que los delanteros hubiesen rodeado los indios.

Con este aviso fueron todos pecho por tierra, y los delanteros caminaron á gatas casi tres tiros de arcabuz por tomar la delantera á los indios, y cada uno de los españoles llevaba puesta su honra en que no se fuese la caza por su parte. Cuando los tuvieron cercados, se levantaron todos á un tiempo, y arremetieron con ellos, y por mucha diligencia que hicieron, se les fue el uno que se echó al agua y escapó nadando.

El indio que quedó preso daba grandes voces, repitiendo muchas veces esta palabra Brezos. Los españoles por darse prisa á volver á los suyos, antes que acudiesen indios á quitarles el preso, no atendían á lo que el indio decía, sino á salir presto de aquel lugar; y con toda prisa tomaron dos cestillas de guayavas que los indios habían cogido, y un poco de za-

ra que hallaron en una choza, y un pavo de los de tierra de Méjico, que en el Perú no los habia, y un gallo y dos gallinas de las de España, y un poco de conserva hecha de unas pencas de un árbol llamado Maguey que son como pencas de cardo, del cual árbol hacen los indios de la Nueva-España muchas cosas, como vino, vinagre, miel, y arrope de un cierto licor dulce que las hojas quitado el tronco echan á cierto tiempo del año; y las pencas tiernas, cocidas y puestas al sol, son sabrosas de comer, y asemejan en la vista al calabazate, aunque no tienen que ver con él en bondad. De las mismas pencas que son como las del cardo, sazonadas en su árbol hacen los indios cañamo, y es muy recio y bueno, y del palo de Maguey, que en cada pie no nace mas de uno á semejanza de las cañejas de España, que así es la madera fofa, aunque la corteza es dura, se sirven para enmaderar sus casas donde hay falta de otra mejor madera.

Todo lo que hemos dicho que hallaron los castellanos en la choza llevaron consigo, y el indio preso bien asido porque no se les huyese. Al cual por señas y por palabras españolas preguntaban diciendo ¿qué tierra es esta, y cómo se llama? El indio por los ademanes que le hacian como á un mudo, entendia que le preguntaban, mas por las palabras no entendia qué era lo que le preguntaban; y no sabiendo qué responder, repetia la palabra Brezos, y muchas veces pronunciando mal decia Bredos.

Los españoles como no respondia á propósito le decian: válgate el diablo, perro, ¿para qué queremos Bredos? El indio queria decir que era vasallo de un español llamado Cristóbal de Brezos; y como con la turbacion no acertase á decir Cristóbal, y dijese unas veces Brezos y otras Bredos no podian entenderle los

*

castellanos; y así se lo llevaron dándole prisa antes que se lo quítasen para despues preguntarle despacio lo que querian saber dél.

A propósito del preguntar de los españoles, y del mal responder del indio (porque no se entendian los unos á los otros) habíamos puesto en este lugar la deducion del nombre Perú, que no lo teniendo aquellos indios en su language, se causó de otro paso semejantísimo á este; y por haberse detenido la impresion deste libro mas de lo que yo imaginé, lo quité deste lugar y lo pasé al suyo propio, donde se hallará muy á la larga con otros muchos nombres puestos á caso; porque ya en aquella historia con el favor divino este año de setecientos y dos estamos en el postrer cuarto della, y esperamos saldrá presto.

CAPÍTULO XVI.

Saben los españoles que están en tierra de Méjico.

Gonzalo Silvestre y los veinte compañeros de su cuadrilla con el indio que habian preso, caminaron apriesa haciéndole preguntas mal entendidas por el indio, y sus respuestas peor interpretadas por los españoles; y así anduvieron hasta que llegaron á la costa, donde los demas compañeros estaban haciendo gran fiesta y regocijo con los pedazos de plato y escudilla que los otros exploradores habian traido. Mas como luego viesen el pavo y las gallinas, y la fruta y el demas recaudo que Gonzalo Silvestre y los suyos llevaban, no se pudieron contener á no hacer estremos de alegría, dando saltos y brincos como locos; y para mayor contento de todos, sucedió que el cirujano que les habia curado habia estado en Méjico y sabia algo de la lengua mejicana, y en ella habló al in-

dio diciendo: ¿que son estas? y eran unas tiseras que tenia en la mano.

El indio que habiendo reconocido que eran españoles estaba ya mas en sí, respondió en español tiselas. Con esta palabra aunque mal pronunciada, acabaron de certificarse los nuestros que estaban en tierra de Méjico, y con el regocijo de entenderlo así, á porfia abrazaban y daban paz en el rostro á Gonzalo Silvestre y á los de su cuadrilla, y en brazos los levantaban en alto hasta ponerlos sobre sus hombros y traerlos paseando diciéndoles grandezas y loores sin tiento ni cuenta, como si á cada uno dellos le hubieran traído el señorío de Méjico y de todo su imperio.

Pasada la fiesta solemne y solemnísimá de su regocijo, preguntaron con mas quietud y mas de propósito al indio ¿qué tierra fuese aquella? y qué rio ó estero por el que habia entrado el gobernador con las cinco carabelas.

El indio dijo: esta tierra es de la ciudad de Panuco, y vuestro capitan general entró en el rio de Panuco, que entra en la mar doce leguas de aquí, y otras doce el rio arriba esta la ciudad, y por tierra hay de aquí á ella diez leguas; y yo soy vasallo de un vecino de Panuco llamado Cristóbal de Brezos: una legua de aquí poco mas está un indio señor de vasallos, que sabe leer y escrebir, que desde su niñez se crió con el clérigo que nos enseña la doctrina cristiana. Si quereis que vaya á llamarle, yo iré por él que sé que vendrá luego, el cual os informará de todo lo que mas quisiéredeis saber.

Los españoles holgaron de haber oido la buena razon del indio, y le regalaron y dieron dádivas de lo que traían, y luego lo despacharon para el cacique, y le avisaron les trujese ó enviase recaudo de papel y tinta para escrebir.

El indio se dió tanta priesa y hizo tan buena diligencia en su viage, que en menos de cuatro horas volvió con el curaca; el cual como supiese que navíos de españoles habian dado al través en su tierra, quiso visitarles personalmente y llevarles algun regalo, y así trajo ocho indios cargados con gallinas de las de España, y con pan de maiz, y con fruta y pescado, y con tinta y papel, porque él se preciaba de saber leer y escrebir, y lo estimaba en mucho.

Todo lo que traía presentó á los españoles, y con mucho amor les ofreció su persona y casa. Los nuestros le agradecieron su visita y regalos, y en recompensa le dieron de las gamuzas que traían, y luego despacharon al gobernador un indio con una carta en que le daban cuenta de todo lo por ellos hasta entonces sucedido, y le pedian órden para adelante.

El cacique se estuvo todo el dia con los españoles haciéndoles preguntas de los casos y aventuras acaecidas en su descubrimiento, holgando mucho de los oír, admirado de los ver tan negros, secos, y rotos, que en sus personas y hábito mostraban bien los trabajos que habian pasado. Y á cerca de la noche se volvió á su casa, y en seis dias que los españoles estuvieron en aquella playa, los visitó cada dia trayéndoles siempre regalos de lo que en su tierra habia.

CAPÍTULO XVII.

Júntanse los españoles en Panuco: nacen crueles pendencias entre ellos, y la causa por qué.

Gonzalo Cuadrado Xaramillo, y su compañero Francisco Muñoz, que dejamos caminando por la costa no pararon en toda la noche, y al amanecer llegaron á la boca del rio de Panuco, donde supieron que el gobernador y sus cinco carabelas habian entrado á

salvamento y subian por el rio arriba. Alentados con esta buena nueva, no quisieron parar á descansar, antes con haber caminado aquella noche doce leguas sin descansar se dieron mas priesa en su viage, y caminaron otras tres leguas, y llegaron á las ocho de la mañana, donde el gobernador y los suyos estaban con mucha pena y tristeza del temor que tenian no se hubiesen anegado las dos carabelas que habian quedado en la gran tormenta de la mar. La cual no habia cesado aun ni se aplacó en otros cinco dias despues.

Mas con la presencia y relacion de los dos buenos compañeros, trocaron la pena y congoja en contento y alegría, dando gracias á Dios que los hubiese librado de muerte; y el dia siguiente recibieron la carta que el indio les llevó; á la cual respondió el gobernador que habiendo descansado lo que bien les estuviese, se fuesen á la ciudad de Panuco, donde los esperaba para que entre todos se diese orden en sus vidas.

Pasados ocho dias despues del naufragio, se juntaron todos nuestros españoles con su gobernador en Panuco, y eran casi trecientos. Los cuales fueron muy bien recibidos de los vecinos y moradores de aquella ciudad, que aunque pobres les hicieron toda la cortesía y buen hospedage que les fue posible; porque entre ellos habia caballeros muy nobles que se dolieron de verlos tan disfigurados, negros, flacos y secos, descalzos y desnudos, que no llevaban otros vestidos sino de gamuza, y cueros de vaca, de pieles de osos y leones, y de otras salvaginas, que mas parecian fieras y brutos animales, que hombres humanos.

El corregidor dió luego aviso al visorey don Antonio de Mendoza que residia en Méjico, sesenta le-

guas de Panuco, de como habian salido de la Florida casi trecientos españoles, de mil que en ella habian entrado con el adelantado Hernando de Soto. El visorey envió á mandar al corregidor que los regalase y tratase como á su propia persona, y cuando estuviesen para caminar, les diese todo buen aviamiento y se les enviase á Méjico.

En pos deste recaudo envió camisas y alpargates, y cuatro acémilas cargadas de conservas y otros regalos y medicinas de enfermos para nuestros españoles, entendiendo que iban dolientes: mas ellos llevaban sobra de salud y falta de todo lo demas necesario á la vida humana.

En este lugar dice la relacion de Juan Coles, y la de Alonso de Carmona, que la cofradía de la Caridad de Méjico envió estos regalos por órden de el visorey.

Es de saber ahora que como el general Luis de Moscoso de Alvarado, y sus capitanes y soldados se hallasen juntos, y hubiesen descansado diez ó doce dias en aquella ciudad, y los mas discretos y advertidos hubiesen considerado con atencion la vivienda de los moradores della que entonces era harto miserable, porque no tenían minas de oro, ni plata, ni otras riquezas que lo valiesen, sino un comer tasado de lo que la tierra daba, y un criar algunos pocos caballos para los vender á los que de otras partes fuesen á comprarlos; y que los mas dellos vestian mantas de algodón, que pocos traían ropa de Castilla; y que los vecinos mas ricos y principales señores de vasallos no tenían mas caudal del que hemos dicho con algunos principios de criar ganado en muy poca cantidad; y que se ocupaban en plantar morales para criar seda, y en poner otros árboles frutales de España, para gozar de sus frutos el tiempo adelante; y

que conforme á lo dicho, era el de mas menage y aparato de casa; y que las casas en que vivian todas eran pobres y humildes, y las mas dellas de paja. En suma notaron que todo quanto en el pueblo habian visto no era mas que un principio de poblar y cultivar miserablemente una tierra que con muchos quilates no era tan buena como la que ellos habian dejado y desamparado; y que en lugar de las mantas de algodón que los vecinos de Panuco vestian, podian ellos vestir de muy finas gamuzas de muchas y diversas colores como al presente las traían; y podian traer capas de martas y de otras muy lindas y galanas pelleginas, que como hemos dicho las habia hermosísimas en la Florida; y que no tenian necesidad de plantar morales para criar seda, pues los habian hallado en tanta cantidad como se ha visto con la demas arboleda de nogales de tres maneras, ciruelos, encinas y robles, y la abundancia de uvas que hallaban por los campos.

A este comparar de unas cosas á otras se acrecentaba la memoria de las muchas y buenas provincias que habian descubierto, que solamente en las que se han nombrado son cuarenta sin las olvidadas, y otras cuyos nombres no habian procurado saber: acordábaseles la fertilidad y abundancia de todas ellas, la buena dispusición que tenian para producir las mieses, semillas y legumbres que de España les llevasen; y la comodidad de pastos, dehesas, montes y rios que tenian para criar y multiplicar los ganados que quisiesen echarles.

Ultimamente traían á la memoria la mucha riqueza de perlas y aljofar que habian despreciado, y las grandezas en que se habian visto; porque cada uno dellos habia presumido ser señor de una gran provincia. Cotejando pues ahora aquellas abundan-

cias y señoríos con las miserias y poquedades presentes, hablaban unos con otros sus imaginaciones y tristes pensamientos; y con gran dolor de corazón y lástima que de sí propios tenían decían: ¿no pudiéramos nosotros vivir en la Florida como viven estos españoles en Panuco? ¿No eran mejores las tierras que dejamos que estas en que estamos? ¿Donde si quisieramos parar y poblar estuviéramos mas ricos que estos nuestros huéspedes? ¿Por ventura tienen ellos mas minas de oro y plata que nosotros hallamos? ¿Ni las riquezas que despreciamos? Es bien que hayamos venido á recibir limosna y hospedage de otros mas pobres que nosotros, pudiendo nosotros hospedar á todos los de España? ¿Es justo ni decente á nuestra honra, que de señores de vasallos que pudiéramos ser, hayamos venido á mendigar? ¿No fuera mejor haber muerto allí que vivir aquí?

Con estas palabras y otras semejantes nacidas del dolor del bien que habian perdido, se encendieron unos contra otros en tanto furor y saña, que desesperados del pesar de haber desamparado la Florida donde tantas riquezas pudieran tener, dieron en acuchillarse unos con otros con rabia y deseo de matarse. Y la mayor ira y rancor que cobraron fue contra los oficiales de la Hacienda Real, y contra los capitanes y soldados nobles y no nobles naturales de Sevilla, porque estos habian sido los que despues de la muerte del gobernador Hernando de Soto mas habian instado en que dejasen la Florida y saliesen della, y los que mas habian porfiado y forzado á Luis de Moscoso á hacer aquel largo viaje que hicieron hasta la provincia de los Vaqueros. En el cual camino, como entonces se vió, padecieron tantas incomodidades y trabajos, que murieron la

tercia parte dellos y de los caballos; la cual falta causó la última perdición de todos ellos, porque los necesitó y forzó á que con brevedad se saliesen de la tierra, y no pudiesen esperar ni pedir el socorro que el adelantado Hernando de Soto pensaba pedir, enviando los dos bergantines que habia propuesto enviar por el rio grande abajo á dar noticia á Méjico y á las islas de Cuba y Santo Domingo, y Tierra Firme, de lo que habia descubierto en la Florida para que le enviáran socorro para poblar la tierra; el cual socorro por la capacidad que el rio grande tiene para entrar y salir por él cualquiera navío y armada, se les pudiera haber dado con mucha facilidad.

Todo lo cual bien mirado y considerado por los que habian sido de parecer contrario, que llevando adelante los propósitos del gobernador Hernando de Soto, asentasen y poblasen en la Florida, viendo ahora por experiencia la razon que éntonces tuvieron de quedarse, y la que al presente tenían de indignarse contra los oficiales y contra los de su valía, se encendieron en tanto furor, que habiéndoles perdido el respeto, andaban á cuchilladas tras ellos, de tal manera, que hubo muertes y heridos, y los capitanes y oficiales reales no osaban salir de sus posadas, y los soldados andaban tan sañudos unos contra otros, que todos los de la ciudad no podian apaciguarlos. Estos y otros efectos se causan de las determinaciones hechas sin prudencia ni consejo.

Como los españoles fueron á Méjico, y de la buena acogida que aquella insigne Ciudad les hizo.

El corregidor de Panuco viendo tanta discordia entre nuestros españoles, y que de dia en dia iba creciendo sin poderla remediar, dió cuenta dello al visorey don Antonio de Mendoza, el cual mandó que con brevedad los enviase á Méjico en cuadrillas de diez en diez, y de veinte en veinte, advirtiéndole que los que fuesen en una cuadrilla fuesen todos de un bando y no contrarios, porque no se matasen por el camino.

Con esta órden y mandato salieron de Panuco al fin de los veinte y cinco dias que habian entrado en ella.

Por los caminos salian á verlos así castellanos como indios en grandísimo concurso, y se admiraban de ver españoles á pie vestidos de pieles de animales y descalzos en piernas; porque los mejor librados de ellos habian medrado poco mas que los alpagartes que les dieron en limosna. Espantábanse de verlos tan negros y desfigurados, y decian, que bien mostraban en su aspecto los trabajos, hambre, miserias y persecuciones que habian padecido. Las cuales cosas ya la fama haciendo su oficio con grandes voces las habia pregonado por todo el reino; por lo cual indios y españoles con mucho amor y grandes caricias los hospedaban, servian y regalaban por el camino hasta que en sus cuadrillas como iban, entraron en la famosísima ciudad de Méjico, la que por sus grandezas y escelencias tiene hoy el nombre y monarquía de ser la mejor de todas las del mundo. En ella fueron recibidos y hospedados así del visorey como de los demas vecinos, caballeros y hombres ricos de

la ciudad, con tanto aplauso, que los llevaban de cinco en cinco y de seis en seis á sus casas á porfia unos de otros, y los regalaban como si fueran sus propios hijos.

Juan Coles dice en este paso, que un caballero principal, vecino de Méjico, llamado Xaramillo, llevó á su casa diez y ocho hombres todos de Estremadura, y que los vistió de paño veinticuattro de Sogovia, y que á cada uno les dió cama de colchones, sábanas, y frazadas, y almohadas, peine, y escobilla y todo lo demas necesario para un soldado, y que toda la ciudad se doliese mucho de verlos venir vestidos de gamuzas y cueros de vaca, y que les hicieron esta honra y caridad por los muchos trabajos que supieron habian pasado en la Florida: y por el contrario, no quisieron hacer merced alguna á los que habian ido con el capitan Juan Vazquez Coronado, vecino de Méjico, á descubrir las siete ciudades, porque sin necesidad alguna se habian vuelto á Méjico sin querer poblar, los cuales habian salido poco antes que los nuestros. Todas estas palabras son de la relacion de Juan Coles, natural de Zafra, y con ella conforma en todo la de Alonso de Carmona; y añade, que entre los que llevó Xaramillo á su casa llevó un deudo suyo: debió de ser nuestro Gonzalo Cuadrado Xaramillo.

Y porque se vea cuán conformes van estos dos tegidos de vista en muchos pasos de sus relaciones, me pareció poner aquí las palabras de Alonso de Carmona, como he puesto las de Juan Coles, que son estas: ya tengo dicho que salimos de Panuco en camaradas de quince y de veinte soldados, y así entramos en la gran ciudad de Méjico, y no entramos en un dia, sino en cuatro, porque entraba cada camarada de por sí; y fue tanta la caridad que en aquella ciudad nos hicieron, que no lo sabré aquí espli-

car; porque en entrando que entraba la camarada de los soldados salian luego aquellos vecinos á la plaza, y el que mas aína llegaba lo tenia á gran dicha, porque todos querian hacer el uno mas que el otro; y así los llevaban á su casa y les daban á cada uno su cama, y luego mandaba traer el paño que les bastase para vestirlos de veintecuatreno negro de Segovia, y los vestian y les daban todo lo demas necesario, que eran camisas dobladas, jubones, gorras, sombreros, cuchillos, tiseras, paños de tocar y bonetes, hasta peines con que se peinasen, y despues de haberles vestido los sacaban consigo un Domingo á misa, y despues de haber comido con ellos les decian: hermanos, la tierra es larga, donde podreis aprovecharos, cada uno busque su remedio. Estaba allí un vecino estremeño que se llamaba Xaramillo, este salió á la plaza y halló una camarada de veinte soldados, y en ellos venia un deudo suyo, y lo hizo con todos muy bien que ninguno le hizo ventaja. Todos los de mi camarada determinamos de ir á besar las manos al visorey don Antonio de Mendoza, y aunque otros vecinos nos llevaban á sus casas no quisimos ir con ellos. El cual despues de haberle besado las manos mandó que nos diesen de comer, y nos aposentaron en una sala grande, y á cada uno dieron su cama de colchones, sábanas, almohadas, frazadas, y todo esto nuevo. Y mandó que no saliésemos de allí hasta que nos vistiesen, y despues de vestidos le besamos las manos y salimos de su casa agradeciéndole la merced y caridad que nos habia hecho, y nos fuimos todos al Perú, no tanto por sus riquezas como por las alteraciones que en él habia cuando Gonzalo Pizarro empezó á hacerse gobernador y señor de la tierra. Con esto acabó Alonso de Carmona la relaeion de su peregrinacion, y lo-

das estas son palabras suyas sacadas á las letra.

El visorey, como tan buen príncipe, á todos los nuestros que iban á comer á su mesa los asentaba con mucho amor sin hacer diferencia alguna del capitán al soldado, ni del caballero al que no era; porque decía, que pues todos habian sido iguales en las hazañas y trabajos, tambien lo debian ser en la poca honra que él les hacia: y no solamente los honró en su mesa y en su casa, mas por toda la ciudad mandó apregonar que ninguna otra justicia sino él conociese de los casos que entre los nuestros acaeciesen, y esto hizo demas de quererlos honrar y favorecer, porque supo que un alcalde ordinario habia preso y puesto en la cárcel pública á dos soldados de la Florida que se habian acuchillado por las pendencias que entre todos ellos en Panuco nacieron: las cuales se volvieron á encender en Méjico con mayores humos y fuegos de ira y rancor por la mucha estima que vieron hacer á los caballeros y hombres principales y ricos de aquella ciudad de las cosas que de la Florida sacaron, como eran las gamuzas finas de todas colores; porque es verdad que luego que las vieron hicieron de ellas calzas y jubones muy galanos.

Asímismo estimaron en mucho las pocas perlas y algunas sartas de aljofar que habian traído, porque eran de mucho precio y valor.

Mas cuando vieron las mantas de martas y de las otras pelleginas que los nuestros llevaron, las estimaron sobre todo, y aunque por haber servido de colchones y frazadas á falta de otra ropa estaban resinosas y llenas de la brea de los navíos y sucias de el polvo y lodo que habian recebido, de que las habian hollado y arrastrado por el suelo, las hicieron lavar y limpiar, porque eran en extremo buenas, y

con ellas aforraban el mejor vestido que tenían, y las sacaban á plaza por gala y preseña muy rica, y el que no podia alcanzar aforro entero de capa ó sayo se contentaba con un collar de martas ú de otra pellegina, la cual traía descubierta con la lechugilla de la camisa por cosa de mucho valor y estima. Todo lo cual era para los nuestros causa de mayor desesperacion, dolor y rabia viendo que hombres tan principales y ricos hiciesen tanto caudal de lo que ellos habian menospreciado. Acordábaseles que sin consideracion alguna hubiesen desamparado tierras que tanto trabajo les habia costado el descubrirlas, y donde en tanta abundancia habia aquellas cosas y otras tan buenas. Traían á la memoria las palabras que el gobernador Hernando de Soto les dijo en Quiguatá acerca del motin que en Mauvila se habia tratado de irse á Méjico, desamparando la Florida, que entre otras les dijo. ¿A qué quereis ir á Méjico á mostrar la poquedad y vileza de vuestros ánimos, que pudiendo ser señores de un reino tan grande donde tantas y tan hermosas provincias habeis descubierto y hollado hubiédeses tenido por mejor (desamparándolas por vuestra pusilanimidad y cobardía) iros á posar á casa estraña y comer á mesa agena pudiéndola tener propia para hospedar y hacer bien á otros muchos? Las cuales palabras parece fueron pronóstico muy cierto de la pena y dolor que al presente les atormentaba; por lo cual se mataban á cuchilladas sin respeto ni memoria de la compañía y hermandad que unos y otros habian tenido; y en estas pendencias hubo en Méjico tambien como en Panuco algunos muertos y muchos heridos.

El visorey los aplacaba con toda suavidad y blandura viendo que tenían sobra de razon, y para les consolar les prometia y daba su palabra de hacer la mis-

ma conquista si ellos quisiesen volver á ella: y es verdad, que habiendo oido las buenas calidades del reino de la Florida deseó hacer aquella jornada, y así á muchos capitanes y soldados de los nuestros dió renta de dineros y ayudas de costa, oficios y cargos en que se entretuviesen y ocupasen entre tanto que se apercebiese la jornada. Muchos lo recibieron, y muchos no quisieron por no obligarse á volver á tierra que habian aborrecido, y tambien porque tenian puestos los ojos en el Perú, como parece por el cuento siguiente que pasó en aquellos mismos dias, y fue así.

Un soldado llamado Diego de Tapia, que yo despues conocí en el Perú, donde en las guerras contra Gonzalo Pizarro, don Sebastian de Castilla y Francisco Hernandez Giron sirvió muy bien á su Magestad; mientras le hacian de vestir andaba por la ciudad de Méjico vestido todo de pellejos como habia salido de la Florida; y como un ciudadano rico le viese en aquel hábito y él faese pequeño de cuerpo, pareciéndole que debia ser de los muy desechados, le dijo: hermano, yo tengo una estancia de ganado cerca de la ciudad, donde si quereis servirme podreis pasar la vida con quietud y reposo, y daros el salario competente. Diego de Tapia con un semblante de leon ó de oso, cuya piel por ventura traia vestida, respondió diciendo: yo voy ahora al Perú, donde pienso tener mas de veinte estancias; si quereis iros conmigo sirviéndome yo os acomodaré en una de ellas, de manera que volvais rico en muy breve tiempo. El ciudadano de Méjico se retiró sin hablar mas palabra, por parecerle que á pocas mas no libraria bien de su demanda.

Dan cuenta al visorey de los casos mas notables que en la Florida sucedieron.

Entre los vecinos y caballeros principales de Méjico que llevaron á los nuestros á hospedar á sus casas, acertó el fator Gonzalo de Salazar, de quien al principio de esta historia hecimos mención, á llevar á Gonzalo Silvestre, y hablando con él de muchas cosas acaecidas en este descubrimiento, vinieron á tratar del principio de su navegacion, y lo que les acaeció la primera noche de ella cuando salieron de San Lúcar, de como se vieron los dos generales en peligro de ser hundidos. En este discurso vino á saber el fator que era Gonzalo Silvestre el que habia mandado tirar los dos cañonazos que á su nao tiraron por haberse adelantado de la armada, y puéstose á barlovento de la Capitana, como largamente lo tratamos en el primer libro de esta historia: por lo cual de allí adelante le hizo mas honra, diciendo que lo habia hecho como buen soldado; aunque tambien dijo, que holgára ver al gobernador Hernando de Soto para le hablar sobre lo que aquella noche habia pasado.

Despues supo el fator de otros soldados la buena suerte que Gonzalo Silvestre habia hecho en la provincia de Tula, del indio que partió por la cintura de una cuchillada, y viendo la espada que era antigua, de las que ahora llamamos viejas, se la pidió para ponerla en su recámara por joya de mucha estima. Y cuando supo que el liston ó pendon de martas finas guarnecido de perlas y algofar, que dijimos habia ganado en el pueblo donde tomaron comida, viniendo por el rio grande de abajo donde desampararon los caballos por la priesa que los indios les dieron,

lo habia dado en Panuco á su huésped en recompensa del hospedaje que le habia hecho, le pesó, diciendo: que por solo tener en su recámara una cosa tan curiosa como era el pendon, le diera mil y quinientos pesos por él; porque en efecto era el fator curiosísimo de cosas semejantes.

Por otra parte toda la ciudad de Méjico en comun, y el visorey y su hijo don Francisco de Mendoza en particular, holgaban mucho de oír los sucesos del descubrimiento de la Florida, y así pedian se los contasen sucesivamente. Admiráronse cuando oyeron contar los tormentos, tantos y tan crueles que á Juan Orotiz habia dado su amo Hirrihigua, y de la generosidad y escelencia de ánimo del buen Mucozo; de la terrible soberbia y braveza de Vitachuco, de la constancia y fortaleza de sus cuatro capitanes y de los tres mozos, hijos de señores de vasallos que sacaron casi ahogados de la laguna. Notaron la fiereza y lo indomable que se mostraron los indios de la provincia de Apalache: la huida de su cacique tullido, y los casos estraños que en trances de armas en aquella provincia acaecieron, con la muy trabajosa jornada que al ir y volver á ella los treinta caballeros hicieron.

Maravilláronse de la gran riqueza del templo de Cofachiqui, de sus grandezas y suntuosidad y abundancia de diversas armas con la multitud de perlas y aljofar que en él hallaron, y la hambre que antes de llegar á él pasaron en los desiertos. Holgáronse de oír la cortesía, discrecion y hermosura de la señora de aquella provincia Cofachiqui, y de los comedimientos y grandezas, y el ofrecer su estado el curaca Coza para asiento de los españoles. Espantáronse de la dispusicion de gigante que el cacique Tascaluza tenia, y de la de su hijo semejante á la de su

padre; y de la sangrienta y porfiada batalla de Mauvila, y de la repentina de Chicaza, y de la mortandad de hombres y caballos que en estas dos batallas hubo, y de la del fuerte de Alibamo. Gustaron de las leyes contra las adúlteras. Dióles pena la necesidad de la sal que los nuestros pasaron, y la horrible muerte que la falta de ella les causaba, y la muy larga é inútil peregrinacion que hicieron por la discordia secreta que entre los españoles se levantó, de cuya causa dejaron de poblar. Estimaron en mucho la adoracion que á la cruz se le hizo en la provincia de Casquin, y el apacible y regalado invierno que tuvieron en Utiange: abominaron la mostruosa fealdad que los de Tula artificiosamente en sus cabezas y rostros hacen, y la fiereza de sus ánimos y condicion semejante á la de sus figuras.

Dióles mucho dolor la muerte del gobernador Hernando de Soto: habieron lástima de los dos entierros que le hicieron, y en contrario holgaban mucho de oír sus hazañas, su ánimo invencible, su prontitud para las armas y rebatos, su paciencia en los trabajos, su esfuerzo y valentía en pelear, su discrecion, consejo y prudencia en la paz y en la guerra. Y cuando dijeron al visorey la intencion que la muerte le atajó, de enviar dos bergantines por el rio grande abajo á pedir socorro á su escelencia; y como (por lo que ellos vieron navegando hasta la mar) se le pudiera haber dado con mucha facilidad, lo sintió grandemente, y culpó mucho al general y capitanes que habian quedado que no hubiesen proseguido y llevado adelante los propósitos de el gobernador Hernando de Soto, pues eran en tanto provecho y honra de todos ellos; y afirmaba con grandes juramentos que él mismo fuera con el socorro hasta la boca del rio grande, porque fuera mas en

breve y mejor aviado, y todos los caballeros y gente principal de la ciudad de Méjico decian lo mismo.

Tambien holgaba el visorey de oir la hermosura y buena dispusicion que en comun los naturales de la Florida tienen; el esfuerzo y valentia de los indios, la ferocidad y destreza que en tirar sus arcos y flechas muestran, los tiros tan estraños y admirables que con ellas hicieron, la temeridad de ánimo que muchos dellos en singular mostraron, y la que todos en comun tienen, la guerra perpétua que unos á otros se hacen, el punto de honra que en muchos de los caciques hallaron, la fidelidad del capitán general Anilco, el desafío que hizo al cacique Guachoya, la liga de Quigualtanqui con los diez caciques con él conjurados, el castigo que á sus embajadores se les dió, el trabajo que los nuestros pasaron en hacer los siete bergantines, la brava creciente del rio grande, el embarcarse los españoles, la multitud y hermosura de canoas que sobre ellos amanecieron, la cruel persecucion que les hicieron hasta echarlos fuera de todos sus confines.

Quiso asímismo el visorey saber particularmente las calidades de la tierra de la Florida. Holgó mucho oir que hubiese en ella tanta abundancia de árboles frutales de los de España, como ciruelos de muchas maneras, nogales de tres suertes, y la una de ellas con nueces tan aceitosas, que apretada la médula entre los dedos corria aceite por ellos, tanta cantidad de bellotas de encina y roble, la hermosura y muchedumbre de los morales, la fertilidad de las parizas con las muchas y muy buenas uvas que llevan. Finalmente, holgaba mucho de oir el visorey la grandeza de aquel reino, la comodidad que tiene para criar toda suerte de ganado, y la fertilidad de la tierra para las mieses, semillas, frutas y legumbres;

para las cuales cosas crecía el deseo del visorey de hacer la conquista: mas por mucho que lo trabajó no pudo acabar con la gente que habia salido de la Florida que se quedase en Méjico para volver á ella; antes, dentro de pocos dias que en ella habian entrado, se derramaron por muchas partes como luego veremos.

CAPÍTULO XX.

Nuestros españoles se derramaron por diversas partes del mundo, y lo que Gomez Arias y Diego Maldonado trabajaron por saber nuevas de Hernando de Soto.

El contador Juan de Añasco, y el tesorero Juan Gaytan, y los capitanes Baltasar de Gallegos, y Alonso Romo de Cardeñosa, y Arias Tinoco, y Pedro Calderon y otros de menos cuenta se volvieron á España, elijiendo por mejor venir pobres á ella, que no quedar en las Indias por el odio que les habia cobrado, así por el trabajo que en ellas habian pasado como por lo que de sus haciendas habian perdido, habiendo sido los mas de ellos causa que lo uno y lo otro se perdiese sin provecho alguno. Gomez Suarez de Figueroa se volvió á la casa y hacienda de Vasco Porcallo de Figueroa y de la Cerda, su padre.

Otros que fueron mas discretos se metieron en religion con el buen ejemplo que Gonzalo Cuadrado Xaramillo les dió, que fue el primero que entró en ella: el cual quiso ilustrar su nobleza y sus hazañas pasadas con hacerse verdadero soldado y caballero de Jesucristo nuestro Señor, asentándose debajo de la bandera y estandarte de un maese de campo y general, como el seráfico Padre San Francisco, en cuya órden y profesion acabó, habiendo mostrado por la obra que en las religiones se adquiere la verdade-

ra nobleza y la suma valentía que Dios estima y gratifica. Por el cual hecho, que por haber sido de Gonzalo Cuadrado, fue mucho mas mirado y notado que si fuera de otro alguno, hicieron lo mismo otros muchos españoles de los nuestros entrando en diversas religiones por honrar toda la vida pasada con tan buen fin.

Otros, y fueron los menos, se quedaron en la Nueva-España, y uno de ellos fue Luis de Moscoso de Alvarado, que se casó en Méjico con una muger principal y rica, deuda suya.

Los mas se fueron al Perú, donde en todo lo que se ofreció en las guerras contra Gonzalo Pizarro y don Sebastian de Castilla y Francisco Hernandez Giron, aprobaron en servicio de la corona de España como hombres que habian pasado por los trabajos que hemos dicho; y es así verdad, que en respeto de los que en efecto pasaron, no hemos contado la décima parte dellos.

En el Perú conocí muchos de estos caballeros y soldados que fueron muy estimados y ganaron mucha hacienda; mas no sé que alguno de ellos hubiese alcanzado á tener indios de repartimiento, como los pudieran tener en la Florida.

Y porque para acabar nuestra historia, que mediante el favor del Hacedor del Cielo nos vemos ya al fin de ella, no nos queda por decir mas de lo que los capitanes Diego Maldonado y Gomez Arias hicieron despues que el gobernador Hernando de Soto los envió á la Habana con órden de lo que aquel verano y el otoño siguiente habian de hacer como en su lugar se dijo: será bien decir aquí lo que estos dos buenos caballeros en cumplimiento de lo que se les mandó, y de propia obligacion trabajaron; porque la generosidad de sus ánimos, y la lealtad que á

su capitan general tuvieron no quede en olvido, sino que se ponga en memoria, para que á ellos les sea honra, y á los venideros ejemplo.

El capitan Diego Maldonado, como atrás dejamos dicho, fue con los dos bergantines que traía á su cargo á la Habana á visitar á doña Isabel de Bobadilla, muger del gobernador Hernando de Soto, y habia de volver con Gomez Arias, que poco antes habia hecho la misma jornada, y entre los dos capitanes habian de llevar los dos bergantines y la carabela, y los demas navíos que en la Habana pudiesen comprar y cargar de bastimentos, armas y municiones y llevarles para el otoño venidero que era del año mil y quinientos y cuarenta, al puerto de Achusi, que el mismo Diego de Maldonado habia descubierto, donde el gobernador Hernando de Soto habia de salir habiendo dado un gran cerco descubriendo la tierra adentro; lo cual no tuvo lugar por la discordia y motin secreto que el gobernador alcanzó á saber que los suyos tramaban; de cuya causa huyó de la mar, y se metió la tierra adentro por donde vinieron todos á perderse.

Pues ahora es de saber, que habiéndose juntado Gomez Arias y Diego Maldonado en la Habana, y cumplido con la vista de doña Isabel de Bobadilla, y enviado por todas aquellas islas relacion de lo que en la Florida habian descubierto, y de lo que el gobernador pedia para empezar á poblar la tierra, compraron tres navíos y los cargaron de comida, armas y municiones, y de becerros, cabras, potros, y yeguas, y ovejas, trigo, y cebada, y legumbres, para principio de poder criar y plantar. Tambien cargaron la carabela y los dos bergantines; y si tuvieran otros dos navíos mas, hubiera carguío para todos, porque los moradores de las islas de Cuba y Santo Domin;

go y Jamayca, por la buena relacion que de la Florida habian oido, y por el amor que al gobernador tenian, y por su propio interés, se habian esforzado á socorrerle con lo mas que habian podido. Con las cuales cosas fueron Diego Maldonado y Gomez Arias al puerto de Achusi al plazo señalado; y no hallando en él al gobernador, salieron los dos capitanes en los bergantines cada uno por su cabo, y costearon la costa á una mano y á otra á ver si salian por alguna parte al oriente ó al poniente; y donde quiera que llegaban, dejaban señales en los árboles, y cartas escritas metidas en huecos de ellos, con la relacion de lo que habian hecho y pensaban hacer el verano siguiente: y cuando ya el rigor del invierno no les permitió navegar, se volvieron á la Habana con nuevas tristes de no las haber habido del gobernador. Mas no por eso dejaron el verano del año mil y quinientos y cuarenta y uno de volver á la costa de la Florida, y correrla toda hasta llegar á tierra de Méjico, y al Nombre de Dios, y por la banda del oriente hasta la tierra de Bacallaos á ver si por alguna via ó manera pudiesen haber nuevas del gobernador Hernando de Soto; y no las pudiendo haber se volvieron el invierno á la Habana.

Luego el verano siguiente del año cuarenta y dos salieron en la misma demanda, y habiendo gastado casi siete meses en hacer las propias diligencias, y forzados del tiempo se volvieron á invernar á la Habana. De donde luego que asomó la primavera del año cuarenta y tres, aunque los tres años pasados no habian tenido nueva alguna, volvieron á salir porfiando en su empresa y demanda con determinacion de no desistir de ella hasta morir, ó saber nuevas del gobernador. Porque no podian creer que la tierra los hubiese consumido todos, sino que algunos habian

de salir por alguna parte, en la cual porfia anduvieron todo aquel verano y los pasados sufriendo los trabajos é incomodidades que se pueden imaginar, que por escusar proligidad no las contamos en particular.

CAPÍTULO XXI.

Prosigue la peregrinacion de Gomez Arias y Diego Maldonado.

Andando pues con esta congoja y cuidado llegaron á la Vera-Cruz mediado octubre del mismo año cuarenta y tres, donde supieron que sus compañeros habian salido de la Florida, y que eran menos de trecientos los que habian escapado, y que el gobernador Hernando de Soto habia fallecido en ella con todos los demas que faltaban para cerca de mil que habian entrado en aquel reino. Supieron en particular todo el mal suceso que la jornada habia tenido. Con estas nuevas tristes y lamentables volvieron á la Habana aquellos dos buenos y leales caballeros, y se las dieron á doña Isabel de Bobadilla, la cual como á la pena y congoja que tres años continuos habia tenido de no haber sabido de su marido, se le acrescentase nuevo dolor de su muerte y del mal suceso de la conquista, de la destruccion y pérdida de su hacienda, de la caida de su estado y ruina de su casa, falleció poco despues que lo supo.

Esta tragedia digna de ser llorada por la pérdida de tantos y tan escesivos trabajos de la nacion española, sin provecho y aumento de su patria, fue el proceso y fin del descubrimiento de la Florida que el adelantado Hernando de Soto hizo con tanto gasto de su hacienda, con tanto aparato de armas y caballos, con tanto número de caballeros nobles y soldados valientes, que como otras veces hemos dicho, para nin-

guna otra conquista de cuantas hasta hoy en el Nuevo-Mundo se han hecho, se ha juntado tan hermosa y lucida banda de gente, ni tan bien armada y arreada, ni tantos caballos como para esta se juntaron. Todo lo cual se consumió y perdió sin fruto alguno por dos causas. La primera, por la discordia que entre ellos nació, por la cual no poblaron al principio. Y la segunda, por la temprana muerte del gobernador, que si viviera dos años mas remediára el daño pasado con el socorro que pidiera, y se le pudiera dar por el rio grande como él lo tenia trazado.

Con lo cual pudiera ser que se hubiera dado principio á un imperio que fuera posible competir hoy con la Nueva-España y con el Perú; porque en la grandeza de la tierra y fertilidad de ella, y en la disposicion que tiene para plantar y criar no es inferior á ninguna de las otras: antes se cree que les hace ventaja; pues en riqueza ya vimos la cantidad increíble de perlas y aljofar que en sola una provincia ó en un templo se hallaron, con las martas y otros ricos aforros que pertenecen solamente para reyes y grandes príncipes, sin las demas grandezas que largamente hemos referido.

Las minas de oro y plata pudiera ser, y no lo dudado, que buscándolas de espacio se hubieran hallado; porque ni Méjico ni el Perú cuando se ganaron tenían las que hoy tienen: que las del cerro de Potosí, se descubrieron catorce años despues que los gobernadores don Francisco Pizarro y don Diego de Almagro empezaron su empresa de la conquista del Perú; y así se pudiera haber hecho en la Florida, y entre tanto pudieran gozar de las demas riquezas que como hemos visto tiene; pues no en todas partes hay oro ni plata, y en todas viven las gentes.

Por lo cual muchas y muchas veces suplicaré

al Rey nuestro Señor y á la nacion española , no permitan que tierra tan buena , y hollada por los suyos , y tomada posesion de ella , esté fuera de su imperio y señorío , sino que se esfuerzen á la conquistar y poblar para plantar en ella la fé católica que profesan , como lo han hecho los de su misma nacion en los demas reinos y provincias del Nuevo-Mundo que han conquistado y poblado ; y para que España goce de este reino como de los demas ; y para que él no quedè sin la luz de la doctrina evangélica , que es lo principal que debemos desear , y sin los demas beneficios que se le pueden hacer , así en mejorarle su vida moral como en perfeccionarle con las artes y ciencias que hoy en España florecen. Para las cuales los naturales de aquella tierra tienen mucha capacidad , pues sin doctrina alguna , mas de con el dictámen natural , han hecho y dicho cosas tan buenas como las hemos visto y oido , que muchas veces me pesó hallarlas en el discurso de la historia tan políticas , tan magníficas y escelentes porque no se sospechase que eran ficiones mias y no cosecha de la tierra , de lo cual me es testigo Dios nuestro Señor , que no solamente no he añadido cosa alguna á la relacion que se me dió , antes confieso con vergüenza y confusion mia no haber llegado á significar las hazañas como me las recitaron , que pasaron en efecto , de que pido perdón á todo aquel reino y á los que leyeren este libro.

Y esto baste para que se dé el crédito que se debe , á quien sin pretension de interés ni esperanza de gratificacion de reyes ni grandes señores , ni de otra persona alguna mas que el de haber dicho verdad , tomó el trabajo de escrebir esta historia vagando de tierra en tierra con falta de salud y sobra de incomodidad , solo por dar con ella relacion de lo que hay descubierto en aquel gran reino para que se aumen-

te y estienda nuestra santa fé católica y la corona de España, que son mi primera y segunda intencion, que como lleven estas dos, tendrán seguro el favor divino los que fueren á la conquista: la cual nuestro Señor encamine para gloria y honra de su nombre, para que la multitud de ánimas que en aquel reino viven sin la verdad de su doctrina se reduzgan á ella y no perezcan, y á mí me dé su favor y amparo para que de hoy mas emplee lo que de la vida me queda en escrebir la historia de los Incas, reyes que fueron del Perú; el origen y principio dellos, su idolatría y sacrificios, leyes y costumbres. En suma, toda su república como ella fue antes que los españoles ganáran aquel imperio; de todo lo está ya la mayor parte puesta en el telar: diré de los Incas y de todo lo propuesto lo que á mi madre y á sus tios y parientes ancianos y á toda la demas gente comun de la patria les hoy, y lo que yo de aquellas antigüedades alcancé á ver, que aun no eran consumidas todas en mis niñeces, que todavía vivian algunas sombras de ellas. Asímesmo diré del descubrimiento y conquista del Perú lo que á mi padre y á sus contemporáneos que lo ganaron les oí, y de esta misma relacion diré el levantamiento general de los indios contra los españoles, y las guerras civiles que sobre la partija hubo entre Pizarros y Almagros; que así se nombraron aquellos bandos que para destruicion de todos ellos y en castigo de sí propios levantaron contra sí mismos.

Y de las rebeliones que despues en el Perú pasaron, diré brevemente lo que oí á los que en ellas de la una parte y de la otra se hallaron; y lo que yo ví, que aunque muchacho conocí á Gonzalo Pizarro y á su maese de campo Francisco de Carvajal, y á todos sus capitanes, y á don Sebastian de Cas-

tilla, y á Francisco Hernandez Giron, y tengo noticia de las cosas mas notables que los visoreyes despues acá han hecho en el gobierno de aquel imperio.

CAPÍTULO XXII.

Del número de los cristianos seglares y religiosos que en la Florida han muerto hasta el año de mil y quinientos y sesenta y ocho.

Habiendo hecho larga mencion de la muerte del gobernador Hernando de Soto, y de otros caballeros principales, como son el gran caballero y capitán Andres de Vasconcelos, español portugués, y del buen Nuño Tobar, extremeño, y de otros muchos soldados nobles y valientes que en esta jornada murieron, como largamente se podrá haber notado por la historia, me pareció que sería cosa indigna no hacer memoria de los sacerdotes, clérigos y religiosos que con ellos fallecieron, de los que entonces fueron á la Florida, y de los que despues acá han ido á predicar la fé de la Santa Madre Iglesia Romana, que es razon que no queden en olvido; pues así los capitanes y soldados como los sacerdotes y religiosos murieron en servicio de Cristo nuestro Señor, pues los unos y los otros fueron con un mismo celo de predicar su santo Evangelio. Los caballeros, para compeler con sus armas á los infieles á que se sujetasen y entrasen á oír y obedecer la doctrina cristiana; y los sacerdotes y religiosos para les obligar y forzar con su buena vida y ejemplo á que les creyesen é imitasen en su cristiandad y religion. Y hablando primero de los seglares, decimos, que el primer cristiano que murió en esta demanda fue Juan Ponce de Leon, primer descubridor de la Florida, caballero natural de Leon, que en sus niñeces fue

page de Pedro Nuñez de Guzman, señor de Toral. Murieron asimismo todos los que con él fueron, que segun salieron heridos de mano de los indios no escapó ninguno. No se pudo averiguar el número de ellos, mas de que pasaron de ochenta hombres. Luego fue Lucas Vazquez de Ayllon, que tambien murió á manos de los floridos con mas de docientos y veinte cristianos que llevó consigo. Despues de Lucas Vazquez de Ayllon fue Pamphilo de Narvaez con quatrocientos españoles, de los cuales no escaparon mas de quatro, los demas murieron, de ellos á manos de los enemigos, y de ellos abogados en la mar, y los que escaparon de la mar murieron de pura hambre. Diez años despues de Pamphilo de Narvaez fue á la Florida el adelantado Hernando de Soto, y llevó mil españoles de todas las provincias de España, fallecieron mas de los setecientos dellos. De manera que pasan de mil y quatrocientos cristianos los que hasta aquel año han muerto en aquella tierra con sus caudillos. Ahora resta decir de los sacerdotes y religiosos que han muerto en ella; y de los que se tiene noticia son de los que fueron con Hernando de Soto, y de los que despues acá han ido, porque de los que fueron con Juan Ponce de Leon ni de los que fueron con Lucas Vazquez de Ayllon ni con Pamphilo de Narvaez no hay memoria en sus historias como si no fueran. Con Hernando de Soto fueron doce sacerdotes, como dijimos al principio de esta historia, capítulo sexto. Los ocho eran clérigos, y los quatro frailes. Los quatro clérigos de los ocho murieron el primer año que entraron en la Florida, y por esto no retuvo la memoria los nombres dellos. Dionisio de París, francés, natural de la gran ciudad de París, y Diego de Bañuelos, natural de la ciudad de Córdoba, ambos clérigos, y fray Francisco de la Ro-

cha, fraile de la advocacion de la Santísima Trinidad, natural de Badajoz, murieron de enfermedad en vida del gobernador Hernando de Soto, que como no tenían médico ni botica, si la naturaleza no curaba al que caía enfermo, no tenía remedio por arte humana. Los otros cinco, que son Rodrigo de Gallegos, natural de Sevilla, y Francisco del Pozo, natural de Córdoba, clérigos sacerdotes, y fray Juan de Torres, natural de Sevilla, de la orden del seráfico Padre San Francisco, y fray Juan Gallegos, natural de Sevilla, y fray Luis de Soto, natural de Villanueva de Barcarrota, ambos de la orden del divino Santo Domingo; y todos ellos de buena vida y ejemplo, murieron despues del fallecimiento del adelantado Hernando de Soto, en aquellos grandes trabajos que á ida y vuelta de aquel largo y mal acertado camino que para salir á tierra de Méjico hicieron, y en los que padecieron hasta que se embarcaron, que aunque por ser sacerdotes los regalaban todo lo que podian (donde habia tanta falta de regalos quanto sobra de trabajos) no pudieron escapar con la vida, y así quedaron todos en aquel reino; los cuales, demas de su santidad y sacerdocio, eran todos hombres nobles, y mientras vivieron hicieron su oficio muy como religiosos, confesando y animando á bien morir á los que fallecian, y doctrinando y bautizando á los indios que permanecian en el servicio de los españoles. Despues el año de mil y quinientos y cuarenta y nueve fueron á la Florida cinco frailes de la religion de Santo Domingo: hízoles la costa el emperador Carlos quinto, rey de España, porque se ofrecieron á ir á predicar aquellos gentiles el Evangelio sin llevar gente de guerra, sino ellos solos por no escandalizar aquellos bárbaros. Mas ellos que lo estaban ya de las jornadas pasadas, no quisieron oír la doctri-

na de los religiosos: antes, luego que los tres dellos saltaron en tierra, los mataron con rabia y crueldad, entre los cuales murió el buen padre fray Luis Cancel de Balvastro que iba por caudillo de los suyos, y habia pedido con gran instancia al emperador aquella jornada con deseo del aumento de la fé católica, y así murió por ella como verdadero hijo de la órden de los Predicadores: no supe de qué patria era ni los nombres de los compañeros, que holgára poner aquí lo uno y lo otro. El año de mil y quinientos y sesenta y seis pasaron á la Florida con el mismo celo, que los ya dichos, tres religiosos de la santa compañía de Jesus. El que iba por superior era el maestro Pedro Martinez, natural del famoso reino de Aragon. Famoso en todo el mundo, que siendo tan pequeño en términos, haya sido tan grande en valor y esfuerzo de sus hijos que hayan hecho tan grandes hazañas como las que cuentan sus historias y las ajenas; fue natural de una aldea de Teruel. Luego que saltó en tierra le mataron los indios. Dos compañeros que llevaba, el uno sacerdote llamado Juan Rogel, y el otro hermano llamado Francisco de Villa-Real, se retiraron á la Habana bien lastimados de no poder cumplir los deseos que llevaban de predicar y enseñar la doctrina cristiana á aquellos gentiles.

El año de quinientos y sesenta y ocho fueron á la Florida ocho religiosos de la misma compañía, dos sacerdotes, y seis hermanos. El que iba por superior se llamaba Bautista de Segura, natural de Toledo, y el otro sacerdote se decia Luis de Quirós, natural de Jeréz de la Frontera. La patria de los seis hermanos no supe, cuyos nombres son los que se siguen: Juan Bautista Mendez, Gabriel de Solís, Antonio Zavallos, Critóbal Redondo, Gabriel Gomez, Pedro de Linares; los cuales llevaron en su compañía

un indio señor de vasallos, natural de la Florida. De como vino á España será bien que demos cuenta. Es así que el adelantado Pedro Melendez fue á la Florida tres veces desde el año de quinientos y sesenta y tres hasta el año de sesenta y ocho á echar de aquella costa ciertos cosarios franceses que pretendian asentar y poblar en ella. Del segundo viage de aquellos trujo siete indios floridos que vinieron de buena amistad: venian en el mismo trage que hemos dicho que andan en su tierra, traían sus arcos y flechas de lo muy primoroso que ellos hacen para su mayor ornato y gala. Pasando los indios por una de las aldeas de Córdoba, que los llevaban á Madrid para que los viera la magestad del rey don Felipe Segundo. El autor que me dió la relacion desta historia, que vivia en ella, sabiendo que pasaban indios de la Florida, salió al campo á verlos y les preguntó ¿de qué provincia eran? y para que viesen que habia estado en aquel reino, les dijo si eran de Vitachuco ó de Apalache, ó de Mauvila, ó de Chicaza, ó de otras donde tuvieron grandes batallas. Los indios viendo que aquel español era de los que fueron con el gobernador Hernando de Soto, le miraron con malos ojos y le dijeron: ¿dejando vosotros esas provincias tan mal paradas como las dejásteis, quereis que os demos nuevas dellas? y no quisieron responderle mas; y hablando unos con otros dijeron, (segun dijo el intérprete que con ellos iba) de mejor gana le diéramos sendos flechazos, que las nuevas que nos pide; diciendo esto (por dar á entender el desco que tenian de tirárselas, y la destreza con que se las tiráran) dos dellos tiraron al aire por alto sendas flechas con tanta pujanza, que las perdieron de vista. Contándome esto mi autor me decia que se espantaba de que no se las hubiesen tirado á él segun son locos y atrevidos aquellos indios, princi-

palmente en cosa de armas y valentía. Aquellos siete indios se bautizaron acá, y los seis murieron en breve tiempo. El que quedó era señor de vasallos, pidió licencia para volverse á su tierra, hizo grandes promesas que haria como buen cristiano en la conversion de sus vasallos á la fé católica y de los demas indios de todo aquel reino. Por esto lo admitieron los religiosos en su compañía, entendiendo que les habia de ayudar como lo habia prometido. Así fueron hasta la Florida, y entraron la tierra adentro muchas leguas, pasaron grandes cienegas y pantanos, no quisieron llevar soldados por no escandalizar los indios con las armas. Cuando el cacique los tuvo en su tierra donde le pareció que bastaba para matarlos á su salvo, les dijo que le esperasen allí que él iba cuatro ó cinco leguas adelante á disponer los indios de aquella provincia para que con gusto y amistad oyesen la doctrina cristiana, que él volveria dentro de ocho dias. Los religiosos le esperaron quinze dias, y cuando vieron que no volvia le enviaron al padre Luis de Quirós, y á uno de los hermanos al pueblo donde habia dicho que iba. El don Luis con otros muchos de los suyos, viéndolos delante de sí, como traidor apóstata, sin hablarles palabra los mató con gran rabia y crueldad; y antes que los otros religiosos supiesen la muerte de sus compañeros, y se fuesen á alguna otra provincia de las comarcas á valerse, dieron el dia siguiente sobre ellos con gran ímpetu y furor, como si fuera un escuadron de soldados armados; los cuales sintiendo el ruido de los indios, y viendo las armas que traían en las manos, se pusieron de rodillas para recibir la muerte que les diesen por predicar la fé de Cristo nuestro Señor. Los infieles se la dieron cruelísimamente: así acabaron la vi-

da presente como buenos religiosos para gozar de la eterna: los indios habiéndolos muerto, abrieron una arca que llevaban con libros de la Santa Escritura, y con breviarios, y misales, y ornamentos para decir misa, cada uno tomó de los ornamentos lo que le pareció, y se lo puso como se le antojó, haciendo burla y menosprecio de aquella magestad y riqueza, teniéndola por pobreza y vileza: tres de los indios mientras los otros andaban saltando y bailando con los ornamentos puestos, sacaron un crucifijo que en el arca iba, y estándolo mirando se cayeron muertos súpitamente. Los demas echando por tierra los ornamentos que se habian vestido, huyeron todos; lo cual tambien lo escribe el padre maestro Pedro de Ribadeneira. De manera que estos diez y ocho sacerdotes, los diez de las cuatro religiones que hemos nombrado, y los ocho clérigos, y los seis hermanos de la santa Compañía, que por todos son veinte y cuatro, son los que hasta el año de mil y quinientos y sesenta y ocho han muerto en la Florida por predicar el Santo Evangelio, sin los mil y cuatrocientos seglares españoles que en cuatro jornadas fueron á aquella tierra, cuya sangre espero en Dios que no está clamando y pidiendo no venganza como la de Abel, sino misericordia como la de Cristo nuestro Señor, para que aquellos gentiles vengan en conocimiento de su eterna Magestad; debajo de la obediencia de nuestra Madre la Santa Iglesia Romana; y así es de creer y esperar, que tierra que tantas veces ha sido regada con tanta sangre de cristianos haya de frutificar conforme al riesgo de sangre católica que en ella se ha derramado. La gloria y honra se dé á Dios nuestro Señor, Padre, Hijo y Espíritu Santo, tres personas, y un solo Dios verdadero. Amen.

FIN.







HISTORIA
DE LA CONQUISTA
DEL
NUEVO MUNDO



1592